EL CLUB SIGMA



UNA NOVELA DE

LORD DRAUGR

El Club Sigma

Lord Draugr

La coneja es muy rápida,
pero el búho puede ver de noche.

1

Hombre Sigma:
(Sustantivo, del inglés *sigma male*).
1. Dícese del hombre astuto, independiente y confiado, que está por encima de las jerarquías sociales. Trabaja en su desarrollo económico e intelectual y no se deja llevar por sus emociones. Ejemplo: «Daniel Robles era un hombre sigma».

Daniel Robles atropelló a un gato mientras conducía de camino a la fábrica. Iba en su viejo Peugeot 205, un coche de color verde oscuro con la pintura desgastada. Ese día escuchaba el pódcast de Joe Rogan como cada mañana. Joe se había convertido en un referente para todo hombre occidental gracias a *The Joe Rogan Experience*, el pódcast más escuchado del mundo.

Para Daniel Robles también era un referente.

«Imagina que tu vida es una película», dijo Joe. Hablaba lento y bajo, como hablaría el único conocedor de las seis palabras secretas para conquistar a cualquier mujer. «Olvídate de todos tus dramas. Tus relaciones pasadas, tus movidas personales, todo».

Llovía un poco, pero el Peugeot se pegaba a la carretera como en un rally.

Daniel activó el limpiaparabrisas y las escobillas desgastadas chirriaron; tuvo que subir el volumen del teléfono para seguir escuchando a Joe.

«Sé el héroe de tu propia película. Ahora, imagina, ¿qué es lo que haría el héroe de tu película? Pues, hazlo. Haz esas cosas».

Daniel asintió, como lo había hecho cada mañana cada vez que Joe había dicho una frase que había resonado en su interior.

De repente sintió dos golpes en un lateral. Pum. Pum.

Como si hubiera atropellado algo con la rueda delantera y rematado con la rueda trasera. Dio un frenazo y aparcó el coche en el arcén.

A esas horas no había tráfico.

Salió envalentonado y cerró los puños cuando vio la mancha de sangre roja que había ensuciado por completo el guardabarros trasero.

—¡Joder! —gritó.

El Peugeot 205 de Daniel era del año 1999; un coche viejo pero limpio. Entró al vehículo corriendo y salió con un rollo de papel higiénico. Se enrolló un buen trozo en la mano y frotó con ganas. La lluvia le ayudó con el trabajo, y cuando quedó satisfecho, volvió dentro y cerró la puerta.

Al arrancar miró por el retrovisor y vio al pequeño gato moribundo al que acababa de atropellar. Estaba tumbado boca arriba en mitad de la carretera. Sus patas aún se movían. «Podría causar un accidente», pensó. Así que volvió a salir del coche y le dio unos empujoncitos con el empeine, hasta que lo sacó de la carretera mientras sus maullidos se apagaban.

Tampoco era tan malo Daniel Robles. Cuando aparcó frente a la fábrica, Daniel se quedó un rato escuchando el pódcast.

«Ve a por ello. Desde ya eres el héroe de tu propia película», dijo

Joe.

Dos berlinas negras de la marca Audi llegaron al aparcamiento de la empresa. Tenían la pintura nueva y brillante, los parachoques lucían unas líneas estilizadas y las llantas eran más grandes que las de cualquier coche cercano. Los dos conductores, trajeados y con gafas de sol, se saludaron con una mano, que se convirtió en medio abrazo, y se quedaron hablando un rato. Eran los comerciales de la empresa. Gente dada a hablar.

Daniel sacó un peine de la guantera y se repeinó el pelo engominado con la ayuda del retrovisor central. Estaba nervioso. Salió del coche y pasó cerca de los comerciales para entrar en la fábrica.

—Buenos días —les dijo con una sonrisa ensayada.

Pero ninguno le respondió. No por falta de respeto o, al menos, no a propósito. Simplemente estaban entretenidos hablando de sus cosas y no se dieron cuenta de la presencia de Daniel que, sin borrar la sonrisa, entró por la puerta de los operarios de la fábrica.

Daniel trabajaba en la cadena de montaje. Eso significa que todos y cada uno de los días se situaba en el mismo lugar y repetía el mismo proceso: colocaba la puerta de plástico sobre las dos bisagras del horno microondas, introducía un tornillo en cada bisagra, apretaba, hacía las comprobaciones pertinentes y dejaba que una cinta mecánica llevara el aparato hasta el siguiente puesto. Desde otra cinta llegaba otro microondas y realizaba los mismos pasos.

Era algo temporal, por supuesto. Desde el primer día en el que pisó la fábrica Daniel sabía que el destino le deparaba grandes retos, y esa llama de su interior no había menguado en diez años de puertas, tornillos y microondas. Ni siquiera por Lucía.

—¿Qué tal hemos amanecido, Danielcito? —preguntó Lucía.

Lucía trabajaba en otro puesto colocando los botones de graduación de potencia del microondas. Ese puesto estaba justo enfrente del de Daniel, por lo que tenía que ver a esa mujer de mofletes rojos, rechoncha y descarada, todos los días durante ocho horas seguidas.

—Muy bien, Lucía —respondió Daniel sospechando cierta burla en su interlocutora.

La conocía perfectamente. Por su tono de voz, sabía que no le importaba en absoluto qué tal se había despertado ese día.

—Te veo bien. Tienes buena cara —dijo con su voz de serpiente—. Parece que esos libros de desarrollo personal que lees te están cambiando.

Daniel la miró como el que planea un ataque, pero pensó que no merecía la pena. Había leído que cuando alguien se mete contigo no es porque tenga un problema contigo, sino porque tiene un problema consigo mismo. Y ella tenía la menopausia. Y su marido estaba igual de gordo que ella. Y sus dos hijos, lo mismo.

Continuó realizando su repetitivo trabajo.

—A mí no me va ese rollo —siguió Lucía sin apartar la mirada de los botones que colocaba con la pericia de quien lleva años haciéndolo—. Despertarse a las cinco de la mañana, darse duchas de agua fría, meditar… Total, ¿para qué? ¿Para trabajar en este agujero ocho horas al día y cobrar mil quinientos euros?

Daniel miró al frente. Detrás del espacio de trabajo de Lucía, al fondo y sobre un segundo piso de paredes abiertas, tres comerciales se habían reunido en el puesto de café. El puesto de café de los comerciales era mucho más pequeño que el de los operarios, pero también más elegante: había dos mesas altas, sin sillas, y una estantería con una cafetera de cápsulas y un microondas para calentar la leche. El de los operarios era más grande: estaba en la

planta baja, tenía varias máquinas de vending y una máquina de café en la que podías comprar, por treinta céntimos, cualquier tipo de café, desde capuchino hasta solo doble. Pero la cantidad no importa, lo que importa es la calidad. Y eso Daniel lo sabía. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para cambiar el café de máquina por las cápsulas Nespresso de los comerciales del segundo piso.

—A ver, si a ti te funciona está bien. Pero a mí me parece que es un poco estafa todo este rollo del desarrollo personal. Compra este libro, y luego compra este curso, y luego compra lo otro…

—Métete en tus asuntos, Lucía —le cortó Daniel.

Lucía frunció el ceño, indignada, aunque sobreactuando un poco. Sabía que se lo estaba buscando.

—Sobre el respeto no has leído mucho —murmuró.

Daniel terminó de colocar una puerta y tiró el microondas a la cinta mecánica.

—La única razón por la que no te despiertas a las cinco de la mañana y te duchas con agua fría es porque no puedes. No digas que eso no es para ti. ¿Aseguras que hacer ejercicio no es para ti? Pues déjame decirte una cosa: es exactamente lo que necesitas. —La rodeó en el aire con ambos brazos, extendiéndolos exageradamente—. No hace falta leer ningún libro para saberlo.

Lucía abrió la boca, ahora en serio, no sobreactuaba.

—Te voy a poner otra queja.

—*Ti viy a poner otra quija* —respondió Daniel ridiculizando la voz de Lucía.

Lucía le devolvió una mirada agresiva y no dijo nada más. Ya no tenía ganas de vacileo.

Daniel miró al fondo, a la zona del café del segundo piso. Los comerciales estaban abandonando el lugar mientras se reían de algo que había dicho uno. Los comerciales siempre se estaban riendo.

En ese momento pasó Pit por el pasillo de detrás de Daniel. Empujaba un carro lleno de desechos de plástico que parecía pesar demasiado. El problema, por supuesto, no era que el carro pesara demasiado, sino que Pit era un chaval de veinte años con el cuerpo de un niño de doce. Llevaba menos de un año trabajando en la fábrica y, por timidez o por falta de habilidad, no había hecho ningún amigo. Ninguno a excepción de Daniel, si es que podía considerarlo un amigo. Daniel adoptó el rol de mentor desde el primer momento en el que conoció a Pit. No era su trabajo. Lo hacía de forma voluntaria.

—¡Pit! Te necesito —dijo Daniel.

Pit dejó de empujar el carro, se secó el sudor de la frente y se acercó con las manos apoyadas en la cadera y la cabeza gacha.

—Dime —dijo a desgana.

—Necesito que me eches un cable mientras me ausento un momento.

—¿Ahora? Estoy ocupado —se quejó.

—¡Pit! Tengo una reunión importante. Mi futuro está en juego.

Daniel seguía haciendo su trabajo con las manos, pero con los ojos atravesaba al pobre Pit.

—Yo… Dame cinco minutos y…

—No me jodas, me debes un favor. ¿Te acuerdas?

Pit tragó saliva.

—Sí, pero era porque…

—Porque tu madre estaba enferma y tenías que acompañarla al hospital —dijo Daniel mientras asentía con la cabeza como si hablara con un niño—. Y gracias a que yo te cambié el turno pudiste estar con tu madre.

—Sí, y te lo agradezco, pero…

—Me lo debes, Pit.

Daniel soltó el microondas en la cinta mecánica y abandonó su sitio. A Pit no le quedó otra que suplir el puesto en la cadena, bajo el desprecio de los ojos de Lucía, y mientras Daniel caminaba, con mirada decidida, hacia la segunda planta de la fábrica.

No podía perder el tiempo con obreros. No más. Había preparado ese momento durante los últimos tres meses. Cada gesto, cada frase, cada respuesta. Era hora de dejar atrás a Lucía y a Pit, y de reunirse con aquellos dignos de su talla. Era hora de hablar con el jefe.

El despacho del jefe se encontraba en la segunda planta, al fondo de la oficina donde trabajaban los comerciales y los ingenieros de la empresa. Cuando Daniel subió a la segunda planta tuvo que atravesar la oficina para llegar a su objetivo, y se fijó en que no tenía nada que ver con la planta de los operarios.

Abajo olía al metal de las máquinas y se mezclaba con el olor a plástico nuevo. Arriba, en cambio, se respiraba un aroma a ambientador de madera de pino. El ruido también era un distintivo. En la planta de operarios todo parecía un caos, en algunas zonas incluso era obligatorio el uso de cascos antirruido. En la oficina, por el contrario, solo se escuchaba el traqueteo del teclado de los ordenadores y algunas conversaciones casuales entre dos o tres compañeros, no más.

Los buzos azules de los operarios recordaban al uniforme de un recluso, mientras que las corbatas y las americanas de la segunda planta parecían sacadas de una competición de colores, telas y complementos. Los de abajo eran la masa y los de arriba, individuos con sus propios sueños, objetivos y ambiciones. Así lo veía Daniel.

Saludó uno a uno a los cuatro oficinistas que se cruzaron en su camino. Ninguno se percató de su paso, excepto el último, que le

devolvió una sonrisa y luego se giró para contemplar extrañado cómo se dirigía al despacho del jefe. Puede que fuera la primera vez que veían un buzo azul en la oficina. Tocó la puerta y entró.

—Perdone, señor, soy Daniel Robles. Tenía concertada una cita.

El jefe, que se sentaba tras una gran mesa de madera oscura, apartó la mirada de la pantalla del ordenador para ver al hombre que había entrado en su despacho. Por la cara que puso no se acordaba de ninguna cita.

Daniel entró igualmente.

—Sí, claro, siéntate —dijo porque no le quedaba otro remedio.

Daniel se sentó frente a la mesa del jefe, en una de las dos sillas dispuestas para tal menester. La dependencia era muy sencilla. Como una extensión de la oficina, con las paredes pintadas del mismo color amarillo, muchos archivadores de metal en los laterales y papeles por todos los lados.

—¿Qué, le he impresionado con los correos? —preguntó Daniel ilusionado.

—¿Tú eres el de los correos? —dijo el jefe.

Tenía cara de sorprendido, como si de repente se desvelara un gran misterio. «El loco de los correos», pensó. En las últimas semanas había recibido unos extraños emails que hablaban sobre marketing y ventas. Cosas tipo: «Las cinco mejores técnicas para vender cualquier producto a puerta fría»; o «Las tres barreras a las que se enfrentan todos los compradores».

Al principio no respondía porque pensaba que era spam, pero al final respondió un «Ok» con la esperanza de que le dejaran en paz, y debió de haber concertado esa cita sin querer.

Daniel tenía los ojos clavados en su jefe. Se señaló a sí mismo y dijo:

—El mismísimo.

El jefe entornó los ojos como solo lo pueden hacer los que han vivido más de medio siglo. Se le profundizaron las arrugas de la frente por debajo del flequillo canoso. Cada facción de su cara indicaba que no era un hombre al que le gustara perder el tiempo. Entonces se ajustó las gafas y se puso a buscar en el ordenador.

—¿Cómo te llamabas?

—Daniel Robles.

El jefe buscó durante pocos segundos antes de desesperarse.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué quieres?

Daniel se irguió, se dio una palmada con ambas manos en los muslos, y lo soltó:

—Me gustaría ser comercial.

El jefe le sostuvo la mirada. No reflejó sorpresa, gracia ni ira. Solo lo miró de arriba abajo.

—¿Trabajas en…? ¿Cadena?

—Así es, señor. Pero creo que puedo aportar mucho más a esta empresa si se me da la oportunidad —entonó con fuerza la palabra «aportar». Lo había estudiado.

El jefe se cruzó de brazos.

—Es un trabajo muy diferente. No es lo mismo ensamblar piezas que tratar con personas —reflexionó con el tono de un hombre sabio.

Solo dos tipos de personas en el mundo pueden tener ese tono: los hombres sabios y los jefes.

—Por eso mismo he estado formándome durante los últimos meses. He leído a Tony Robbins, Jurgen Klaric, Jordan Belfort… —Empezó a gesticular cada vez más con las manos—. He trabajado en mejorar mi mente y mis capacidades. He estudiado ventas, persuasión, psicología, y creo que podría ser un activo diferenciador para la empresa.

Cuando afirmó eso último, el jefe levantó las dos cejas.

—Está muy bien —le dijo con un sarcasmo tan sutil que Daniel no llegó a apreciar.

—Gracias.

—El problema es que yo no necesito más comerciales. —Se encogió de hombros—. No te puedo dar un trabajo que no tengo.

A Daniel se le escapó media sonrisa. En parte porque sabía que se iba a tener que enfrentar a un no, lo había leído en varios libros, y en parte porque enfrentarse a uno, en la vida real, le puso más nervioso de lo que se había imaginado.

—Póngame a prueba —señaló la puerta que daba a la oficina donde trabajaban ingenieros y comerciales—. Si consigo más clientes que esos desfasados, me da el trabajo. Y si no, regresaré a mi puesto en la cadena y me quedaré callado.

Daniel se sintió orgulloso por su todo o nada. «Quemar los barcos», como había leído en el libro de Tony Robbins. Aunque más que un todo o nada era un todo o algo, ya que, de fallar, no perdería nada.

Al jefe le salió una sonrisa ante tal atrevimiento. Pero negó con la cabeza. Daniel no perdió el temple.

—Vamos, una oportunidad —insistió—. Ya le he dicho que me he formado en técnicas de venta, persuasión, puerta fría…

El jefe se quitó las gafas y suspiró.

—¿Conoce la teoría de la reciprocidad? —continuó Daniel—. La teoría de la reciprocidad dice que cuando una empresa hace un regalo a su cliente, este se verá más dispuesto a devolver el favor a la empresa, ya sea comprando su producto o contratando sus servicios.

El jefe volvió a levantar los hombros. Se estaba empezando a aburrir de la conversación.

—¿Sabe lo que son las neuronas espejo?

—Basta. Esto no va de teorías —le cortó—. En el mundo de las ventas hay gente que vale y gente que no.

Las mejillas de Daniel empezaron a sonrojarse. Su temple no iba a aguantar para siempre.

—¿Y cree que yo no valgo? —dijo con una fingida sonrisa.

El jefe todavía jugaba con las gafas. Eran de metal, de las que parecen finas y endebles, pero luego resisten el paso de los años. Dio unos golpecitos a la mesa con las gafas y encogió el hombro.

—No —dijo sin más.

Parecía que ni siquiera se lo planteara y eso era insultante para Daniel.

—Pero no me ha puesto a prueba —se quejó Daniel—. ¡No es justo!

Se le empezó a hinchar una vena en la sien. Ahora estaba rojo desde el cuello hasta la frente y al respirar emitía un alterado ruido nasal.

—No te pongas así, chaval. Es solo que… no me has convencido. —Daniel bufó, y el jefe levantó la barbilla en un gesto autoritario—. Escúchame. Si no eres capaz de convencerme para que te ascienda no vas a ser capaz de convencer a los clientes para que compren nuestros productos. Es así de simple. Lo siento. Tómate un descanso de veinte minutos para digerirlo y vuelve a tu puesto.

Daniel se levantó de la silla de forma brusca, y esta rechinó contra el suelo. Abrió la boca para hablar, pero dudó y se calló. Se dio la vuelta y abrió la puerta.

—Tú te lo pierdes —dijo sin poder esconder su rabia.

Dio un portazo y se fue.

Daniel salió del despacho y se sintió desorientado. Los comerciales hablaban por teléfono con sus clientes. Las conversaciones se

interponían en su camino, trataban temas de lotes, costes de envío y descuentos. Los teléfonos sonaban, y los ingenieros hablaban de cosas de ingenieros.

Cuando dejó atrás la oficina, el ruido de las máquinas y los vehículos de transporte le pareció tranquilizador. Se acercó a la barandilla y observó cómo los indignos trabajaban en la planta baja. Eran como hormiguitas en una cadena de montaje. Vio a Pit, trabajando frente a frente con Lucía, vio cómo él decía cosas y se reía como lo hace la gente que quiere caer bien, y vio cómo Lucía lo ignoraba. Porque a Lucía nadie le caía bien. Y antes de bajar por las escaleras a su indigno puesto de trabajo, Daniel se dio la vuelta y se dirigió a la zona de café de aquellos privilegiados del segundo piso. En ese momento no había nadie.

Al llegar al lugar, comprobó que de cerca era mucho mejor de lo que había imaginado: había un armario con tazas de cerámica, un lavavajillas —fabricado en el pabellón contiguo— y una pequeña caja con compartimentos separados en el que se clasificaban las diferentes cápsulas de café dependiendo de su origen. Daniel miró a ambos lados para asegurarse de que estaba solo, cogió una taza de cerámica y una cápsula de café colombiano y se preparó un café.

Lo bebió deprisa, asegurándose a cada rato de que no venía nadie. Sin lugar a duda, era un café mucho más sabroso que la pócima putrefacta de las máquinas de la planta baja.

2

Stacy:
(Sustantivo, argot incel).
1. Mujer arquetípica que se considera extremadamente atractiva y deseada según estándares convencionales de belleza. Es superficial, tiene una alta confianza en sí misma y una vida social activa.
2. La mujer de un chad.

Sonia Azkarate estaba transcribiendo su última entrevista.

Siempre he creído que una buena higiene oral es fundamental para mantener una sonrisa saludable. Nuestra metodología se basa en empoderar a los pacientes con el conocimiento y las prácticas adecuadas para cuidar de sus dientes y encías a lo largo de sus vidas.

Levantó la cabeza para mirar por encima de su pantalla, aburrida. En la redacción había seis hileras de mesas con sus respectivos ordenadores, pero solo cuatro compañeros ocupaban su sitio. Los demás estaban fuera haciendo periodismo de verdad. Eso pensó Sonia.

Seguía manteniendo la misma ilusión que el primer día. Quería mancharse en el barro, hacer un periodismo a pie de calle, ser la voz del pueblo y todo eso que se había imaginado cuando estudiaba en la universidad.

Le consolaba pensar que entrevistar a un dentista era algo temporal. Solo hasta que cogiera experiencia.

A mano izquierda, una cristalera de seis metros hacía límite entre la redacción y un pasillo. La primera vez que lo vio, a Sonia le recordó el pasillo de un hospital, lleno de puertas con etiquetas con números y nombres. Incluso le pareció que olía como un hospital. Pero, en realidad, nunca se había aventurado a cruzar la puerta de la cristalera y caminar por ese pasillo. Sonia llevaba un mes trabajando en el *Diario de Pamplona* y, como cualquier recién graduada, tenía tanta cautela como curiosidad.

—Ya se ha jodido la impresora —gruñó Hugo.

Sonia se recolocó los cascos y volvió a concentrarse en la transcripción, pero a sus espaldas, Hugo volvió a llamar la atención:

—Cuántas veces hay que explicar cómo funciona la puta impresora —dijo levantando exageradamente la voz.

Sonia se quitó los cascos y se giró en su silla de escritorio con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Parecía más una amenaza que una pregunta. Su voz contrastaba con su aspecto, sonaba desgastada, como la de una mujer que ha fumado durante cuarenta años, o como la de un hombre; pero Sonia tenía veintidós años.

Hugo inspeccionó el interior de la impresora y tocó algunas piezas con sus manos torpes y peludas.

—Ya dije que hay que colocar bien el papel antes de imprimir, porque si no a veces se atasca.

—A mí qué me cuentas… —Sonia sacó pecho—. Yo no he sido.

Hugo cerró la impresora con torpeza, le dio un golpe y la máquina empezó a emitir un sonido. Por un momento parecía que iba a imprimir algo, pero de su interior salió una hoja totalmente en blanco.

—¡Beh! —se quejó Hugo—. Bueno, Sonia, tú eres la nueva.

—¿Y?

—Pues, que no pasa nada por cometer un error. Todavía estás aprendiendo.

Sonia apretó los dientes y le salió un pequeño rubor justo debajo de los ojos. Era lo que le solía pasar cuando le apretaba la rabia.

—¡Pero si no he usado la impresora en todo el día! Estoy con un puto publirreportaje de una puta clínica dental nueva que han abierto —estalló.

Hugo abrió la boca, sorprendido por la respuesta de la novata, y le hizo un gesto con la mano para que bajara la voz.

—Cálmate —susurró—, esto es una redacción.

Sonia miró a su alrededor y vio que los pocos compañeros que había en la sala la estaban mirando. Suspiró con agresividad y volvió a girar en su silla. Dirigió sus ojos a la pantalla y se dijo que no los despegaría aunque Hugo, con su particular andar con los pies girados hacia fuera, como un pato, se acercara lentamente a su espacio personal.

—No digas esa palabra. Lo que estás haciendo no es un publirreportaje. Aquí no se hacen publirreportajes. Somos periodistas.

Sonia quiso seguir tecleando pero no pudo. Hugo estaba demasiado cerca. Se le habían bloqueado las manos sobre el teclado. Hugo dio un paso más y aproximó su cara a la pantalla; tanto se acercó que su cadera rozó el hombro de Sonia, que lo

rechazó con un respingo.

—¿Qué haces? —dijo Sonia—. No me toques.

Lo dijo especialmente alto, y en un tono confrontativo, para que todo el mundo la oyera.

—¿Qué? —preguntó Hugo con una sonrisa tonta.

—Que no me toques, por favor —dijo más alto.

Hugo vio que ahora todos le miraban, así que, disimulando la incomodidad, se dio la vuelta y trató de arreglar de nuevo la impresora.

Cerró la puerta y el chasquido del pestillo anunció el final del día. El piso todavía olía a pintura, y aunque le daba vergüenza admitirlo, a Sonia le gustaba eso. Le gustaba vivir en una casa recién reformada, amueblada con maderas limpias que acababan de salir del almacén de Ikea más cercano. Le gustaba dejar caer las llaves dentro de un bol de cerámica en la entrada, colocado ahí con el único fin de guardar las llaves; y, por encima de todo, le gustaba vivir sola en su propio piso.

Lo único que no le gustaba era que no era su propio piso, sino de su padre. Uno de tantos que poseía a través de su fondo de gestión inmobiliaria. El término «gestión» le gustaba más a Sonia que «inversión». «Inversión inmobiliaria» sonaba a especulación, a capitalismo. A desahucios.

Había escuchado que el setenta y cinco por ciento de las casas que se adquirían en España se compraban a tocateja, sin hipoteca; o lo que es lo mismo, los ricos estaban comprando todas las casas, provocando una grave crisis de la vivienda, que acababan pagando los jóvenes. Se lo había escuchado a Eduardo Garzón, uno de sus economistas y creadores de contenido favoritos. Seguir a economistas como Eduardo le había hecho dudar de si era ético

aceptar el piso de su padre. Pero Sonia no quería compartir piso. Le gustaba ese privilegio. Vivir sola, sin ninguna compañera que la molestara. O la juzgara.

Se consolaba pensando que, si bien era una privilegiada en ese aspecto, lo suplía pagando una suscripción de 9,99 euros al mes en el canal de Eduardo Garzón, apoyando así su causa.

Pasó por la cocina y puso el agua a hervir. Era un piso pequeño, con la cocina y el salón integrados en el mismo espacio, separados por una isla en la que había dejado una botella de ginebra. Su idea era ir llenando la isla poco a poco de licores para poder ofrecerle una copa a sus invitados. Pero todavía no había tenido invitados.

Se sentó en el sofá ESKILSTUNA de tapiz color beige recién comprado, daba gusto tocarlo. Y se quedó pensativa con un cuaderno y un bolígrafo en la mano. Se dio unos golpecitos con el bolígrafo en la sien hasta que empezó a escribir mientras dictaba en voz alta.

—O sea, ¿los *onvres* en el trabajo…? —hizo especial hincapié en la incorrecta pronunciación de la palabra hombres—, ¿hay algo más horrible que un *onvre* que, por ser mujer, se cree con el derecho a…? ¡No! Mierda —cortó. Borró una palabra del cuaderno y volvió a empezar—. O sea, ¿los *onvres* en el trabajo…?

Siguió perfeccionando el guion hasta que el agua entró en ebullición. Entonces se levantó y se dirigió a la cocina, abrió una estantería medio vacía, sacó uno de los cinco envases de fideos instantáneos y lo colocó sobre la isla. Abrió la cubierta de aluminio hasta la mitad, extrajo la bolsita con las especias y edulcorantes y la tiró a la basura. «Eso es malo», se decía. Le resultaba más cómodo que decir «eso engorda».

A Sonia no le importaba cumplir con los cánones impuestos por una sociedad heteropatriarcal, aunque lo hacía (más o menos).

Había pensado mucho en los cánones en el último año. Sobre todo hasta el día en el que entró a quirófano y salió con cinco mil euros de silicona en cada teta. Se lo había hecho el mejor cirujano de Navarra. Nada extravagante, una copa C que solo unos ojos expertos podrían identificar. El secreto estaba en que los pechos se separasen entre sí, eso le daba un toque de naturalidad. «El error que cometen las actrices de Hollywood es pedir dos tetas grandes y firmes y que queden pegadas la una a la otra. Eso no existe. Los cirujanos buenos no hacemos eso», le había dicho el doctor Aránzazu, amigo de su padre. También le había dicho que cuando las tetas están bien hechas solo se puede notar la intervención por cómo sobresalen los pechos en el exterior, hacia las axilas. Un pequeño bulto firme.

Por eso y por las cicatrices, claro, pero a Sonia nadie se las había visto. Aún.

Tampoco tenía ninguna prisa. Prefería terminar de pagárselo a su padre, ya que él había puesto los diez mil euros iniciales, y ahora ella iba a devolvérselo con lo que ganara en el periódico.

Eso se dijo a la par que vertía el agua sobre los fideos instantáneos. Mientras los dejaba sobre la isla para que se templasen, sacó un aro de luz que tenía la función de iluminar y a la vez sujetar el iPhone con un pequeño trípode. Lo colocó sobre la isla y buscó una buena toma para que se viera el salón de fondo: pequeño, austero, de clase obrera. Del Ikea.

—¿O sea, los *onvres* en el trabajo? ¿Hay algo peor que un hombre, que solo por el hecho de ser hombre y tú una mujer, se piensa que ya es como tu jefe? —cambió a un tono sarcásticamente cariñoso—: Eh, José Antonio, te pagan lo mismo que a mí, tienes exactamente el mismo contrato que el mío, ahórrate el *mansplaining*.

Pausó un segundo para comprobar cómo se veía en el plano. Se acomodó la camisa para ajustar el escote hasta que se vio guapa y continuó con el discurso. Después de varias tomas cogió el teléfono y los fideos instantáneos para editar el TikTok con una mano mientras cenaba con la otra. También encendió el televisor, aunque no lo miró ni le prestó atención en ningún momento. Era solo ruido para acompañar. Como un amigo invisible.

Subió el vídeo a TikTok y recargó la aplicación compulsivamente hasta que vio el primer like. Y el segundo. Y el tercero.

Y luego se dejó llevar por el contenido de TikTok. El algoritmo le mostraba hombres sin camiseta, moteros, gymbros y negros bailando bachata. Lo mismo de siempre, a excepción de un extraño vídeo. Decía: «Cómo saber si eres un hombre sigma».

«1. Eres introvertido».

Sonia deslizó y pasó al siguiente vídeo. Ella no era un hombre así que no le podía importar menos saber si era un «hombre sigma» o no, pero a partir de ese vídeo el algoritmo de TikTok comenzó a llevarla hacia un mundo hasta entonces desconocido para ella.

Un joven al que en los comentarios le llamaban Pelobrókoli, haciendo referencia a su estilo de peinado, ofrecía a otros sigmas consejos para aguantar treinta días sin masturbarse.

Otro vídeo en el que no hablaba Pelobrókoli, sino una voz creada con inteligencia artificial, enseñaba a ligar en la calle como un sigma. Lo llamaban *day game* y consistía en abordar a una mujer en plena calle e intentar conseguir una cita.

Deslizó y apareció un hombre que a Sonia le pareció guapo. Con bigote, corte militar y mandíbula cuadrada. El hombre extendió una mano a cámara, y cuando la abrió, enseñó una pastilla de color verde.

—Tómate la *greenpill* —dijo—. Únete al Club Sigma.

Sonia guardó la publicación.
Solo por motivos periodísticos.

3

Simp/simpear:
(Sustantivo/verbo, argot).

1. Hombre que muestra una devoción o atención excesiva hacia una mujer, especialmente de forma percibida como innecesaria o humillante, con la intención de ganarse su afecto o aprobación. Es un comportamiento carente de dignidad.
   Ejemplo: «Ese tío es un simp, siempre está donando suscripciones a Abby en Twitch».
2. Realizar actitudes o comportamientos serviles o sumisos hacia una mujer, vistos como un intento desesperado de ganar su favor.

—¿Quieres pimientos, Pedro? —preguntó su padre.

Pit no respondió. Estaba sentado a la mesa, justo al lado de su padre, pero su cabeza vagaba por otro lugar. Sus ojos fijos en el móvil. Estaba leyendo algo.

—Pedrito, nada de teléfonos en la mesa —dijo su madre con una voz rasgada pero cálida.

Le acarició un hombro con la mano mientras dejaba un plato con patatas fritas sobre la mesa. Cuando se sentó, hizo un gesto de

dolor, pero lo disimuló. Pese a su piel emblanquecida y el pañuelo que escondía su cuero cabelludo, la madre de Pit siempre tenía una sonrisa para mostrar a su marido e hijo.

Pit hizo caso omiso a la advertencia, y por un momento su madre pensó en dejarlo pasar. No sabía cuánto tiempo le quedaba, pero desde luego no quería malgastarlo discutiendo con su hijo.

—¿Tan interesante es? —preguntó la madre.

—Estará chateando con la novia —dijo su padre.

—¡No tengo novia! —exclamó Pit mientras su padre se reía.

—Vamos, deja el móvil, Pedrito —repitió su madre a la par que le echaba una ración de patatas fritas en el plato.

—No sabéis lo que ha pasado… —dijo Pit indignado—. ¿No habéis visto lo de Lamine Yamal?

La madre miró al padre en busca de respuesta, y este asintió.

—El futbolista de la selección española.

—¡El que marcó el gol que nos dio el mundial! —corrigió Pit.

Su padre se encogió de hombros y sonrió a su mujer. Estaban acostumbrados a sus obsesiones.

—Pero, bueno, eso es lo de siempre —dijo su madre—. Gana España el Mundial y todo el rato las televisiones hablando del tema, como si no hubiera cosas más importantes en el mundo. Y mientras tanto, los palestinos muriendo en la Franja de Gaza…

—¿Qué palestinos? ¡Calla, mamá! —Pit se frustraba fácilmente cuando estaba con su madre—. Lo de Lamine Yamal ha sido tremendo. Resulta que se había echado una novia que es normal. O, bueno, parecía normal.

—¿Qué es una chica normal? —dijo su madre en un tono más bien de reto, para ver hasta dónde llegaba su hijo.

—Pues normal. Que no es influencer ni nada. Una tía sin más. O eso parecía. Lamine la llevó a todos los partidos, a Inglaterra, a

Alemania, a la final en París… Y hasta se sacó una foto con la copa del mundo, la muy… —Pit se puso freno. Iba a decir «la muy zorra», pero bastó una mirada de su madre para que no lo hiciera—. Bueno, pues la angelita, la tía normal, resulta que era una súcubo de tres pares de cojones.

—Esa lengua —dijo su padre, aunque estaba más concentrado en cortar un filete.

—Nada, dos semanas después de ganar el mundial, aparece la tía en un live de TikTok de un chaval. Un niñato de estos canis catalanes que llevan todos el mismo pelo. Entonces uno les escribe un comentario diciendo que qué crack el primo de no sé quién. Así que el del live enfoca al primo, ¿y sabéis qué se ve?

—¿Al Yamin ese? —preguntó su madre confundida.

—¡La tía! ¡La novia de Lamine Yamal estaba sentada encima del primo tonto ese!

—¿Estaba sentada? ¿Eso es todo?

—¡Sentada, mamá! Poniendo su culo ahí, como una guarra.

—Esa lengua —dijo su padre otra vez.

—Pero si solo estaba sentada… Pobre cría, la que le estará cayendo en las redes —se lamentó su madre.

—¿Pobre cría? Cómo se nota que tú también eres mujer. En fin. Todas iguales. Si le van a hacer eso al jugador revelación de la selección… Un chaval que ha pasado a la historia del fútbol español… ¿Qué no van a hacernos a los demás? Súcubos.

—¡Bueno, ya está bien! —Su padre reaccionó bruscamente.

Pit ni siquiera los miraba a la cara. La madre levantó las manos con un gesto que buscaba la calma. También trató de decir algo, pero la voz le falló. No era la primera vez que le pasaba desde que estaba en quimioterapia.

—Que os den por el culo —dijo Pit. Y se marchó a su habitación

mientras susurraba—: Zorra.

A su madre le salió una lágrima. Tenía un miedo irracional a morir en cualquier momento y que ese momento fuera uno en el que no estuviera bien con su hijo. No por ella, sino por Pit. Ella siempre estaba bien con Pit, pero no era recíproco. Cuando llegó a la adolescencia su hijo se convirtió en alguien agresivo, y no había dejado de serlo hasta sus veinte años. El único consuelo que le quedaba era que, al menos, solo era agresivo con ella.

—Eres ridículo.

Escribió su dueña en el chat. Pit miró en su mesita de noche y comprobó que ahí seguía el rollo de papel higiénico. Apagó las luces de su habitación y se bajó los pantalones acomodándose en su cama.

—Diosa, ¿me dejas seguir dándote mi dinero? —escribió.

—JAJAJAJAJA —respondió ella.

Pit agarró su pene, ya erecto por la respuesta, y empezó a jugar con él.

—Eres muy patético, joder —siguió ella.

Y Pit se excitó más.

—Por favor, eres mi diosa —escribió con una mano—. Déjame pagarte tributo. Te lo ruego. Haré lo que quieras.

—JAJAJAJAAJAJAJA —respondió ella.

—Eres lo mejor de este mundo. Te lo imploro —escribió Pit.

—Lo sé —dijo su ama.

Pit contrajo los músculos y aceleró.

—Venga, tribútame.

Los ojos se le dieron la vuelta y se tornaron blancos.

—Gracias, mi diosa —escribió rápidamente.

Y abrió la aplicación del banco y le hizo una transferencia de

treinta euros.

—De todos mis sumisos financieros, tú eres mi favorito. Toma, un regalo.

Su ama le mandó una foto. No era explícita. Se veía su cuerpo en lencería y estaba cortada justo a ras del cuello. Pit se corrió al instante.

Y se durmió.

4

Chad:

(Sustantivo, argot incel).

1. Hombre arquetípico que se considera extremadamente atractivo, carismático y exitoso en aspectos sociales y románticos. Es popular, musculoso y siempre está rodeado de stacys.
2. El hombre de una stacy.

Cincuenta metros cuadrados de tatami azul, paredes blancas y dos columnas de hormigón que estorbaban a los ocho hombres que se lanzaban puñetazos al ritmo del maestro que gritaba: «¡ich!, ¡ich!, ¡ich!».

Era el gimnasio de Krav Maga en el que Daniel Robles entrenaba los martes y los jueves de ocho a nueve. En realidad era un gimnasio de pesas comercial, el Gladiator, pero habían habilitado una sala de artes marciales para que los ingenieros, abogados y comerciales se sintieran como Conor McGregor.

Daniel Robles se sentía como Ted Bundy.

«¡Ich!, ¡ich!, ¡ich!», repetía el entrenador. Y el compañero de Daniel lanzaba tres puñetazos directos que se estrellaban en sus manos abiertas que ejercían de diana.

—No estás estirando el brazo —corrigió Daniel.

«¡Ich!, ¡ich!, ¡ich!», volvió a gritar el entrenador, y el compañero golpeó tan fuerte que hizo retroceder a Daniel. Pero negó con la cabeza.

—No estás metiendo la cadera —corrigió.

«¡Ich!, ¡ich!, ¡ich!», gritó de nuevo el maestro, y, esta vez, el último puñetazo del compañero atravesó la guardia de Daniel e impactó en su nariz.

—¡Es que no lo haces bien! —se quejó Daniel, desesperado.

Se puso una mano bajo la nariz para ver si estaba sangrando y se alivió de que no fuera así. El compañero se acercó con la intención de tocarle un hombro.

—Lo siento —dijo preocupado.

Pero Daniel se apartó y le dio la espalda.

—«Lo siento» no, ¡es que no lo haces bien!

—¡Vale, chicos! —cortó el maestro a toda la clase—. Bien trabajado. Poneos casco y bucal, terminamos con un sparring.

Daniel asintió. Todos los alumnos salieron del tatami en silencio y se dirigieron a la entrada, donde guardaban sus bolsas de deporte. Empezaron a ponerse las protecciones.

—Yo todavía no tengo casco —dijo el compañero de Daniel—. Pero… Bueno… Estoy muy cansado, creo que no voy a hacer sparring.

—No te preocupes —sonrió Daniel con malicia—, yo tengo dos.

Por la estrechez del tatami y por las dos columnas que ponían en peligro a los alumnos —uno podría caer y abrirse la cabeza contra la esquina del pilar—, el maestro de Krav Maga tenía la costumbre de sentar a todos sus alumnos y sacarlos a pelear pareja por pareja. Así aprovechaba para dar lecciones tanto a los que peleaban como a los que observaban. Daniel y su compañero fueron los primeros en

levantarse para luchar. Se colocaron el uno frente al otro, a una distancia segura de dos metros y separados por el entrenador.

—En guardia —dijo mientras levantaba la mano.

Miró a Daniel. Movía el cuello como si quisiera sacarse una taba. Miró al compañero. Era una cabeza más bajo que Daniel, y aunque estaba encorvado por los nervios, tenía la espalda algo más ancha. Tragó saliva.

—¡HEEICH!

Junto con el grito, el maestro bajó la mano y se hizo a un lado para dar comienzo al combate. El compañero empezó a moverse en círculos con el tronco adelantado y las manos levantadas. Las movía como si estuviera pedaleando un rodillo. Daniel no dudó. Entró recto como un toro y lanzó dos puñetazos directos a la cabeza de su oponente. Este pudo esquivarlos por los pelos y siguió girando a su alrededor.

—Contrólate, Daniel, vas demasiado fuerte —le dijo el entrenador. Hablaba con la voz calmada incluso para aleccionar a los estudiantes.

Daniel volvió a entrar con un uno-dos, pero esta vez, el compañero lo detuvo con una patada lateral en las piernas. Fue una ejecución brusca, y su talón golpeó la rodilla de Daniel y esta se extendió de mala manera. Daniel se quejó con un aspaviento, aunque siguió peleando. Volvió a entrar con un uno-dos y su compañero lo detuvo con la misma técnica: patada lateral a la articulación.

—¡Cuidado con la rodilla! —se quejó Daniel.

—Sigue… —dijo el maestro.

El maestro le intentó quitar peso a la acción, pero Daniel se estaba enfadando. Tenía los puños cerrados bajo los guantes, en constante tensión, y los dientes prietos como si quisiera partir el bucal en dos.

Asintió con la cabeza. Era una amenaza clara a su rival. Volvió a entrar con un uno-dos, pero amagó, cuando el rival le lanzó una patada lateral se salió de la trayectoria y golpeó su pierna con otra patada. Entonces, entró con todo: un volado de derecha, un croché de izquierda, otro volado… El contrincante solo pudo hacerse un ovillo y, en el momento oportuno, lanzar un golpe sin mirar. Un puñetazo que alcanzó a Daniel en el ojo e hizo cesar su ataque.

—Bien defendido —dijo el entrenador.

—Me cago en Dios —dijo Daniel, y se lanzó de nuevo con un volado de derecha con la intención de segar la cabeza de su oponente.

Entonces le volvió a frenar con la técnica del principio: patada lateral a la rodilla.

—¡Eso no vale! No se puede atacar la rodilla así.

Cuando se quejó abandonó la guardia y el maestro tuvo que dar un paso adelante para tranquilizarlo. El compañero pidió disculpas, aunque no sabía si debía hacerlo o no.

—Claro que vale, Daniel —dijo el maestro con su calma—. Esto es Krav Maga. Aquí vale todo.

Daniel le dio la espalda a su maestro, hizo un aspaviento, bufó y negó con la cabeza. Dio una vuelta en círculo y vio que su compañero había aprovechado el momento para beber un trago de agua. Estaba exhausto, bebiendo como si acabara de atravesar un desierto.

—¿Todo vale? —preguntó Daniel.

—Pues claro —dijo el entrenador, cansado de la actitud de su alumno.

Daniel echó a correr. En cuatro zancadas llegó hasta su compañero, que seguía bebiendo, y le dio un puñetazo directo a la nuez. El muchacho no pudo reaccionar; perdió el equilibrio, la botella

salió volando y el agua se esparció por todo el tatami. Justo antes de caer al suelo, Daniel le remató con un rodillazo en el cráneo. Para cuando tocó el suelo la consciencia ya lo había abandonado.

Daniel estaba sentado en el vestuario. A su lado se había generado un espacio vacío porque ningún otro alumno quería acercarse demasiado a él. Se quitó la camiseta y se levantó al lavabo a mirarse la cara. Tenía el ojo morado, algo hinchado. Lo inspeccionó e imaginó qué color cogería para el día siguiente. Le daba un aspecto peligroso. Luego sacó pecho y contrajo los abdominales.

Volvió a sentarse para desenrollarse las vendas de las manos. Para entonces ya casi todos se habían marchado, y los que quedaban se fueron cuando el maestro entró. No se sentó. Se cruzó de brazos y se paró frente a Daniel.

—Tenemos que hablar.

—Sé lo que me vas a decir —soltó Daniel sin levantar la vista del vendaje—, que voy un poco fuerte y debería ir más «a marcar». Pero a veces también hay que entrenar fuerte. Para aprender bien.

El entrenador lo miraba atónito.

—Acabas de causar una conmoción cerebral a un chaval que lleva dos semanas entrenando.

—A mí también me zurraron cuando empecé —se quejó Daniel.

—No mientas —el maestro levantó la voz y le señaló amenazante —. Ya estoy harto de que vengas a hacer de las tuyas. Tu actitud está comprometiendo el grupo.

—¿Mi actitud?

—Quiero que te vayas. Búscate otro gimnasio. —El entrenador se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida—. O apúntate a yoga, te vendrá bien.

Esa última frase fue una humillación para Daniel, que no daba

crédito a lo que estaba escuchando.

—¡Pues devuélveme el dinero! ¡He pagado todo el mes!

Fue todo lo que se le ocurrió. Terminó de desenrollarse las vendas bruscamente y las lanzó dentro de la bolsa de deporte.

—Qué, te han dado, ¿eh? —dijo su madre con el mayor de los desprecios.

Daniel miró al suelo.

—Yo también he dado —dijo.

—Ya.

El salón estaba inundado por el humo denso de un puro, y olía a consecuencia. La madre de Daniel estaba sentada en su butaca, como de costumbre, cubierta con una vieja manta de color marrón y alumbrada con la poca luz que emitía un televisor de tubo del año dos mil. Su nariz afilada generaba una sombra en el pómulo que tapaba las manchas de la vejez. A Daniel no le gustaba mucho estar con ella, por eso dio por concluida la conversación y se giró para dirigirse a su habitación.

—Nunca has sido bueno en los deportes. Déjalo antes de que te hagan daño de verdad.

Para Daniel esas palabras eran rutina. A su madre no le preocupaba que le hicieran daño, solo quería recordarle que nunca había sido una persona capaz. Era un producto defectuoso. Lo había detectado desde que Daniel era un niño. Todos lo habían detectado, según ella. Los demás niños, los profesores, su padre.

Daniel se encerró en su habitación y pasó más de una hora jugando con una lámpara de luz cálida para sacar una selfi perfecta. Una foto en la que se acentuaba su ojo morado y que subió a Instagram con el siguiente texto:

> Los tiempos difíciles crean hombres fuertes, los hombres fuertes crean tiempos fáciles, los tiempos fáciles crean hombres débiles, los hombres débiles crean tiempos difíciles. #warrior

Tras subir la foto, se preparó un batido de proteína y monohidrato de creatina, y regresó a su habitación para seguir leyendo el libro de Jordan Belfort, *Way of The Wolf*. El libro hablaba del método de venta desarrollado por Jordan Belfort, también conocido como El lobo de Wall Street.

En él, el autor explicaba los trucos de venta que había utilizado para convertirse en el célebre multimillonario que es hoy en día.

> Actúa como si fueras un hombre rico, ya rico, y te harás rico. Actúa como si tuvieras una confianza inigualable y la gente confiará en ti. Actúa como si tuvieras todas las respuestas y las respuestas te llegarán.

Daniel trató de concentrarse en el texto. Sus ojos pasaban sobre las palabras, bajaban de fila en fila, parecía que leía, pero no lograba procesarlo. Su mente estaba en otra parte, divagando en un recuerdo. Volvió a vivir la escena donde su jefe le decía que no servía para vender, que con eso se nacía. O sirves o no sirves.

Intentó deshacerse del pensamiento y volver a centrarse en las palabras, pero no pudo. La imagen del viejo jefe se le aparecía sin descanso: su desprecio, los comerciales hablando por teléfono como si tuvieran unas cualidades de las que él carecía, y el café; el sabor del café de cápsula colombiano en taza de cerámica invadió su mente. Era imposible leer, así que dejó el libro y sacó el móvil. En Instagram siempre podía encontrar algo que calmara sus nervios.

Primero examinó su última foto. Ya tenía siete likes, incluidos el de

Pit y el de Lucía, aunque esta última lo hubiera hecho, probablemente, con cierta ironía y al día siguiente seguro que le hacía algún comentario. Tras recargar un par de veces y comprobar que no llegaban más likes, navegó por la sección de publicaciones y dejó que el algoritmo le descubriera aquello que estaba buscando.

En la pantalla apareció un fotograma de Leonardo DiCaprio en la película *El lobo de Wall Street*. Estaba lanzando billetes desde la cubierta de un yate, y una frase escrita decía: «Les voy a decir algo. La pobreza no tiene nada de noble. He sido rico y he sido pobre y ser rico siempre es mejor».

Siguió deslizando y vio publicaciones con imágenes de consejos financieros, vídeos de Elon Musk con la canción *Gangsta's Paradise* de fondo, Thomas Shelby fumando cigarros y caminando a cámara lenta… Y vio a Christian Bale, interpretando a Patrick Bateman en la película *American Psycho*, en un vídeo musical donde entrenaba en casa, hacía yoga, una rutina de tratamiento facial, y una frase decía: «Like si eres un hombre sigma». Daniel siempre había pensado que tenía cierto parecido a Christian Bale, así que le dio like. No lo hizo porque él fuera un hombre sigma. Tampoco porque no lo fuera. En ese momento, Daniel Robles no sabía lo que era un hombre sigma, aunque eso, claro está, estaba a punto de cambiar.

Un mensaje directo de Instagram le llegó de forma inesperada. Un usuario desconocido llamado Frank Stiller le había mandado dos mensajes. Decían lo siguiente:

> Hey! Buenas, he estado echando un vistazo a tu perfil y me ha molado lo que he visto. Me parece que eres un tío diferente a los demás, con las cosas claras y que quiere hacer algo más que ver la vida pasar. No solemos invitar a desconocidos pero creo que tú te lo mereces. Este sábado va a haber una reunión del Club Sigma y creo que podrías encajar. Ahí vas a encontrar a gente

que es como tú: emprendedora, ambiciosa y diferente

Palacio Baluarte, sábado a las 19h

—No me van estas frikadas —dijo.

Entró en el usuario de Frank Stiller y le decepcionó encontrarse con que tenía la cuenta privada. No podía ver sus fotos, vídeos ni historias, tan solo una foto de perfil en miniatura en la que apenas se distinguían las facciones de un hombre que posaba junto a un Lamborghini verde.

Así que le dio a seguir y cerró los ojos para dormir.

5

Bluepill:
(Sustantivo, argot sigma).
1. Creencia que acepta las dinámicas falsas de la masa sobre relaciones y roles de género, donde lo importante es la personalidad o el esfuerzo ignorando la relevancia del dinero y el estatus.
   Ejemplo: «Ese chad es un puto *bluepill* porque le interesa».

Toda la plantilla se había reunido en la redacción, como cada mañana, para planificar la editorial del día. Javier presidía el encuentro con aplomo y todos le escuchaban con atención. Pese a tener solo treinta años, había llegado al puesto de director por méritos propios.

Era un jefe joven pero respetado, tal vez por su voz de tenor, tal vez por su barba de tres días, o tal vez por la herida de metralla que había recibido como corresponsal de guerra en Ucrania. Nunca hablaba del tema pero todos conocían la existencia de la herida. Eso le daba un toque misterioso.

—Hoy es la inauguración del centro comercial en la calle Cordovilla. Sonia, lo cubres.

—Tengo un contacto en la asociación de vecinos, le puedo

entrevistar —dijo Sonia. Javier la miró con cara extrañada. Como si no supiera por dónde iba—. Por lo de las protestas del año pasado. Se deshicieron de una plaza y derribaron todos los árboles para construir el centro. Los vecinos se reunieron para manifestarse.

Sonia buscaba complicidad con la mirada, pero ninguno de sus compañeros abrió la boca. Javier se limitó a fingir una sonrisa compasiva y a negar con la cabeza.

—Hicieron un grupo de Facebook para quejarse por cuatro árboles, eso no es noticia —dijo Javier.

—Bueno, habría que ver por qué el Ayuntamiento hizo esa concesión a la constructora, y quién está detrás —insistió Sonia. Había cruzado los brazos y la piel de su cara se había enrojecido.

Javier negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Solo cubre la inauguración. Entrevista a algún comerciante, alguna señora que vaya de compras. A jóvenes. Mete a algún joven, eso es importante.

Sonia se tuvo que resignar y aceptar el encargo de Javier. Al fin y al cabo, él era el jefe, y ella la periodista con menos experiencia de la redacción. Lo que no quitaba que pensara que sus compañeros se habían acomodado, que no mostraban ningún tipo de vocación por el periodismo y que, por más experiencia que tuvieran, poco podían aportar al periódico con esa actitud. Ella, sin embargo, tenía esa ambición que solo se ve en jóvenes con una pizca de talento y un saco entero de ego.

Cuando terminó la reunión, Sonia siguió a Javier hasta su despacho. Él no la vio. Cruzó el pasillo que no había pisado hasta entonces. Era una de esas ocasiones en las que la curiosidad vence a la cautela, y cuando llegó al despacho de Javier, tocó la puerta y entró.

Javier se sorprendió porque Sonia no había esperado un «pasa» antes de entrar. Estaba sirviéndose un café directamente de un termo que guardaba en su despacho. Era uno de esos metálicos, como los que llevan los montañeros o los militares en sus mochilas técnicas. Un termo técnico.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras adoptaba una postura entre sentado y de pie, con el culo apoyado en un lado de la mesa de madera.

—Quiero proponerte una cosa.

Sonia se mordió el labio inferior. Un tic nervioso. Javier asintió con la cabeza y ella cerró la puerta tras de sí.

—Creo que tengo un reportaje. He estado investigando a un grupo, es como una secta en la que solo entran hombres. Se llama Club Sigma.

—Un club de hombres.

—Todavía no sé exactamente a qué se dedican. —Sonia se acercó para enseñarle su teléfono. Tenía capturas de pantalla—. Mira. Tienen un discurso muy marcado sobre la masculinidad y sobre lo que ellos llaman el hombre sigma. Hay mucho desprecio hacia otros hombres, y mucho machismo también.

—¿Eso no es de una película? —Javier agarró el teléfono por encima de la mano de Sonia.

—Han cogido a diferentes personajes del cine como modelos. Ese es un psicópata.

—*¡American Psycho!* —recordó orgulloso Javier—. Christian Bale estuvo tremendo en esa película. ¿La has visto?

Sonia no respondió. No había visto la película, pero sí un montón de TikToks de ese Christian Bale vestido de traje, matando personas, poniendo caras raras y haciendo ejercicio con una música extraña de fondo. Prácticamente, era como si la hubiera visto.

—Mira este perfil. Creo que es uno de los líderes del Club Sigma. ¿Ves esta foto? Es el hotel Tres Reyes y la subió ayer. Lo que significa que todavía estará por Pamplona.

Javier se alejó para darle un sorbo a su café.

—¿Y qué pretendes? Solo es un club de incels.

—¿Solo un club de incels? —Sonia se indignó—. Ese club es el reflejo del machismo inherente de la sociedad. ¡Es la razón por la que no podemos progresar en la igualdad real! Necesitamos un reportaje que nos sirva para concienciar…

Javier la detuvo con su sonrisa compasiva.

—Necesitamos un reportaje sobre el centro comercial.

A Sonia se le empezó a hinchar una vena en la sien. La impotencia que sentía porque la trataran como a una niña estaba llegando a su límite. Ella era una novata, vale, pero Javier no le sacaba ni ocho años. Hasta habían coincidido más de una vez en el mismo bar de copas.

—¿Se te olvidó el periodismo en Ucrania?

—¿Qué? —se rio Javier, incrédulo por semejante atrevimiento.

Pero no parecía ofendido. Javier era de los que no se ofendían fácilmente, o al menos, le gustaba aparentarlo.

—No sé… Ahora te dedicas a cubrir inauguraciones de centros comerciales y entrevistas a hosteleros, y cuando te pongo delante una historia de verdad, la rechazas.

Sin perder la sonrisa, volvió a apoyar el culo sobre el escritorio y se metió las manos en los bolsillos. Hablaba como un padre:

—Ese Club Sigma, ¿ha cometido algún delito?

Sonia se encogió de hombros.

—¿Delito? —respondió indignada.

—¿Han ejercido algún tipo de violencia real sobre alguien? —enfatizó la palabra «real», como si pensara que Sonia entendía por

violencia algunas cosas que otros no.

Ella se volvió a encoger de hombros.

—Bueno, los mensajes de TikTok se podrían considerar vio…

—Algún tipo de violencia REAL —levantó la voz Javier.

—No. Por aho…

—Entonces no es una historia para un periodista. Es una historia para un youtuber, o un influencer sensacionalista con ganas de conseguir visitas y seguidores para su canal de TikTok.

Sonia se ruborizó. No supo qué responder. Pero Javier continuó con su característica sonrisa compasiva.

—No te lo tomes a mal. No lo digo por ti. Quiero que sepas que yo defiendo la independencia del periodismo y el derecho a la libertad de expresión. A mí me parece fenomenal tu labor de activismo en redes sociales, pero esto es un periódico local. Y tenemos que cubrir la inauguración de un centro comercial.

Javier se sentó, esta vez en su silla, y dio por zanjada la discusión. Y Sonia salió del despacho más roja que un tomate.

El nuevo centro comercial se encontraba en las afueras de la ciudad, en un polígono industrial donde, hasta entonces, solo había un Leroy Merlín, un Ikea y un par de talleres mecánicos. El Ayuntamiento de Pamplona había acordado modificar el recorrido de una de las líneas de autobuses para que los ciudadanos pudieran ir a hacer compras, al cine o a los restaurantes del nuevo centro.

—Hay muchos intereses ocultos detrás de este chiringuito —dijo Sonia mientras contemplaba el enorme edificio de tres pisos (y dos subterráneos) desde el asiento del autobús.

—Seguro que sí —dijo la señora de origen ecuatoriano que viajaba en el asiento de al lado.

Unas diez personas bajaron en la parada del centro comercial.

Jubiladas, casi todas ellas. Era de esperar un lunes por la mañana. En el interior del edificio también resultó ser la más joven. Todo el mundo se había congregado en un espacio vacío del centro, cerca de las escaleras mecánicas, rodeados por un Zara, un H&M y un pequeño local de productos de CBD.

El alcalde, varios concejales y un par de empresarios, todos con trajes, dieron una charla y utilizaron conceptos como «impulsar la economía» o «generación de empleo». Sonia sacó fotos con su iPhone y sonreía con ironía cada vez que tomaba un apunte en su libreta.

Cuando se acabaron los discursos y las sonrisas artificiales, el gentío se desvaneció, las tiendas abrieron y Sonia decidió que era hora de hacer periodismo. Periodismo de verdad. Vio a los compañeros de otros periódicos hacer cola para conseguir unas palabras del alcalde, pero el periodismo, para Sonia, no era hacer de vocero de ningún político. Su trabajo estaba con el pueblo, con el comerciante, con el jubilado… Quería hacer una aportación real.

Como cuando Carles Tamayo se infiltró en una estafa piramidal y salvó a miles de jóvenes a quienes habían secuestrado con sus métodos coercitivos. O como cuando Rocío Vidal expuso la organización sectaria de un influencer y alertó a millares de adeptos que le estaban dando todo su dinero a cambio de consejos vacíos sobre cómo levantarse pronto y entrenar. Un periodista de verdad es capaz de salvar vidas con su trabajo, y Sonia no salvaría ninguna vida entrevistando a un alcalde. Ella estaba con el pueblo.

—¿Ha sido complicado abrir este local? —interrogó Sonia, grabadora en mano.

La grabadora del iPhone.

—Emprender siempre es difícil. Ya sabes, tienes que arriesgar capital, comprar producto… Y luego no sabes si te va a ir bien o no.

Y te vaya bien o mal, tienes que pagar impuestos… —dijo el comerciante. Un joven de pelo largo, piercing en la nariz y no más de veinticinco años.

—Ajá —asintió Sonia—. Me refiero a si ha sido difícil conseguir este local, justo en este lugar del centro comercial. Es buen sitio, ¿no? En la entrada, junto a las escaleras mecánicas.

—Ah… Bueno, sí —sonrió el comerciante—. El local nos lo ha conseguido el padre de uno de los socios. Hemos empezado este emprendimiento entre tres compañeros de la uni, y el padre de uno tiene contactos —le guiñó un ojo a Sonia—. Yo me especializo en producto. ¿Sabes lo que es el CBD? Tenemos de todo, cremas para la piel, antiinflamatorios, aceites… Y por supuesto unos buenos cogollos, ja, ja, ja —se rio.

Sonia le devolvió una sonrisa incómoda.

—¿Fumas? —preguntó el comerciante mientras dejaba sobre el mostrador una caja con más de diez variedades de cogollos de marihuana separados en botes de cristal.

—No.

—Entonces aceite —dijo el comerciante, y se movió por la tienda hasta encontrar un botecito de color negro—. Este es un aceite específico para mujeres que empiezan a entrenar. Ayuda con los dolores musculares, las agujetas, tiene efectos analgésicos… Cógelo, es un regalo de la casa.

Sonia lo cogió. Llevaba unas semanas viendo vídeos de rutinas para tonificar el cuerpo. Era primavera y pronto empezaría la temporada de shorts, biquinis y tops, así que pensó que ese aceite no le vendría mal.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué. Nos harás promo, ¿no? ¿En qué canal sale esto?

Sonia se le quedó mirando confusa, como si no fuera evidente que

ahí no había ninguna cámara, que era para un reportaje escrito.

—Era broma —aclaró.

—Ah, de acuerdo —resopló ella.

—Al menos eres guapa —dijo.

—¿Perdona? —respondió Sonia, algo desubicada.

No sabía por dónde iba el chaval, pero le estaba empezando a incomodar.

—Perdonada.

Sonia se indignó. Ya sabía lo que estaba ocurriendo. Ese chaval le estaba haciendo un *nega.* A Sonia le dio una arcada la primera vez que escuchó la teoría del *nega*, y le estaba volviendo a dar entonces, la primera vez que trataban de hacérselo a ella. Pensó en todas las mujeres que habrían sido manipuladas por esa moda misógina de internet.

Se le sonrojaron las mejillas de la rabia, pero intentó ser profesional.

—Muchas gracias por la entrevista. Me voy.

Sonia se dio la vuelta y, cuando estaba a punto de salir por la puerta, el chico le gritó:

—¡Espera! ¿Tienes Insta?

Sonia no respondió. Suspiró de cansancio y se marchó. Suspiró porque estaba harta de niños pijos como ese, que se dedicaban a utilizar técnicas de manipulación para ligar, o más bien, acosar, con cualquier mujer con la que se cruzaban.

En este caso el comerciante de CBD había utilizado lo que se conoce como un *nega.* Un cumplido que busca a su vez acomplejar a una mujer, para que esta termine buscando ser validada por su interlocutor. El tío la había llamado guapa y tonta a la vez. «(Eres tonta pero) al menos eres guapa». Y había usado ese tono condescendiente, de padre, que solo un hombre sería capaz de

utilizar con una desconocida. Un *onvre*, como diría Sonia.

Ese era un tema digno para un periodista de verdad. Algo que, como a ella, afectaba a millones de mujeres por todo el mundo. Miró atrás, al niño pijo del CBD. Vio cómo sacaba el teléfono, probablemente para acosar a alguna niña por Instagram, impune, y decidió que ya basta.

Basta de ortodoncistas y de centros comerciales.

Era hora de hacer una investigación de verdad. Tenía que infiltrarse en el Club Sigma, dijera Javier lo que dijera.

6

Cockblock:
(Sustantivo/verbo, argot).
1. Alguien, normalmente una amiga, que te arruina la oportunidad de avanzar con una chica. Es un bloqueo intencional que muchas veces se realiza por motivos de envidia o celos. Ejemplo: «La amiga gorda me hizo cockblock».

Cuando sonó la alarma del descanso, Daniel se apresuró a la máquina de café. Le había costado dormirse por el dolor y, sin embargo, se había levantado a las cinco de la mañana y realizado su rutina como cada día. Era un hombre diligente. Eso no significaba que fuera un hombre incansable; él se cansaba, como todos, pero para eso estaba el café.

El camino hacia el éxito es largo y no hay tiempo que perder.

La máquina de café era un aparato de la altura de Lucía, cerca de un metro sesenta, y en la parte superior mostraba unos botones analógicos con imágenes para elegir el tipo de café. Daniel seleccionó capuchino y le dio al botón de azúcar extra. Solía hacerlo cuando nadie miraba.

Mientras la máquina trabajaba, una pequeña hilera de luces en la parte superior de los botones indicaba el progreso del café. En ese

momento llegó Lucía e introdujo una moneda en una de las máquinas de vending del lugar. Seleccionó un bollo de chocolate y recogió su almuerzo con la mirada desviada hacia Daniel, maquinando, como siempre, con esa sonrisa de serpiente entre los dos mofletes del demonio.

—Hoy estás bebiendo mucho café —dejó caer con una vocecita a la que se le escapaba la sorna.

—¿Me llevas la cuenta? —dijo Daniel con tono ofendido.

—Solo era por charlar.

Daniel se sentó en el banco de una mesa metálica, y Lucía hizo lo mismo pero en otra mesa. Todavía estaban lo suficientemente cerca como para hablar.

—¿Estás leyendo algún libro interesante? —preguntó Lucía con mala intención.

Había retirado la mitad del envoltorio del bollo de chocolate y conservaba la otra mitad para poder comer sin ensuciarse las manos.

—¿Qué más te da? —respondió Daniel—. Tú no lees.

—¿Lo dices porque yo no subo fotos a Instagram posando con un libro? Igual leo más de lo que crees.

—¿Me estás vacilando? —se encaró.

—Relájate, *warrior* —dijo Lucía, y siguió comiendo.

Pit llegó a la zona del café y se dirigió hacia Daniel sin esconder su curiosidad. Se acercó a su cara y examinó su ojo.

—Lo vi en Instagram, ¿duele?

Daniel tenía el ojo morado. En concreto, tenía la parte superior de la ceja derecha de color azulado, y por abajo se veía hinchado y más oscuro. El ojo también mostraba una vena roja, explotada probablemente, que impresionaba bastante en persona.

Se encogió de hombros con fingida humildad antes de responder:

—Solo cuando parpadeo. Es el pan de cada día cuando practicas deportes de contacto.

—Guau —dijo Pit—, ¿has ido al médico?

—Solo es un ojo morado —respondió como si fuera un bombero acostumbrado a las quemaduras.

Pit asintió y se dio la vuelta para comprar algo en la máquina de vending. Lucía observaba la escena desde su atalaya con la máxima atención, preparada en todo momento para sacar a pasear su lengua bífida. Pit compró en las máquinas una Coca-Cola y una bolsa de patatas y se sentó al lado de Daniel, que juzgaba su almuerzo con la mirada.

—¿En qué habíamos quedado? —le reprochó—. Tío, mírate. Estás gordiflaco. Si no haces dieta las tías nunca se fijarán en ti.

—Ayer salí a correr, me lo he ganado —dijo Pit.

Sonó algo ilusionado, como si fuera un hito importante en su rutina.

—No es así como funciona —dijo Daniel—. En la vida hace falta equilibrio: hay que trabajar la mente y el cuerpo. Solo cuando te desarrollas física y psicológicamente te conviertes en alguien atractivo para las mujeres.

Lucía fingió que ahogaba una risita que llamó la atención de Daniel y Pit. Cuando la miraron, esta le dio un mordisco al bollo y trató de hacerse la distraída.

—¿Te pasa algo? —preguntó Daniel.

Lucía movió la cabeza a un lado y a otro.

—No sabía que fueras un experto en mujeres —ahogó otra risita —. ¿Lo has aprendido leyendo un libro?

—No he dicho que fuera un experto.

—Ah, bien —dijo sin perder la sonrisa—, porque las mujeres no somos como aparece en los libros de ligoteo.

Daniel se apretó la nariz entre los dos ojos con el dedo índice y el pulgar, más cansado por Lucía que por no dormir.

—Yo no leo libros de ligoteo. Y, para tu información, yo soy una persona que tiene contacto físico, real, con mujeres —bajó la voz para hacerse el interesante—: Esta noche tengo una cita.

—¡Guay! —dijo Pit mientras le chocaba el puño.

Lucía se rio con sarcasmo.

—Sí, claro…

—Me da igual que me creas o no.

Y era verdad. Lo único que le importaba a Daniel en ese momento era someter a una mujer.

Daniel entró en el restaurante, recto y repeinado, oteó las mesas del fondo y, cuando vio a su cita sentada en una de las mesas de la esquina, saludó con una mano y una sonrisa. Fue un gesto decidido; no pareció algo natural, pero tampoco pareció nervioso. Lo había ensayado.

Habían quedado en un restaurante italiano, con mesas de madera, paredes rojas y olor a pasta. Los asientos eran bancos cuyas espalderas formaban paredes para otorgar un espacio más íntimo. Era un lugar para citas. Por eso lo había escogido Sofía, la joven de pelo rubio y ondulado que esperaba a Daniel. Ella se levantó de manera ceremonial y Daniel aprovechó para mirarla de arriba abajo. Era joven. Veintidós años, según le había contado, cuerpo esculpido en el gimnasio, una melena rubia que caía sobre sus hombros y unos labios que, según el criterio de Daniel, habían recibido algún tipo de tratamiento estético. Eso era lo que más le gustaba de ella: que estuviera dispuesta a mejorarse.

—¡Por fin nos vemos! —dijo Sofía con un tono alegre e incómodo.

—Por fin, en persona —dijo Daniel. Le dio un beso en la mejilla y

luego le sostuvo la mirada hasta que los ojos de ella cayeron al suelo. Era una mirada más tensa que confiada.

Se sentaron frente a frente y hubo un segundo de silencio, luego, ella se rio.

—Perdóname, es que estoy algo nerviosa —dijo mientras jugaba con el pelo.

—¿Es la primera vez que lo haces? —Daniel tomó las riendas.

—¿Tener una cita?

—Por Tinder —especificó Daniel.

—Sí, eso sí. Es la primera vez. ¿Y tú?

Daniel se rio de forma un poco exagerada.

—No. Yo he tenido unas cuantas —le guiñó el ojo.

Pero no dijo nada más, así que Sofía se imaginó que mentía y tragó saliva por la incomodidad.

El camarero interrumpió la conversación para preguntar qué querían beber. Daniel pidió agua y Sofía una copa de vino blanco.

—Bueno, dijiste que estabas estudiando, ¿no? —preguntó Daniel.

—Administración y Dirección de Empresas, en la uni —respondió Sofía.

—¡Genial! Es muy interesante.

Sofía asintió con la cabeza.

—A mí me encantan los negocios —continuó Daniel—. ¿Cuál es tu asignatura favorita?

Sofía bebió un pequeño trago de vino y dejó la primera marca del pintalabios rojo en la copa de cristal. Desvió los ojos hacia el techo, pensativa, buscando la respuesta. Cuando la encontró negó con la cabeza.

—No quiero decírtelo, vas a pensar que soy un poco rara —dijo.

—Estamos aquí para conocernos, ¿no?

Sofía bebió otro trago, esta vez uno más apurado.

—Me gusta todo lo que tiene que ver con el sistema bancario. Creo que hay un gran desconocimiento en esta sociedad de cómo funcionan los bancos.

Daniel asintió. Era fácil detectar la falsedad de su interés, pero Sofía no se dio cuenta porque ella misma azuzó sus ideas.

—Tenemos un problema de incultura financiera. La gente no entiende los productos bancarios, las hipotecas, los préstamos, los intereses… ¡Hay quien pide préstamos para irse de vacaciones! —Se dio cuenta de que se estaba emocionando y bajó la voz—. Creo que si la gente estudiara un mínimo…

—Yo llevo un tiempo pensando en meterme en algún negocio digital —cortó Daniel—. He estado investigando sobre *dropshipping*, FBA… Sobre todo, sobre la industria del *e-commerce*. ¿De eso habláis en la uni?

A Sofía se le quedó la boca medio abierta por el cambio de tema. Estaba a punto de articular un «no» cuando Daniel siguió hablando.

—Yo soy una persona ambiciosa. Lo confieso: soy culpable —levantó las manos como si se rindiera ante una pistola—. No puedo evitarlo, tengo espíritu emprendedor. Si no consigo un ascenso en el trabajo montaré mi propia empresa, no pienso trabajar siempre en una cadena de montaje. ¿Tú qué quieres hacer cuando termines la uni?

—Todavía no lo…

—Yo cuando tenía tu edad quería ser actor, como Brad Pitt. Claro que yo no fui a la universidad. Luego descubrí que lo de actuar no era para mí así que me dediqué a algo más realista.

Sofía jugaba con su copa, ya vacía, y cada vez más incómoda.

—Eso no significa que sea una persona conformista. Que quede claro, yo sigo creyendo en mí. Es solo que… todavía tiene que llegar el momento. ¿Conoces la ley de la atracción?

Daniel seguía hablando sobre él cuando el camarero trajo el primer plato; seguía hablando sobre sus proyectos futuros cuando retiró el primer plato y cuando trajo el segundo; y siguió hablando durante toda la noche hasta que el restaurante se vació y el camarero trajo la cuenta. Para entonces, Sofía solo pensaba en que le hubiera salido más a cuenta pedir una botella entera en lugar de las seis veces que levantó la mano al camarero para pedir que le rellenara la copa.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Daniel.

Sofía apuró hasta el último trago de su última copa.

—A medias, por supuesto. A mí no me va el rollo del hombre que invita a la mujer. Yo ya tengo mi dinero —se le trababan algunas palabras, fruto del alcohol que había tomado.

Daniel asintió con la cabeza, pero luego cogió el tíquet de la cuenta y lo examinó con el ceño fruncido.

—¿Cuánto es? —preguntó Sofía.

—Ochenta —dijo Daniel en voz baja.

—No está mal. Cuarenta cada uno.

Sofía sacó la cartera del bolso y empezó a juntar los billetes. Dejó uno de veinte en la bandeja de la cuenta, uno de cinco y empezó a contar monedas. Daniel seguía con el ceño fruncido.

—La cuestión es —dijo sin apartar la mirada de la nota— que tú has pedido postre y yo no. También has pedido seis copas. Y yo una botella de agua que he compartido contigo. ¿Crees que deberíamos hacerlo a medias?

—¿Vas en serio?

Daniel dejó el tíquet sobre la mesa, justo enfrente de Sofía, para que lo viera bien.

—Solo lo comentaba. No sé.

Daniel se metió la mano en un bolsillo del pantalón y lo removió

un rato, como si tuviera la cartera pegada a la tela de su ropa. Eso le dio tiempo a Sofía para mirar la suma y calcular lo que cada uno debía pagar.

—Déjalo. Yo pongo cincuenta y tú treinta —dijo.

—Sí, mejor —dijo Daniel, y entonces su cartera salió con facilidad —. No dejes propina que no han hecho nada especial.

Sofía puso los ojos en blanco. Tampoco pensaba hacerlo.

Después de pagar salieron del restaurante, pero se tuvieron que detener en el portal porque llovía con fuerza. Era el momento idóneo para, como se hace tras salir del cine, valorar la película que acababan de ver.

—Bueno —empezó Daniel—, ¿qué te ha parecido?

—Bien, estaba todo muy bueno. La comida, el ambiente… Los camareros también…

—¡El restaurante no, tonta! —dijo jocoso—. La cita.

Un golpe de viento empujó la lluvia dentro del portal y los dos se refugiaron en sus chaquetas.

—¡Bien! —dijo Sofía, ya ni siquiera le incomodaba mentir. Estaba borracha.

—A mí también me has encantado. —Daniel tragó saliva para prepararse para el siguiente paso—: ¿Quieres que vayamos a mi piso?

—No —dijo Sofía. Respondió rápido, pero se tomó su tiempo para buscar una excusa—. Tengo que madrugar mañana… para hacer un trabajo de la uni.

—¡Lástima! —dijo Daniel—. Deberíamos quedar otra vez. Creo que he sentido que tenemos conexión, tú y yo. ¿No te parece?

—Sí, podríamos quedar. —Miraba al horizonte mientras lo decía, hacia la lluvia.

—¡Sí! La semana que viene, ¿igual?

Pero justo entonces Sofía salió del portal y se entregó a la lluvia.

—No sé, ya hablaremos.

—¿Qué haces? ¡Te vas a mojar! ¿No quieres que te acompañe?

Sofía le dio la espalda y comenzó a caminar deprisa bajo una manta de agua.

—Tengo que irme. ¡Hablamos!

Esas fueron sus últimas palabras.

Daniel sonrió mientras observaba cómo su cita salía corriendo. Esa mujer estaba loca. Tenía que estarlo para mojarse bajo la lluvia de tal manera.

7

Greenpill:
(Sustantivo, argot sigma).
1. Filosofía o conjunto de creencias adoptadas por los llamados «hombres sigma», que rechazan las normas tradicionales de las dinámicas sociales (como la *bluepill*) y el enfoque confrontativo o nihilista de la *redpill*. La *greenpill* se centra en priorizar el crecimiento personal, la independencia y el desapego emocional, evitando tanto la validación social como el resentimiento.

El sábado por la mañana Daniel se despertó a las diez. Los fines de semana se permitía darse un descanso, no se levantaba a las cinco de la mañana, pero tampoco era una costumbre despertarse tan tarde. Esa vez las sábanas se le pegaron por Sofía.

Lo primero que hizo tras abrir los ojos fue coger el teléfono de la mesita de noche y abrir Tinder. Le había enviado un mensaje a Sofía repitiéndole todo lo que le había dicho al salir del restaurante: que lo había pasado muy bien, que creía que ellos dos tenían una conexión especial y que hacía tiempo que no sentía lo que había sentido esa noche.

Evidentemente mentía. Era una sucesión de frases que repetía

después de cada cita, como una hoja de ruta que terminaría enamorando y sometiendo a una mujer. Pero por lo que se veía en sus chats de Tinder, no funcionaba. Las mujeres tienen una especial tendencia a no responder. Eso pensaba Daniel cuando lo dejaban en visto. Acto seguido mandaba un montón de interrogantes, «??????», y volvían a dejarlo en visto.

Y entonces ya se olvidaba. A veces. Otras veces no se olvidaba.

Le dijo a Sofía que deberían quedar la próxima semana.

Tinder marcó el mensaje como leído, pero no hubo respuesta.

«Otra vez», pensó Daniel. Pero en esta ocasión no se iba a rendir fácilmente. Sofía era muy guapa, con la cara «hecha», como una escultura para colocar en un jardín y mostrársela a los vecinos el día de barbacoa. O como un zoo al que ir a mirar una tarde de aburrimiento. Quería poseerla. Quería ser su dueño.

Entró en el perfil de Sofía y deslizó por sus fotos. Había una etiqueta junto a su nombre que decía: usuario popular en Tinder.

Del Tinder pasó a su Instagram y empezó a deslizar hacia abajo. Había dado like a todas las fotos que había subido desde que la conoció. Y no habían sido pocas.

Navegó por su perfil hasta que llegó a las fotos de su adolescencia. Avanzó tanto que tuvo que deslizar con cuidado por el temor a presionar al corazón en una de esas antiguas fotos. En el fondo sabía que le quedaban pocas oportunidades con Sofía, pero sabía también que dar me gusta a una foto subida cinco años atrás reduciría esas pocas oportunidades a cero. A las mujeres no les gustan los hombres que se obsesionan. Lo había leído en un libro.

Una nueva notificación despertó el interés de Daniel: Frank Stiller, el usuario que le había invitado al evento del Club Sigma, había aceptado su solicitud de amistad. Entró a ver su perfil y se encontró con fotos en una piscina, posando junto a coches deportivos y hasta

una foto montando a caballo. Era un chico joven, de unos treinta años, más joven que Daniel, llevaba el pelo corto, rapado por los lados, y un bigote perfectamente recortado sobre el labio superior. Tenía la mandíbula cuadrada y por su porte se notaba que era un hombre que cuidaba su cuerpo. En una foto vestía una camiseta negra, básica, que le quedaba ceñida al torso y marcaba sus hombros. Tenía el aspecto de un soldado.

En ese momento llegó un mensaje a su bandeja: era un recordatorio de Frank Stiller.

Reunión del Club Sigma, Baluarte, 19h

Tras leerlo, Daniel recargó la bandeja de entrada, pero no llegó nada más. Ni un mensaje de Sofía ni un simple like. Nada. Decidió responder a la invitación:

Iré

Se bajó del autobús en una parada del centro de Pamplona, junto al Auditorio Baluarte, un edificio que un ciudadano consideraría elegante cualquier día del año, pero no ese día. Ese día el Baluarte ofrecería una exhibición de ballet en su salón principal, organizada por las mejores escuelas de danza de la ciudad, y al mismo tiempo, en una pequeña sala anexa, daría lugar a la reunión del Club Sigma.

En la puerta principal las familias esperaban en fila. Unas cien personas, entre madres, padres y abuelos, charlaban y saludaban con la mano a las niñas que los miraban a través de una cristalera, desde el interior del recinto.

Daniel se puso el último en la fila, detrás de una madre que llevaba de la mano a un niño de unos diez años. Algo no cuadraba. Levantó la vista y miró al resto de las personas que formaban la

cola. Padres, madres y abuelos. ¿Acaso todos ellos habían sido invitados a la reunión del Club Sigma?

Se quedó en la cola con los brazos cruzados, pensando que se había equivocado de lugar. O que le estaban gastando una broma. Hasta que al final se decidió por preguntar a la señora que tenía delante:

—Perdona, ¿esta fila es para la reunión del Club Sigma?

—¿Club Sigma? —se sorprendió la señora.

Algo debió de ver en la cara de Daniel, porque tiró de su hijo, al que agarraba de la mano, y lo colocó detrás de ella.

Daniel volvió a mirar la cola. Era imposible que ese perfil de personas fueran a la reunión del Club Sigma.

Entonces escuchó un rugido que inundó toda la plaza que rodeaba el Baluarte. Era el rugido de un motor. La fila entera se giró para mirar.

Un Lamborghini cruzó la carretera directo hasta detenerse en una de las puertas traseras del Baluarte. Y no era un Lamborghini cualquiera: era el Lamborghini que Daniel había visto en la foto de perfil de Frank Stiller, un Lamborghini Huracán verde de seiscientos caballos de potencia.

Daniel salió de la fila y empezó a caminar hacia el Lamborghini. Se detuvo en la puerta pequeña del Baluarte. Ahí estaba esperando un reducido grupo de hombres, unos seis o siete, que por alguna razón no había visto hasta entonces. A lo mejor no los había visto porque eran silenciosos, estaban callados y actuaban de forma discreta.

Antes de que las puertas del Lamborghini se abrieran con un desplazamiento vertical, los hombres se movieron formando un pasillo hasta el coche. Para sorpresa de Daniel, que observaba un poco apartado, el primero en salir no fue Frank Stiller, sino un joven con el pelo largo y rizado, como un surfista, con una camisa con

estampados de flores y pantalones cortos. El segundo en salir tampoco fue Frank Stiller, sino un joven idéntico al anterior, con el mismo pelo y el mismo estilo de vestimenta. Los dos saludaron con naturalidad a los hombres que les esperaban, se chocaron las manos, se dieron abrazos de un solo hombro, y todos entraron en el Baluarte.

Daniel siguió al último sigma y cuando cruzó la puerta sintió cómo entraba en una especie de cámara de silencio. Cada pisada que daba sobre el suelo tapizado de rojo le hacía sentir que, más que caminar, flotaba. Los sigmas eran como ninjas que tramaban algo por los pasillos del Baluarte.

Bajaron por unas escaleras que probablemente ningún espectador de ningún espectáculo del Baluarte había visto antes. Eran unas escaleras de caracol que parecían bajar infinitamente. Pero los escalones eran finitos. Cuando terminaron el descenso solo había una puerta gris de dos piezas de plástico blando que se abría empujando y se volvía a cerrar con el efecto de un muelle.

Cada sigma pasó, uno a uno, empujando la puerta y dejando que se cerrara a su espalda.

Daniel empujó con suavidad, pero eso no evitó que las viejas bisagras chirriaran a su paso.

Al otro lado había una sala de teatro pequeña, de unas cincuenta personas de aforo, aunque los hombres allí presentes no superarían la docena. La sala estaba oscura, pero gracias a un pequeño foco se podía ver que la mayoría de los sigmas se habían sentado en las filas delanteras. Gracias al foco también se podía apreciar el suelo del escenario desgastado. Esa sala debía de haber estado años sin recibir mantenimiento.

—Buenas —dijo Daniel.

Su voz pareció tímida, así que carraspeó para que no volviera a

ocurrir.

Todos se giraron hacia él, pero enseguida se dieron la vuelta para mirar al escenario. Daniel no había levantado mucho la voz, así que pensó que ni siquiera le habrían escuchado y se sentó en una esquina de la fila de atrás. Por ahí podría observarlo todo y a todos.

Los de delante se organizaban en un par de grupos que, por cómo hablaban, parecían conocerse desde hacía tiempo. También había algunos solitarios desperdigados cerca de ellos. Sobre el escenario, en el extremo derecho, un atril de madera hacía de mesa para sujetar un ordenador portátil. Un joven con gafas lo configuraba mientras miraba una y otra vez hacia atrás, para comprobar si el proyector funcionaba correctamente. Luego cogió un micrófono e hizo pruebas: «Probando, probando, un, dos tres…, sigma».

Los dos grupos que más hablaban de las filas delanteras se callaron cuando escucharon la palabra sigma. El técnico, entonces, se giró hacia el extremo derecho del escenario, hacia una cortina negra opaca, e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se metió dentro de la cortina y desapareció.

Empezó a sonar música. Era una canción electrónica, que hubiera tenido mucho ritmo de no ser porque alguien la había puesto a una velocidad más lenta que el original. Los bajos golpeaban malamente los altavoces baratos del viejo teatro. Las luces se apagaron, el volumen subió y un hombre salió de entre las cortinas opacas de un extremo del escenario.

—¡Muy buenos días, hombres sigma! —dijo mientras se colocaba en el centro del escenario, tieso, con el micrófono en una mano y un papel en el otro—. Veo potencial en vuestras caras, *I like it!* —continuó con un acento inglés. Algunos de las filas delanteras aplaudieron. Fueron los únicos, pues, aparte de Daniel y algunos rezagados, el teatro estaba casi vacío—. Seguro que estaréis

pensando: «¿Qué cojones estoy haciendo aquí? ¿El Club Sigma? ¿Qué es esto, una reunión de raritos?». —Algunos se rieron mientras el ponente leía el papel—. Pues, sí. Eso es lo que es el Club Sigma, un lugar para gente rara. ¿O acaso ninguno de vosotros se ha sentido raro nunca?

Daniel sonrió, en parte porque sentirse raro era el pan de cada día para él, y en parte porque había reconocido al ponente: Frank Stiller. El bigote le había crecido, pero lo disimulaba una barba de tres días. Vestía una americana ajustada a su talla y unas zapatillas deportivas blancas. A Daniel le pareció más bajo en persona que en las fotos. Supuso que era la sensación que creaba su porte, casi militar, con el pecho hacia fuera y la barbilla alta. Su cuerpo no era grande pero se erguía de una forma muy concreta, como si tratara de agrandar su presencia en el escenario.

—¿Qué es un hombre normal hoy en día? —siguió con el discurso tirando de la chuleta—. Un hombre que cumple las reglas, un hombre que se esfuerza por la validación de la sociedad, un hombre que necesita que le den una palmadita en la espalda… ¡Un hombre sin ambición! Sin personalidad. Joder, si eso es ser normal, ya lo creo que soy un puto rarito. ¡Y estoy seguro de que aquí, hoy, estáis sentados unos cuantos raritos!

Esta vez todos aplaudieron, Daniel también. Miró a uno de los rezagados, estaba sentado en la octava o novena fila, centrado en el bloque derecho; era un hombre con poco pelo, gafas de pasta y algo de sobrepeso. Vestía una camisa de cuadros amarillos y marrones, típica de señores de cincuenta años. Otro de los rezagados se sentaba un par de filas delante de Daniel. Tenía el pelo rubio y una cara bastante afeminada, con grandes pómulos y ojos bonitos. Ese rezagado aplaudía con más ímpetu que nadie.

—Hoy vais a tener la oportunidad de entrar en el Club Sigma. —

Frank Stiller se acercó al portátil para poner una diapositiva. Apareció una lista reflejada en el proyector—. ¿Para quién es el Club Sigma? El Club Sigma es, uno, para hombres sigma. Dos, para hombres sigma que quieran aprender a vivir como un sigma. Tres, para hombres sigma que quieran ganar dinero como un sigma.

Daniel vio que el chico rubio de los mofletes hundidos estaba tomando apuntes, y se llevó las manos al bolsillo instintivamente para ver si tenía algún bolígrafo o algo, pero no tenía nada. Se limitó a cruzar los brazos y prestar mucha atención.

Frank Stiller cambió de diapositiva y aparecía él, algo más joven, con unos dieciocho años, con una cerveza en la mano y unos brazos flácidos que salían de unos hombros caídos. Asintió con la cabeza antes de hablar, como aquel que admite un pecado.

—Sí. Sé que es difícil de creer, pero este era yo antes. Salía de fiesta, bebía, tomaba drogas… ¡Iba detrás de las chicas como un perrito! —Hizo una pausa para mirar al público, se encogió de hombros y suspiró—. Era un gilipollas. Así es. Por supuesto, no todo era culpa mía. Todas las pelis, todos los libros, las series… Absolutamente todo en este mundo está diseñado para que seas un gilipollas. ¡Hasta tus colegas! Esos que tanto dicen quererte a veces son los que más daño te hacen. ¿Por qué? Porque te llevan por el mal camino. La fiesta, las drogas… Somos la media de las cuatro personas con las que más tiempo pasamos, es ciencia. Si tus colegas son gilipollas tú también serás gilipollas. Si ves películas de gilipollas tú también serás gilipollas. Y si vas a clase y tu profesor es gilipollas… —señaló con el micrófono hacia el público e hizo un gesto con el brazo, enseñando la palma de la mano para que hablaran.

—Tú también serás gilipollas —respondieron al unísono.

Daniel también lo dijo. Cada vez parecía más animado con el discurso de Frank Stiller. Era como si alguien lo hubiera escrito

pensando específicamente en él. Entonces pasó a la siguiente diapositiva y apareció Frank con una blusa de seda negra medio abierta, gafas de sol y una cadena de oro en el cuello, posando delante del Lamborghini Huracán verde que había visto antes.

—Y este soy yo ahora. Hay cambio, ¿eh? ¿Sabéis cómo lo hice? Dejé de andar con gilipollas, dejé de escuchar gilipolleces, de ver gilipolleces… Y empecé a relacionarme con hombres sigma. Así de fácil. Me convertí en un hombre sigma.

Pasó a la siguiente diapositiva. Apareció una pastilla verde y el texto TÓMATE LA GREENPILL.

—Hoy os he traído una pastilla —continuó Frank—; una pastilla de color verde. Es vuestra elección tomarla o no. Si la tomáis veréis que el mundo que os han contado hasta ahora, la mátrix, es una mentira. Sé que es algo que siempre habéis sospechado. Os dicen que el mundo es guay, que todos somos iguales y que nos respetamos y todas esas *shitty things* que aparecen en las películas de Disney. Pero es mentira. Y una vez toméis la *greenpill* lo veréis claro: ¡la única forma de ser ganador es ser un jodido, astuto, frío y despiadado hombre sigma!

El público rugió en aplausos. Si Daniel y el resto de los desperdigados asistentes supieran que los de las filas delanteras eran figurantes contratados para aplaudir y hacer ruido, seguirían aplaudiendo igual, porque el discurso era bueno. Daniel estaba convencido.

—Y todo esto gracias a la formación y a la mentoría que han creado los hermanos Olivetti, ¡fundadores del Club Sigma!

Frank señaló hacia la cortina opaca y los dos jóvenes rubios que habían bajado del Lamborghini salieron al escenario. Todo el mundo aplaudía. Los de la primera fila se levantaron primero, luego les siguió el resto.

Los dos hermanos abrazaron a Frank, que les entregó el micrófono antes de desaparecer por la cortina opaca.

—Bueno, somos Álex y Mateo Olivetti, y supongo que os costará diferenciarnos porque somos los gemelos más idénticos del mundo. No os preocupéis, a nuestra madre también le pasa.

El público rio la gracia. Álex hablaba despacio, tenía una voz grave y los ojos finos y caídos. La fisionomía de su cara siempre mostraba una media sonrisa. Su hermano, que vestía igual que él, una camisa dos tallas más grandes y pantalones vaqueros cortos, tenía los mismos rasgos pero con una fisionomía que, en lugar de mostrar siempre una media sonrisa, mostraba una mirada recelosa.

—Eso es mentira, nuestra madre nos diferencia porque ella tiene un sexto sentido para detectar la inteligencia —dijo Mateo, agarrando el micrófono improvisadamente.

Su habla era como la de su hermano, lenta y perezosa, pero su voz tenía un tono más agudo. Álex recuperó el micrófono.

—Bueno, nos complace mucho ver cuánta gente hay reunida hoy aquí. Nos acordamos de cuando empezamos el Club, que éramos yo, mi hermano y dos amigos más, y ahora esto está creciendo… —buscó la palabra en los ojos de su hermano— ¡exponencialmente! Estamos abriendo filiales en todas las ciudades… Una pasada. Y, bueno, hoy estamos aquí los dos *founders*. No suele ser lo habitual, así que aprovechad y haced las preguntas que queráis.

Al principio hubo un silencio esperado que no incomodó a los gemelos. Uno se rascó un brazo y el otro cruzó las piernas mientras esperaban. Al final, el hombre de la camisa a cuadros, poco pelo y algo de sobrepeso se animó a levantarse y realizar la primera pregunta.

—Hola, me llamo Yusef y esta es la primera vez que vengo a un evento así. La verdad es que me interesa mucho todo lo que

comentáis y, sobre todo, lo relacionado con lo que significa ser un hombre sigma. Entonces, mi pregunta es… ¿un hombre sigma se hace o se nace?

—Muy buena pregunta —dijo Mateo mientras asentía con sinceridad—. En serio, es una pregunta muy buena. Deberían hacérnosla más. ¿Respondes, Álex?

Pasó el micrófono a su hermano, y este se peinó los rizos rubios con una mano antes de hablar.

—A ver. Es verdad que es una buena pregunta. Mira, esto es como todo en la vida —hablaba sin ningún atisbo de prisa—. Hay factores naturales que hacen que un hombre sea el hombre que es. Y luego hay otros factores, sociales, el contexto, amigos, etc., que hacen que sea el hombre que es. ¿Un hombre sigma es lo primero o lo segundo? Pues, los dos. Hay quien nace más y tiene que hacer menos, y hay quien nace menos, pero tiene que hacer más. ¿Entiendes?

Yusef asintió rápidamente y se sentó, dando la respuesta por concluida, pero Mateo quiso especificar:

—Piensa en esto, Yusef: si la gente naciera sabiendo el Club Sigma no existiría.

El público aplaudió y la espalda de Yusef se dejó relajar en la comodidad de la butaca. Cuando los hermanos pidieron más preguntas los aplausos aún no habían cesado, y tal vez por eso, algo empezó a calentarse en la mente de Daniel. Se mordió los labios, tragó saliva, miró con atención a la quietud de las figuras que tenía delante, y se levantó.

Álex lo señaló con el dedo al instante.

—Sí, ¡tú! Pregunta.

A Daniel le brillaban los ojos de la emoción.

—¿Co-cómo sé si soy un hombre sigma? —preguntó.

Hubo un silencio. Los hermanos Olivetti se miraron el uno al otro con una expresión que le costó descifrar a Daniel. Era una sonrisa rara, como si no entendieran la pregunta; o como si la estuvieran esperando. Mateo encogió los hombros y Álex negó con la cabeza sin perder esa expresión. El público permanecía callado, como si ellos tampoco hubieran entendido la pregunta. Al final, Álex cogió el micrófono.

—No has entendido nada, ¿verdad? —dijo, y Daniel volvió a tragar saliva—. Si estás hoy aquí…, ¡es que eres un hombre sigma!

Y todos, absolutamente todos, hasta el técnico que se escondía tras la cortina opaca, aplaudieron la respuesta. Algunos se dieron la vuelta para mirar a Daniel, para dirigir hacia él sus aplausos y ovaciones. Y Daniel sonrió. Él era un hombre sigma.

Cuando la reunión finalizó, el mismo técnico que había configurado el ordenador portátil montó una mesa de camping en el suelo, en el hueco entre la primera fila de asientos y el escenario. Colocó una pila de folletos en un lado y el ordenador portátil en el otro. Él técnico se quedó de pie repartiendo los folletos y Frank Stiller se sentó en una silla detrás del ordenador.

Los figurantes iniciaron una fila que siguieron el señor de poco pelo y gafas de pasta llamado Yusef, el joven rubio de mofletes hundidos, Daniel y un par de hombres más. Los gemelos Olivetti desaparecieron.

Cuando llegó el turno de Daniel, sonrió a Frank esperando que lo reconociese, pues fue él quien le había invitado por Instagram. Pero no fue así.

—Hola, soy Daniel Robles —dijo, y estiró el cuello hacia delante a la espera de una reacción o un reconocimiento.

Frank Stiller le devolvió una sonrisa nada especial.

—Vale, Daniel, coge un folleto. —El técnico se encargó de acercárselo como si ese fuera su único cometido en la empresa—. Ahí dispones de toda la información de acceso al Club Sigma, al que podrás entrar si eres un verdadero sigma. En la parte delantera tienes los beneficios y en la parte trasera los requisitos —hablaba con gracia, como si sus palabras bailaran a un ritmo constante; como un rapero—. Si lo eres tienes que entrar. Ahora tú sabrás si lo eres. ¿Eres un hombre sigma, Daniel?

—Eso creo —dijo Daniel mientras leía los requisitos del Club—. Aquí dice que hay que firmar un acuerdo de confidencialidad. ¿Eso es normal?

—¿Normal? Esto no es normal, esto es el Club Sigma —respondió Frank.

Daniel devolvió la mirada al folleto. Frunció el ceño.

—El Club es el Club —añadió Frank—. No nos gusta que la gente husmee en nuestras cosas así que no queremos que se hable del Club, *fuck*. Si eres un hombre sigma lo entenderás.

—Y esto de la cuota, ¿qué es? —dijo Daniel. Su voz parecía algo nerviosa.

—Novecientos noventa y siete euros. Es una cuota única. Si quieres entrar tienes que pagar. Si fuera gratis, ¿qué valor tendría el Club?

—Es casi lo que gano en un mes. Es mucho dinero.

Frank se rio y se acomodó en la silla de plástico colocando un pie sobre la otra rodilla.

—Es mucho dinero para ti —enfatizó el «para ti»—. Si estuvieras dentro no sería para tanto —y bajó la voz como si lo que estuviera diciendo fuera un secreto importante—. El Club es formación y, a la vez, oportunidad de negocio. Lo tienes todo en el folleto. Antes de entrar, los cadetes pasan por un periodo de capacitación donde

reprograman su mente para actuar como hombres sigma de verdad. ¿Sabes que el hombre utiliza de media solo el quince por ciento de su capacidad mental? Después del entrenamiento lo desbloquearás todo. Luego, una vez seas miembro pleno del Club, accederás a los beneficios VIP: formas de monetización, afiliaciones, trabajos para el Club… En definitiva: ganar dinero.

Los ojos de Daniel se iluminaron con el discurso de Frank. De forma inconsciente, había acercado el folleto a su pecho y lo sujetaba con ambas manos. Estaba a punto de decir algo. Que «sí», o que «puede», no sabía exactamente el qué, pero algo estaba a punto de salir de su boca cuando Frank le cortó.

—Tranquilo, no tienes que decidir ahora. Llévate el folleto y piénsatelo.

—Bien —dijo Daniel.

Se dio la vuelta para marcharse cuando Frank le llamó.

—Una última cosa: no lo consultes con nadie. Ni familia ni amigos. Un hombre sigma toma las decisiones por sí mismo.

8

La Pared (*The Wall*):
(Sustantivo, argot).
1. Concepto que se refiere al momento en que una mujer pierde su atractivo físico debido al envejecimiento, con su respectiva caída en su valor romántico o sexual. Se estima que se sitúa sobre los veinticinco años.

Sonia se quitó el vendaje que le oprimía el pecho y por fin pudo respirar. Se miró en el espejo. No se podía creer que aquello hubiera funcionado. Sus mofletes, hundidos por su delgadez, habían enrojecido, y algunas marcas de piel eran visibles por la falta de maquillaje.

—Con esto gano el Pulitzer —dijo, y se rio mientras agitaba los puños en honor a la victoria.

Se quitó la peluca rubia, y luego la red que le comprimía su cabello. Había elegido una peluca del mismo color de su pelo porque había leído que para infiltrarse en un grupo lo mejor era no cambiar demasiado. Por ejemplo, puedes utilizar el mismo nombre y solo cambiar el apellido. Sonia se había hecho pasar por Aratz.

Se soltó el pelo y, frente al espejo, se fijó en su cuello. Siempre había tenido un cuello ancho, musculado y con una nuez masculina,

por eso ninguno de la reunión del Club Sigma se había fijado en ella. Para ellos era un hombre más. Otro friki sigma. Salió del baño dando saltitos hasta llegar a la cocina, donde cogió la botella de ginebra y bebió un trago largo. Una arcada intentó arrebatar su emoción, pero se hizo fuerte, tragó y continuó con la celebración. Había llevado a cabo su primera infiltración y había sido un éxito. Ahora se sentía, no como una gran periodista, sino como una gran espía, como el mismísimo James Bond.

El lunes le enseñaría a Javier las imágenes que había grabado con cámara oculta en el evento del Club Sigma. La charla misógina, la manipulación coercitiva, los mil euros de entrada que había que pagar para formar parte del Club… Estaba a punto de destapar una secta moderna, y lo había hecho ella sola.

Cogió el teléfono y empezó a escribir un mensaje a Javier: «Me vas a tener que dar la portada…».

Pero entonces le desapareció la sonrisa. Lo pensó dos veces y borró lo que había escrito. Se estaba emocionando demasiado. Se sentó en el sofá con la única compañía de la botella de ginebra y encendió el televisor. Ya iba por la tercera temporada de *Mujeres desesperadas.*

En la serie, Carlos, un mexicano corpulento y exitoso en el mundo de los negocios, estaba a punto de pillar a su mujer, Gabi, liándose con el jardinero. Un joven imberbe de diecisiete años. Sonia suspiró. Le gustaba Carlos. No entendía cómo una mujer como Gabi prefería a un niñato antes que a su marido; bueno, sí, porque era tonta. Una exmodelo que ni para ama de casa valía.

Sonia dio un trago a la ginebra, a palo seco. Esa noche terminó la botella mientras maldecía la existencia de mujeres como Gabi. Mujeres que no saben ser mujer.

El lunes fue la primera en llegar a la oficina. Para cuando los

compañeros más madrugadores encendían sus cigarros mañaneros en la puerta del periódico, Sonia ya imprimía el primer borrador de su reportaje de investigación. Hugo apareció y preguntó si había encendido la impresora correctamente, pero Sonia sabía que lo que quería era husmear en lo que estaba haciendo.

—¿Qué tal el finde? Seguro que has estado de fiesta en el Indara —dijo Hugo.

El Indara. Sonia no había pisado esa discoteca desde que salió de la universidad. Bueno, ni el Indara ni ninguna otra.

—He estado trabajando —dijo Sonia.

La impresora terminó su trabajo y Sonia tuvo que morderse la lengua porque estaba deseando contar su descubrimiento. No importaba que el primero al que se lo contara fuera a Hugo.

—¿Qué es? ¿Un artículo cultural? —Sonia no respondió—. ¿Crítica de teatro?

En ese momento Javier pasó por la oficina, dio los buenos días y se dirigió hacia su despacho.

Sonia, que había ignorado a Hugo, tragó saliva y siguió a su jefe hasta el despacho.

Javier estaba colocando su chupa de cuero marrón en el perchero cuando Sonia entró sin avisar. Le pilló desprevenido, pero no se enfadó, le estaba empezando a gustar su actitud.

—Tengo algo gordo —dijo Sonia.

Javier la ignoró unos segundos deliberadamente. Se sentó tras la mesa y se puso a buscar entre los documentos, como si estuviera haciendo algo importante. Algo más importante que hacer caso a la novata.

—Dime.

—Estoy dentro.

Javier siguió rebuscando entre papeles. Encendió el ordenador y

se apoyó en el respaldo con las manos en la nuca.

—¿Dentro de…?

—Del Club Sigma —dijo Sonia indignada porque Javier no le leía la mente.

La cara de Javier pasó de una jocosa pasividad a una mirada de reproche.

—Me infiltré en su evento y es mucho peor de lo que pensaba. —Dejó el artículo sobre la mesa—. No son incels. Es una organización compleja, con sus líderes y sus ideas. Es una secta misógina.

Javier cogió el artículo y leyó el titular: «Club Sigma: la secta de misóginos que ha llegado a Pamplona».

—Te dije que pasaras del tema —se quejó—, pero ya que te has empeñado: esto es una mierda.

Tiró el artículo con desprecio sobre la mesa. A Sonia le dolió en lo más profundo de su orgullo. ¿Que era una mierda? Se enrabietó. Estaba convencida de que el artículo era bueno. No solo eso, sino que era lo mejor que había pasado por ese periodicucho en los últimos años, y que si Javier lo rechazaba, era porque por alguna razón que no comprendía no quería valorar el trabajo de la novata. Puede que por envidia, pensó.

—¿Cómo que una mierda?

Javier resopló. Volvió a coger el artículo, arrugando el papel con manos torpes, y leyó por encima.

—Como reportaje hace aguas. «Se trata de un club con sesgos machistas que organiza reuniones en las que se habla sobre una nueva forma de masculinidad tóxica: la masculinidad sigma…». —Javier negó con la cabeza—. ¿No lo ves? Esto no es un reportaje. Esto es un artículo de opinión. Un panfleto.

—¿Un panfleto? —Sonia levantó la voz indignada.

—Sí —respondió Javier con voz firme, y se inclinó hacia Sonia en

su asiento—. Un periodista no es un tiktoker —con esa fue a hacer daño—, el trabajo de un periodista es investigar. ¿Quieres investigar al Club Sigma? Perfecto. No me digas que son machistas. Dime quién es su líder. Dime de dónde vienen, cómo se financian, cuál es su estructura empresarial. Dime si han cometido algún delito, y si lo han hecho, encuentra algún afectado. Haz preguntas. —Javier hizo una bola con el artículo y lo tiró a la papelera—. Investiga.

Sonia salió de la oficina avergonzada. Había recibido una lección. A lo mejor el problema no es que la trataran como a una novata, sino que realmente era una novata. Aunque le jodiera, esta vez Javier se había comportado como un buen jefe, y no solo eso, sino como un mentor. Por un momento se sintió desnuda, como si aquella mañana se le hubiera olvidado ponerse los pantalones y todo el mundo hubiera visto lo que escondía bajo ellos. Tenía mucho que aprender.

Para cuando el rubor por el encuentro con Javier desapareció, ya había tomado una decisión: «Voy a hacer la mejor investigación periodística que se ha visto en este periódico. Voy a meterme hasta la cocina del Club Sigma».

9

Ascender:

(Verbo, argot).

1. Lograr superar el estado incel al obtener éxito en áreas como las relaciones románticas, la apariencia física, el estatus social o la autoaceptación. «Ascender» representa una transición deseada hacia un estado considerado más satisfactorio o exitoso.
2. Cuando un incel tiene relaciones sexuales.

—Aaagh, todavía tengo resaca —dijo Pit.

Se hallaba frente a la máquina de vending y parecía que estuviera haciendo acopio de provisiones para un confinamiento. Daniel, sentado en una mesa y con los brazos cruzados, tenía la mirada perdida en la zona del café del segundo piso.

—¿Quieres algo? ¿Un café? —preguntó Pit.

—Capuchino —respondió Daniel.

—Marchando un capuchino.

Pit introdujo una moneda en la máquina de café y le dio al botón de capuchino. Cuando la máquina empezó a rugir, también lo hicieron las tripas de Daniel.

—Unos frutos secos también me tomaría.

Pit, que en ese momento se encontraba frente a la máquina, no quiso mirar atrás por la incomodidad, pero trató de retorcer los ojos dentro de sus cuencas para ver si lo había dicho en serio.

—Sí —reafirmó Daniel, y señaló con el dedo índice—. Los mix, que tienen cacahuetes y maíces.

Pit no dijo nada. Solo se movió a la máquina de vending, introdujo una moneda y sacó una bolsa de frutos secos mezclados. En ese momento la máquina del café acababa de terminar el capuchino, justo a tiempo para que pudiera llevárselo junto con los frutos secos a Daniel.

—Aquí tienes —dijo Pit, y se detuvo un momento con la esperanza de que Daniel le pagara los dos euros que se había gastado en su desayuno. Pero no fue así.

Daniel cogió el capuchino, servido con el típico vaso de papel de las máquinas baratas, lo acercó a la comisura de los labios y sopló con cara de desagrado.

—El café sale ardiendo. Qué asco, nos tratan como si fuéramos ganado.

—Ya te digo —dijo Pit, y echó todo su tronco superior sobre la mesa, como si se fuera a dormir.

—Tienes que dejar de salir de fiesta. Así no vas a conseguir nada en la vida.

—Fue una locura. Fuimos a una discoteca y… estaba llena de universitarias de Erasmus. Estuvimos con unas chicas de Dinamarca, y luego con unas de Nueva York…

De repente, Daniel prestó atención a las palabras de Pit.

—¿Ligaste? —se lo preguntó, sorprendido.

Pit se distrajo abriendo una bolsa de patatas, tomándose su tiempo para dar la respuesta. O para pensarla.

—No me acuerdo.

—¿Cómo que no te acuerdas? —dijo Daniel indignado—. Cómo no te vas a acordar. Estás mintiendo.

—No lo sé, tío. Bueno me acuerdo que estuve con una… Y creo… creo que me hizo una mamada en el baño. No sé, no lo recuerdo bien, bebí demasiado —dijo Pit, pero sus mejillas se estaban enrojeciendo como aquel al que le pillan mintiendo, así que trató de desviar el tema—. Y tú, ¿qué? ¿Saliste con tus amigos, o algo?

—¿Yo? —Daniel se encogió de hombros—. Sí. —Se apresuró a tomar un trago del capuchino y le costó tragarlo—. Qué asco de café.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Pit.

Daniel se tomó un tiempo para pensar la respuesta, pero terminó negando con la cabeza, con los antebrazos mirando al techo, como si la pregunta estuviera mal formulada.

—Salir —no quería hablar.

—Dabuti —se rindió Pit.

En ese momento, Daniel volvió a mirar a la zona del café de la planta superior. Los comerciales acababan de salir de la oficina, todos con sus trajes negros y sonrisas de vendedor de crecepelo; siempre contando chistes, siempre alegres.

Era normal que estuvieran alegres, a fin de cuentas, ellos eran los que bebían cápsulas de café colombiano con leche de avena en tazas de cerámica.

Daniel se ocultó detrás de una columna, al acecho. La mitad derecha de su cara se escondía tras la sombra, y la otra mitad salía a la luz lo justo para que su ojo izquierdo pudiera espiar el movimiento del pasillo del segundo piso.

Estaba a pocos metros de la oficina, a su izquierda, una barandilla de metal lo separaba de caer a la planta baja, donde los operarios

de rango bajo se limitaban a cumplir su función de plebeyos. Pero a su ojo izquierdo no le interesaban sus compañeros, sino los que se escondían en la oficina de la planta superior. Esperó con el ojo fijo en la puerta de la oficina más de diez minutos. Al final, esta se abrió, y el jefe salió caminando con esa forma de andar que solo tienen los jefes: los pies medio abiertos, espalda recta y paso calmado.

Daniel salió de su escondite y caminó rápido para ponerse a su altura.

—Buenos días, jefe —dijo.

El jefe dio un pequeño respingo, pues no se esperaba semejante asalto. No puso una cara agradable.

—Vengo a hacerle una propuesta, será solo un minuto.

Mientras caminaban hacia la zona del café, el jefe extendió su mano en un gesto de rechazo.

—No necesito más comerciales.

—No quiero pedirle eso. Solo quiero que me adelanten el extra de Navidad a este mes.

—¿Este mes? Estamos en septiembre.

—Lo sé, y sé que por convenio la paga extra se entrega en el mes de diciembre, pero he estado leyendo los estatutos…

—¿Tienes problemas de dinero, hijo? —le cortó el jefe.

—¿Qué? ¡No! —se rio Daniel—. Nada que ver. Verá, voy a operarme la rodilla —le dio un tono oscuro a su voz—, es un problema que llevo arrastrando algunos años. Ya sabe que practico deportes de contacto…

El jefe, que desde el inicio de la conversación no había dejado de fijarse en el ojo morado que todavía tenía Daniel, asintió con un gesto intuitivo, digno de alguien acostumbrado a tratar con gentes de todo tipo durante años. Cogió una taza de cerámica gris, sin ningún distintivo que indicara que aquella fuera la taza del jefe, y se

preparó un café con una cápsula de origen arábica.

—En la pública no sabían qué hacer, no sabían qué diagnosticarme.

—Tenemos seguro de empresa.

—Fui, pero tampoco supieron qué hacer. Al final me diagnosticó un médico de la privada que solo trabaja con deportistas de élite. Le miró la rodilla a Rafa Nadal. Mi cartílago está tan golpeado que si no me opero en un par de años no podré estar de pie. Ni siquiera podré trabajar en la cadena de montaje.

—¿Tendrás que cogerte la baja?

Daniel negó con la cabeza.

—Me opero un viernes por la tarde. Es una intervención sencilla, solo tienen que limar el cartílago e introducir una vara de titanio. Descanso el finde y el lunes estaré de vuelta en mi puesto trabajando como un negro.

El jefe frunció el ceño por esa última palabra. Era un hombre de modales, pero no le gustaba que un inferior cogiera semejantes confianzas. Suspiró. El café estaba listo. Abrió una bolsita de azúcar moreno y vertió no más de un tercio en el café.

—Puede que no valga para ser comercial —dijo Daniel—, pero sin una rodilla tampoco valdré para la cadena de montaje.

El jefe sopló el café para enfriarlo.

—Habla con Karen, de Administración, y cógete el lunes libre si lo necesitas. Y ahora, vuelve a tu puesto.

—Muchas gracias —dijo Daniel.

Sus ojos tenían un brillo especial. Probablemente, el mismo brillo que tienen los ojos de un comercial cuando cierra la venta de un lote de quinientos hornos microondas.

10

Chaddam:
(Sustantivo, argot incel).
1. Un chad árabe.

El Club Sigma tenía un local en el extrarradio de la ciudad. Era un pequeño pabellón de paredes de hormigón situado entre una gasolinera y un matadero de terneras. El olor de la zona era peculiar, una mezcla de vísceras y gasolina, pero dentro del local —al que llamaban «La Academia»— habían colocado ambientadores con forma de pino como los que se suelen poner en los coches. No servían de mucho.

El local era un lugar simple: una amplia sala con una pizarra, tarima y sillas como las de un aula de primaria; un baño que era un pequeño cubículo con un retrete y un lavabo con ronchas amarillas, y un despacho con paredes de cristal al que los novatos no podían acceder sin autorización expresa del mismísimo Frank Stiller.

Sonia aparcó su Volkswagen Polo de color azul eléctrico, recién sacado del concesionario, entre un viejo Peugeot 205 y un moderno Ford Mustang descapotable. El Polo había sido un regalo de su padre, Josu Jon Azkarate, aunque, según habían hablado, el coche era una inversión necesaria desde que había entrado a trabajar en el

Diario de Pamplona, y solo los asientos de cuero color beige, el volante multifunción de aluminio y cuero, ajustable en altura y en profundidad, y el sistema de aparcamiento trasero con sensor y cámara podían considerarse un regalo.

Puede que los asientos calefactables también pudieran considerarse un regalo. Eso pensó en ese momento, mientras ajustaba el espejo retrovisor para asegurarse de que todo estaba bien en su cara. En el momento en el que saliera del coche volvería a ser Aratz. Un hombre.

La última vez en el evento nadie se dio cuenta, pero el riesgo permanecía ahí. Estaba a punto de pasar las próximas horas encerrada en una caseta con un grupo de hombres con evidentes problemas mentales.

Metió el dedo por debajo de la peluca para asegurarse de que su pelo real seguía bien sujeto con las diecisiete horquillas que se había colocado. Siete más que el día del evento. La peluca era la misma: corte medio-largo de color rubio, fabricada con pelo humano real y enviada en un plazo de veinticuatro horas cortesía de Todopelucas.es.

Le echó un último vistazo a su cara. Si apretaba los dientes su mandíbula parecía bastante masculina, y le salía una vena en un lado del cuello. Tenía algo de músculo ahí. Podía hacerlo. Respiró hondo cinco veces hasta que se le pasó el rubor y salió del coche siendo, física y mentalmente, Aratz, el próximo hombre sigma.

Los cuatro alumnos, incluido Daniel, estaban sentados en las sillas cuando Frank Stiller subió a la tarima y abrió los brazos en un gesto de bienvenida.

—¡Bienvenidos a La Academia!

Los alumnos se miraron los unos a los otros con sonrisas tímidas, incapaces de ocultar su ilusión. Eran cuatro reclutas en total: el

señor de poco pelo, gafas de pasta y sobrepeso, que se llamaba Yusef, un dominicano que olía mucho a colonia llamado Brayan, Sonia, que se hacía pasar por Aratz, y Daniel Robles, el hombre que emanaba el aura más extraña.

Frank Stiller les dio la espalda para escribir algo en la pizarra: «EL HOMBRE…».

—Vamos a hacer que vuestra mente despierte —hablaba mientras escribía—, porque estáis dormidos, todos vosotros. Bien, ¿qué significa esto?

«EL HOMBRE HA MUERTO», había escrito. Nadie se atrevió a hablar al principio.

—Vamos, que no muerdo. Tú, Yusef, ¿qué significa?

—Bueno… —se recolocó las gafas como si no hubiera leído bien las enormes letras mayúsculas de la pizarra—, significa que el hombre ha dejado de vivir.

—No es lo mismo morir que dejar de vivir —dijo Brayan.

—¿Es una referencia a Nietzsche? —preguntó Aratz.

—Claro, «Dios ha muerto» —dijo Brayan, ilusionado por haberlo visto.

Frank Stiller negó, rotundo como el dueño de la razón.

—No he preguntado si es una referencia. He preguntado qué significa.

—No os enteráis —intervino Yusef, hablaba con cierta dejadez—. Se refiere a que el hombre tal y como lo conocemos ha muerto. El macho alfa ha muerto.

Frank señaló a Yusef con orgullo.

—*Yes!*

—No —intervino Daniel. Había levantado el dedo—. El hombre no ha muerto. Lo han matado. La sociedad lo ha matado.

—*Yes, yes!* —Frank señaló a Daniel con el mismo gesto de orgullo

—. La sociedad ha matado al hombre. Fuerte, protector, emprendedor, frío… Todas esas eran las cualidades de un buen hombre. Pero ahora ya no: ahora un hombre tiene que ser cariñoso, tiene que mostrar sus sentimientos, tiene que llorar, tiene que ser débil… *Fuck!* —Frank entrelazó las manos detrás del cuerpo y sacó pecho con su discurso—. A una mujer nadie le dice cómo tiene que ser, una mujer es libre y es un ángel caído del cielo sin importar lo que haga. Por otro lado, al hombre se le dice que todo lo que hace está mal. «No compitas», «No discutas», «No pelees», «Eso es un micromachismo», «Eso es masculinidad tóxica».

Imitó la voz de una mujer al decir «masculinidad tóxica», y los alumnos se rieron.

—Masculinidad tóxica… —repitió reflexivo. Luego se dio la vuelta y comenzó a borrar la pizarra—. ¿Alguien sabría decirme qué tipo de masculinidades existen?

Yusef respondió rápido. Quería ser el primero.

—Alfa, beta y sigma.

Frank escribió las respuestas en la pizarra. En la parte superior escribió alfa, en la parte inferior escribió beta, y en el extremo derecho escribió sigma. Luego se giró y miró desafiante a sus alumnos.

—El hombre alfa es el primero en la jerarquía social. Sus cualidades son —escribió—: violencia, demostración de poder y valentía. El hombre beta está por debajo del hombre alfa. Sus cualidades son el carácter servil, la cobardía y la falsa humildad. Pregunta: ¿por qué el hombre sigma no es el primero en la jerarquía social?

Hubo un pequeño silencio mientras los alumnos reflexionaban sobre ello. Ninguno parecía tener la respuesta.

—No es el primero por ahora —dijo Brayan con un tono que

parecía más una pregunta.

—Eso es —dijo Yusef. Cruzó los brazos, sonrió y sentenció—: Es cuestión de tiempo.

—Incorrecto —dijo Frank—. Va, pensadlo bien. ¿Por qué el hombre sigma no es el primero en la jerarquía social?

Daniel miraba fijamente la intersección entre la tarima de madera negra y el suelo de baldosa blanca frente a él. No había visto nada, simplemente perdió la vista bajo las zapatillas blancas de Frank Stiller. Estaba concentrado.

—¿Porque los alfas y los betas se unen contra los sigmas? —contestó Aratz en forma de pregunta.

Frank ni siquiera respondió. Se limitó a fruncir el ceño, lo que hizo que Aratz se sonrojara y agachara la cabeza.

—¿Cómo es el hombre sigma? —preguntó de repente Daniel, como si hubiera encontrado algo—. El hombre sigma es… es como un lobo solitario, ¿no? El hombre solitario es diferente.

Frank asintió con interés, esperando la conclusión a la que estaba a punto de llegar su alumno.

—El hombre sigma no está por encima del hombre alfa. Pero tampoco está por debajo —Daniel apartó los ojos de la tarima y miró a su profesor—, porque juega en otra liga. El hombre sigma no está dentro de la jerarquía social porque no pertenece a la jerarquía social.

Frank dio un aplauso de emoción.

—¡Sí, *fuck*! Tienes potencial, Robles. El hombre sigma es el hombre que lo ve todo. Los alfas son los reyes en un tablero de ajedrez. Los betas son los peones. Y los sigmas… los sigmas son el *fucking player.* No está por encima ni por debajo, está en otro plano de la realidad. Y todos vosotros, si estáis aquí, es porque sois potenciales hombres sigma. Pero para llegar a ser un verdadero

hombre sigma hace falta entrenamiento. Un entrenamiento práctico. —Miró fijamente a sus alumnos, retándolos. Si querían estar ahí iban a tener que demostrar su valía.

Frank Stiller entró en el centro comercial encabezando a los cuatro alumnos que trataban de imitar su paso por detrás: manos en los bolsillos, hombros y espalda ligeramente inclinados hacia atrás y la cabeza recta e inamovible.

—Primera lección: un hombre sigma es un hombre que sabe vestirse. Nada de chándal, ni sudaderas con capucha, ni pantalones cortos. Y, sobre todo, nunca, pero nunca, jamás, camisas de manga corta. Las camisas de manga corta son de hombres beta. Me sirven polos si son de lino o algodón egipcio.

—¿Yo voy bien? —preguntó Brayan, esperando un halago de su mentor.

—Aceptable.

Brayan sonrió. Vestía una camisa azul oscuro de Ralph Lauren que le había costado un tercio de su sueldo. Eso no le molestaba. Lo lucía con más orgullo.

—Al hombre alfa le gusta que le vean —dijo Frank—, por eso viste ropa ajustada, a veces más pequeña de lo que debería ser y utiliza complementos como pendientes o piercings. El hombre beta quiere que le vean, pero no se atreve a admitirlo, por eso viste camisetas de marcas en las que la marca ocupa el pecho entero, colores llamativos pero sin complementos. No se atreven a tanto. El hombre sigma, en cambio, no necesita que le vean, y cuando le ven… —hizo un chasquido con el dedo—, ya es demasiado tarde.

Entraron en varias tiendas y probaron conjuntos ante la mirada de Frank. Era como un examen. Frank les suspendía diciendo «muy beta» o «muy alfa», y en pocas ocasiones les aprobaba asintiendo

con la cabeza y diciendo «sigma».

—Al hombre sigma no le interesa llamar la atención —les dijo—, eso significa que nada de logotipos grandes. No somos un anuncio andante. Tampoco nos interesan los estampados, evidentemente. Robles, ¿qué vas, de macho alfa? Átate ese botón.

Daniel acababa de salir del vestidor con una camisa negra y unos pantalones de color gris oscuro. Se había dejado sin abrochar el último botón de la blusa, mostrando por un momento su pecho.

—Viste como un caballero —le ordenó Frank—. Y no vuelvas a depilarte.

Daniel asintió y se abrochó el último botón de la blusa. Se miró en el espejo. El estilo monocromático le quedaba bien. El resto de los reclutas encontraron sus conjuntos en un tono parecido al de Daniel: camisas oscuras, negras, azules o grises, y pantalones de traje o vaqueros de la misma tonalidad. Era una vestimenta discreta pero elegante.

Exceptuando a Brayan, que ya vestía bastante bien, todos parecían otras personas cuando salieron de las tiendas. Incluso Yusef se había transformado en un hombre misterioso, un hombre con una discreta profundidad, en lugar del mozo-viejo de cincuenta años con problemas de próstata que parecía en el evento de presentación del Club Sigma.

Los cinco hombres bien vestidos terminaron sentados a la mesa de un Starbucks situado en el último piso del centro comercial. Frank Stiller estaba sentado en el asiento presidencial y saboreaba a pequeños sorbos un café moca con helado de chocolate blanco y nata mientras observaba con orgullo la evolución de sus reclutas.

—Diferenciar a un alfa de un beta es bastante sencillo si se presta atención a tres aspectos —fue levantando los dedos uno a uno—: postura, voz y respuesta. La postura es la primera señal. No importa

el tamaño de los músculos ni la altura de un hombre, sino lo que transmite con su cuerpo. Hay tantos gordos alfas como enanos alfas. Tened cuidado con eso. La segunda señal es la voz. El alfa tiene la voz más grave, escuchad bien porque esto es ciencia: el estrés y la ansiedad afectan a las cuerdas vocales, crean gallos y hacen que la voz suene más aguda. Cuando un beta siente ansiedad en público su voz parece la de un niño. Así es más fácil identificarlo. Es un mecanismo de defensa que proviene de nuestro pasado como chimpancés. En el mundo animal la voz aguda se interpreta como indefensión, lo que apela a la compasión de los posibles atacantes. —Frank Stiller no había leído un libro de biología en su vida, pero extrañamente todo lo que decía parecía ser correcto.

—¿Y un alfa no siente ansiedad? —preguntó Yusef.

—En público no —respondió Frank, y dio por hecho que bastaba con esa respuesta—. La tercera señal es la reacción: el hombre beta rechaza el conflicto, el alfa lo busca.

Todos asintieron con la cabeza como si hubieran entendido la lección de Frank. Solo Daniel, que llevaba un rato con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Y cómo reacciona el hombre sigma?

—El hombre sigma escoge. Un sigma no necesita pelear cada vez que hay un conflicto para mantener su posición en la jerarquía, pero tampoco sale corriendo cuando las cosas se ponen feas. Un sigma es un hombre controlado y, a la vez, implacable.

En ese momento, Brayan, que le acababa de dar un sorbo a su café, dejó el vaso de cartón sobre la mesa, apartándolo como si desprendiera un hedor. Frank le interrogó con la mirada.

—Es que solo bebo leche de avena. Soy sensible a la lactosa.

—¿Sensible a la lactosa? ¿Qué es eso de sensible a la lactosa? —preguntó Aratz.

—Es como ser alérgico pero no tanto —respondió Daniel—. Mi madre es alérgica.

—En realidad… —trató de seguir Brayan, pero Yusef le cortó.

—Qué tontería. No existe alergia a la lactosa. Se dice intolerancia a la lactosa. Y eres intolerante o no lo eres.

—No es así, existen grados —se quejó Brayan.

Yusef se rio.

—Grados de intolerancia. Lo que hay que escuchar.

—¿Y qué más da? *Fuck!* —dijo Frank—. La cuestión es que ha pedido un café con leche de avena y no se lo han sacado. Tenemos un conflicto. Escoge —Frank retó con la mirada a Brayan. Este podía escoger, pero todos sabían que solo había una opción correcta—. ¿Cómo piensas actuar?

Brayan miró hacia el mostrador. Dos jóvenes de edad universitaria atendían detrás de la barra. Había una decena de personas esperando en fila.

—Hay mucha gente esperando. Y tampoco me importa tanto.

—Yo en tu lugar iría —saltó Daniel—. Y me saltaría la cola.

—¡Yo también! —añadió Yusef.

Brayan tragó saliva.

—Dime, Brayan —dijo Frank—. ¿Qué crees que hacemos en La Academia? ¿Crees que vamos por ahí dando paseos por centros comerciales, comprando ropa y bebiendo café en un Starbucks como si fuéramos unas chiquillas de instituto?

Brayan palideció y sus ojos se hundieron.

—No —respondió sin mucha seguridad.

—No —repitió Frank levantando la voz, y se dirigió a toda la mesa —: Os he dicho que para ser un verdadero hombre sigma hace falta un entrenamiento práctico. Y a eso hemos venido. En vuestro paso por La Academia os enfrentaréis a tres pruebas prácticas que

tendréis que superar si queréis formar parte del Club. La primera prueba consiste en identificar a un beta, confrontarlo y ahuyentarlo. Si lo hacéis bien no ocurrirá nada. La mente de un hombre beta está programada para huir del conflicto. El objetivo de la prueba es aprender a identificarlos. *Chill*.

—¿Y si nos equivocamos? —preguntó Yusef.

Frank se encogió de hombros. Dio un buen sorbo a su café moca con helado de chocolate blanco y acomodó la espalda en el asiento. Señaló con un gesto con la cabeza a los trabajadores del mostrador.

—Uno de los dos es beta.

Brayan se giró con timidez, miró hacia el mostrador de reojo y se peinó el flequillo con la mano para disimular sus movimientos. Volvió a tragar saliva. Ninguno de los trabajadores parecía un hombre beta. Es más, uno de ellos vestía una camiseta blanca lo bastante ceñida como para marcar unos pectorales trabajados, y por debajo de las mangas cortas, en cada bíceps, se podían ver varias venas agresivas. El otro trabajador parecía peor, pues tenía la misma estatura, la misma complexión, y si no se le veían las venas era porque tenía ambos brazos completamente cubiertos de tatuajes negros. La tinta le subía hasta el cuello y terminaba justo debajo de la barbilla.

—Ninguno parece un beta —se quejó.

Miró a sus compañeros en busca de ayuda, pero nadie dijo nada. Solo Yusef negó con la cabeza, apretando los labios e inflando los mofletes como un besugo.

—Recuerda la lección. Lo primero en lo que hay que fijarse es en la postura, no en los músculos —dijo Frank con una sonrisa. Estaba disfrutando del momento.

Brayan volvió a estudiar a los camareros. El de los bíceps marcados atendía a un cliente y no mostraba ningún atisbo de

debilidad en su postura. En algunos momentos adelantaba el tronco superior para escuchar al cliente, pero no se encorvaba, solo se inclinaba, y luego volvía a su posición: recto y con la barbilla alta. Hasta sonreía con cierta gracia.

El de los tatuajes era el que más se movía por la barra, con gestos algo bruscos, rápidos y fuertes. Eso, sin embargo, no le daba un aire de torpeza, sino de una exagerada confianza.

Brayan se llevó la mano a la barbilla. Parecía un tic de concentración, pero era un tic de nerviosismo, por eso se tapaba la cara.

—No sé… —dijo para sí mismo.

El camarero de los tatuajes escribió un nombre en una taza de papel y lo puso sobre el mostrador. Examinó el nombre que acababa de escribir como si le costara entender su propia letra, y gritó.

—Erme… ¡Ermenegiiildo! —le salió un gallo.

El dominicano volvió la cabeza hacia sus compañeros y vio cómo le sonreían emocionados. Frank Stiller también sonreía, pero no emocionado, sino complacido.

—Ahí lo tienes, la segunda señal: la voz.

Brayan se levantó, más por el empujón de Yusef que por su propia voluntad, pero una vez de pie, caminó hacia la barra con paso firme. Se saltó la cola y se dirigió hacia el camarero de los tatuajes, cogió aire y dijo:

—Perdona.

El camarero le dio la espalda porque no le escuchó, así que volvió a decirlo, pero esta vez con voz más alta.

—¡Perdona! ¡He pedido un café con leche de avena y me lo habéis sacado con leche normal!

Lo dijo del tirón, como una frase que había ensayado diez veces en su imaginación. El camarero se volvió sorprendido por los gritos.

Le hizo un gesto con ambas manos para que se calmara.

—¿Eres intolerante a la lactosa? —preguntó como si fuera algo rutinario; como si el Starbucks siempre estuviera lleno de intolerantes a la lactosa.

—¿Cómo? Eh, no. No, tengo sensibilidad a la lactosa, que no es exactamente lo mismo pero sigue siendo un problema.

—Tranquilo, no te estoy juzgando.

Brayan dudó un instante, miró al suelo y sintió la mirada acechante de sus compañeros sigma. Le estaban dando la fuerza que necesitaba, así que levantó la mirada, y con una voz de ultratumba, le amenazó:

—Más te vale.

El camarero puso una cara rara, una mezcla de ceño fruncido y sonrisa desorientada.

—¿Quieres que te cambie el café por uno con leche de avena?

Brayan miró atrás, hacia la mesa. Todos los sigmas le observaban; ahí estaba también su vaso de cartón, con el café con leche de vaca apurado hasta el final.

—Da igual, ya lo he bebido.

—¿Lo has bebido? ¿Pero no eras sensible a la lactosa?

Brayan asintió con la cabeza una vez. Dos veces. Y tres veces. Se dio la vuelta y se marchó con sus compañeros, que lo abrazaron y le dieron palmadas en la espalda.

—Vamos a mejorar cositas —dijo Frank Stiller.

El próximo en pasar la prueba fue Yusef. Gritó a un dependiente de Primark porque le había pedido dejar la ropa sobre el burro después de probársela. Yusef le echó la bronca tan alto que vino una supervisora y terminaron regalándole un vale de regalo por valor de quince euros.

Aratz también pasó la prueba. Lo hizo en una tienda de

videojuegos en formato físico; supuso que alguien que trabajaba en una tienda como esa no debía de ser muy conflictivo y acertó. Era un hombre gordo, con acné y una coleta que no tapaba la incipiente calvicie en la coronilla. Aratz cogió un videojuego de la PlayStation y lo tiró al suelo delante del dependiente.

—¡Es la edición limitada de Spider-Man 2 para la Play 5! —gritó el dependiente.

Y cuando fue a recogerlo del suelo, Sonia le dio una patada para empujar el juego a la otra punta de la tienda. Se sintió culpable porque disfrutó. De hecho, se dio cuenta de que llevaba todo el día disfrutando como una niña. Se lo pasaba bien con ese grupo de extraños hombres. Por un momento le rondó por la cabeza la idea de que podría surgir un vínculo de amistad con el Club, y que no podría llevar a cabo su misión de forma profesional. Aunque enseguida borró esa idea. Se sentía bien al tener un grupo con el que poder salir otra vez, pero esos no eran sus amigos. Ella no tenía amigos.

Daniel fue el último en enfrentarse al ejercicio, aunque lo hizo… a su manera. Caminó un rato por los pasillos del centro comercial buscando a la víctima perfecta, y al final vio a un vigilante de seguridad que andaba encorvado, con la mirada perdida en el suelo. Daniel se paró frente a él y actuó como un obstáculo, moviéndose lo justo para no dejar que el vigilante siguiera con su camino.

—¿Qué le pasa? —preguntó el segurata.

No tenía la voz aguda pero su lenguaje corporal tampoco era la de un alfa. Daniel no contestó y siguió haciendo de obstáculo.

—Señor…, me está usted empezando a tocar los cojones —insistió el segurata.

Frank y el resto de los reclutas observaban desde la lejanía con cierta preocupación. Aquel hombre no parecía achantarse como el

resto de los betas. Entonces vieron cómo Daniel iba un paso más allá y empujaba con ambas manos al segurata. Este dio un par de pasos hacia atrás, y de repente sacó una porra extensible que se abrió con un golpe al aire.

—Siempre me tocan los tontos —dijo el segurata, y atacó a Daniel con la porra.

Daniel esquivó el primer golpe agachándose en diagonal, luego el segurata le lanzó un revés y Daniel bloqueó su codo con una técnica de Krav Maga y le asestó un puñetazo que lo dejó en el suelo.

—¡Corre! —le gritó Frank Stiller desde lejos.

Y Daniel Robles huyó.

Había superado la prueba… a su manera.

11

Beta Replacement:
(sustantivo, argot incel).
1. Fenómeno en el cual una mujer deja a un hombre beta (poco atractivo o de bajo estatus) por otro hombre que también es percibido como beta pero con más ventajas, como más recursos o mejor estatus social. Es una cuestión genética.

El segundo día en La Academia fue algo diferente. Frank llegó con los ojos rojos de no dormir y no parecía haber preparado nada para formar a los reclutas. De hecho, cuando escuchó que Brayan hablaba con Yusef, se dirigió a ellos y les pidió que hablaran más alto. No tenía muchas ganas de dar la clase.

—La conocí en un grupo de Discord —dijo Brayan; sonaba derrotado—, en un chat de voz.

Frank estaba medio de pie, con el culo apoyado en el escritorio, y Brayan hablaba sentado en una de las sillas, junto con los demás alumnos rodeándole. Frank descruzó los brazos para hacerle un gesto a Brayan para que parara. Estaba perdido.

—Discord es como una aplicación. Como WhatsApp —explicó Brayan.

—Es más bien como un foro —dijo Yusef.

—Vale, sigue —dijo Frank.

—Empezamos a hablar y vimos que teníamos un montón de cosas en común. Hablábamos todos los días. Lo típico: nos preguntábamos qué tal el día, nos contábamos los problemas… Y al final nos hicimos novios.

—¿Os hicisteis novios? —preguntó Frank. Su tono implicaba duda.

—Ella me lo dijo así: me dijo que era su novio.

—¿Pero os llegasteis a ver? —preguntó Yusef.

—Habíamos quedado en vernos —dijo Brayan, y sus ojos se tornaron rojizos. Todavía le dolía el asunto.

—¿O sea que erais novios pero todavía no os habíais visto en persona? —preguntó Daniel—. ¿Qué sentido tiene eso?

—Sigue —ordenó Frank.

—La cosa es que un día me dijo que le había empezado a hablar Karson, el streamer.

Frank y el resto se miraron entre sí.

—Karson. ¿No sabéis quién es? —preguntó Brayan.

Los chicos se encogieron de hombros.

—Sí, yo sí —respondió Sonia con su voz de Aratz—. Karson, que ahora también es músico. O trapero, o lo que sea.

—¡Sí! Ese —dijo Brayan—. Le empezó a reaccionar a las historias y a mandarle mensajes. Y yo le dije que solo lo hacía porque la quería follar. Y ella me dijo que lo sabía.

—Pero si es feo —dijo Aratz.

—¡Eso mismo dijo ella! —exclamó Brayan—. La cosa es que a mí me molestaba que se hablaran, pero tampoco era nadie para decirle a ella con quién debía hablar y con quién no. Y entonces un día… ella se fue a Madrid, de vacaciones, con sus amigas, y me mandó un mensaje. Me dijo que había hablado con Karson y que iban a quedar para tomar algo.

—Buf —Yusef se echó una mano a la frente y se tapó los ojos.

—Me dijo que no iba a pasar nada, que yo era su novio y que si me molestaba no lo haría… ¿Y qué iba a decirle yo? Le dije que se lo merecía, que se merecía pasarlo bien y conocer a ese famoso. Siempre y cuando no pasara nada.

—¿Vas en serio? —preguntó Aratz.

—Sigue —dijo Frank.

—Más tarde me volvió a escribir. Me dijo que no iban a quedar para tomar algo, que iban a quedar para ir a su casa. Yo le dije que vale, pero siempre y cuando fuera con más amigas. Que no se quedaran solos. Y ella me dijo que sí, tranquilo, que iban todas. Y yo mientras tanto estaba en casa, pensando todo el rato en lo que podría estar sucediendo. Pero le dije que se lo pasara bien. Que se lo merecía.

—Joder —dijo Yusef.

—No volví a saber nada hasta horas después. Ella me dijo que se habían quedado dormidas. Yo le pregunté que dormidas dónde, y ella me respondió que en el sofá. «¿Pero en el sofá todas?», le pregunté. Me respondió que no, que solo ella. «¿Y Karson?», le pregunté. Me dijo que en su habitación.

—¿Y no pasó nada? —preguntó Daniel.

—Claro que pasó algo —dijo Yusef—. Se quedó a dormir en la casa de un influencer famoso.

Brayan negó con la cabeza.

—Ella me dijo que no había pasado nada.

Aratz se rio y atrajo las miradas de los demás. Borró la sonrisa.

—¿En serio la creíste?

—Yo le dije que entonces todo estaba bien. Al final, ¿quién era yo para decirle con quién tiene que estar y con quién no? No quería ser el típico tío posesivo. Así que seguimos siendo novios; seguimos

hablando todos los días, preguntándonos qué tal el día, ya sabéis, hablando de nuestras cosas. Hasta la invité a que viniera a pasar un día en Pamplona. Estaba muy ilusionado, se lo conté a mis padres y a mis amigos, y ellos también estaban ilusionados por conocerla. Y entonces… Justo una semana después de lo de Madrid me mandó el mensaje. Era un texto largo. Empezó disculpándose porque sentía que había roto nuestra confianza.

—Se folló a Karson —dijo Yusef.

—Me dijo que habían pasado cosas.

Aratz volvió a reírse:

—Ya sabemos qué cosas. —Frank la miró, solemne, y ella borró la sonrisa—. Una zorra.

—Lo que más me dolió fue que me engañó —siguió Brayan—. Me dijo que no había pasado nada, que quería verme, y yo avisé a toda mi familia para nada…

—¿Y entonces la dejaste? —preguntó Daniel.

—Le di una última oportunidad. Le dije que si me quería, por favor, dejara de hablar con Karson. Y me respondió: «No puedo hacer eso. No puedo prometerte que no vaya a volver a pasar».

Todos se echaron las manos a la cabeza, pero nadie dijo nada. Hubo un pacto no hablado para no hurgar más en la herida del joven. Frank se incorporó, subió a la tarima del profesor y se colocó frente a la pizarra.

«BETA REPLACEMENT», escribió. Luego dibujó un mono. O algo que parecía un mono. Se dio la vuelta para hablar a la clase y señaló el monigote.

—Las mujeres son como monos. ¿Sabéis cómo andan los monos? —Estiró los brazos sobre la cabeza, como si cogiera algo invisible en el aire—. Van saltando de rama en rama. Como Tarzán. Tú —señaló a Brayan— eras la primera rama, la que le proporcionaba estabilidad.

Ella se agarraba a ti porque le dabas la validación masculina que necesitaba. Entonces apareció otra rama, un poco más arriba. Agarró esa rama, que le ofrecía algo más que validación masculina: le daba estatus, tal vez fama, alguna entrada para el reservado de una discoteca; puede que algo de cocaína. La cuestión es que un mono no suelta una rama hasta que está seguro de que la nueva rama que ha agarrado es estable.

—¡Por eso tardó una semana en confesar! —se dio cuenta Daniel.

—¡Exacto! Realizó la primera cópula y lo ocultó. Y no lo contó hasta que tuvo la garantía de que habría más cópulas en el futuro. No sueltan una rama hasta que se aseguran de que la nueva rama está bien agarrada.

Daniel apuntó esa última frase en su cuaderno. Aratz empujó su mochila con el pie hacia la tarima. Ahí había escondido la grabadora, y no quería perder nada de lo que dijera Frank.

—¿Cómo se evita el *beta replacement*? —preguntó Daniel.

—No se puede evitar —dijo Frank con una sonrisa—. Es un tema genético. Las mujeres se asocian a los betas, no tanto por la cópula, sino porque las proveen de estabilidad. Una vez conseguida esa estabilidad se quedan encaramadas a la espera de un beta que las provea de algo más: más dinero, más regalos, coches, una casa más grande… Lo que sea que quiera la súcubo en cuestión.

—¿Súcubo? —preguntó Daniel.

—*Fuck,* esto es de primero de sigma, Robles —le reprendió Frank —. Una súcubo es un ser de la mitología medieval. Un demonio con apariencia de mujer que se alimenta de la energía sexual de los hombres.

—¡O sea, hoy en día todas! —se rio Yusef, sin apartar el bolígrafo del cuaderno en el que tomaba apuntes.

Nadie se rio.

Sonia, escondida tras el disfraz de Aratz, no sabía si debía sentirse ofendida o si debía sentir lástima por ese grupo de hombres tan perdidos. Estaba segura de que hablaban de súcubos porque ninguna mujer les hacía caso. Tenían una misoginia tan impregnada, motivada por su torpeza para interpretar el mundo en el que vivían, que preferían creer que las mujeres eran demonios antes que ser sinceros consigo mismos.

—Un momento —preguntó Sonia—: No entiendo el *beta replacement.* Si… las súcubos —le costó decir la palabra— van saltando de hombre beta a hombre beta, entonces… ¿cuándo llegan al macho alfa? Porque eso es lo que busca una mujer, ¿no? Un macho alfa.

Frank se rio.

—No, no, las mujeres no quieren alfas para el largo plazo. A veces los usan para copular, para aumentar su *body count…* Ya sabes, solo diversión. Pero un alfa no es ni padre ni marido. Para eso prefieren a los betas, hombres más moldeables, menos conflictivos. ¿Entiendes?

Aratz asintió.

—Tengo una pregunta. —Daniel levantó el brazo.

—Adelante.

—Y nosotros, ¿qué? Quiero decir, en todo este contexto de betas, alfas y súcubos, ¿qué tiene que hacer un hombre sigma?

Frank asintió, con la mirada fija en el que parecía ser su mejor alumno, sonrió complacido y se dio la vuelta para borrar la pizarra. Lo hizo cuidadosamente, sin decir ni una sola palabra, y cuando terminó, escribió la siguiente lista:

NOFAP
NO FUEGUITOS
GYM

LIBROS

Fue señalando uno a uno:

—NOFAP. A partir de ahora nada de meneárosla. Nada de pornografía, eso mata al cerebro. Destruye vuestra capacidad de concentración, vuestra fuerza y espíritu. Está demostrado científicamente que el NOFAP elimina la niebla mental y aumenta los niveles de testosterona, lo que hace que aumente la confianza en uno mismo. Es ciencia. Segundo, no reaccionaréis a historias de Instagram, ni fueguitos, ni likes, ni ninguna reacción a nada que suba ninguna súcubo a las redes sociales. No seréis vosotros quienes les den la validación masculina y perpetúen la chochoinflación que impera en esta sociedad. A partir de hoy sois soldados, *fuck!* Iréis al gimnasio a diario, os despertaréis pronto para leer todos los días. ¡No me importa quién lee cien libros, sino quién lee un libro cien veces! A partir de hoy sois soldados sigma.

Cuando Sonia llegó a casa después de La Academia sintió un chispazo de emoción por llamar a Javier. Estaba emocionada y lo primero que quería hacer era contarle sus avances. Bueno, eso fue lo segundo; lo primero que hizo fue buscar una botella de vino en el frigorífico. Había que celebrarlo.

—Creo que podemos hacer un documental —dijo Sonia entusiasmada—. He grabado la clase con una cámara oculta en la mochila. Tengo imágenes del gurú, de los alumnos…

—¿Una cámara? ¿Y si la ven? ¡Te dije que no te arriesgaras! —dijo Javier, y su preocupación parecía sincera.

Sonia activó el manos libres y dejó el móvil sobre la encimera mientras se servía una copa hasta arriba de vino. Era de medio litro.

—No te preocupes, he comprado una minicámara en Amazon.

Parece un botón en la mochila. Es imposible que se den cuenta. Créeme, esos tíos no se dan cuenta de nada —se rio.

Sonia caminó hasta su habitación, dio un sorbo a la copa antes de dejarla en la mesilla, y se tumbó.

—Ya sé que estás excitada por… porque esto es como una aventura para ti. Pero esto es serio, las cosas se podrían torcer —dijo Javier con una voz grave un poco forzada.

—Lo sé. —Sonia se frotó el estómago por debajo de la camiseta.

—Si te pillan…

—Si me pillan saldré corriendo —dijo.

Por su tono parecía más una niña preparando una trastada que una profesional investigando una trama real.

Se escuchó un suspiro a través del teléfono.

—Mañana ven a mi despacho y lo hablamos. Vamos a planificar esto juntos. Para que no haya sorpresas.

—Hecho.

Sonia colgó el teléfono y lo dejó en la mesilla. Utilizó la misma mano para beber un trago de vino y se relajó en la cama. Casi sin darse cuenta, la otra mano, que acariciaba su vientre por debajo de la camiseta se deslizó. Siguió su camino hacia abajo, hasta toparse con su ropa interior. Primero pasaron los dedos, que se encontraron con un esperado calor. Sonia cerró los ojos y vio a Javier delante de ella. Estaban en su despacho, pero ella estaba desnuda y de rodillas. A sus órdenes.

Los hombres sigma habían recibido la orden de no masturbarse. Pero ella no era un hombre, ¿no?

12

Súcubo:
(Sustantivo, argot).
1. Mujer que explota su atractivo físico para manipular, controlar o aprovecharse de los hombres, especialmente de aquellos considerados débiles o vulnerables. Referencia moderna al concepto mitológico del súcubo, representando a mujeres que «chupan» la energía sexual masculina.

Cuando Sonia entró en el despacho de Javier sintió una mezcla de vergüenza y miedo de que alguna expresión, una frase o algo de su cara desvelara la fantasía que había tenido con él la noche anterior. No era la primera vez que sentía algo parecido en el trabajo. Tal vez fuera porque no era la primera vez que llegaba con resaca al trabajo.

—Me da un poco de pena el chaval —dijo Javier después de escuchar la historia de Brayan.

—¿Pena? ¿No ves todas las ideas que tienen sobre las mujeres? Es prácticamente un grupo terrorista.

Javier suspiró irónicamente. Estaba sentado en su silla mirando las imágenes obtenidas con cámara oculta, mientras Sonia, que estaba agachada detrás de él, señalaba con el dedo la línea del tiempo.

—Ya verás cuando empiezan a hablar sobre psicología femenina.

Javier aumentó la velocidad del vídeo.

—No sé…

Su actitud estaba empezando a confundir a Sonia. Por teléfono le había dado a entender que la investigación tenía buena pinta, pero en persona no hacía más que poner pegas y hacer aspavientos, como si no diera la talla. Y Sonia estaba convencida de que eso no era real. Tal vez su ambición la traicionara, pero no recordaba que ningún periodista del diario hubiera llevado a cabo jamás un reportaje de investigación de semejante calado.

El Club Sigma no era un simple club de frikis con problemas sociales. El Club Sigma era un grupo organizado que utilizaba técnicas coercitivas para captar adeptos y lavarles el cerebro con una extraña ideología misógina y retrógrada que se estaba expandiendo como una pandemia en los nuevos tiempos.

—¿Quién es este? —dijo Javier—. Hace muchas preguntas.

Sonia pausó el reproductor y se acercó a la pantalla. El cuello de su blusa rozó el hombro de Javier.

—Se llama Daniel Robles. Trabaja en una fábrica de Landaben, en cadena de montaje, pero dice que quiere emprender desde los catorce años.

Javier se rio en silencio.

—Otro al que le han lavado el cerebro.

—Sí —se rio Sonia. Pero era una risa de mentira.

—Podrías acercarte a él. Conocer su pasado, su historia. ¿Por qué ha terminado en el Club? Eso le daría otra dimensión al reportaje.

Sonia asintió con desgana. En realidad, Daniel Robles había generado en ella un extraño rechazo desde el primer día en que lo vio. Al principio pensó que era por sus ojos. Le pareció que tenía unos ojos traidores. Pero cuanto más tiempo pasaba cerca de él más repulsión le generaba aquel curioso personaje.

—¿Cuándo es la próxima reunión?

—Este viernes. Vamos a enfrentarnos a la segunda prueba de acceso al Club. Vamos a ir de caza.

—¿De caza?

—A por mujeres.

—¿Vais a salir a ligar? —preguntó Javier con una sonrisa que no podía evitar.

Sonia se irguió y cruzó los brazos bajo su pecho.

—Tendré que usar toda mi sabiduría femenina.

Javier se rio.

—Ya te aviso que con las mujeres no sirven los mismos trucos que con los hombres.

—¿Ah, no? —respondió Sonia juguetona—. Y tú, ¿te sabes algún truco? Algo que me ayude a pasar la prueba.

Javier negó con la cabeza. Abrió un cajón de su escritorio.

—Tendrás que estar atenta a las clases de los Sigma, porque si por mí fuera…, no pasas la prueba.

Sacó un paquete del cajón y se lo entregó a Sonia. Era una cámara espía con el tamaño de un mechero, con un extremo acabado en forma de botón, donde se escondía la lente del aparato.

—Quiero que lo grabes todo —dijo Javier.

Sonia lo examinó con ilusión. Solo por los materiales ya se veía que era una cámara mucho mejor que la que había comprado en Amazon. Era una cámara espía de verdad; profesional. Seguramente comprada en una tienda a la que solo tienen acceso periodistas experimentados e investigadores privados. Se lo acercó al cuerpo sin saber muy bien hacia dónde llevarlo, y fingiendo una torpeza femenina, preguntó:

—¿Dónde se coloca?

Javier cogió el aparato y lo levantó a la altura del pecho de Sonia.

Le puso la otra mano en la espalda, con suavidad, sobre los riñones.

—Le quitas un botón a la camisa y lo colocas por dentro.

Sonia volvió a coger la cámara y se la introdujo en el escote. Aprovechó que tenía los primeros botones de su blusa desabrochados para colocar la lente de la cámara, y se abrochó el resto ocultando el aparato dentro.

—Dará el pego —dijo satisfecha.

En ese momento, Hugo abrió la puerta del despacho de brusca manera, sin llamar, con el descaro de un empleado veterano. Vio a Javier, sentado, y a Sonia, encorvada demasiado cerca de él, lo que le hizo guardar una sonrisa como quien guarda un treinta y uno al mus. Era peor que una mosca cojonera, pensó Sonia. Le vino a la mente aquel día en el que le daba golpes a la impresora como un babuino y luego le echaba la culpa de que no funcionara a ella.

—¡Estás aquí! —le dijo a Sonia en tono de reproche—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo buscándote? La presidenta ha hablado dos horas sin parar en la rueda de prensa. Alguien tiene que transcribirlo.

Sonia se irguió como un palo. Y aprovechó para alejarse un paso de Javier.

—¿Y pretendes que lo haga yo? —dijo Sonia indignada.

Le hubiera gustado escupir a Hugo. Este se rascaba la cabeza y mostraba los dientes de placer.

—Así vas cogiendo experiencia.

Sonia miró a Javier en busca de ayuda.

—¡Ya no soy una becaria! —gritó.

—Vale, lo primero —dijo Hugo enseñando las dos palmas de su mano—, tranquilízate. Ya sé que piensas que lo sabes todo, como el resto de tu generación. Pero aquí hay una cadena de mando, y todos nosotros empezamos así. Yo transcribía cuando empecé. Hasta Javier transcribía cuando empezó.

Javier puso los ojos en blanco. Evitó la mirada de Sonia.

—Pues yo no puedo —dijo Sonia—. Tengo otro trabajo.

Hugo, que hasta entonces se agazapaba entre la puerta y el marco de la entrada, cerró un poco más la puerta dejando tan solo su cara y la mitad de su cuerpo a la vista de la pareja. Su cara se ensombreció.

—¿Otro trabajo? —preguntó con una ceja levantada.

Sonia se cruzó de brazos y apretó la mandíbula. Se hizo el silencio.

—Es cierto —intervino al final Javier—. Tendrás que buscarte otra persona que te haga la transcripción, Hugo. Sonia está ocupada con un reportaje de investigación.

La mirada de Hugo cayó al suelo. Enfadado y decepcionado. Retiró lentamente su cabeza de la entrada, y justo antes de cerrar la puerta, Sonia sentenció:

—O haz tú la transcripción.

13

Chochoinflación:
(Sustantivo, argot).
1. Fenómeno por el cual, debido a factores como las redes sociales, las aplicaciones de citas y la validación constante, el valor percibido de una mujer en el «mercado sexual» se incrementa artificialmente, incluso cuando no cumple con los estándares físicos o personales tradicionalmente valorados. Según esta narrativa, las mujeres tienen acceso a una atención desproporcionada en comparación con los hombres promedio.

Frank Stiller reunió a los cadetes en La Academia antes de salir el viernes a la noche. Los cinco alumnos respetaron el código de vestimenta que les había impuesto el día de la primera prueba en el centro comercial.

—La prueba de hoy será, para algunos de vosotros, una prueba de corte —dijo desde la tarima—. Un hombre sigma debe ser capaz de controlar sus impulsos, de resistirse a las tentaciones. Pero eso no significa que el sigma sea un inútil. El sigma no busca a una mujer. Es independiente. Autosuficiente. No pierde el tiempo persiguiendo mujeres, lo cual no implica que no pueda conseguir a cualquier mujer.

Golpeó la palma de una mano con el puño de la otra.

Daniel levantó la mano. Frank le señaló con un dedo.

—Dispara.

—¿Cuáles son las reglas de la prueba? ¿Debemos tener relaciones sexuales con una mujer para aprobar?

—¿En serio? —se le escapó a Sonia.

—Sí —dijo Brayan con una sonrisa ilusionada.

—No —dijo Frank—. En realidad, el objetivo de la prueba es que dominéis a una mujer. Tenéis que entrar en su mente, manipularla, hacer que ella desee acostarse con vosotros; que se muera por que la toméis y la hagáis vuestra. Y luego… Ya está. Os vais. La dejáis con las ganas y habréis aprobado.

—¿Importa la puntuación de la susodicha? —preguntó Yusef—. Quiero decir, ¿si se lo hago a un «ocho» saco mejor nota que si se lo hago a un «cinco raspado»?

Brayan se rio.

—¿Tú? Si se lo haces a un «tres» puedes darte por satisfecho.

Todos se rieron. Sonia también improvisó una risa.

—No importa si la presa está buena o si es un kraken de las tinieblas —dijo Frank con una malvada sonrisa—. Si eso fuera importante, ninguno pasaría la prueba.

Todos se rieron.

—Yo estaré cerca de vosotros, vigilándoos en todo momento. Cuando terminéis la cacería tendréis que traerme una prueba de que lo habéis conseguido. Un número de teléfono, un *follow* en Instagram… Lo que sea; pero conseguidme una prueba y habréis pasado a la siguiente fase.

Después de explicar las reglas Frank compartió todos sus secretos de seducción con los alumnos. Para ser hombres solitarios, los hombres sigma estaban muy preocupados por comprender la

psicología femenina, pensó Sonia. También pensó que todo lo que decía Frank era ridículo. Reducía al género femenino a un puñado de estereotipos ofensivos que no correspondían, al menos, con ella.

Daniel, por su parte, sacó lápiz y cuaderno y apuntó toda la sabiduría que emanaba de la boca de Frank. Era un hombre brillante, pensó. Le gustaría saber todo lo que sabía él, y estar donde estaba él. Literalmente, encima de esa tarima.

Frank se centró en todo tipo de detalles.

Comenzó desde el principio. Lo primero que tenían que hacer cuando entraran en la discoteca era hablar animadamente entre ellos. Moverse mucho. Saludarse. Darse abrazos.

—A las féminas les gustan los hombres sociales. No os quedéis en una esquina como unos pobres hombres. Saludad a la gente. Incluso aunque no los conozcáis. Si es necesario podéis levantar la mano y saludad al fondo de la pista, como si estuvierais viendo a un viejo amigo, aunque en realidad no conozcáis a nadie de la pista. Da igual. Ellas no se van a enterar. Lo único que verán es a un potencial fornicador socialmente apto.

Lo siguiente, más importante y tal vez más difícil, era la entrada. El momento más crítico para la mayoría. El mayor enemigo de un hombre beta. Existe, según Frank, mucha literatura sobre cómo ha de hacerse una buena entrada. El ángulo importa. Nunca entres directamente por la espalda. Tampoco vayas recto ni lateral. La entrada correcta es una diagonal desde detrás de su oreja, y siempre después de un primer cruce de miradas.

—Las mujeres tienen una mayor visión periférica que los hombres. Desde la diagonal te pueden ver, pero no lo sienten tan brusco como entrar de frente.

Daniel trataba de memorizarlo palabra por palabra mientras lo escribía en su cuaderno. Sonia estaba alucinando.

—La velocidad de entrada también tiene su complejidad en el arte de la seducción —dijo Frank—. Si entras demasiado lento las féminas te rechazan. Es algo natural, lo perciben como desconfianza. Si entras demasiado rápido es peor. Se asustan. Hay que entrar con confianza pero con delicadeza. Es un arte difícil de dominar.

En cuanto a qué decir, o, más bien, las «frases de apertura», como las denominó Frank, se podía usar un estilo agresivo, como «No se puede fumar aquí dentro» o «Deja de empujarme».

—Esas funcionan más con tíos guapos. —Miró a los discípulos con una mueca de decepción—. Haremos lo que podamos.

—Por experiencia, la personalidad es más importante —dijo Yusef.

Brayan y Daniel asintieron intercambiando miradas esperanzadas.

—Cállate —dijo Frank, e hizo una pausa para acumular silencio en forma de expectación—. Existe un truco… —se aclaró la garganta—. Este es un truco mío. Os lo desvelaré, pero no quiero que salga de esta sala.

Los chicos asintieron con la cabeza.

—Veis a una mujer, en la pista de baile. La miráis a los ojos. Un instante, lo justo para ver si hace contacto visual. Si os sostiene la mirada, vais directos hacia ella sin pensarlo dos veces. —Frank apretó la mandíbula y entornó los ojos con determinación mientras se imaginaba la escena—. No apartáis la mirada hasta llegar donde ella. Hasta casi tocarla. Y entonces le decís: «Eres piscis, ¿verdad?».

A Sonia se le escapó una carcajada. Frank, molesto, caminó sobre la tarima hasta ponerse frente a ella. Se metió las manos en el bolsillo y no dijo nada. Al final Sonia se sintió presionada a hablar.

—¡Venga ya! ¿Cómo va a funcionar eso? ¿Y si no es piscis?

Frank sonrió complacido. Esperaba esa pregunta.

—¿Y si lo es? —respondió.

Sonia negó con la cabeza, desconforme. ¿Qué clase de respuesta

era esa? Y sin embargo el resto de los discípulos se reían y asentían como si hubieran aprendido una valiosa lección. Frank explicó que todas las mujeres, incluso las más inteligentes —sobre todo las más inteligentes— tenían una especial debilidad por la astrología. Lo importante no era el signo zodiaco en sí, sino que la fémina pensara que el hombre había visto algo especial en ella. Algo mágico. Como la astrología.

Las lecciones de Frank eran tan aberrantes que Sonia no sabía si debía enfadarse o alegrarse por estar grabándolo todo. Aunque hubo una cosa que la desconcertó: en realidad, ella sí era piscis.

Le había dicho a su madre que no lo esperara despierta, aunque no era necesario. Se hubiera quedado dormida viendo la tele de todas formas. Daniel llevaba unos pantalones de color gris y una camisa blanca con cuello en pico que mostraba ligeramente su torso, no demasiado grande pero trabajado. Desde que había «dejado» el Krav Maga solo hacía pesas, lo que le hizo ganar algo de volumen.

Los discípulos sigma llegaron a las puertas de la discoteca Indara a las dos de la madrugada. Habían estado practicando sus estrategias en La Academia para que todo saliera bien. Y habían elegido esa hora porque para entonces, pensó Frank, las mujeres estarían más borrachas.

—¿Sueles venir por aquí? —le preguntó Sonia a Daniel. Tenía que acercarse a ese extraño personaje para cumplir con Javier.

—A veces —mintió Daniel—. Tengo muchos amigos, Aratz, espero no cruzármelos hoy aquí. No quiero que nadie se interponga en mi prueba. —Sus ojos emitían un brillo de pasión.

—¡Vale! —dijo Sonia, algo alucinada por la efusividad de Daniel.

En realidad ella también estaba algo nerviosa. No por la prueba en sí, sino por el riesgo que conllevaba ir a un sitio tan concurrido con

su disfraz de infiltrada. Cualquier conocido, cualquier saludo indebido… podría desenmascararla en menos de cinco segundos. Estaba segura de que Frank Stiller era un hombre más inteligente de lo que parecía. Era atento. Se fijaba en todo.

Indara era un subterráneo. Los discípulos sigma bajaron por las anchas escaleras hasta la entrada; detrás, Frank, los seguía como un pastor a un rebaño. Yusef miró atrás cuando llegó a la recepción, buscando algo, una palabra, un gesto, o una tarjeta de crédito en el pastor. Pero Frank negó con la cabeza. Cada uno tendría que pagar su entrada, por si no era algo evidente.

Cuando llegaron a la sala, el corazón de Daniel empezó a latir cada vez más rápido. Estaba emocionado. Solo había visto el Indara en las fotos de internet, y ahora estaba ahí, con todas las mujeres bailando, las luces rojizas y el olor fuerte y dulzón de ambientador que sentía que invadía todo el espacio. Era un olor exagerado, entraba por la nariz y llegaba hasta los pulmones como una droga; aunque probablemente era un truco para disimular el olor a alcohol y sudor que se impregnaba en la sala noche sí, y noche también. La pista de baile era grande, pero estaba tan llena que los sigma tendrían que hacerse un hueco. A un lado había una larga barra de madera oscura, iluminada con lámparas de luz cálida de estilo vintage. Al otro, una zona VIP separada con un altillo de ladrillos y barandillas de acero negro. Ahí estaban los futbolistas del Osasuna.

Daniel se frotó las manos. Se hallaba justo en el lugar donde ocurren las cosas. Un lugar elegante, si no fuera por las luces rojas y el reguetón, que lo hacían parecer más bien un puticlub.

Brayan, Aratz, Yusef y Frank fueron directos a la barra, pero Daniel se quedó frente a la pista, observando; vigilando. Había grupos de mujeres que bailaban al ritmo de la música, perreando. Las que estaban en el centro de la sala eran jóvenes, de entre dieciocho y

veinte años, pero eso no le importaba a Daniel. Él también era joven. Tenía treinta y tres, como Jesucristo.

Mientras estudiaba el mercado, alguien le dio un golpecito en el hombro por detrás. Era Yusef, que le traía una copa. Junto con él vinieron los demás y cerraron un círculo.

—Recordad, hoy sois hombres sociales —dijo Frank—. Conocéis a mucha gente y estáis dispuestos a conocer a más.

En ese momento, Yusef salió del círculo y agitó un brazo efusivamente como si estuviera saludando a alguien dentro de la pista. No saludaba a nadie en concreto, y aunque sabía de antemano que nadie iba a devolverle el gesto, sintió vergüenza en el último momento y terminó girando la mano para rascarse la nuca disimuladamente.

—Buena suerte —dijo Frank cuando vio la jugada de Yusef—, la vais a necesitar.

«Y tanto», pensó Sonia. Los cinco formaban un grupo tan… ¿especial? que ninguna mujer se acercaría a ellos. No parecían un grupo de amigos normal. Brayan era el único que podría encajar en el lugar. Se sabía las canciones, sonreía, cantaba y bailaba con buen ritmo. «Aunque es muy bajito, yo no me acercaría», pensó.

Yusef era el que más desentonaba, sin lugar a duda. Era el hombre más mayor del lugar. Probablemente el más mayor que había pisado nunca el Indara. Bailaba solo con la cabeza, y a los veinte minutos ya le caían unas gotas de sudor de la frente. Frank Stiller hablaba mucho. Iba y venía del baño, y cada vez hablaba más. Daba indicaciones a los demás sobre los mejores grupos de féminas a los que atacar. Dijo que podía detectar a las más fáciles solo por el lenguaje corporal, y después de un par de viajes al baño dejó de utilizar la palabra «fémina», que cambió por «zorrita». Sonia tuvo que aguantar las ganas de echarle la copa por encima.

Y por último estaba él: Daniel Robles. No bailaba, tampoco sonreía, pero de alguna forma conseguía no desentonar en el lugar. Era como un camaleón.

—Yo seré el primero —dijo Daniel, y se perdió en la pista de baile.

Daniel caminó entre los diferentes grupos y se colocó justo en el centro de la pista. Y empezó a bailar, colocó las manos a la altura de los pechos, con los puños cerrados, y movió las caderas a ambos lados. Levantó la cabeza y oteó a su alrededor, posando la mirada en las mujeres que más le gustaban, de una en una. Todas parecían estar a lo suyo, así que siguió bailando y moviéndose por la pista hasta que una le hiciera contacto visual. Ese era el plan. Según Frank, tenían que esperar a que una mujer les sostuviera la mirada antes de entrar.

Al fin, los ojos de una mujer pelirroja y bajita se juntaron con los de Daniel. Fue un contacto corto, de fracciones de segundo tal vez, pero lo suficiente para que Daniel lo interpretara como una señal. Sin dejar de bailar con la cadera avanzó hasta la mujer, que para entonces le había dado la espalda, y Daniel acercó su cara a la oreja de ella.

—Hola —le dijo con voz dulce.

Ella se giró con tal rapidez que casi le dio un latigazo con su melena roja. Tras esquivarla, Daniel pudo observar desde cerca la mayor cara de desprecio que había visto jamás: labio superior inclinado, pómulos levantados hasta las cejas, ceño fruncido; y acto seguido, una llamada de socorro a la oreja de su amiga más cercana. En cuestión de segundos, el grupo entero se había marchado dejando a Daniel un enorme hueco para seguir bailando en su soledad.

Nadie dijo que saldría a la primera.

No se quedó en el lugar. Se movió a la otra punta de la pista para

explorar nuevos mercados. Esa también era una de las indicaciones de Frank Stiller: si sufrían un rechazo no se podían quedar en el mismo sitio, ya que las féminas de alrededor lo habrían visto y ninguna mujer quiere liarse con un hombre que ya ha sido rechazado por otra. Es un tema de orgullo, según dijo. Las mujeres se clasifican en un ranking que solo ellas conocen.

Subió a un altillo que había en el fondo por unas escaleras. Ese lugar parecía más oscuro. Algunos se apoyaban en la barandilla para observar la pista, como francotiradores en busca de una presa; como Daniel.

Fue ahí mismo donde vio a dos chicas bailando solas. Eran morenas, con el pelo liso y, mínimo, una década menos de vida que Daniel. Una de ellas hizo contacto visual con él. De nuevo fue una fracción de segundo, lo suficiente para que Daniel captara su indudable señal. Se acercó recordando la trayectoria diagonal de la que había hablado Frank en La Academia, y esta vez ocurrió algo distinto. Justo antes de que Daniel pudiera abrir la boca, la chica levantó un dedo y, sin siquiera mirarle, le hizo un gesto negativo. Daniel siguió andando, pasó por al lado, y se fue.

—Una cerveza —pidió Daniel.

Daba golpecitos rápidos en la barra con la tarjeta mientras esperaba a que el camarero le sirviera. Apretaba los dientes y miraba alrededor. Quería irse del lugar. O pegar un puñetazo al camarero.

Había cola para pedir, así que cuando le sirvieron la cerveza tuvo que hacer hueco para que una chica pudiera pasar a pedir.

—Gracias —le dijo con una sonrisa.

—De nada —le dijo Daniel.

Era una mujer bajita, de pelo rubio y una cadera ancha apretada en un pantalón vaquero. Daniel se fijó en que se tuvo que poner de

puntillas para pedir. El camarero no le hizo caso y ella puso cara de frustración. Miró a Daniel.

—No me hacen caso —dijo suplicando auxilio.

Daniel sonrió. Pensó en algo gracioso que responder pero no se le ocurrió nada.

—Es porque soy bajita —siguió ella hablando.

Como Daniel no le respondió de inmediato volvió a concentrarse en el camarero e intentar pedir su copa. Entonces Daniel le tocó en el hombro.

—¿Eres piscis? —le preguntó.

Ella se rio amablemente.

—¿En serio te ha funcionado eso alguna vez?

Daniel se encogió de hombros.

—Qué cabronazo —dijo ella, y se volvió a girar para pedir su copa.

Daniel no se movió de su sitio. Le había dado la espalda, pero no sabía si había concluido el contacto o si volverían a hablar. Estudió el trasero de la mujer. No era tan joven como las demás, tenía el culo grande y sobre él sobresalían los michelines, aunque tampoco tenía sobrepeso. De cara tampoco estaba mal. Para Yusef sería un siete, seguro.

Cuando la mujer se dio la vuelta con su copa, tenía una expresión de sorpresa. Incrédula. Se acercó a Daniel. Este tuvo que agacharse un poco para ponerse a su altura.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó.

Había acertado. Frank dijo que teóricamente una de cada doce mujeres debía de ser piscis, pero que en la práctica eso no ocurría. Por su experiencia, una de cada dos o de cada tres mujeres era piscis. Tal vez tuviera razón.

Daniel improvisó.

—Tienes un aura de piscis. Lo he sentido.

Pensó en algún rasgo de piscis pero no se le ocurrió ninguno. ¿Qué rasgos tiene una piscis?

Ella puso una mueca de decepción, pero a la vez inclinó la cabeza a un lado, cosa que, según Frank, era buena señal.

—Me estás vacilando —dijo.

—La verdad es que sí —dijo Daniel mientras se reía educadamente —. Me llamo Daniel.

—Yo Sara, encantada.

Se dieron dos besos. Otra buena señal. El contacto físico era un claro indicador de interés por parte de la mujer. Daniel jugó bien sus cartas. Charló con la mujer un rato, le preguntó a qué se dedicaba, si tenía hobbies, si tenía un buen coche… La conversación iba tan fluida que Daniel empezó a sentirse confiado. Al fin y al cabo, ella era una mujer venida a menos. No le preguntó la edad, pero ya habría superado el umbral de los treinta y ninguno de los jóvenes del local se fijaría en ella. Él era el premio para ella. Eso pensó.

No sabía cómo le estaría yendo a los compañeros de La Academia, pero él estaba demostrando ser un verdadero sigma. Tenía la prueba en el bote. Estaba dentro de la mente de Sara.

Cada vez más confiado, cogió a la mujer de la mano y bailó con ella. Ella aceptó el baile. Sonaba una canción de perreo de Daddy Yankee. La letra decía algo así:

Toma, toma, toma
¿Te gusta?
Toma, toma, toma
¿Tú quiere'?

Daniel no sabía cómo bailarlo, pero ella le cogió de las manos y él intentó imitarla, moviendo las piernas y la cabeza pero dejando el

tronco recto como un árbol. Ya está. Lo estaba haciendo. Estaba bailando con una mujer por primera vez en su vida.

Era hora de la prueba final: tenía que hacerla girar bajo su brazo. Si las mujeres se dejan hacer girar, según Frank, el trato está cerrado.

Daniel levantó la mano con la que la agarraba e hizo hueco para que ella girara. Ella, sonriente, giró, y cuando terminó el giro, Daniel la agarró de la cadera, pegó su cuerpo al de ella y le lanzó un beso.

Para haber pasado el umbral de los treinta, Sara poseía todavía una buena flexibilidad en la espalda, porque se retorció como una cobra para evitar la cara de Daniel.

—¡No! Lo siento —dijo ella mientras se protegía la cara con una mano, como si Daniel fuera a volver a intentarlo.

—Pero… —Daniel estaba confuso. Algo avergonzado, pero la vergüenza pronto pasó a la ira.

—No quiero —dijo ella.

—¿Que tú no quieres? —dijo indignado—. ¡Ya quisieras tú estar a mi nivel!

Ella soltó un bufido.

—¿Tu nivel? Baja esos humos.

Daniel se puso rojo, pero completamente rojo. No solo las mejillas, sino la frente, el cuello, y hasta los ojos, todo en su cuerpo estaba a punto de explotar.

—Eres una calientapollas. ¡Zorra!

Sara le lanzó la copa a la cara, casi como un acto reflejo al escuchar esa palabra.

—¡Puta zorra! —volvió a gritar Daniel, con los ojos cerrados porque el alcohol le había mojado todo.

Levantó la mano con intención de agarrarla, o tal vez de pegarla, pero dos jóvenes que estaban cerca le detuvieron y le mandaron al

fondo a empujones.

—¡Seguridad! —gritó alguien.

Y Daniel vio cómo la gente a su alrededor se abría para alejarse de él, dejándolo expuesto a los agentes de seguridad del local. Así que reaccionó rápido y se coló entre la muchedumbre. Alguno le tiró una cerveza pero continuó andando, agazapado, y logró perderse entre la multitud. Levantó la cabeza y vio a un segurata alto hablando con la tal Sara. Siguió en su huida hasta llegar a una puerta escondida en una esquina. Por suerte, se encontraba abierta. Era un baño.

Era amplio, pero estaba totalmente vacío. Había dos lavabos y dos inodoros más grandes de lo habitual cerrados dentro de unos biombos de madera verde. Se fijó en la altura de los lavabos, y los apoyaderos en las paredes, y Daniel comprendió que se había metido en un baño para discapacitados. Entonces escuchó un ruido detrás de uno de los biombos. Era un sonido gutural, seguido de un líquido derramado. Luego un golpe, y silencio.

Daniel caminó lentamente y empujó con suavidad la puerta del biombo. Este chirrió al dejar ver a una mujer tirada en el suelo. Estaba en posición fetal, aunque no era una discapacitada. El inodoro estaba lleno de vómito de color azul, y por suerte, por lo que pudo ver Daniel, no había llegado a ensuciar su vestido blanco con escote.

Daniel miró atrás y se quedó observando la puerta de acceso al baño, esperando a que alguien entrara. Un vigilante de seguridad. Alguien en silla de ruedas.

Pero nadie entró.

Así que dio un paso adelante y cerró la puerta de madera que chirrió hasta llegar a su tope.

Cerró el pestillo, y quedó encerrado con esa preciosa mujer con

vestido escotado que acababa de vomitar. Daniel le acarició un muslo con suavidad. Subió poco a poco la mano y el tacto de su piel hizo que se le erizara el vello. Y el pene también. Nunca había tocado así a una mujer.

Ella no respondió así que se atrevió a más. Sacó el pecho de su vestido y empezó a jugar con su pezón.

La mujer estaba inconsciente.

Y ahí lo tenía: su prueba superada.

14

Fertility Display:

(Sustantivo, argot incel/evolucionista).

1. Comportamientos, rasgos físicos o formas de vestir que, según teorías evolucionistas, las mujeres utilizan de manera consciente o inconsciente para resaltar atributos asociados con la fertilidad, como juventud, salud y atractivo físico. Estos se perciben como señales para atraer a potenciales parejas.

Sonia temía que su infiltración en el Club Sigma hubiera acabado. Poco podía hacer para superar la prueba misógina de Frank Stiller. Estaba bloqueada. Salió de casa mentalizada, sabiendo lo que tenía que hacer, pero a la hora de la verdad no se veía capaz de ligar, manipular ni entablar ningún tipo de contacto con ninguna mujer del Indara. Había pensado inventarse alguna historia, como que había ligado con una amiga y enseñar su Instagram y ya está. Total, cada uno iba a lo suyo. Había empezado a sospechar que todo el tema de las pruebas era una farsa. Una forma de mantener motivados a los alumnos y… Para Frank… Todavía no estaba segura de lo que ganaba él con todo eso. El dinero de los alumnos, por supuesto, pero empezaba a sospechar que tenía algún tipo de carencia emocional que le hacía disfrutar de tener a un grupito de frikis

siguiéndole a todas partes.

Su mejor opción en la discoteca era estar atenta; grabar a Frank y a los demás, ver lo que hacían, cómo se comportaban y cómo trataban a las mujeres. Cuantos más detalles, mejor para el reportaje. O tal vez para el documental. «En Netflix», fantaseó.

También tenía el mandato que le había dado Javier, el de acercarse a Daniel e investigar sobre él; sobre su pasado. Pero fue el primero en desaparecer en la pista y no volvió a verlo en toda la noche. Y se alegró de ello. Era un hombre que le provocaba escalofríos aunque no sabía bien por qué. Deseó suerte a las mujeres que se lo cruzaran esa noche, aunque no pudo evitar sonreír al pensar que era imposible que ninguna mujer le diera una sola oportunidad al rarito de Daniel Robles. Seguramente terminaría solo, bebiendo en la barra.

Brayan estaba contento, bailando e intentando cruzar miradas con alguna chica. Se le notaba demasiado. Se quedaba un buen rato mirándolas, como si tuviera un poder mágico para atraerlas. Un poder que no funcionaba.

Yusef estaba nervioso. Él tampoco tenía muchas oportunidades de pasar la prueba. Podría ser el padre de la mayoría de las mujeres de la discoteca, pero no un padre guay; un padre raro, de los que se quedan mirando a las amigas de sus hijas.

Sonia se puso justo al lado de Frank para entablar conversación con él. Era el más hablador, y el que decía las cosas más interesantes para el documental.

—La chochoinflación está por las nubes —dijo con su acento británico—, pero yo confío en vosotros. Sois hombres sigma, ¿vale?

Sonia asintió y se acercó más a él. Temía que la música estropeara el audio.

—Si miras a tu alrededor, ¿qué ves?

—Unas zorras —dijo Sonia con su voz de hombre misógino.

—Sí, sí, pero no me refiero a eso. —Frank hablaba muy rápido—. ¿No ves cómo se están organizando? Están tomando el control de la sociedad creando hombres feminizados que han perdido toda noción de masculinidad. Y cada vez que un hombre intenta ser hombre la colmena lo oprime. ¿Lo ves? ¿Ves la colmena?

Sonia asintió.

Siguió atenta a la doctrina de Frank hasta que un joven se paró frente a ella. Se quedó mirándola frente al grupo, tieso como una estatua. ¿La había reconocido?

«No, ¿quién coño eres? No te conozco. Vete», pensó Sonia, pero no tenía poderes de telepatía. El joven se quedó un rato mirándola, y por suerte se fue antes de que nadie del grupo se enterara.

Fue entonces cuando Sonia empezó a ser consciente de lo mucho que se estaba arriesgando. Es decir, estaba en una discoteca de su ciudad, donde solía ir con sus amigos en la época de la universidad. Y ahora había cambiado. Bastante. Por mucho que fuera de incógnito, el disfraz y la voz podían colar ante un desconocido, pero con un conocido…

En cualquier momento podía echar a perder la investigación por un encuentro casual con un conocido. Estiró el cuello para ver a aquel joven. A lo mejor sí que lo conocía. Era moreno, alto, con una camisa a cuadros azul…

«Joder, ¡el de Tinder!», se acordó.

El chico estaba hablando con su grupo de amigos y tenía que estar diciendo algo muy interesante porque todos se habían acercado con entusiasmo hacia él. Y luego, las miradas. Volvieron las cabezas hacia Sonia.

Sonia se ruborizó al instante. Miró con el rabillo del ojo a Frank, que seguía hablando, pero no la estaba mirando a ella, sino a un

punto indefinido de la pista. Los chicos continuaban conversando, riéndose y señalándola, y Sonia reaccionó saludándolos con la mano.

Frank se dio cuenta del movimiento y de su rojez, y empezó a sospechar.

—¿Son tus amigos?

Sonia asintió apurada.

Frank bufó.

—Unos betas —dijo con desprecio.

Por suerte para Sonia, Frank sintió la urgente necesidad de ir corriendo al baño. Otra vez. Pero los chicos siguieron mirándola y hablando entre risas. No tenían ningún disimulo. Cuando dejaron de mirarla (o mirarlo, no estaban seguros), Sonia pensó que se olvidarían de ella, pero todo lo contrario: todos empezaron a moverse hacia ella, el grupo completo, como si no quisiera la cosa, pero andaban tramando algo. Estaba claro.

Sonia fue notando la tensión. Lo último que quería era que la increparan delante de los del Club, que le dijeran que en realidad era tía o algo así.

Cada vez estaban más cerca. El moreno de la camisa azul la miraba con cara de querer decir algo, pero no se atrevía. Sonia miró al suelo, a los lados, a la puerta, a cualquier lugar que permitiera su huida. Y entonces el chico dio dos pasos y preguntó:

—¿Eres Sonia?

Lo dijo muy alto. Yusef no llegó a entenderlo, pero se dio cuenta de que le había hablado. Sonia se acercó rápidamente para que pudieran hablar sin que los demás los escucharan.

—¿Eres trans?

—¿Qué?

A Sonia le indignó la pregunta, aunque luego pensó que era algo perfectamente normal.

—El año pasado te liaste con mi amigo, ¿no te acuerdas? —señaló hacia atrás. Un chico rubio y bajito sorbía su copa tímidamente.

«Joder, es verdad. Me lie con ese mindundi, y contigo hice match en Tinder, cabrón», pensó Sonia.

—Pero… ¿Entonces eras tía?

«Ese día en concreto no tenía ni idea de lo que era», pensó.

Yusef había puesto la oreja. Como Brayan estaba bailando y Frank en el baño, el tío estaba tan aburrido que acercaba la oreja y asentía a cualquier conversación aunque en realidad no escuchara nada. Sonia agarró al chico del brazo y lo apartó unos metros.

—Mira, estoy en medio de una investigación —dijo. Puso voz seria, aunque se dio cuenta de que hablaba torpemente. Había bebido bastante—. Soy periodista y me he infiltrado en un grupo coercitivo…, sectario…, *masógino*.

El chico se rio.

—¿«Masógino»?

—Me disfrazo de tío para investigar al grupo.

El chico miró detrás de Sonia. Solo estaban Brayan y Yusef. Era una pareja extraña. Brayan, el dominicano bajito, bailaba con buen ritmo, con la mirada pegada al suelo y una botella de cerveza como acompañante. Yusef, un marroquí de cien kilos, solo bailaba con la cabeza. Tenía las manos en el bolsillo.

El chico analizó la situación y se empezó a reír.

—Vale, vale —dijo.

—Hicimos match en Tinder —dijo Sonia. Le había gustado.

Pero para entonces el chico se había dado la vuelta. Se fue con sus amigos y el grupo desapareció.

Cuando Sonia volvió a su círculo Frank ya estaba ahí. Se sonó la nariz dos veces y miró a los tres alumnos. Se pasó la lengua de lado a lado por el labio superior. Parecía más nervioso.

—¡Tú, Aratz! Todavía ni lo has intentado. ¿Eres tímido?

Sonia se quedó muda.

Frank lo escaneó de arriba abajo. Puso cara de sospechar algo y se acercó a hablarle a la oreja:

—Sé lo que te pasa y sé cómo arreglarlo. —Metió la mano en el bolsillo y sacó algo disimuladamente. Se lo dio sin que nadie se enterara—. ¿Lo has hecho alguna vez?

Sonia tragó saliva.

—Sí —dijo.

Se había prometido que nunca más lo volvería a hacer.

—Sabía que eras del gremio —dijo Frank arqueando los labios de forma pícara—. Esto te quitará toda la timidez.

Tenía que hacerlo por el bien de la misión. Era por motivos periodísticos, por trabajo, no por placer. Por un momento se le pasó por la cabeza que eso era una excusa, que podía rechazarlo, pero que había algo dentro de ella que la empujaba fuertemente a hacerlo. Y era verdad. Lo aceptó, se fue al baño de hombres, se encerró en una cabina y se metió una raya de cocaína. Sintió cómo se le humedecían los ojos al momento. Al rato se le durmió la parte superior de la garganta y le salió una sonrisa. Lo echaba de menos. Así que se metió otra antes de salir, y al instante, todo era mejor. La música de repente tenía ritmo, se metía en su cabeza y reorganizaba todos los cables para que se sintiera, por fin, satisfecha consigo misma. Hasta el olor perfumado de la discoteca le supo entonces a gasolina. Un combustible que le daba confianza. No tenía dudas ni de la infiltración, ni de su misión como periodista ni de quién era ella. Poco a poco se dejó llevar por la música y entró en la pista. Estaba sola pero le daba igual, bailaba como si fuera amiga de todo el mundo. Amigo, pues ya no era Sonia, sino Aratz, aunque tampoco quiso cambiar su forma de bailar. Puede que no hubiera diferencia.

«¿Realmente bailan tan diferente los hombres y mujeres?», pensó. Entonces apareció Frank Stiller, y este, desde luego, no se fijó en su baile.

—¡Hey, *bro*! —dijo Frank. Estaba sudando y tenía la cara tensa—. ¡Devuélveme mi pollo!

Pero Aratz estaba concentrado bailando, y aunque le escuchó perfectamente, no le respondió.

—*Bro!* —insistió Frank.

Aratz sonrió. Quería quedárselo, pero no podía. Sonrió por pena y le devolvió a Frank lo suyo. Frank lo agarró con ansia y desapareció. Aratz apretó su mandíbula y lo dejó ir. «No lo necesito», se dijo. «No lo necesito», se dijo otra vez. Y estiró el cuello y se adentró más en la pista. Bailaba solo, pero estaba tan sincronizado con la música que poco importaba si estaba con alguien o no; era cuestión de tiempo.

Cruzó la mirada, entonces, con una joven tímida que apartó los ojos tan pronto como se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Y Aratz se acercó directamente. No en diagonal como decía Frank. Tampoco le preguntó si era piscis como decía Frank. Se acercó, y ella se dejó acercar; bailó, y ella se dejó bailar; y la besó, y ella se dejó besar.

Así es como Sonia pasó la segunda prueba del Club Sigma, y no necesitó ninguna técnica de La Academia porque ella ya entendía lo que era ser una mujer.

Daniel cerró la puerta de casa tratando de no hacer ruido. Eran las cuatro de la mañana. Suponía que su madre estaría dormida, pero nunca se sabía. A veces se quedaba viendo la tele en su sillón y dormía de forma intermitente, como una perra que duerme varias veces al día. Asomó la cabeza por la puerta del salón y ahí estaba,

con la luz y el ruido de la teletienda de fondo. Estaba roncando. Cuando se dio la vuelta para marcharse a su dormitorio, un ronquido se complicó y terminó en una tos. Su madre se despertó.

—¿Dónde has estado? —preguntó con una voz ronca.

Daniel sonreía. No solo estaba contento por cómo había ido la noche. Estaba feliz.

—De fiesta, con unos amigos.

—Tú no tienes amigos —respondió su madre.

La decepción de la madre no fue suficiente para borrar la sonrisa de Daniel.

—He conocido a una chica, mamá.

—Pues pobre de ella.

Daniel dejó a su madre en el salón, se fue a su habitación y se masturbó antes de dormir. Estaba rompiendo la regla de NOFAP del Club, ¿pero qué más daba? ¡Había perdido la virginidad!

15

Marcel:

(Sustantivo, argot incel).

1. Un incel casado.

—¡Eh, Pit! Ven aquí —le dijo Daniel.

Pit dejó el montacargas y fue corriendo a la zona de descanso, donde Daniel estaba tomando un café. Estaba medio tumbado, con las piernas abiertas y un brazo apoyado en la mesa.

—Mira esto —le dijo con chulería.

Pit se sentó junto a él y estiró el cuello para ver lo que había en su teléfono.

—No me digas que eres tú. ¿Eres tú? ¡Eres tú! ¡Te la tiraste!

—¡Chis!

Daniel hizo que se callara, pero a la vez levantó la vista para ver si alguien lo había escuchado. Le hubiera gustado que alguien lo hubiera hecho. En el teléfono estaba deslizando entre una serie de fotos en las que aparecía el pecho de una mujer y él, tocándolas y sonriendo para una selfi.

—Estuve en el Indara probando unas tácticas.

—¿En el Indara?

Daniel hizo zoom hacia un pezón. Se transparentaba a través del

vestido.

—Está buena, ¿eh?

Pit asintió.

—¿Qué tácticas usaste?

Deslizó a la siguiente foto. No se veía bien, pero parecía que Daniel estaba besando a la chica. La cara de ella estaba oculta por la de Daniel.

—No sé si debería contarte esto… —se hizo el interesante.

—¿Qué? ¡Venga ya! Cuéntame, anda. Seguro que hiciste la de pesca de arrastre.

La técnica de la pesca de arrastre consiste en realizar múltiples entradas en un mismo momento y lugar. El éxito de esta técnica depende de la amplitud de mercado y, a la vez, del disimulo del ejecutor, ya que es una técnica fácil de descubrir y esta pierde efectividad cuando los peces lo descubren.

Daniel le frunció el ceño.

—O la del martillo pilón —siguió Pit.

La técnica del martillo pilón no es una técnica al uso. Consiste básicamente en no rendirse, sin importar las condiciones, la evolución o el resultado de la batalla. Como un espartano en las Termópilas.

Daniel mantuvo el ceño fruncido. Deslizó, pero ya no había más fotos.

—¿Martillo pilón? No conoces ninguna técnica de verdad, ¿no? —le dijo Daniel con desprecio.

Pit agachó la cabeza.

—Va, porfa. Un día tengo que salir contigo y me enseñas todos tus trucos.

Daniel guardó el móvil y miró a su joven amigo como a un aprendiz. Se cruzó de brazos, con la mirada seria, y apoyó la espalda

en el respaldo.

—Te enseñaré, Pit. Creo que tienes talento.

Pit agitó el puño tímidamente como gesto de victoria.

16

Manleader Effect:
(Sustantivo, argot).
1. Concepto que describe cómo un hombre puede parecer más atractivo o deseable cuando está rodeado de otros hombres, especialmente si el grupo proyecta un aire de confianza, estatus o camaradería. Similar al Cheerleader Effect, pero aplicado a hombres.

La siguiente vez que acudió a La Academia Daniel se sintió decepcionado al ver que sus compañeros continuaban ahí. Al parecer, Yusef, Brayan y Aratz también habían aprobado la segunda prueba para convertirse en hombres sigma.

Para más inri, Frank valoró el trabajo de Brayan al liarse con tres mujeres en la noche del Indara. También le hizo un comentario a Daniel por sus pruebas fotográficas, pero no le pareció tan impresionante como la labor del dominicano. El resto, Yusef y Aratz, habían terminado morreándose con sendas mujeres en esa noche. Nadie sabe cómo lo consiguió Yusef, pero lo hizo, y a Frank le pareció suficiente como para dar un aprobado general.

—Mis queridos discípulos —dijo Frank desde su tarima—. Os habéis enfrentado a un hombre beta y habéis superado la primera

prueba: la prueba de la masculinidad. Os habéis enfrentado a una mujer y habéis superado la segunda prueba: la prueba del apareamiento. Ahora, para ser miembros plenos del Club Sigma —cerró el puño y apretó los dientes—, verdaderos hombres sigma, os tendréis que enfrentar a una tercera prueba: la prueba de la abundancia.

Los cuatro discípulos, que escuchaban expectantes a su mentor, se miraron entre ellos con ojos intensos.

Daniel asintió dos veces. Eso era lo que quería. Aquello para lo que se había estado preparando tanto tiempo, y aquello por lo que se había unido al Club. La abundancia. Éxito. Dinero.

—La prueba de la abundancia es, de forma simplificada, una prueba de ventas. ¿Alguien sabe por qué un hombre sigma debe saber vender?

—¿Para controlar a los betas? —saltó Sonia. Dijo lo más ridículo que se le ocurrió.

Frank inclinó la cabeza.

—Sí —dijo Frank—. Pero no solo eso. ¿Yusef?

—Mmm, es porque… Em…

—Porque una persona que sabe vender una cosa… —dijo Daniel. Reflexionó un instante— Puede vender cualquier cosa.

Frank asintió.

—Y eso da poder —concluyó Daniel.

—Exacto, Robles. Poder e independencia. Un hombre sigma es un hombre independiente. Aprended a vender hoy y seréis independientes para el resto de vuestras vidas. ¿Que estoy harto de mi trabajo? Lo dejo. Sé vender. ¿Que estoy harto de mi jefe? Lo dejo. Sé vender. ¿Que estoy harto de mi pareja? La dejo. Sé vender. ¿Que estoy harto de mi familia? A tomar por el culo. Señores, eso es un hombre sigma. Independencia.

—¡Sí! —dijeron los casi sigma, sentados en sus sillas de instituto y más emocionados que ningún adolescente que se hubiera sentado jamás en ellas.

—¿Y qué vamos a vender? —preguntó Brayan.

—Eso es lo mejor —dijo Frank—. Vais a buscar a los próximos reclutas de La Academia Sigma, y les vais a vender la membresía de mil euros para poder pasar las pruebas, tal y como vosotros lo habéis hecho.

Daniel miró a sus compañeros, uno a uno, y sintió una preocupación por la tercera prueba. «No puedo hacerlo, ninguno de ellos es un sigma de verdad. Dudo que pueda encontrar a un sigma de verdad. Un sigma como yo», pensó.

Sonia no podía evitar la emoción de haber encontrado aquello que había buscado tanto. El reportaje ya estaba completo. Las últimas palabras de Frank habían desvelado todo el entramado: «Es una puta estafa piramidal —pensó—. Todo este rollo de la masculinidad, de los hombres sigma, del odio a las mujeres es una táctica para buscar a hombres con problemas, vulnerables a estafadores como él».

—Sé que parece difícil y, de hecho, es la prueba más difícil de las tres. Pero también es la que mayor recompensa os dará: si conseguís un nuevo recluta seréis automáticamente miembros plenos del Club Sigma. ¡Y no solo eso! —añadió—: por cada nuevo recluta que traigáis, ¡os llevaréis el diez por ciento de su membresía!

«Ahí está», pensó Sonia, había llegado al quid de la cuestión, y una emoción cálida recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. Y luego sintió un vacío nervioso en el pecho: tenía que fumar un cigarro para celebrarlo. «Solo uno».

Daniel hizo cálculos. El diez por ciento de mil euros eran cien euros. Si conseguía meter a diez personas ya habría amortizado los

mil euros que había pagado por entrar en el Club. Pero entonces empezó a soñar. ¿Y si metía a veinte personas? ¿Y si metía a cien?

Cien nuevos reclutas eran igual a diez mil euros. Con diez mil euros podía comprar un Audi TT de segunda mano como el que llevaban los comerciales de la fábrica.

—Solo hay una condición —dijo Frank—. Tenéis una semana.

Los reclutas se miraron entre sí, algo preocupados, porque todos estaban muy motivados, pero tampoco confiaban tanto en sus habilidades.

—No os preocupéis, se trata de generar una tensión en la venta. Si no hay un plazo real no hay presión. Yo lo llamo la línea de la muerte. El que no lo pasa muere. No literalmente, claro —se rio Frank.

Lo cierto era que lo que Frank estaba haciendo con sus alumnos era lo mismo que ellos debían hacer con los futuros prospectos. Si querían vender membresías, Daniel y sus compañeros tendrían que hacer creer a los compradores que aquello era una oportunidad con fecha de caducidad.

—Ese es el secreto número uno de la venta. O compras ahora o nunca. Hay fecha límite. Hay que presionar para comprar ya.

Daniel apuntó en su cuaderno.

—Segundo secreto: escasez. —Frank cogió un bolígrafo de su mesa y se lo lanzó a Yusef, que lo pilló al vuelo—. Véndeme este boli.

Yusef miró el objeto con cuidado. Lo estudió. Pensó una respuesta ingeniosa. Lo había visto en una película…

—Digamos… Digamos que este bolígrafo tiene tinta azul, que es la mejor…

Frank sacó otro bolígrafo del bolsillo.

—Ya tengo un boli, caraculo. ¿Lo veis? Si algo lo tiene todo el

mundo carece de valor. Lo que tiene valor es lo que no tiene nadie. Joder, quiero aquello que mis vecinos no pueden tener. Por eso solo vais a vender tres membresías. Es mentira, ¿vale? Vended todas las membresías que podáis. Pero tenéis que decirle a la gente que solo hay tres plazas. El Club Sigma es un club exclusivo.

Daniel apuntó. Todavía se estaba riendo por la cara que se le había quedado a Yusef cuando Frank le llamó «caraculo».

—Tercera y última regla. Nunca, pero nunca, jamás, parezcáis unos putos desesperados. Actuad siempre desde la abundancia y la abundancia llegará a vosotros. No sois vosotros los que queréis vender nada, son ellos los que quieren compraros. Os necesitan, hombres sigma.

—Me prometiste que saldríamos y me enseñarías tus trucos —se quejó Pit.

Daniel suspiró. Removía el café con el palito de plástico, con la mirada perdida en el segundo piso. Esperaba algo.

—Ahora no, Pit. Tengo cosas importantes que hacer —dijo Daniel.

No había vendido ni una sola membresía. Había intentado contactar con gente por Instagram como lo había hecho Frank con él, pero nadie le llegó a responder. Al parecer a los tíos no les gusta que les hablen otros tíos. A no ser que tengan un descapotable en la foto de perfil, y él aún no lo tenía.

—Ya… Seguro que estás ocupado ligándote a todas. ¡Deja alguna para los demás!

Era viernes. La línea de la muerte de Frank. La fecha límite. Si no vendía una membresía estaba muerto. Adiós a ser un miembro pleno del Club Sigma.

—Déjame en paz —insistió Daniel, que ahora miraba al segundo piso de la fábrica, a la sala de los comerciales.

Pit acató. No se fue a ninguna parte, simplemente se quedó callado a su lado. Entonces, tres comerciales salieron de las oficinas a su exclusiva zona de recreo con cafés de cápsula de todas las nacionalidades habidas y por haber, con sus habituales risas y palmaditas en la espalda.

Daniel se levantó. Era su momento. Su última oportunidad. Ahí tenía a tres posibles hombres sigma que podrían encajar perfectamente en el Club. Subió las escaleras con las manos metidas en los bolsillos, caminando erguido y con mirada decidida.

—Caballeros —se presentó.

Los tres comerciales dejaron de lado su conversación para saludar a Daniel. Fue un saludo vacío pero cortés. Un saludo de comercial. Y enseguida retomaron la conversación.

—Caballeros —volvió a decir Daniel—, ¿os gusta hacer negocios?

Uno de los comerciales, el más bajito y con el pelo engominado, se rio.

—A eso nos dedicamos, operario.

Daniel tragó saliva con una sonrisa. «"Operario", tu puta madre». Miró a los lados, como si quisiera asegurarse de que nadie más escuchara el secreto que estaba a punto de soltar, y susurró:

—Tengo tres plazas para entrar en el Club Sigma, el club de negocios más exclusivo de la ciudad. Y pronto de todo el país.

Les entregó los panfletos uno a uno y los comerciales empezaron a leerlo con el ceño fruncido.

—Club ¿qué?

—¿Esto qué es?

—¿Pagas mil euros a cambio de «entrenamiento en masculinidad y abundancia»? —leyó el bajito en tono de vacile—. ¡Y luego te llevas el diez por ciento del tío al que metes! ¡Ja, ja, ja! ¿En serio nos quieres meter en una estafa piramidal?

Daniel sintió la impotencia recorrer su cuerpo. Los comerciales eran soberbios, creían que lo sabían todo y que estaban por encima del resto. Pero Frank ya se lo había explicado en La Academia: «Os dirán que es una estafa, que es un esquema piramidal o vete tú a saber qué excusa de hombre beta pondrán. Pero, no olvidéis, que lo que realmente ocurre es que ellos tienen miedo a dar el paso que vosotros habéis sido capaces de dar; en todo caso, vosotros habéis tenido la capacidad de abrir la mente, y ellos no». Daniel se tragó la impotencia y sonrió. Estaba preparado para ese momento, había leído todos los libros de ventas de Jordan Belfort.

—Escuchadme —dijo mientras se peinaba el flequillo con la mano —, ¿acaso no es lo mismo que hacéis aquí vendiendo microondas?

—¿Estás de coñ…? —Uno de los comerciales iba a enfadarse pero el otro le dio un codazo, con disimulo, y le guiñó el ojo sin que Daniel se diera cuenta.

—¿Cómo ganáis dinero aquí? Decidme —ordenó Daniel con confianza.

—Tú lo has dicho, vendiendo microondas —dijo el que había guiñado el ojo.

—Y supongo que os lleváis un porcentaje de la venta.

—Parte de nuestro sueldo depende del rendimiento en ventas.

—Pues esto es lo mismo. Lo que ganas del rendimiento de las ventas.

—¿Pero qué vendes? —preguntó con hartazgo el otro comercial.

—¿Cómo que qué vendo? —Daniel señaló el folleto—. Todo.

—En serio, es una estafa piramidal —insistió, y entonces miró a Daniel—. O… Joder. No me digas que tú ya has pagado.

Lo dijo desternillándose. Los otros dos trataron de reírse de forma más educada, en principio por respeto, pero también porque el jefe se acercaba por el pasillo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el jefe.

El bajito se acercó a él y le enseñó el panfleto.

—Nada, que el operario este nos quiere meter en un Ponzi.

El jefe fulminó con la mirada a Daniel antes incluso de leer el panfleto. Daniel negó con la cabeza, tratando de mostrarse confiado en sus ideas.

—Solo es un Club —dijo Daniel.

—Daniel Robles… No suelo memorizar los apellidos de los que trabajan en cadena de montaje, pero te estás esforzando para que así sea.

El jefe se ajustó las gafas para leer el panfleto. Lo hizo saltando de una frase a otra, como si no requiriese mucha de su atención. Soltó una risotada irónica.

—¿Y tú querías ser comercial? —le dijo con desprecio.

Los comerciales se rieron en coro, como si fueran el público de una *sitcom* que se emite todas las tardes. Daniel se ruborizó al instante. Iba a responder, pero no se le ocurrió nada que decir. Solo:

—Vosotros no sabéis.

Y arrancó de las manos el panfleto de uno de los comerciales. Arrancó de las manos el segundo panfleto al otro comercial. Y cuando intentó quitarle el panfleto al jefe, este se resistió.

—¿Que no sé? Déjame leerlo bien.

—No —dijo Daniel.

Forcejearon. El viejo jefe todavía tenía fuerza en sus manos, aunque no era comparable con el cuerpo entrenado de Daniel. Al final fue el papel el que cedió y se rompió por la mitad. Y en ese momento, junto con el programa del Club Sigma, algo más se rompió dentro de Daniel. Una creencia, o tal vez algo así como una cadena que lo sujetaba desde hacía tiempo. Y cuando se liberó, sintió tal calor que se expandía a su sangre que no pudo evitar hacer

lo que hizo: empujó al jefe con todas sus fuerzas, dándole dos manotazos en el tórax y haciéndolo retroceder dos metros hasta chocar contra una mesa que mostraba un surtido de cápsulas de café.

—¡Vosotros no sabéis! —gritó Daniel. Tenía la cara roja y una vena enorme se le marcaba en el cuello—. ¡Vosotros no sabéis quién soy!

Los comerciales corrieron a auxiliar a su jefe, le ayudaron a incorporarse aunque tampoco era necesario. Daniel huyó a paso ligero. Mientras bajaba por las escaleras escuchó al jefe gritarle que estaba despedido.

«Qué más da —pensó—, soy un puto hombre sigma».

Ese pensamiento le envalentonó más, si cabe, y cuando llegó a la puerta de salida la abrió de una patada frontal.

—¡Ich! —gritó como solía hacer en Krav Maga.

Echaba de menos la sensación de enfrentarse a otro hombre de tú a tú, a puños y patadas, y el jefe le había reavivado ese instinto.

Por suerte no había nadie más en el aparcamiento, porque si lo hubiera, lo mataría. Llegó hasta su viejo 205 y cuando abrió la puerta, justo antes de entrar, escuchó una aguda voz por detrás.

—¡Tío! ¿Qué has hecho?

No tenía un tono recriminatorio. Ni siquiera era un reproche, ni una decepción. Era la simple, llana y asustadiza voz de Pit.

—No saben quién soy —Daniel seguía con su retórica.

Estaba furioso, no solo porque los comerciales se habían reído de él, sino porque no había conseguido ni una sola venta. No había conseguido ni un mísero discípulo nuevo para el Club, y eso significaba, en palabras de Frank, un suspenso inmediato. No se graduaría de La Academia y jamás sería considerado un miembro de pleno derecho del Club Sigma.

Pit se acercó paso a paso, con cuidado, como a un caballo que en

cualquier momento podría soltarle una coz. De hecho la patada en coz le salía bastante bien cuando todavía tenía permitido entrenar en Krav Maga.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Pit, lastimoso.

Daniel se quedó observando los pequeños ojos de su amigo. Las cejas se le caían por los extremos y solía tener grandes ojeras, lo que le hacía parecer siempre triste. Como un beta. O puede que no. Puede que el pequeño Pit tuviera un oculto potencial que solo un exhaustivo entrenamiento en La Academia pudiera revelar. Puede que el pequeño Pit estuviera frente a una de las mejores oportunidades de su vida. Daniel sonrió.

De repente lo vio claro: vio la oportunidad aparecer en sus morros como un obsequio del destino, y sus ojos se tornaron oscuros y brillantes.

—¿Y si te dijera que tengo la solución a todos nuestros problemas?

—¿Qué problemas?

Daniel rodeó el cuello de Pit con un brazo e hizo un gesto grandilocuente con la mano.

—Todos.

17

Female Intrasexual Competition:

(Sustantivo, argot evolutivo/incel).

1. Concepto que describe la competencia entre mujeres por recursos reproductivos valiosos, generalmente interpretado como el interés en atraer a hombres de alto estatus o deseables. Según teorías evolutivas, esta competencia puede manifestarse de forma directa, como críticas hacia otras mujeres, o indirecta, como mejorar la propia apariencia o status. Ejemplo: decir que no depilarse es empoderamiento es la estrategia más astuta en la Female Intrasexual Competition.

—¿Hay algún balcón para fumadores en el edificio? —preguntó Sonia.

Hugo la miró con una sonrisa juzgona.

—Son las doce y sales a las dos. ¿No puedes esperar? —le dijo con desprecio.

—¿Hay o no hay? —insistió Sonia haciendo caso omiso al comentario.

—No, que yo sepa. También te digo que me parece una falta de profesionalidad que la gente que se toma descansos para…

Pero antes de que terminara la frase, Sonia cogió el bolso y salió

de la redacción. Podía salir a la calle a fumar un cigarro sin pedirle permiso a nadie, y menos a Hugo, que no era más que un periodista raso que se comportaba como un jefe solo porque era hombre y viejo.

Cuando encendió el cigarro y dio la primera calada, el pequeño mono cabreado que tenía en la cabeza se calmó. El humo rasgaba sus pulmones de forma hipnótica, y esa hipnosis le permitió activar una parte de su cerebro que le permitía ver el futuro: podía ver a Javier leyendo su reportaje sobre el Club Sigma y reuniendo al resto de los directores para convencerles de darle la portada; podía ver a su padre, en el sofá, viendo a su hija en la televisión en un programa de La Sexta, hablando sobre cómo ha resucitado el periodismo; incluso visualizó a sus compañeros de instituto hablando sobre ella, sobre lo bien que le iba ahora, después de todo…

Todo eso podía ver mientras fumaba, y por eso había vuelto a hacerlo. Pero era algo temporal. Se lo decía a sí misma cada vez que encendía un cigarro y cada vez que lo apagaba.

También le mareaba el humo del primer cigarro del día, por eso se sentó en el escalón que daba a la entrada del edificio del periódico.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó una voz de mujer.

Era un tono agradable. A Sonia no le gustaban los que pedían cigarros, pero esa forma de pedir, con voz consciente pero no arrepentida, le hizo sacar el paquete al momento. Tuvo que torcer el cuello hacia arriba para verle la cara de lo alta que era.

—Claro —le ofreció el paquete.

La mujer parecía una modelo.

—Odio andar pidiendo, ¡lo siento!

—A todos nos pasa —dijo Sonia intentando fingir una sonrisa parecida a la de esa mujer, pero no sabía hacerlo.

Tenía el pelo rubio corto y unas gafas de sol de marca que le

tapaban media cara. Era como Sonia, pero más guapa y más alta. Como Sonia pero mejor.

Sacó un cigarro y cuando le entregó el paquete de vuelta, Sonia ya le ofrecía el mechero.

—Gracias, ¡qué mona! —dijo.

Se puso el cigarro entre los labios, a un lado, con estilo, y encendió el mechero dos veces pero no acercó el fuego al cigarro. Sonia seguía mirándola de abajo arriba. Le dio un repaso: una blusa blanca con el escote justo para no ser ordinaria, y una falda negra que estaba segura de haber visto en la última colección de Zara. Lo conjuntaba con un bolso rojo que parecía caro. Cada vez le resultaba menos agradable.

Después de encender el mechero una tercera vez, la mujer se rindió.

—¡Ah! Toma —le devolvió el mechero—. En realidad lo he dejado. Pero te he visto aquí fumando, y parecías disfrutar tanto…

Tiró el cigarro al suelo y lo pisoteó. Sonia se quedó callada y roja como un tomate. Le hubiera gustado levantarse y darle un tortazo a esa mujer que le había hecho desperdiciar un cigarro, pero entró rápido al edificio y a su cigarro aún le quedaban unas tres caladas buenas.

Para cuando terminó la jornada ya había escrito un artículo de investigación de más de cuatro mil palabras sobre el Club Sigma. Era algo ambicioso. Hasta entonces su trabajo se había limitado a redactar entrevistas y algún que otro reportaje sobre comercios locales, y nunca le habían permitido exceder las ochocientas palabras. Javier decía que era una cuestión de espacio.

El maquetador tiene que diseñar cada página para que entre cada artículo más los espacios publicitarios. Por eso hay que cumplir el límite de palabras.

Pero Sonia sabía que no solo era una cuestión de espacio: era una cuestión de jerarquía. En algunas ediciones se publicaban reportajes que ocupaban más de dos páginas, a veces hasta sacrificando los espacios para la publicidad, solo que esos reportajes los escribían los veteranos. O el propio Javier. Desde luego no una novata como ella.

Esta era su oportunidad, por eso se había tomado el tiempo necesario, con todas las pausas para fumar que aquello implicaba.

Pero había conseguido algo bueno. Se estaba regocijando mientras lo releía en la redacción. El artículo estaba escrito en primera persona, comenzando por los mensajes del Club Sigma que había encontrado por casualidad en redes sociales como TikTok o Instagram. Ese era el incidente incitador. Hasta había estudiado un curso de *storytelling* de un conocido youtuber para estructurar mejor el artículo.

Luego estaba la infiltración en el primer evento del Club en Pamplona. Ese era el primer punto de giro. Decidió convertirse en Aratz, un joven tímido de veintidós años que quería llegar a ser un hombre sigma. A partir de ahí explicaba la visión misógina del Club, las lecciones infames de La Academia, dónde estaba localizada y las pruebas. Las pruebas las calificó como «terrorismo hacia el intelecto».

Pensó que era una frase ingeniosa.

Por último, el segundo punto de giro: el momento en el que descubre que realmente se trata de una estafa piramidal. Un esquema que busca convencer a jóvenes perdidos y vulnerables de que paguen una cuota de mil euros a cambio de una «formación», que consiste en lavar el cerebro con máximas misóginas, y una «oportunidad de negocio», que consiste en llevarse un diez por ciento de cada miembro extra que consigan meter.

A la historia le faltaba el clímax, pero a Sonia le pareció poético

que ella no pudiera escribirlo, al menos no todavía, porque el clímax sería lo que desencadenaría aquel artículo.

Cárcel para los directivos del Club Sigma.

Estaba leyendo el artículo por tercera vez, regocijándose en su trabajo y soñando despierta con todo lo que conseguiría gracias a esa investigación, cuando de repente vio a la agradable mujer que había pisoteado su preciado cigarro. La vio pasar por el pasillo, a través del ventanal que tenía la redacción, y a juzgar por su dirección, salía del despacho de Javier.

—¿Quién es esa? —preguntó a Hugo, que estaba a su lado.

Hugo no la miró con disimulo. Hizo girar la silla hasta terminar de cara al pasillo, y con una sonrisa miró el culo de la mujer.

—Está de toma pan y moja —dijo con una sonrisa lasciva.

—¿En serio? —dijo Sonia indignada. Le hubiera gustado decirle que era un cerdo asqueroso y pegarle una patada en los huevos, pero ahora que tenía una oportunidad de destacar en el periódico, no quería que la echaran por actitudes violentas.

—Es la novia de Javier —aclaró Hugo.

«Una chula —pensó Sonia—. Le pega».

A Sonia le costó concentrarse en terminar el reportaje pero lo hizo. Cuando fue a enseñárselo a Javier, su novia ya se había ido, pero su olor a perfume caro se había quedado en el despacho. Sonia le entregó el reportaje impreso a Javier y permaneció a la espera, como si fuera a leerlo en ese mismo momento, pero al coger las hojas con las manos Javier hizo un gesto, parecía que estuviera pesándolas.

—Vamos a tener que recortar bastante —dijo.

—Todavía no lo has leído —se quejó Sonia.

Le molestaba tener que recortar después de todo el esfuerzo que

le había puesto al trabajo. Javier volvió a pesar las hojas.

—Ahora lo reviso.

Ambos se quedaron mirando, tensos, como si esperaran algo más. Y así era. Sonia esperaba que lo leyera delante de ella, y Javier esperaba que saliera por la puerta.

A Sonia le costó pillarlo, pero lo hizo. Cuando llegó el final de la jornada, Javier pasó por su mesa y le tiró el reportaje sobre el teclado. Sonia se fijó en que las hojas estaban llenas de correcciones.

—No está listo —le dijo.

Sonia no pudo evitar ruborizarse, pero no con una pequeña rojez en sus mejillas. Toda la cara de Sonia era de color rojo Ferrari.

—¿Por qué? —preguntó indignada.

Javier señaló el reportaje.

—Lee las correcciones. No tengas prisa.

Y Javier se fue, dejando a Sonia con la cara colorada y una sensación de inseguridad en sí misma que pensaba que nunca podría superar, como si fuera un muro de hielo gigante que no se puede escalar.

Después de cenar unos fideos instantáneos, Sonia se tumbó en el sofá con una mano en la entrepierna y la otra sujetando una copa de vino tinto. Se rascó la entrepierna con una mano y acercó con cuidado la otra para dar un trago de vino. Torció el cuello lo justo y necesario para poder beber sin que el vino se derramara por su pijama de cachemir y por el tapiz beige del sofá ESKILSTUNA de cuatro piezas del Ikea.

Hizo un ruidito con la garganta para pasar el vino y volvió a apoyar la cabeza sobre el cojín. Intentó dejar la copa sobre la mesita central pero estaba demasiado lejos y se quedó a medias, así que

optó por dejarla en el suelo. Con esa mano, ahora libre, se acarició la nariz y luego introdujo el dedo índice por el orificio derecho y empezó a hurgar en busca de un moco cuya presencia había notado cinco minutos antes.

Era un moco sólido, relativamente duro. Consiguió engancharlo con una uña, que deslizó suavemente para abajo para que saliera entero. Y debió de salir entero porque era muy grande, del tamaño de un garbanzo. Estaba duro en el extremo que había enganchado, pero a medida en que se alargaba se ablandaba y perdía solidez. Y era totalmente negro.

Sonia miró la negrura de su moco con curiosidad. «A veces pasa», pensó. Lo frotó con el índice y el pulgar hasta que se hizo una bolita y lo lanzó lo más lejos que pudo. No miró en qué parte del salón cayó. Ese era su truco: si no sabía dónde caía no tenía que limpiarlo.

El moco se perdió en algún rincón secreto del salón y Sonia hizo zapping, aburrida. Un documental de chimpancés, las noticias, CSI Miami… Al final fue el canal autonómico, Navarra Televisión, el que llamó su atención. Más bien fue la mujer que salía en pantalla la que llamó su atención: Nekane Goñi, la novia de su jefe Javier. Qué asco le daba a Sonia. Era rubia, como ella, pero en una versión mejorada en todos los aspectos. Era alta como una modelo, tenía las facciones de la cara afiladas como si las hubieran pulido a la perfección, unos ojos azules que destacaban desde lejos y una sutil elegancia en su forma de mover los brazos que, por muchas operaciones estéticas que se hiciera, Sonia jamás podría conseguir.

Al parecer era la presentadora y directora de la tertulia nocturna de Navarra Televisión.

—¿Pero cómo presenta y dirige a la vez un programa? —escupió Sonia indignada al televisor.

Sobre la mesa todavía tenía la caja de veinticinco comprimidos de

Lorazepam CINFA 1mg. Se incorporó, sacó uno del envoltorio y lo dejó debajo de su lengua como si fuera un tripi. Empezó a deshacerse y a liberar un sabor amargo. Le gustaba ese momento porque sentía que el sabor del Lorazepam encajaba muy bien con el sabor de un buen vino, así que dio un trago a la copa hasta que la dejó vacía y se volvió a tumbar.

Iba a cambiar de canal, pero tampoco tenía nada mejor que hacer que ver a la pija perfecta que salía con su jefe. Se preguntó si después del programa dormirían juntos. Puede que ya compartieran piso. ¿Cuánto tiempo llevarían juntos? ¿Meses? ¿Años? ¿Y si fue Javier quien la enchufó en Navarra Televisión? Javier era un periodista con muchos contactos. ¿Cómo follarían? Más concretamente, ¿en qué posición se pondría la perfecta Nekane Goñi en la cama? Seguro que a cuatro patas no. O sí. Seguro que sería la mujer más elegante del mundo hasta a cuatro patas.

Entonces sonó el teléfono. Era su padre. Sintió una incomodidad, como una invasión en su pequeño templo por alguien ajeno que no debería estar ahí, pero luego se acordó de que solo era una llamada, así que se le pasó la incomodidad. Se limitó a bajar el volumen y pensar fuertemente en la siguiente copa de vino. Pero para conseguir otra copa tenía que levantarse del sofá y caminar descalza hasta la cocina. Y las baldosas de la cocina siempre estaban frías. Como sus tetas. Desde que se había operado había notado que no tenía sensibilidad en las tetas, y a veces se sorprendía tocándolas y descubriendo que estaban frías. ¿Desde cuándo están frías mis tetas? Se preguntaba.

Al final consiguió fuerzas para levantarse e ir a por otra copa mientras se masajeaba una teta. Le gustaba la sensación de tener tetas. Le hacían sentirse completa y sexy. Seguro que así se sentía Nekane Goñi todo el rato.

Se acarició suavemente el pezón pero no se puso duro. Apenas podía sentir el tacto. Fue entonces cuando se acordó de que tenía que hacer una revisión con el médico. No era ninguna urgencia, solo una revisión rutinaria que hacen todas las mujeres dos años después de realizar una cirugía de implante mamario. Tenía que hablar con el doctor Aránzazu, íntimo amigo de su padre. Pero, claro, siempre era su padre el que hablaba con Aránzazu; lo había hecho cuando se enteró de que Sonia iba a hacerse la intervención en una franquicia *low cost* que tiene clínicas por todo el país. Él había insistido en que, si lo iba a hacer, sería bajo sus condiciones —y bajo su financiación —. Vio el teléfono en la mesilla y sufrió un remordimiento que duró un segundo por no haberlo atendido. Le llamó.

—Estaba en la ducha —dijo con voz monótona—, acabo de llegar de correr.

—¿Cuántos kilómetros haces? —se interesó su padre. Siempre se interesaba.

Sonia pensó una mentira.

—Cinco kilómetros. —No era mucho pero era realista.

—¿Cinco? —preguntó el padre. Era un tono de reproche, pero enseguida cambió el tono a uno más cordial—. Seguro que puedes hacer diez.

Sonia suspiró.

—*Aita*, tengo que hacer la revisión.

—¿Qué revisión?

—De las… Del doctor Aránzazu —dijo.

Se había puesto algo nerviosa. A Josu Jon también se le notó nervioso a través de la línea.

—¿Qué ocurre? ¿Te están rechazando? —preguntó alarmado.

Había leído que la silicona no es un elemento natural en el cuerpo, por lo que muchas mujeres que se operaban tenían extraños

problemas de salud para el resto de su vida porque su cuerpo rechazaba los implantes. Tampoco entendía muy bien cómo se daba ese rechazo, pero se le había quedado clavada la idea por mucho que su amigo el doctor Aránzazu le hubiera dicho que no se preocupara por eso.

—¡No me pasa nada, *aita*! —respondió borde—. Me tengo que hacer la revisión de los dos años.

Lo dijo como si su padre tuviera que saberlo tan bien como su fecha de nacimiento.

—Ah —se tranquilizó su padre—. Entonces yo hablaré con Xabi.

—Gracias —dijo Sonia, y estaba a punto de cortar pero se sintió una mala persona—. ¿Por qué me has llamado?

—Solo quería saber qué tal estás.

—Ah —dijo Sonia.

18

Blackpill:
(Sustantivo, argot).
1. Perspectiva que sostiene que factores inalterables como la genética, la apariencia física y la biología determinan el éxito romántico y social de una persona. Según esta visión, los esfuerzos para mejorar son inútiles, ya que las mujeres solo se aparean con aquellos que parten de una base privilegiada.

Para sorpresa de Daniel, Pit resultó ser una de las incorporaciones estrella del Club Sigma. Estaba preocupado porque solo había conseguido captar a un único recluta. Eso significaba que su comisión sería de solo cien euros, pero eso no le importaba; sabía que para hacer negocios hacía falta tener paciencia.

Lo que le preocupaba era el propio Pit, que no parecía tener ni un solo ápice del carácter de un hombre sigma, y, sin embargo, había encajado en el Club tan bien o mejor que él mismo. Eso le hacía rabiar. Cada vez que Frank Stiller u otro miembro del Club le hacían un cumplido, Daniel sentía la necesidad de bajarle los pies a la tierra con un comentario del tipo «no chulees que eso no es sigma» o «aún tienes mucho que aprender, Pit».

Pero la realidad es que Pit pasó las pruebas con bastante más

facilidad que Daniel. En la primera prueba intimidó a un beta que trabajaba en la recepción de un cine para que le dejara pasar sin entrada. Le dijo que había comprado la entrada online, le enseñó un documento al azar del teléfono y se puso a gritar para montar un espectáculo. Al trabajador no le quedó otra que dejarlo entrar por la vergüenza que estaba pasando.

Después de semejante hazaña, tuvo tal subidón de adrenalina que no paró de hablar del tema durante días. Daniel le recordó que alardear no es propio de un hombre sigma, pero como Frank Stiller no se lo reprochaba, no había quien callase a Pit.

De hecho, Frank no solo no le reprochaba, sino que le empezaba a tener en gran estima. «Mi alumno estrella», le decía. A Daniel eso no le hacía mucha gracia. Él siempre se había sentido el alumno estrella. Aunque se conformaba con el pensamiento de que ya no era un alumno, sino un miembro pleno del Club Sigma, lo que le ponía directamente por encima de Pit (aunque no por mucho tiempo). Se podría decir que era su mentor. Le gustaba esa palabra.

En la segunda prueba Pit ligó. Ligó de verdad. Daniel no estaba ahí para verlo, pero según comentaron al siguiente día en La Academia, Pit aplicó todos los trucos del manual Sigma y cortejó a un 9. ¡Un 9! ¡Y Frank se quedó con su gemela!

Los dos alardearon del tema durante todo el día. No hubo lecciones. La tercera prueba era la más difícil. Eso le dijo Daniel. También le dijo que debía buscar prospectos que fueran hombres de negocios, como comerciales de fábricas o propietarios de cafeterías. Según Daniel esos eran probablemente potenciales hombres sigma, pero Pit tenía sus propias ideas.

Debía conseguir nuevos prospectos que pagaran la matrícula del Club Sigma; no hombres sigma, solo pagadores.

Era jueves noche y la parte vieja de Pamplona estaba llena de

universitarios. Pit nunca fue a la universidad, pero los reconocía porque eran como él aunque más chulos. Tuvo que empujar algunos corros para poder pasar. De todas formas, Pit estaba de paso. No quería salir de fiesta en la zona de los universitarios, él solo quería pasar entre la muchedumbre para llegar a un barrio más alejado, oscuro y con olor a meado, en el que le esperaban aquellos que en su tiempo habían sido compañeros de estudios. Compañeros del Grado Básico de Fabricación y Montaje en la escuela CIP Huarte. Pit entró en el grado de Fabricación y Montaje a los quince años, obligado por sus padres, como castigo por no aprobar la Escuela Secundaria Obligatoria. Habían pasado más de cinco años desde entonces y guardaba buen recuerdo de la época.

No había vuelto a estar con los compañeros, pero sabía que los alumnos de CIP siempre se reunían en un bar de la calle Jarauta de Pamplona. Más que un bar, era un búnker subterráneo de preparacionistas de la droga llamado Viana.

También tenía una sala con futbolín. Eso fue lo único en lo que se fijó Pit cuando vio a sus antiguos compañeros arremolinados en unos bancos fumando cigarros dentro de un bar sin ventanas.

—¡Has venido, Piti! —dijo uno cuando lo vio. Le dio un abrazo—. No sabes cómo te quiero.

Era Bob. Así lo llamaban. Tenía dos metros de alto, y de ancho casi también, el pelo rapado y un tatuaje en el cuello que le llegaba hasta las orejas.

Pit saludó a todos uno a uno y se dijeron lo típico: que cuánto tiempo, que por qué no habían quedado antes y que deberían quedar más veces. Pit notó que a todos les olía el aliento a alcohol y su mente actuó como un sigma pensando en que eso sería una ventaja a su favor. Luego se arrepintió de ese pensamiento. Aunque no había ido ahí a hacer amigos, no quería aprovecharse de sus

antiguos compañeros.

—¿Qué haces aquí, Piti? —preguntó uno que jugaba al futbolín con ambas manos mientras sujetaba el cigarro con los labios.

—Negocios —dijo Pit con una sonrisa sincera. Todos se echaron a reír, y Pit respondió con la cara que pone aquel que está acostumbrado a que se rían de él todos los días—. ¡En serio! Vengo a presentaros una oportunidad de negocio.

La gente siguió riéndose cuando, de repente, una mano grande y pesada se apoyó en el hombro de Pit. Era Bob, el grandullón.

—Vamos a echar un trago —le dijo con voz seria. Tenía cara de pocos amigos, aunque esa era su cara siempre.

Pit no dijo nada. Solo asintió con la cabeza; o más bien agachó la cabeza y siguió a Bob. Caminaron por un pequeño pasillo entre la sala del futbolín y la sala donde se encontraba la barra y la máquina de tabaco. Bob quería comprar tabaco. Winston. Luego fueron a la barra donde pidió dos *katxis* de cerveza, y cuando Pit fue a sacar la cartera Bob le pegó una colleja.

—Deja, hombre —dijo, y sacó la suya.

La camarera puso los tragos y Pit tuvo que coger el suyo con ambas manos. Él nunca pedía *katxis*. No le veía sentido a beber cerveza en un vaso de plástico de un litro. Para cuando lo terminara, la cerveza estaría sin espuma y caliente y, además, un vaso de plástico tan grande no tenía estabilidad para tanto peso.

—Siempre he querido pedirte perdón —dijo Bob, de repente. Y miró a través del pasillo a la otra sala, donde fumaban los demás.

Pit frunció el ceño, como si no supiera de lo que estaba hablando Bob.

—Y ellos también —dijo Bob. Aunque luego se encogió de hombros—. Creo.

—¿Qué dices? —dijo Pit.

—Pensé un montón de veces en llamarte pero ya sabes. Pasó el tiempo y se me olvidó.

Pit sonrió como si no entendiera nada.

—¿Perdón por qué?

Bob se acercó a su oreja. Pensó que el problema era que la canción de Eskorbuto que sonaba de fondo estaba demasiado alta, y no que el cerebro de Pit había realizado un acto de amnesia selectiva para superar un momento traumático de su vida.

—Ya sabes, Piti —le rodeó el cuello con el brazo, pero esta vez lo hizo con delicadeza. No pesaba nada—. Por lo que te hicimos ese día.

De repente, como si le hubiera venido una epifanía, Pit se deshizo del brazo de Bob como una cucaracha, pero no dejó de sonreír en ningún momento. Negó con la cabeza mientras seguía sonriendo.

—Fueron cosas de críos —dijo Pit.

—Te rompimos dos costillas —dijo Bob.

Pit volvió a negar.

—Era un juego. No hay por qué pedir disculpas.

—Eso pensaba yo —dijo Bob—, pero creo que nos pasamos. Yo ahora he cambiado un montón, ¿sabes lo que te digo? Si pudiera volver atrás y pegarme a mí en lugar de a ti, para que espabilara, lo haría sin dudas.

—Éramos críos —repitió Pit, con una sonrisa ya petrificada—. No hay nada que perdonar.

Bob asintió y dio un largo trago al *katxi* que culminó en un eructo que compitió con el volumen de la música.

—¿No os mudasteis toda la familia por lo que ocurrió?

Pit se encogió de hombros.

—Ahora estoy en un barrio mejor —dijo.

Bob se rio por la ocurrencia.

—¡Por tu nuevo barrio! —brindaron. Luego volvió a atraparle con el brazo, ahora como un oso—. Bueno, Piti-Pitito, ¿y qué es eso de los negocios que estabas hablando?

—Vas a flipar.

Daniel solicitó una reunión privada con Frank, y los dos se juntaron en el despacho de La Academia. Paredes blancas a medio pintar, un escritorio cojo y un par de sillas de instituto.

Frank estaba concentrado frente a su portátil cuando Daniel entró. Llevaba gafas de lectura y le dijo que entrara sin dejar de leer algo importante. Daniel sintió tanta curiosidad que no pudo evitar estirar la cabeza para ver lo que había en la pantalla, pero no encontró nada interesante, solo un artículo de un periódico que hablaba de la fiscalidad en Paraguay.

—¿Te vas a Paraguay? —preguntó Daniel.

Frank respiró hondo, como si le molestara que le sacaran de su ensoñación. Torció la cabeza pero no respondió. Estaba concentrado en el artículo. Daniel tomó asiento.

—Tenemos que tratar un tema importante —dijo Daniel.

Frank no apartó la vista del portátil.

—Todos hablan de las Seychelle Islands, de las British Virgin Islands —dijo con su perfecto acento inglés—, pero nadie habla de Paraguay. ¿Sabes por qué?

Daniel se encogió de hombros.

—Porque no es un paraíso fiscal. Pero a la práctica… lo es. Mira lo que dice aquí —giró el portátil para que Daniel lo viera bien—: cero por ciento de *taxes* para todos los *incomes* que vengan del extranjero. Obtienes la residencia y no hay tiempo mínimo de estancia en el país. Imagínalo: podríamos viajar por todo el mundo abriendo sucursales del Club Sigma en cada país y montar nuestro

centro de operaciones *centre* en Paraguay sin pagar ningún impuesto. *Duty free, baby.*

Daniel asintió poco convencido. Nunca había viajado muy lejos.

Nunca había viajado, de hecho.

—Oye, Frank, ¿tú crees que todos los sigma somos iguales? —preguntó Daniel.

Frank se frotó el bigote y se encogió de hombros.

—¿Qué coño quieres decir, *bro*?

Daniel miró a su alrededor. Una de las paredes tenía un ventanal que estaba tapado con una cortina corredera. Nadie los veía.

—No todas las personas que pasan por esta academia son sigmas de verdad. Y tú lo sabes. —Pensó en la pregunta correcta—. Yo soy un sigma, ¿verdad?

Frank sonrió con una mueca de ironía.

—Pues claro, cabrón.

—Un sigma de verdad.

Frank asintió.

Daniel juntó ambas manos delante de su cara, como si estuviera rezando.

—Creo que estoy preparado. Para ascender.

Hubo un silencio. Frank cruzó los brazos.

—Estoy preparado —continuó Daniel—, para dar conferencias como tú. Estoy preparado para dar lecciones… Para entrenar a los nuevos sigma. Quiero un ascenso.

Frank clavó sus ojos en los de Daniel, como si se tratara de un examen. Daniel los sostuvo. Su mirada no causaba efecto en él. De hecho, ninguna lo hacía. Entonces, aprobado el examen, Frank asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo Frank—, el Club necesita más miembros de alto rango y creo que es el momento.

«Lo conseguí», pensó Daniel. Pero Frank no había terminado:

—A partir de ahora… —hizo una pausa como si pensara profundamente en la decisión—, Pit y tú ascendéis al rango de «secretarios del Club Sigma». —La puerta se abrió—. ¡Pasa, Pit! Le estaba contando a Daniel lo del nuevo rango. Vuestro trabajo consistirá en visitar las ciudades de toda la provincia captando nuevos reclutas. El Club está creciendo mucho. Estamos preparando algo muy gordo desde la central: un negocio que puede cambiar la vida de todos los miembros de un día para otro. Pero primero tenemos que llegar a la cifra de los mil miembros en todo el país.

Pit asintió. Daniel todavía estaba digiriendo lo que acababa de pasar. «Pit no es un sigma de verdad», pensó. Aquello era un ultraje, no solo porque Pit no fuera un verdadero hombre sigma, sino porque las habilidades de Pit estaban muy por debajo de las suyas. No merecía estar a su altura.

—Pues, ahora —dijo Frank—, os dejo al mando de todo esto.

Se levantó.

—¿A dónde vas? —preguntó Pit.

—A Marbella. Vais a flipar cuando os enteréis de la que están organizando los Olivetti.

Daniel metió segunda y aceleró en la rotonda. Una abuela que se acercaba al paso de cebra dio un respingo cuando escuchó el rugido del motor de gasolina de ciento cincuenta caballos del Audi TT de Daniel. Era totalmente negro, como el de un comercial, pero con un alerón llamativo, como el de un hombre sigma.

Lo compró la semana en la que le nombraron secretario del Club. El día siguiente, condujo su viejo Peugeot hasta un concesionario de segunda mano en una zona poligonal del norte de Pamplona. Era un pabellón enorme, con un centenar de coches, furgonetas y

todoterrenos.

—Quiero un Audi —le había dicho Daniel al trabajador.

—¿Qué modelo? —preguntó el trabajador. Daniel no supo responder, y el trabajador preguntó rápido—: ¿A qué se dedica?

Daniel se detuvo a pensar a qué se dedicaba ahora. Antes era operario, pero ahora… era el secretario del Club Sigma de la región de Navarra. Ese era su puesto. No. ¿A qué se dedicaba?

Daniel sonrió de una manera infantil antes de responder.

—Soy comercial.

—Como yo, entonces —dijo el encargado del concesionario, y le estrechó la mano antes de venderle un Audi TT de veintidós años con doscientos cincuenta y ocho mil kilómetros por veinte mil euros financiados con un interés del quince por ciento.

Por supuesto, el ascenso tenía una ventaja: Daniel y Pit se llevaban el uno por ciento de las nuevas membresías que se pagaban en todo el país. No era mucho, pero Daniel podía permitirse la entrada para el préstamo del coche. Además, el coche era una inversión: podía sacarse fotos para Instagram, y atraer así a futuros reclutas dispuestos a pagar la cuota del Club.

Se podría decir que Daniel había cumplido sus objetivos: era comercial, tenía un Audi y no paraba de sentir que su mente y su persona estaban cada vez más y más desarrolladas. Y sin embargo, en el fondo, Daniel sabía que le faltaba no algo, sino todo.

Y todo era culpa de Pit. Pit el farsante. Pit el falso sigma.

Ni siquiera su «nuevo» Audi TT podía quitarle la idea de que, ahora, tras el ascenso, Pit y él compartían el mismo rango, lo que le daba la osadía al joven Pit de tratarle como a un igual. Daniel frenó en seco para pasar por encima de un badén. La furgoneta que iba por detrás le tocó la bocina, y por un momento Daniel se planteó darle al freno de mano, bajar, y enseñarle a aquel pobre fontanero lo

que significaba enfadar a un hombre sigma, pero no lo hizo. La casa de los padres de Pit estaba a dos calles, y este le esperaba sentado en un banco.

—¡Fua! Verás cuando me saque yo el carnet. Me voy a pillar un Lambo —dijo Pit cuando se metió en el coche.

Daniel le miró de reojo y aceleró.

—No sé si vas a aprobar, Pit.

—Pues claro que sí.

—¿Cuántas clases prácticas has hecho?

Pit contó con los dedos.

—Siete. Me quedan tres.

Daniel bufó.

—Yo conducía desde los dieciséis años.

—¿Y no te daba miedo que te pillaran?

—Cuando llegué a la autoescuela el profesor me dijo que conducía tan bien que me iba a dejar dar clases a los demás alumnos.

—¿En serio?

Daniel frenó en un semáforo y miró a Pit con esa mirada suya.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

Pit apartó la mirada.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Daniel—, si hoy conseguimos más de cinco reclutas te dejo que conduzcas el coche de vuelta.

—Beh —se quejó Pit—. Eso es imposible.

—Con esa mentalidad —Daniel despreció con la mirada a su compañero—, lo es.

Llegaron al pueblo de Tafalla al atardecer. Era una localidad de unos diez mil habitantes, ocho de los cuales habían entablado conversación con Daniel y Pit por Instagram. Un número suficiente como para organizar un evento presencial en la Casa de la Cultura

del pueblo.

Pasaron con el coche cerca del lugar del evento y vieron que se había congregado una decena de personas frente a las puertas de la Casa de la Cultura. Algunos, incluso, señalaron el Audi TT, y Daniel se acordó con una sonrisa de aquella vez en la que vio a los hermanos Olivetti bajar del Lamborghini frente al Palacio Baluarte de Pamplona. Ni siquiera había pasado un año de ese suceso y ahora él era el protagonista. Ahora todos se giraban para mirarle a él.

Y a Pit.

Tuvieron que alejarse para aparcar el coche en un aparcamiento de piedras con unos agujeros que no le hicieron ningún favor a los bajos del Audi TT. De hecho, después de aparcar, se agachó, semitumbado, para comprobar que el coche no hubiera sufrido ningún daño. No pudo comprobar nada, pues tenía un faldón tan bajo que haría falta un elevador para ver algo más que el mismo faldón.

Daniel se resignó, pero nada podía hacer, así que se dirigió a la Casa de la Cultura con Pit, que estaba emocionado porque, por primera vez, él haría la presentación para calentar el ambiente entre los posibles reclutas.

—A ver —le interrogó Daniel—, introdúceme.

—«¿Cuántos de vosotros creéis que no encajáis en la sociedad? —empezó a recitar su guion—. ¿Cuántos esperáis algo más de esta vida, que no sea trabajar ocho horas todos los días hasta el resto de vuestras vidas?».

—«… hasta el resto de vuestros días» —corrigió Daniel.

—Es lo mismo —dijo Pit, con demasiada chulería para el gusto de Daniel.

Daniel no respondió. Él había escrito el guion exactamente como se lo había pedido Frank Stiller. Si esta vez no funcionaba sería culpa

de Pit.

Cruzaron unas cuantas calles hasta acercarse a la plaza donde se encontraba la Casa de la Cultura. Había un parque con niños jugando entre donde estaban ellos y el edificio. Al aproximarse notaron que las personas esperando el evento eran más de lo que habían pensado: no se trataba de una decena de personas, sino de una veintena o más. Una veintena de mujeres, concretamente.

—Algo va mal —dijo Pit. Se detuvo, preocupado, pero Daniel le dio un empujón.

—Un hombre sigma mantiene la calma.

Cruzaron el parque y vieron movimiento entre la gente. Se giraron, les señalaron, y empezaron a gritar.

Daniel levantó la mano para saludar y, justo entonces, algo golpeó su cara. Pit se tropezó por el susto. Un huevo acababa de explotar en la cara de Daniel dejándolo completamente ciego.

—¡Fuera machistas de nuestros pueblos!

—¡Misóginos!

Gritaban en coro.

Cuando Daniel recuperó la visión observó que no se trataba de un grupo de futuros hombres sigma, sino de un enfurecido grupo de mujeres con una pancarta que no llegó a leer lo que decía, porque los huevos siguieron volando hacia ellos, y tuvieron que huir con los gritos de protesta de fondo.

Corrieron hasta el coche pero les persiguieron. Cuando entraron, un huevo impactó de lleno en la luna del Audi TT. Daniel dio marcha atrás, hizo un derrape y salió del aparcamiento castigando el bajo de su nuevo coche. Un último huevo impactó en el cristal trasero.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Pit.

Daniel no contestó. Estaba concentrado conduciendo a toda velocidad. Llegó a una rotonda y giró tan bruscamente que las

ruedas traseras del coche sobreviraron, pero no perdió el control, dio el giro completo y regresó a la calle por la que había llegado. La calle por la que les perseguía una docena de mujeres armadas con huevos y tomates.

El coche se detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó Pit.

Daniel calentó el motor. La mayoría de las atacantes se fue directamente a la acera, aunque un par de ellas se quedaron en mitad de la carretera, retándole.

Pero Daniel no necesitaba que nadie le retara. Soltó el embrague y el Audi TT salió disparado. Un Audi TT puede acelerar de cero a cien kilómetros por hora en 5,9 segundos, pero ese día lo hizo en cuatro. Los neumáticos derraparon, la fricción generó humo, y el bólido salió disparado hacia la última mujer que sujetaba un huevo en la mano.

—¡No! —gritó Pit, pero solo pudo hacerse un ovillo y taparse la cara para no ver lo que estaba a punto de ocurrir.

Daniel sujetó recto el volante. No tenía intención de dar ningún volantazo.

—Chao, chao, zorrita —dijo para sí mismo.

Y en el último instante, justo cuando el coche estaba a punto de alcanzar a la mujer, esta lanzó el huevo y saltó ágilmente a la acera. El huevo impactó, pringó la luna y dejó sin visión a Daniel.

Frenó bruscamente para no tener un accidente, y entonces los huevos empezaron a impactar por los laterales; pero ya no eran huevos, eran piedras.

—¡Hijodeputa!

—¡Asesino!

Se rompió un cristal.

—¡Fuera machistas de nuestros pueblos! —seguían gritando en coro.

Pit seguía hecho un ovillo. Daniel le dio al limpiaparabrisas y consiguió limpiar un pequeño hueco en el centro del cristal, que le permitió volver a acelerar y salir del lugar golpeando el claxon como un energúmeno.

—¡Volveré y os mataré! ¡No sabéis quién soy! ¡No sabéis qué soy! —gritó. Daniel salió del pueblo conduciendo como un piloto de Dakar. Hizo trompos, se subió a aceras y abolló el parachoques delantero en una maniobra en la que amagó con atropellar a un transeúnte. Se trataba de un vecino que estaba cruzando la calle. Había calculado que podría alcanzar la acera de enfrente antes de que llegara el Audi TT negro que veía a lo lejos, pero no contaba con que lo estuviera conduciendo un desquiciado Daniel Robles. Justo cuando se acercó al señor, Daniel aceleró y dio un volantazo para dirigirse contra él, pero este ya había cruzado y el parachoques delantero golpeó contra el bordillo de la acera.

—¡Qué haces! —le recriminó Pit con la voz aguda de lo asustado que estaba—. ¿Ibas a atropellarlo?

Daniel no respondió al momento. De repente se concentró mucho más en la carretera, no soltó el acelerador, pero sus giros a partir de ahí fueron mucho más precisos hasta salir a la autovía.

—¿Crees que se habrá abollado el parachoques? —preguntó.

Para sorpresa de Pit, que tenía el corazón todavía acelerado, la voz de Daniel sonaba a la de un niño preocupado porque su juguete de Action Man Ninja Commando ha perdido una pierna.

Entonces su voz cambió y se volvió inquisitiva.

—Eres un cobarde. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo Pit indignado—. Pero si no podíamos hacer nada.

—Podíamos luchar, pero me has dejado tirado.

—¿Luchar contra unas mujeres?

—Cállate. Hoy no has estado muy sigma —sus palabras caían

como granizo—. Y Frank se enterará —sentenció.

Pit agachó la cabeza y se dejó caer en el asiento.

Se detuvieron en una gasolinera. Daniel salió corriendo a revisar el parachoques delantero. Había un roce de unos treinta centímetros que intentó borrar frotándolo con dos dedos, pero no se trataba solo de la pintura, la chapa estaba rallada. De todas formas estaba mejor de lo que imaginaba. Hasta esperaba encontrar el parachoques medio caído, golpeando el suelo o, peor, desaparecido en algún tramo de la carretera.

No era para tanto. «Unos doscientos euros», calculó mentalmente mientras regresaba al coche. Cuando se sentó en el asiento vio a Pit tenso, rascándose la nuca mientras miraba el teléfono con la boca abierta.

—Tío… —fue todo lo que pudo decir.

«Se trata de un grupo coercitivo de tintes misóginos —decía una voz mientras mostraban imágenes en cámara oculta de La Academia —. Se dedica a reclutar a jóvenes vulnerables y les hacen pagar una membresía, que luego ellos tienen que vender a otros jóvenes de su entorno. —Una reportera de pelo rubio hablaba frente a la cámara—. Esta presunta estafa piramidal tiene cada vez más adeptos. Os informa Sonia Azkarate para el *Diario de Pamplona*».

—Dale para atrás —dijo Daniel enrabietado. Le quitó el móvil y volvió a reproducir el vídeo—. ¿Esa es Aratz?

19

Cheerleader Effect:
(Sustantivo, argot).
1. Fenómeno por el cual una mujer, cuando está en grupo con otras mujeres, puede parecer más atractiva de lo que es cuando está sola. El término proviene de la percepción de que las mujeres en un grupo se benefician de la comparación social, donde la suma de su atractivo colectivo hace que cada una de ellas parezca más deseable.

La redacción del *Diario de Pamplona* celebró la cena de Navidad en un humilde bar del centro histórico de Pamplona. Sentados, en presidencia, Javier Guerra, director del periódico, y Sonia Azkarate, la nueva promesa del periodismo navarro que había realizado el reportaje de investigación que más visitas había tenido en todo el año.

Sonia recibió muchos cumplidos esa noche, pero ninguno era verdadero. Todos mentían. A ningún periodista de la redacción le hizo ninguna gracia que una novata se llevara semejantes méritos y atención. «La vida del periodista no es así —pensaba Hugo—, vas a donde te dicen que tienes que ir, haces preguntas, redactas una noticia y ya está. Lo que importa es la noticia, no el periodista».

—¿Te vas a servir otra? —preguntó Hugo con maldad.

Sonia estaba vaciando la botella de vino blanco en su copa.

—¡Y a ti qué más te da! —respondió Sonia.

Sabía que todos los cumplidos que recibía eran falsos, pero los recibía igualmente; eso, sumado al efecto del alcohol, hacía que levantara la barbilla y se enfrentara a quien quisiera vacilarla. Sobre todo a Hugo.

—Déjala —respondió Clara, una compañera.

—Es que vamos a tener que llevarnos a la niña a casa —dijo exagerando una falsa comedia.

Sonia le respondió con una mirada de desprecio.

Desde la otra punta de la mesa Javier alzó su copa:

—¡Por el reportaje estrella del 2024! —Él también había bebido—. ¡Y por el Club Sigma! —bromeó.

Todos alzaron sus copas y brindaron, y entre las copas que claqueteaban, Sonia ignoró la de Hugo, y acto seguido bebió un trago largo. Después de la cena todos fueron a la discoteca Zentral, un local situado detrás del Ayuntamiento de Pamplona y que, a diferencia del Indara al que iban los sigma, era frecuentado por adultos mayores de treinta años. Algunos de cincuenta también solían andar por ahí.

Esa noche había concierto: Zetak, un grupo de pop electrónico vasco. La mayoría de los de redacción habían mostrado su desinterés por el concierto, pero Javier les había prometido que conseguiría que las entradas corrieran a cargo del periódico. Sospechaba que a Sonia le gustaba Zetak, y de alguna forma quería hacerle un regalo. Nada especial. Solo un detalle para celebrar su buen trabajo y motivarla a seguir por la senda del periodismo de investigación. Zetak era el típico grupo que debía gustarle a una mujer como Sonia: joven, con conciencia, feminista y luchadora por

los derechos de los demás. Esa personalidad combativa, a veces atrevida y a veces imprudente, le recordaba a Javier a su yo más joven. Le recordaba cuando cogía un avión y se plantaba en un hotel del Líbano con otros veinte periodistas de todo el mundo, o cuando recorría los peores conflictos de África Central en un cuatro por cuatro conducido por un tal Abdul con un volante en la mano y un AK-47 en la otra. Ahora las cosas habían cambiado; ya no era aquel «soldado raso», ahora era el director de un periódico y su responsabilidad iba mucho más allá de describir batallas y fotografiar tragedias. Ahora era el jefe, y también, el mentor. Por eso organizó esa cena, para acercarse a ella, como alumna. O eso se decía a sí mismo.

De todas formas, también podrían hacer un reportaje cultural sobre el fenómeno Zetak para después de Navidad, y así matarían dos pájaros de un tiro. Hugo se encargaría de redactarlo.

Cuando llegaron a la discoteca el concierto no había empezado, pero el local estaba completamente lleno. Se acercaron a la barra a pedir una copa y para sorpresa de todos, un grupo de chicas que estaban al lado se giraron al ver a Sonia. Una de ellas la señaló.

—¿¡Eres la periodista!? —dijo, medio exclamando, medio preguntando.

—Sí —Sonia asintió cuatro veces. No sabía exactamente cómo actuar.

—El reportaje, tía, buenísimo. Eres muy buena. ¿Podemos hacernos una foto?

Y todo el grupo se colocó alrededor de Sonia, y una de ellas le ofreció su teléfono al primero que vio delante, que era Hugo.

—¡Saca la foto, Hugo! —dijo Sonia. Estaba empezando a disfrutar.

Cuando se despidió de las chicas y cogió su copa, todo empezó a fluir. El concierto comenzó. La música arrancaba con sonidos de

cuernos antiguos y se mezclaba con ritmos de tecno y tambores electrónicos. Sonia bailaba bien. Bailaba mejor que nadie de su grupo, era la más joven, la más guapa y, ahora, la más famosa.

Javier se le acercó por detrás y le habló a la oreja.

—Sabía que te gustaría.

—¿El qué?

—Zetak.

—¿Qué?

Javier la sujetó de un hombro y señaló al escenario.

—El grupo.

Sonia se rio.

—¡Ah! Nunca lo había escuchado.

Él intentó seguirle el ritmo al baile de Sonia.

—¡Pensé que era de tu rollo!

—Tú no sabes cuál es mi rollo —le dijo Sonia con picardía.

Javier lo tomó como un envido.

—¿Seguro que no? —dijo, y se puso frente a ella.

Bailaban. Casi se rozaban.

—Te conozco, Sonia Azkarate. Eres una mujer… sensible. Pero eres ambiciosa. Quieres ser mejor que todos ellos, que todos los demás. Eres empática pero no puedes evitar sentirte mejor que el resto —Javier dio un paso adelante. Sonia uno hacia atrás. Se alejaron del grupo—, en parte porque tienes mucho ego. Y en parte porque tienes potencial.

—¿Me estás psicoanalizando? —Sonia le dio un pequeño empujón —. ¡No puedes hacerlo, eres mi jefe!

Pero se quedó quieta, a la espera de que Javier se acercara. Era un tira y afloja.

—Dime más. ¿Qué más sabes de mí? —le retó Sonia cuando se acercó.

—Sé que no tienes muchas amigas. Nadie que trabaje como tú tiene tiempo para tener muchas amigas. Tampoco tienes tiempo para tener novio. —Sonia frunció el ceño, y Javier no pareció captarlo porque la señaló con el dedo, con una sonrisa como si hubiera llegado a una repentina conclusión—: Con lo guapa que eres, a lo mejor es que les quitabas los novios a todas y por eso ahora te centras en trabajar.

Sonia empezó a desternillarse. Casi se atragantó con su copa, pero agarró a Javier por la nuca violentamente y le dijo:

—No tienes ni puta idea de mi vida.

Y se fue.

Javier la siguió zigzagueando entre la gente, pero ella se movía mucho más ágil que él.

—¡Espera! —le gritó.

Ella persistía en su marcha. Él la seguía. Empezó a pensar que se había pasado de la raya. «No debía haber dicho eso, joder, soy su jefe…».

Continuó esquivando a la gente y acortando terreno hasta que consiguió agarrarle del brazo.

—Perdóname, Sonia. Yo no quería…

—Es muy fácil la vida para un tío blanco y hetero privilegiado como tú —le reprochó. Estaba enfadada.

—Pues… Sí. Lo es.

Sonia se dio la vuelta para irse, pero Javier la volvió a agarrar del brazo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Me corto el rabo para dejar de ser un privilegiado?

La mano abierta de Sonia voló como un avión con destino a la cara de Javier. Por suerte estaban ya casi en la salida, cerca de los baños, por lo que nadie pudo ver el espectáculo. Javier se frotó la

mejilla en estado de shock, y entonces, Sonia se abalanzó y le besó. A Javier se le cayó la copa al suelo. A Sonia también. Los cristales se rompieron y ambos se besaron furtivamente con la lengua.

Se magrearon y tocaron durante treinta cortos segundos, y de repente, Sonia empujó a Javier.

—No puedo —dijo ella.

—Vamos a mi casa —dijo Javier.

—No entiendes, ¡no puedo! —dijo Sonia.

Y se fue, esta vez, de verdad. Y justo cuando salía, en la puerta de los baños de la discoteca, vio a Hugo observando desde su atalaya de carroñero toda la escena que acababa de ocurrir.

Cuando llegó a casa su cabeza aún daba mil vueltas. Su reputación iba a quedar por el suelo, estaba claro que el cotilleo correría como la pólvora. Entre ser la promesa del periodismo navarro y una chupapollas había un beso no solicitado de distancia. Se quitó los zapatos derrotada, ni se lavó los dientes ni se desnudó, se metió en la cama y cogió el móvil. Quizá con la esperanza de tener un mensaje de Javier. Por mucho que le jodiera, ella quería el beso. Sin embargo, tenía un mensaje en Instagram:

Sé dónde vives. Te voy a mandar un paquete

Una cuenta anónima, qué sorpresa. Se tomó dos pastillas de Lorazepam, había sido un día demasiado largo. En pocos minutos estaba dormida, pero no tranquila.

20

Sojaciedad (Soyciety):
(Sustantivo, argot).
1. Sociedad moderna caracterizada por la degeneración de los valores tradicionales, donde se promueve la debilidad, la conformidad y la falta de masculinidad. Es la sociedad de los hombres que beben soja.

Frank, Pit y Daniel estaban reunidos en la oficina de La Academia. Al otro lado del ventanal se veía movimiento. La Academia estaba a rebosar. Por absurdo que pareciera, en las últimas semanas el número de nuevos reclutas se contaban por decenas, y ahora era Yusef quien ejercía de formador para los nuevos sigma. Ante la falta de asientos en el aula, algunos habían llevado sus propias sillas plegables de estilo camping que habían comprado en un Decathlon que quedaba a unos cien metros de La Academia.

—*Fuck!* —dijo Frank observando la escena a través del ventanal—. ¿Qué coño pasó en Tafalla? —preguntó.

—Nos atacaron —dijo Pit, intentando excusar lo ocurrido.

Frank leyó el periódico letra por letra.

—«Uno de los organizadores de la charla, que conducía un Audi TT de color negro…» —miró a Daniel con cara de reproche—, el puto

coche que tienes aparcado aquí ahora mismo —siguió leyendo—: «hizo un derrape en la rotonda del pueblo y aceleró en dirección a las manifestantes en un claro intento de atropello».

—Fallé —dijo Daniel.

Frank le miró de reojo, sin saber interpretar lo que pasaba por la cabeza de su discípulo.

—Son unas feminazis —se quejó—, pero eso no quita que nos hayan puesto en el punto de mira. Es peligroso.

—Toda publicidad es buena publicidad —dijo Daniel.

Frank se rio irónicamente.

—Hijo de puta —dijo.

Pit contemplaba la conversación como un corderito. No sabía qué decir. Frank se levantó y miró por las rendijas de la persiana a los nuevos reclutas de La Academia. Todos escuchaban a Yusef, que a saber qué les estaría contando desde la tarima.

—Habéis llenado la puta academia —dijo Frank con inevitable orgullo.

—Tú has tenido mucho que ver, jefe. Tus lecciones son virales en YouTube.

Ambos se rieron.

—Menuda zorra con la cámara oculta. ¡La puta Aratz! —dijo Frank —. ¿Cómo coño nos la coló?

—Es una marimacho —dijo Daniel—. ¿No te acuerdas de la nuez? Un poco más de testosterona y es hombre.

—Tendríamos que darle una paliza —intervino Pit.

—Estoy de acuerdo —dijo Daniel mientras se sacaba las tabas de los nudillos.

Frank se volvió hacia Pit. Se le borró la sonrisa. Levantó las manos en consigna de calma.

—No vamos a hacer nada. Ya está. Nos han dado publicidad.

Ahora vienen los Olivetti, les contamos que todo está *all right*, que cada vez somos más miembros y se pondrán contentos. —Y se apoyó en la mesa para dirigirse a los dos—. Y vosotros, cuando escuchéis el nuevo proyecto que vamos a anunciar hoy, más contentos os vais a poner.

Daniel asintió con confiada sonrisa. Pit le imitó.

—Seguidme —ordenó Frank.

Los tres salieron del despacho e interrumpieron la clase de Yusef. Frank subió a la tarima saltando con las piernas juntas y la madera crujió bajo él.

—*Brother!* —le chocó el puño a Yusef con la mano pesada. La tarima le daba energía—. Gracias por entretener a mis reclutas.

A Yusef se le torció la sonrisa porque consideraba que lo que él hacía era algo más que entretener. Él estaba entregando unas valiosas lecciones a quienes consideraba ya unos hermanos. Pero no dijo nada. Escondió su alopécica cabeza entre los hombros e intentó bajar del escenario disimuladamente, cosa que resultó imposible ya que no hay forma de bajar de una tarima disimuladamente.

Frank se hizo con el control del escenario y los reclutas lo miraron atentos; sabían que era el jefe. Frank sujetó un periódico sobre su cabeza, luego lo bajó a la altura de sus ojos y comenzó a leer:

—«Se hacen llamar hombres sigma; son hombres patológicamente solitarios, traumatizados y desorientados —carraspeó antes de levantar la voz—. ¡Es la idea de club más perversa que ha conocido jamás el neoliberalismo español!».

Frank señaló con el dedo el periódico y luego lo tiró al público.

—Veo delante de mí un ejército de hombres patológicamente solitarios, traumatizados y desorientados. Y me alegro. *Fuck.* —Hizo una pausa y el público supo reaccionar. Los reclutas lo acompañaron con vítores—. Sí, nos han escrito una noticia. Y no es buena. Nos

han dicho que somos monstruos, que somos misóginos, y nos han tratado como a unos parias. Y probablemente otros en otro club ya estarían haciendo las maletas para largarse con el rabo entre las piernas. Pero nosotros somos sigmas. Y mirad —abrió los brazos para abarcar a su público—: donde otros ven problemas, nosotros vemos oportunidades. Donde otros ven peligro, y se asustan, nosotros nos hacemos fuertes. Bienvenidos a La Academia. Haremos de cada uno de vosotros un hombre sigma.

Los hermanos Olivetti llegaron en su Lamborghini. Estaba cambiado. Había pasado de un color verde intenso a un verde más azulado, si es que era el mismo coche. Lo aparcaron delante de La Academia, justo al lado del Audi TT de Daniel. Las puertas se abrieron verticalmente y salieron los dos gemelos, con sus rizos y sus camisas de colores llamativos. No cumplían las normas de vestimenta que Frank imponía a los reclutas, pero ser un verdadero sigma llevaba implícito el hecho de no cumplir normas. Eso pensó Daniel.

Frank, Daniel y Pit se colocaron a las puertas de La Academia para hacer la recepción. Uno de los gemelos, Álex, se quitó las gafas de sol Ray-Ban y frunció el ceño para observar el lugar.

—Os estábamos esperando, cabronazos —dijo Frank, abriendo los brazos para saludar a los hermanos—. ¿Qué tal?

Uno de ellos le dio la mano y medio abrazo, y el otro hizo luego lo mismo.

—Ganando —dijo Álex.

—Ganando —repitió su gemelo Mateo.

Frank se encogió de hombros. Daniel se quedó fascinado por el saludo. Ni siquiera habían empezado a hablar y ellos ya estaban ganando. Probablemente sería una forma de preparar su mente para manifestar todo lo que quisieran conseguir. Y probablemente lo

hacían todos los días. Todo el rato manifestando. Ganando.

—Os presento a Pit y a Daniel, los secretarios del Club de Navarra.

Pit y Daniel fueron a dar la mano a los Olivetti con respeto, pero estos les dieron un medio abrazo como lo habían hecho con Frank. Daniel esperaba más frialdad por parte de unos hombres sigma, pero, en el fondo, se sintió especial, agradecido por un trato tan cercano viniendo de sus superiores.

—¿Ya se lo has contado? —preguntó Mateo.

—Vosotros presentáis el proyecto —dijo Frank.

Álex seguía mirando el local con el ceño fruncido.

—Vale, pero aquí no —dijo—, vamos a un buen restaurante.

—¡Va! —dijo Frank—. Daniel, ¿alguna recomendación?

A Daniel se le congeló la sonrisa. Solo conocía La Tagliatella, una conocida cadena de comida italiana que dudaba que fuera de interés para los Olivetti. Y no conocía más. No tenía costumbre de salir con amigos por ahí. Sin amigos tampoco.

—Yo conozco un sitio guay —dijo Pit, algo tímido—. Estuve con una señorita hace poco. Se llama El Búho.

—¡Pues allá que vamos! —dijo Mateo.

Daniel le echó una mirada de reproche a Pit.

—¿Andas perdiendo el tiempo con mujeres? Eso no es muy sigma.

Pit se encogió de hombros. Llegaron al Búho, un restaurante que se elevaba sobre las murallas del Casco Viejo de Pamplona y ofrecía unas vistas de los pueblos y montañas que se expandían por los alrededores.

Se sentaron en una mesa redonda y Álex pidió el vino más caro de la carta. Daniel se fijó en el Rolex que llevaba en la muñeca, dorado, idéntico al de su hermano gemelo. Esa ostentación no le pareció muy sigma pero, de nuevo, un sigma está por encima de cualquier regla, pensó.

—Bah —dijo Álex—, ¿no nos puede servir la que está buena?

La camarera que les atendía, de caderas estrechas y poco agraciada, acababa de darse la vuelta cuando lo dijo. Puede que lo escuchara o puede que no. Lo que estaba claro era que a Álex no le importaba. Estaba mirando a la rubia de pómulos prominentes que servía en una mesa lejana. Cuando esta les dio la espalda y vio su culo, respingón y apretado en unos vaqueros negros, Álex se echó las manos a la cabeza. Que esa camarera atendiera a otra mesa y no a ellos era como ir a Roma y no visitar el Coliseo.

—Vosotros dos —les señaló a Daniel y a Pit—, ¿estáis circuncidados?

—¿Qué?

—¿Cómo?

Daniel y Pit respondieron al unísono. Ninguno de ellos se esperaba esa pregunta. Puede que fuera una de esas preguntas que nadie se espera. Puede, también, que fuera una de esas preguntas cuya respuesta correcta nadie conoce. Después de dudar un segundo, Daniel fue el primero en responder.

—Yo no —dijo.

—Muy bien —asintió Mateo.

—*Yes* —aprobó Frank.

—La mutilación masculina es una aberración promovida por asociaciones judeomasónicas durante siglos cuyo único fin es eliminar competencia masculina —dijo Álex.

—Pero es más… Dicen que es más higiénico —respondió Pit.

—¡Mentira! —Álex dio un golpe a la mesa y casi derribó una copa de vino—. Esa es la historia que te cuentan las élites para que le cortes el pito a tus hijos. La realidad es que reduce la sensibilidad del pene, baja los niveles de testosterona del hombre y limita por completo su capacidad de sentir satisfacción sexual. Esa, Pit, es la

realidad que no te cuentan.

Pit hizo una mueca y tragó saliva.

—No es así…

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo sabes? ¿Estás circuncidado?

Los cuatro hombres miraban a Pit. La camarera poco agraciada llegó con los entrantes y trató de hacer hueco entre las copas para dejar los platos. Nadie la ayudó. Esperaban la respuesta de Pit.

—Sí —dijo Pit con la cabeza gacha.

Daniel miró a su amigo y se rio como un poseído. Álex, Mateo y Frank negaron con la cabeza y se lamentaron por el pobre Pit, pero Daniel siguió riéndose. La humillación de su amigo le hizo buitres en el estómago. Casi voló.

—No está tan mal —se justificó Pit—, lo de la sensibilidad no…

—Oye —dijo Álex a la camarera—, ¿podría servirnos tu amiga la que está buena?

La camarera se puso roja y aceleró sus movimientos para poder marcharse cuanto antes.

Terminaron la primera botella de vino y Álex le hizo una seña a la camarera rubia para que se acercara a servirles. Esta le hizo caso, tímida, y tuvo que escuchar cómo los Olivetti le pedían una botella de vino italiano, mientras le decían piropos en italiano.

—*Bella, ti porteremo con noi e non potrai scappare.*

La camarera se limitó a sonreír, y volvió un instante después con un vino italiano. Se lo terminaron en un par de tragos y pidieron otro. Volvió a ocurrir lo mismo. Daniel no estaba acostumbrado a beber, así que empezó a perder esa rectitud en la espalda que le caracterizaba. Sus labios seguían dibujando la sonrisa con el arco malévolo de siempre, pero ahora sus ojos brillaban y sentía el impulso de hablar.

—¿Y cómo fue? —preguntó Álex a Pit.

—No lo sé —respondió Pit—. No me acuerdo de nada. Me lo hicieron cuando nací. Siempre la he tenido… así.

Entonces, sin que nada tuviera que ver con la conversación, Daniel soltó algo que llevaba un rato sonando en su cabeza, una y otra vez, como un disco rayado.

—Vamos a encargarnos de ella.

—¿Qué coño dices? —dijo Frank.

—*Bro* —dijo Mateo.

—A la periodista. Nos la ha jugado. —Hizo un gesto de cortar el cuello con el dedo—. Hay que darle matarile.

Los hermanos Olivetti cruzaron una mirada íntima de gemelos, y ambos empezaron a reírse.

—Sí, claro, como si fuéramos la mafia —dijo Mateo.

Álex levantó la mano e hizo el gesto de disparar con una pistola a Daniel.

Todos estaban muy borrachos. Daniel probablemente el que más por su falta de experiencia. La idea seguía repitiéndose en su cabeza como un disco rayado.

—Y si os dijera que la he estado siguiendo. Sé dónde vive, dónde trabaja, sus horarios de trabajo, la matrícula de su coche. Según su LinkedIn antes de ser periodista trabajaba paseando perros por el parque de la Ciudadela de Pamplona.

Los Olivetti seguían descojonándose.

—Me encanta este tío —dijo Álex.

Pit y Frank se limitaron a sonreír. No sabían hasta qué punto Daniel estaba hablando en serio. Daniel estaba callado, con los labios curvados a la espera de una respuesta que no llegaba. Le dio un sorbo a su copa pero ya estaba vacía. Cogió la botella y cuando se dispuso a servir el vino se había acabado. Miró atrás y le hizo un chasquido con los dedos a la camarera.

—¡Otra! —gritó.

En ese momento Frank, que estaba sentado a su lado, le agarró el brazo.

—Escúchame, cabrón —dijo—. No sé si nos estás vacilando, pero a esa periodista no le va a pasar nada, ¿entiendes?

Daniel se zafó.

—¿Y lo vamos a dejar así? ¡Ella no sabe quién soy!

—Relájate, *bro* —dijo Mateo.

—*Bro!* —dijo Álex—. Relájate. Si le pasase algo sí que estaríamos jodidos. Ahora, en cambio, estamos guay. ¿No te has dado cuenta? *Chill!* Nos han hecho publicidad *for free*.

Y lo cierto era que tenía razón. Esa misma noche el Club Sigma había organizado un evento presencial en Pamplona y las inscripciones se habían llenado.

—Supongo que tendréis razón —dijo Daniel hundiendo la nariz en su copa. En realidad no lo suponía.

—Claro que tenemos razón —dijo Mateo—. ¿Crees que hemos llegado hasta aquí por pura chiripa? Algo de razón tendremos en lo que hacemos.

—*Yes* —dijo Álex, y Frank levantó la copa para brindar.

—¿Sabes cómo creamos la *greenpill*?

—¿Creasteis? —preguntó Daniel—. No sabía que la creasteis vosotros —torció la cara—. Pensaba que venía de algún estudio o algo así. De Harvard y eso.

—¡*Fuck,* claro que lo crearon ellos! —reprendió Frank a su protegido.

—Es flipante cómo se nos ocurrió —dijo Mateo—. Un día estábamos viendo vídeos sobre la *redpill,* y entonces Álex dijo: «¿Y si creamos otra *pill*?». Y nos pusimos a pensar en qué color podríamos utilizar, y…

—¡Flipante! A los dos se nos ocurrió a la vez la *greenpill.* —Los dos gemelos chocaron los puños con una forma ensayada, golpeando con el lateral y abriendo la mano al final.

—*¿Redpill*? ¿Hay otras pastillas? —preguntó Pit.

Álex y Mateo se rieron. Frank negó con la cabeza, algo avergonzado por el nivel de sus protegidos.

—La primera es la *redpill* —dijo Mateo—. La pastilla roja. Viene de la escena de la película *Matrix*, en la que Neo escoge la pastilla roja a cambio de conocer la verdad acerca del mundo en el que vive. Cuando toma la pastilla roja descubre que el mundo está dominado por unas máquinas asesinas y los humanos están viviendo en una simulación, conectados en una especie de colmena que utilizan las máquinas para generar energía con las personas.

—No lo entiendo —negó Daniel.

—Es una peli rara —dijo Álex.

—A mí no me gustó —dijo Pit.

—Es una metáfora —dijo Mateo—. Hoy en día también vivimos en una simulación. Nos hacen creer que hay un patriarcado opresor que domina el mundo, y que nosotros, los hombres, formamos parte de ello. Pero casualmente, ninguno de nosotros domina el mundo. ¿Tú dominas el mundo, Pit? —preguntó.

Pit se encogió de hombros, tampoco le dio tiempo a responder.

—La verdadera pregunta es —siguió Mateo—: si Pit no maneja el mundo, ¿quién lo hace?

Daniel y Pit pensaron un instante. El resto ya sabía la respuesta.

—La CIA —dijo Pit.

Daniel resopló burlón.

—Las corporaciones —dijo Daniel con seguridad—. Blackrock, Vanguard…

—¡Las mujeres! —dijo Mateo—. Las mujeres dominan el mundo,

aunque no de la forma en la que todos piensan. ¿Sabes por qué los hombres crean empresas? ¿Por qué los hombres van a la guerra? ¿Por qué los hombres inventan coches, aviones y tanques? ¿Por qué el hombre viaja hasta la Luna?

—Por dinero —dijo Daniel, eso estaba claro.

—Ya… ¿Pero para qué quiere un hombre dinero? —intervino Álex como si fuera Sócrates, tratando de encaminar a su discípulo hacia el mundo de la razón.

—Para impresionar a una mujer —explicó Mateo—. La mujer escoge al hombre con el que se aparea dependiendo de su aspecto físico, de su cartera, de si es fuerte para protegerla… Pero sobre todo: de su estatus.

—Por eso los hombres luchan desesperadamente por mejorar su estatus —continuó Álex—. Por eso trabajan más, compran coches que no se pueden permitir y están dispuestos a hacer cualquier tontería para subir en la escala social.

—Y esa es la *redpill* —dijo Mateo—. Salir de la mátrix para ver que nos están mintiendo: a los hombres nos controlan las mujeres como unos títeres, y cada cosa que hacemos la hacemos con el único motivo de que nos escojan para aparearnos. Fiu —silbó a la camarera y señaló la botella—. ¡Otra!

—Y luego está la *blackpill* —dijo Álex—. La pastilla negra. Es un poco como la *redpill* pero más pesimista.

Daniel escuchaba atentamente. Los hermanos Olivetti tenían una forma de hablar lenta y rítmica que le resultaba hipnótica, pero no era solo su voz lo que le cautivaba, también su lenguaje verbal.

—La *blackpill,* para resumir —dijo Mateo—, es una visión más fatal de la *redpill.* Las mujeres dominan el mundo escogiendo a los hombres que se quieren follar. Pero estos hombres no pueden hacer mucho para que los escojan a ellos. No puedes subir en la jerarquía

social. Si eres un beta, eres un beta para siempre. Da igual el desarrollo personal que hagas, el dinero que ganes o el coche que conduzcas. Tu lugar en el mercado sexual lo determina tu genética.

—La simetría de tu cara, por ejemplo —dijo Frank, y se frotó la barba de tres días orgulloso.

—O tu altura —dijo Álex—. No puedes hacer nada para cambiar tu altura, y a las mujeres les gustan los altos. Les transmiten seguridad.

Daniel y Pit se miraron de reojo, algo turbados. Ninguno de los dos destacaba por una genética prodigiosa.

—Entonces no hay nada que hacer —dijo Daniel hundiéndose en la silla.

—¡Ahí es donde entra la *greenpill*! —saltó Mateo emocionado, y se echó para atrás para que los demás se acercaran a escucharle—. Según la *greenpill,* las teorías de la *redpill* y la *blackpill* son correctas, pero están incompletas. Sí, las mujeres dominan el mundo y, sí, la mayoría del sexo masculino está condenado por su genética. Pero existe un muy limitado número de hombres que puede escapar de la mátrix y de las garras de esas zorras controladoras de mundos —justo una camarera recogió su plato—: son los hombres sigma. Un exclusivo grupo de hombres que pueden desarrollarse para librarse de las cadenas de las féminas. Cuando un hombre se convierte en sigma ya no actúa para subir de estatus ni para impresionar a ninguna fémina.

—Y entonces domina el mundo —dijo Pit.

—¡Sí! —dijo Mateo.

—¡No! —dijo Álex.

—Quiero decir —corrigió Mateo—. Una vez que el hombre se convierte en sigma ya no importa quién domina el mundo.

—Porque es un *fucking* hombre sigma —sentenció Frank.

A Daniel se le estaba torciendo cada vez más la cara. Puede que fuera el alcohol, o puede que fuera que no estaba preparado para entender la sabiduría de los hermanos Olivetti.

—Entonces ¿es una teoría vuestra? —preguntó.

—Desarrollada enteramente entre los dos —dijo Mateo.

—A la vez —matizó Álex.

—Pero entonces… ¿no es una teoría… científica? —preguntó Daniel.

Hubo un breve silencio en la mesa. Los hermanos Olivetti se miraron entre sí como solo los gemelos suelen hacer.

—Son ciencias sociales, *bro* —dijo Mateo.

Esa misma noche tenían el evento para miembros, reclutas e interesados. Habían hecho una campaña sin igual en Instagram, y como cada vez había más reclutas, cada vez había más cuentas para promocionar los eventos del Club. Esa noche, la noche del gran anuncio, más de cien personas acudieron al auditorio del hotel Albret en Pamplona. Lo llenaron.

Los cinco llegaron al hotel más borrachos de lo que había estado nunca Daniel. Se chocaban entre ellos, se reían y golpeaban cualquier mesa, silla u objeto que apareciera en su camino.

Había un pequeño escenario montado en el fondo, y el hotel había dispuesto dos bloques de sillas para que los asistentes se sentaran. Entre los dos bloques se formaba un pasillo desde la puerta hasta el escenario.

Cuando los cinco llegaron fue un espectáculo. Vítores, gritos y aplausos, que aumentaron exponencialmente por el carisma de los Olivetti. Por su carisma o por el vino, animaron al público con sus gestos, para que se levantaran, aplaudieran y gritaran. Eran los reyes de la fiesta. Frank cogió a Pit y a Daniel y los sentó en la

primera fila. Apenas se tenían en pie así que les hizo un favor. Solo Álex subió al escenario. Cogió el micrófono.

—Hermanos sigma. Me vais a perdonar por estar de celebración, pero ya sabéis que os he reunido hoy aquí para hacer un anuncio. Y no es un anuncio cualquiera de un evento, o de una formación, o… de lo que sea. Sigmas, hoy vengo a presentaros lo que posiblemente os dé a todos vosotros, hermanos míos, la libertad financiera. ¡Os presento el SIGMA COIN!

Álex se hizo a un lado y con un gesto mostró la pantalla de un proyector. En él se veía el logo de una moneda con el emblema de $SMC de color verde, y la caricatura de la cara de un lobo que miraba al frente.

—Caballeros, a quien sea un sigma de verdad, le espero el 27 de junio en la salida a público del token sigma, la moneda de los hombres sigma. ¡Nos vemos en Marbella!

21

Ragefuel:
(Sustantivo, argot incel).
1. Información, eventos, imágenes o experiencias que alimenten un estado mental de ira extrema, comúnmente relacionado con la percepción de que el sistema social está diseñado para beneficiar a los Chads y las Stacys.

La redacción era un desierto en el que lo único vivo eran los teclados de los ordenadores. La vuelta al trabajo, en enero, parecía tener mayor impacto en los periodistas. Al menos lo tenía en Sonia, que había pasado de ser la protagonista investigadora que había destapado el Club Sigma a la buscona que se había besado con su jefe en la cena de Navidad.

No sabía si Hugo se lo había contado a los demás, pero sospechaba que sí.

Lo miró de reojo. Estaba sentado a su lado bebiendo el cuarto café del día. Cuando se dio cuenta de que Sonia lo miraba le devolvió una cara demasiado ofensiva para describirla. La despreciaba.

Sonia suponía que ahora todos pensaban que Javier tenía un trato de favor hacia ella, pero era todo lo contrario. Ella le rechazó. Desde

entonces él no hacía más que ignorarla y no había vuelto a encargarle ningún trabajo de periodismo de verdad. En ese momento estaba redactando un artículo titulado «Los cinco restaurantes más valorados del año pasado en Pamplona, el quinto te sorprenderá».

No pudo mantener la concentración. Sacó el teléfono y abrió Instagram. Sabía que Hugo la estaba reprochando con los ojos, pero le daba igual. Él no era su jefe.

Sí, fue ella quien se lanzó, pero luego fue él quien insistió en llevarla a su casa después incluso de que ella dijera que no. Tuvo que salir corriendo de la sala. «Pero, claro, nunca juzgarán a un hombre de eso. Yo soy la zorra», pensó con triste ironía.

Deslizó el dedo por el móvil a ver qué noticias le traía Instagram. Cuando le apareció la cuenta de Frank Stiller reunido con un centenar de hombres sigma, no se sorprendió. Después de publicar el reportaje hizo un seguimiento de las cuentas de todos los miembros del Club Sigma que conocía, y lo que descubrió fue decepcionante: cada vez había más miembros, no solo en Pamplona, sino en toda España. Los miembros se relacionaban entre ellos, hacían eventos y viajaban de ciudad en ciudad para captar a nuevos reclutas.

Algunos incluso utilizaban una captura del reportaje del *Diario de Pamplona* como reclamo. «Las élites intentan silenciarnos pero no pueden con nosotros», decían.

Sonia siguió deslizando y vio la foto de Álex Olivetti con el logo de Sigma Coin. Hizo zoom en el logo. Dejó el teléfono y lo buscó en Google. Una página web anunciaba el lanzamiento oficial del Sigma Coin, una criptomoneda oficial para los miembros del Club Sigma, cuyo valor, según la propia web,

> […] radica en la fortaleza del propio Club. Y no hay nada más fuerte que un hombre sigma. Hemos crecido un doscientos por ciento solo en el último mes. Nuestro proyecto es más sólido que el Ministerio de Igualdad, y cuanto más grandes seamos más valdrá el Sigma Coin.

Sonia expiró aire por la boca y durante un instante fue el único sonido que acalló el traqueteo de los teclados. Se cruzó de brazos, miró la pantalla del ordenador, y negó con la cabeza. Se levantó haciendo rodar su silla varios metros hacia atrás.

—No —dijo Javier.

Sonia le dio la espalda.

—Supéralo ya —dijo Sonia.

—¿Qué? —dijo Javier, incrédulo. Le salió una risita algo impostada —. No tengo nada que superar. ¿En serio crees que esto tiene algo que ver?

Sonia se dio la vuelta y se encogió de hombros.

—Vamos, bastante hice con dejarte hacer el reportaje. Te dije que no iba con la línea del periódico, pero tú insististe y yo accedí. Lo hicimos. Hiciste tu reportaje, lo publicaste, te llevaste la fama y ya está, ¿qué más quieres?

Dijo la palabra «fama» con retintín, pero Sonia lo ignoró.

—¡Es que no ha servido para nada! Cada vez son más, la policía no ha hecho nada…

—La poli no actúa si no hay delito —le cortó Javier.

—Pero está claro que es una estafa piramidal.

—Nadie ha denunciado.

Sonia rodeó el escritorio de Javier para ponerse frente al ordenador. Él estaba sentado, y al acercarse, Sonia olió su perfume:

era duro, con un tono de madera y canela. No sabría decir si le gustaba o no, pero en el momento, como si del flashback de una película se tratara le vino a la mente la noche en la que se besaron. Cómo la agarró él, como si se muriera por el deseo de hacerse con ella…

—Déjame sitio —le dijo para despejarse.

Él se hizo a un lado y Sonia buscó la web que había visto en el ordenador. El Sigma Coin, la nueva estafa del Club Sigma. Tenían, no la oportunidad, sino la obligación de destapar todo lo que estaban haciendo esa panda de estafadores misóginos.

—Déjame terminar el trabajo —suplicó Sonia.

Javier la miró de arriba abajo. El canalillo que se dejaba ver bajo la blusa blanca, la falda negra y las medias que realzaban la figura de unas piernas trabajadas… Miró a otro lado.

—No —zanjó.

Sonia dio un aplauso que sonó de forma agresiva frente a la cara de Javier.

—Pues lo haré por mi cuenta.

Cruzó el despacho de su jefe hacia la salida, y este le respondió desganado:

—Haz lo que quieras… en tu tiempo libre.

Si lo que quería era desenmascarar al Club Sigma e informar al público de que se trataba de una estafa, Sonia no necesitaba al *Diario de Pamplona*. De hecho, el reportaje de Sonia había sido el más leído de todo el año de la web del periódico solo porque ella lo había viralizado en TikTok. Mostrando fragmentos de su infiltración en vídeos cortos en forma de microrreportajes había acumulado ya más de cien mil suscriptores.

Si quería hacer periodismo de investigación no necesitaba permiso de nadie. Era ella sola contra el mundo. «Como un sigma, un lobo solitario», se rio mientras bebía una cerveza en el sofá. Puede que esos hombres descarriados no fueran tan diferentes a ella. Solo son personas a las que les cuesta encontrar su lugar en el mundo. «Estar perdido durante el tiempo suficiente es igual a estar loco», reflexionó, y lo apuntó en un cuaderno. Para su autobiografía, tal vez.

Tenía el portátil encendido en la mesita del salón. Dio un segundo sorbo a la cerveza y curvó su espalda malamente para fijarse en una palabra de la web del Club Sigma: «ICO». Estaba escrita en varios lugares de la web, con un tamaño de letra lo suficientemente grande como para deducir la importancia del término.

Buscó en Google el significado de ICO en el mundo de las criptomonedas. Venía de *Initial Coin Offering,* en inglés. La traducción sería «Oferta Inicial de Monedas», y aunque había visto varios vídeos de ejemplos en YouTube, Sonia no llegó a entender del todo el término.

Las finanzas nunca habían sido lo suyo, aunque conocía a todo un experto en la materia. Alguien que siempre quiso traspasarle sus conocimientos, pese a que ella lo había rechazado una y otra vez: su padre.

Su padre era un pez gordo de las finanzas. La gente le conocía por la especulación inmobiliaria porque los tuiteros siempre le atacaban con ese tema, pero su fondo invertía en todo tipo de activos: acciones, bonos del estado, infraestructuras… Y por lo que había escuchado Sonia la última vez que lo vio, en Navidad, su padre también estaba interesado en el mundo de las criptomonedas.

Cogió el teléfono y abrió el chat de su padre. Se lo pensó dos veces. Antes de decidirse terminó la cerveza y fue a la nevera a por

otra, y entonces, sí, escribió:

> Necesito tu ayuda para un tema de trabajo.
> Podemos quedar?

Su padre, pese a ser ya de noche, le contestó al momento:

> Llama mañana a mi secretaria y que te dé hora

El padre de Sonia, Josu Jon Azkarate, tenía las oficinas de su fondo de inversión en un edificio de la concurrida calle Carlos III. Fidelis Investment & Management. Cuando era una adolescente Sonia le decía que era ridículo poner el nombre del fondo en inglés, teniendo él un apellido vasco como es Azkarate. Ese vacile era uno de los pocos recuerdos alegres que conservaba con su padre.

Las oficinas estaban en el tercer piso, justo encima de un banco y una aseguradora, en ese orden.

La secretaria, Joseline, una colombiana de treinta y pocos, y una de las razones por las que sus padres se habían divorciado, le agendó la reunión a las doce menos cuarto, y Sonia se presentó diez minutos antes porque conocía a su padre. Sabía que era perfectamente capaz de no atenderla si llegaba un solo minuto tarde. Siempre orgulloso de lo ocupado que estaba.

Se sentó en un sofá de cuero verde, de los que se te pegan en la piel, frente a la mesa de Joseline, mientras los analistas de la oficina entraban y salían del despacho de su padre y se quedaban mirándola largo rato. Algunos ya la conocían, pero igualmente se quedaban mirándola, y unos pocos la saludaban tímidamente.

A las once y cuarenta y cinco horas, exactamente, Joseline entró al despacho, le hizo un gesto a Josu Jon y salió dando pasitos cortos hasta quedar de pie frente a Sonia.

—Ya puede pasar, señorita —dijo con su sonrisa colombiana.

Sonia se levantó con su sonrisa vasca, falsa y fría.

Su padre le esperaba sentado en su negro sillón Herman Miller, detrás de una mesa de mármol blanco sobre el que no posaba ningún ordenador. Solo una pila de papeles que Josu Jon recogió, los puso de forma vertical, les dio unos golpecitos contra la mesa para alinearlos y los dejó en una esquina de la mesa.

—¿Todo bien en el piso? —preguntó Josu Jon—. Si necesitas algo solo tienes que pedírmelo.

Sonia se sentó en una de las sillas frente a su mesa. Le hizo un gesto con la mano para cambiar de tema.

—Vengo por trabajo. Estoy haciendo una investigación sobre una posible estafa financiera.

—¿Lo del Club Sigma? —preguntó su padre—. Fue un reportaje excelente. Un poco demagógico con el tema ideológico, pero me gustó.

—¿Tú sabes lo que es una ICO? —preguntó Sonia—. *Initial Coin Offering*.

Josu Jon miró al techo.

—Oferta Inicial de Moneda… Sí… —estaba reflexionando—. Creo que sé por dónde van los tiros.

Sonia sacó el portátil del bolso y le enseñó la página web del Club Sigma.

—El Club Sigma va a sacar su propia criptomoneda y creo que es una estafa. Para empezar, no creo que la moneda sirva para nada, pero es que además dicen todo el rato esto de ICO. Y, mira, aquí explican las condiciones…

Josu Jon se puso las gafas para leer lo que le enseñaba su hija, pero lo hizo con una sonrisa, como el que descubre quién es el asesino en el primer capítulo de una novela negra. Mientras leía se

reafirmaba en sus pensamientos.

—Qué bueno —dijo el padre.

—¿Bueno?

—¡Sí! —dijo ilusionado—. Yo no estoy tan puesto en el mundo de las criptomonedas, de modo que no sabía que esto también se estaba haciendo aquí.

—¿También?

—¿Has visto la peli de *El lobo de Wall Street*? ¿La de DiCaprio?

—Sí.

—Pues esto es lo mismo —dijo el padre mirando a su hija. Ella frunció el ceño así que le preguntó—. ¿Entendiste la película?

—El tío era un cerdo estafador…

—Sí, sí —le cortó el padre, que sabía cómo se las gastaba la hija, y matizó—, en la segunda parte de la película, cuando DiCaprio ya está forrado y todos están trabajando en las oficinas grandes. En Wall Street, ¿sabes? Ahí es donde de verdad estaban haciendo dinero —el padre le recriminó brevemente con la mirada y la hija asintió y sacó un cuaderno y un lápiz para apuntar—. Digamos que hay dos tipos de empresas: las públicas y las privadas. Las empresas públicas son las que están en bolsa, como el Banco Santander, del que te recuerdo que tienes acciones en la cartera que te llevamos. Y luego están las otras empresas que no están en bolsa, las privadas, como, por ejemplo, esta empresa. —Abrió las manos para señalar todo el despacho—. Nadie puede comprar acciones a no ser que el dueño, o sea yo, lo permita. Bien, ¿qué pasa cuando una compañía como la mía quiere salir a bolsa? Que hace lo que se conoce como una Oferta Pública de Venta. Básicamente una oferta inicial en la que venden sus primeras acciones al público. Esto, en nuestro mundo, evidentemente, no es tan sencillo. La empresa privada suele asociarse con bancos de inversión como el de DiCaprio en la peli

para llevarlo a cabo. Temas de regulaciones. La gracia es que a esta oferta inicial de acciones suelen tener acceso banqueros institucionales, fondos grandes, más grandes que el mío. Y cuando ellos entran, si todo va bien, el precio sube por la demanda. Para cuando un particular tiene la opción de comprarlo en su bróker el precio ya se ha duplicado.

—Entiendo —dijo Sonia—. Los grandes siempre estafan al pequeño.

—¡No! —le recriminó el padre—. No acaba ahí. La estafa, o lo que hacía DiCaprio en la peli, que está basado en hechos reales, era colocar grandes cantidades de acciones a testaferros antes de la salida a bolsa. Luego hacía pública la empresa y entraba todo el mundo, banqueros, fondos… Y ponía a sus analistas a hacer llamadas sin parar. El objetivo era vender todo y vender rápido para que la acción subiera como un cohete. Y entonces, cuando el precio alcanzara el valor suficiente, los testaferros vendían. Vendían todas sus acciones a la vez, en el precio máximo, y luego venía el desastre. Semejantes movimientos de ventas hacían pensar a los demás inversores que la acción no valía nada, así que todos vendían. Sálvese quien pueda. Hasta que el precio de la acción no valía prácticamente nada. Es lo que se conoce como un *pump and dump*. Inflar y tirar.

—¿Y esa es la estafa?

—Sí, en nuestro mundo, sí. Por eso fue a la cárcel, Jordan Belfort, el tío al que interpreta DiCaprio. Pero en este nuevo mundo de las criptomonedas… No lo sé. No está regulado. Por eso me resulta fascinante lo que están haciendo tus amigos sigmas.

—¿Insinúas que lo que están haciendo es legal?

Josu Jon giró la cabeza a un lado, divertido, y acercó un hombro a la oreja.

—No es legal ni es ilegal. No está regulado.

Sonia suspiró como si su padre fuera el mismísimo culpable de la estafa. Él seguía reflexionando con su media sonrisa, intrigado por cómo el nuevo mundo calcaba los esquemas tradicionales que él conocía.

—Está bien —aceptó resignada.

Guardó el portátil y se levantó.

—Haré algunas preguntas —dijo él—. Oye… Espera…

Sonia se dirigió hacia la puerta. El tono de su padre era dubitativo.

—Sonia —dijo al fin, y ella se detuvo justo en la puerta—. Todo lo demás… ¿está bien?

Se quedó paralizada con la mano en el pomo de la puerta. Hizo un repaso de sus últimas semanas. Había recibido amenazas anónimas desde que se había infiltrado en el Club Sigma. Su jefe la había besado, un compañero los vio y desde entonces todos le hacían el vacío en el trabajo. Hasta el propio jefe se comportaba como un capullo. Ah, y el alcohol. No se acordaba de la última noche que se metió en la cama sin haber bebido, ni de una sola mañana en la que se despertara sin la boca seca y el estómago revuelto. Fumaba como una condenada a muerte y había generado una fuerte tolerancia al Lorazepam.

—Todo bien.

22

Mentalidad de cangrejo:

(Sustantivo, expresión figurativa del inglés *crab bucket mentality*).

1. Actitud o comportamiento colectivo en el que las personas dentro de un grupo, en lugar de apoyarse mutuamente para progresar, se sabotean o impiden el avance de otros, asegurándose de que nadie sobresalga. Se inspira en la metáfora de los cangrejos en un cubo, donde si uno intenta escapar, los demás lo tiran hacia abajo, garantizando que todos permanezcan atrapados.

—¡Ahora no sé cambiar los canales! ¡No sé! ¡No sé! ¡Hay tantos mandos! —dijo su madre.

Daniel la observaba desde debajo del marco de la puerta. El salón estaba oscuro, como siempre, iluminado solo por la luz del nuevo televisor de cincuenta pulgadas y la luz cálida de las farolas que entraba desde las pequeñas rendijas que dejaban las persianas.

—Hay dos mandos. Uno es para encender la tele y otro para los canales —dijo Daniel con un tono apaciguador.

—No me gusta.

—He pagado novecientos euros.

A su madre le salió una risa desde las catacumbas. Estaba medio tumbada en su butaca, con la vieja manta que la tapaba de cuerpo entero.

—¡Oh! Mi hijo, ¡cuánto dinero gana ahora y qué importante es! —dijo con voz mordaz—. ¿Vas por ahí diciéndole a la gente cuánto te ha costado cada cosa? ¿Como un pijo del Opus? Yo no te eduqué así.

—Me voy de viaje.

—Déjame adivinarlo: ¿a las Islas Caimán, lord Robles?

—A Marbella.

—Sabía que no irías muy lejos —dijo satisfecha—. Eres un cobarde.

Daniel tensó la mandíbula.

—Estoy pensando en viajar a… —pensó dos veces la respuesta—. Paraguay.

Su madre se rio a carcajada limpia. Malvada.

—¿A Paraguay? ¿Tú? ¿No te acuerdas cuando fuiste de excursión con la escuela y volviste llorando porque te cagaste en los pantalones?

—¡Era un niño! —gritó Daniel.

Pero su madre seguía riéndose tan fuerte que se tuvo que tapar los oídos y a la vez gritar para poder relajarse. Y así, se dio la vuelta y salió del salón. Se fue a su habitación y se tumbó en la cama totalmente a oscuras. Con su puesto como secretario del Club Sigma estaba ganando más dinero, lo suficiente como para irse de casa de su madre, pero él no veía la necesidad. De hecho, trabajando como operario en la fábrica también ganaba lo suficiente como para independizarse, pero nunca se le había pasado por la cabeza. Estaba a gusto en su cálida cueva. Tumbado, soñando, viendo sus sueños realizarse.

Claro que, una vez realizados, los sueños no son como te los imaginas.

Daniel se había convertido en un miembro importante de un grupo de personas que le entendían. O se suponía que le entendían. Lo cierto era que había un pensamiento recurrente que Daniel trataba de esquivar constantemente: en aquel club de hombres sigma él parecía el único hombre sigma. Eso hacía que su éxito en el Club le supiera más amargo de lo que jamás se hubiera imaginado.

Encendió el teléfono, lo colocó sobre su pecho y curvó el cuello de una manera antinatural para ver un TikTok detrás de otro. Deslizó con el dedo vídeos sobre hombres sigma hasta que apareció en pantalla la cara de alguien conocido: Aratz.

Más bien, Sonia Azkarate, periodista y ahora tiktoker con cien mil seguidores. «Solo buscas fama, zorra», pensó Daniel.

Pero fue cuando atendió a Sonia cuando sintió un cabreo de verdad.

«El Club Sigma ha anunciado el lanzamiento de su propia criptomoneda. El Sigma Coin. Qué originales… —Sonia se quedó mirando a cámara para enfatizar el chiste—. Bien, pues resulta, que "presuntamente" esto tiene una pinta de cojones de ser un esquema de *pump and dump*. Hacen un montón de marketing, un lanzamiento, llaman a todo el mundo a comprar su moneda para que el precio suba, y cuando alcanza el máximo, ellos venden, se llevan las ganancias y tú te quedas con cara de tonto con una criptomoneda que no vale para nada y que su precio ahora es igual a cero. En serio, no compréis el Sigma Coin».

Daniel se levantó de un salto. Hasta encendió la luz de lo enfadado que estaba. Paseó por su habitación sin ninguna dirección concreta, dando vueltas hasta que terminó sentándose en el regazo de la cama. El enfado dio paso a la duda. ¿Qué era un *pump and*

dump?

—Ni de coña, tío —dijo Frank—. Me estás tocando los cojones. *Fuck!*

Daniel y Frank habían quedado en una cafetería a las afueras de Pamplona. Daniel tomaba un café y Frank un batido de plátanos y fresa que bebía a sorbos con una pajita gorda. Estaban sentados en una mesa junto a la ventana que daba al aparcamiento. Daniel miró su Audi TT, imponente, y se preguntó qué pasaría si tuviera que volver a conducir un viejo Peugeot 205.

—Pero ¿tú sabes lo que es un *pump and dump*?

—Pues claro, cabrón. Compras barato, inflas el precio de una moneda y luego vendes arriba y *bye bye, baby*. Pero ¿cómo vamos a hacer eso con el Sigma Coin? A ver, ¿no has leído el *whitepaper?* Ahí está explicado todo.

Daniel removió el café con la cuchara. Miró el Audi TT, y luego miró a Frank con una inexpresiva cara tallada en piedra.

—El Sigma Coin es una moneda para hombres sigma. La usaremos en eventos del Club Sigma, los nuevos reclutas pagarán sus cuotas en Sigma Coin, los miembros recibirán sus comisiones en Sigma Coin… Coño, es una moneda que está ligada al puto Club. Si el Sigma Coin cae, el Club Sigma cae. *You know?* No podemos hacer un *pump and dump*. Lo perderíamos todo.

Daniel apoyó los codos en la mesa y entrelazó las manos frente a su cara, apoyando la barbilla sobre los dos pulgares. Lo que decía Frank tenía sentido.

—Entiendo —se limitó a decir.

—¿Has dudado del Club? —le recriminó Frank.

Daniel no respondió. Frank negó con la cabeza en un gesto de decepción. Daniel se encogió de hombros.

—Esa periodista sonaba convincente.

—Pensé que eras más inteligente.

A Daniel casi le saltaron los ojos de la indignación.

—¡Soy inteligente! —dijo.

—Pues selo más —dijo Frank.

Daniel asintió intensamente.

—Desde que conocí este club no he hecho nada más que esforzarme.

—Lo sé —dijo Frank.

—Solo pido recibir de vuelta lo que doy. Yo me esfuerzo por ser un hombre sigma todos los días, y veo cosas que… Que no. No todos los hombres del Club son hombres sigma…

—*Calm down!* —dijo Frank haciéndole un gesto con ambas manos.

Pero Daniel negó con la cabeza.

—No. Yo no dudo del Club. Solo dudo de algunos miembros que no cumplen con las directrices del Club. No actúan como sigmas.

—¿Por ejemplo?

Daniel miró alrededor como para asegurarse de que nadie les escuchaba, aunque estaban en una cafetería totalmente ajena a su entorno. Ahí no podía escucharles nadie, pero, igualmente, quiso asegurarse.

—Pit.

—*Bro*… —Frank negó con la cabeza lentamente.

—¿No ves cómo actúa?

—*Bro* —volvió a negar.

—¡Se pavonea! Eh, escúchame. Pit es mi amigo y no me gusta tener que decir esto, pero él no es un sigma. Le gusta alardear, le pierden las mujeres y el dinero… Es más bien un beta que juega a ser alfa…

Frank terminó su batido de plátano y fresa. Aspiró los últimos

mililitros generando un sonido que llamó la atención de los pocos clientes de la cafetería.

—Pit… —dijo Frank—, tienes razón. Aún no es un hombre sigma. Pero tiene potencial. Esto no es blanco o negro, cabrón, uno puede convertirse en sigma y Pit tiene mucho potencial. Solo necesita a un buen mentor. Alguien como tú.

Daniel acercó la taza de café a sus labios, pero se detuvo dos centímetros antes por la sorpresa.

—¿Yo?

—Sí, *bro*. Tú eres su mentor. Llevas siéndolo desde que entró y lo estás llevando por el buen camino. Solo ten fe en el poder transformador del espíritu sigma —le puso el dedo índice en el pecho.

Daniel bebió su café. Se quedó reflexivo, mirando los coches pasar por la ventana. La cafetería estaba situada cerca de una zona industrial así que la mayoría de los vehículos que pasaban por ahí eran camiones de carga y furgonetas comerciales, pero, de repente, entre tanto movimiento, entró un coche en el aparcamiento de la cafetería que llamó la atención de todos los presentes. Hasta el camarero salió de la barra para mirar por la ventana.

Un Mercedes GLC Coupé de color gris grafito aparcó justo al lado del Audi TT de Daniel. El coche era un barco. Enorme tanto de anchura como de altura, pero con unas curvas deportivas que lo hacían ver imponente. De su interior salió un joven pálido con unas gafas de sol que le venían grandes y le hacían ver más flaco de lo que ya era. Era Pit.

Daniel se quedó estupefacto con la escena. Al verlo, Frank dijo:

—Me ha hecho caso —sonrió—. Le dije que financieramente lo más inteligente es un *leasing*.

Daniel no respondió. Solo miró su Audi TT, y vio un coche viejo,

barato y algo sucio en la parte de los guardabarros, al lado de un coche que resplandecía. Los niños que pasaban cerca tiraron de los brazos de sus padres para pedirles una foto con el coche; incluso algún padre sacó el teléfono sin que nadie le dijera nada. Pit ignoró a los curiosos y entró en la cafetería. Saludó a Frank y a Daniel, pero este último seguía mirando por la ventana. En un lado estaba su Audi TT, viejo, sucio y barato, y en el otro lado estaba el Mercedes GLC Coupé de color gris grafito de Pit, un coche único, resplandeciente y lujoso.

23

Chad Trans:
(Sustantivo, argot).
1. Un chad transexual.
2. Término utilizado para referirse a mujeres transgénero que triunfan más en el mercado sexual después de hacer la transición que los hombres cisgénero.

Sonia recogió su bolso, se vistió la chaqueta de invierno y caminó hacia el ascensor. Casualidades de la vida tuvo que juntarse ahí con Javier, con quien hacía días que no intercambiaba palabras. No porque ella no quisiera, pues era su jefe, pero al parecer este había decidido utilizar a Hugo como interlocutor entre ambos.

Javier esperaba al ascensor erguido, con su estuche de cuero para el portátil en una mano y el casco de moto en la otra. Saludó a Sonia con una sonrisa incómoda. No tenía sentido decir hola, pues llevaban todo el día en el mismo edificio, y se habían visto a primera hora. Tampoco tenía sentido decir adiós, pues les esperaba un largo descenso de treinta segundos en ascensor, así que Sonia se limitó a devolver la misma sonrisa incómoda.

Javier pulsó de nuevo el botón del ascensor, como si ese inútil gesto fuera a acelerar el tiempo. Y todavía tardó en llegar.

Entraron en el ascensor sin dirigirse la palabra, pero fue Javier quien, al fin, atormentado por el silencio tuvo que romper el hielo.

—Ya vas por los ciento diez mil seguidores —dijo.

Ambos miraban al frente.

—¿Ves mis vídeos? —preguntó Sonia juguetona.

No quería responderle así; quería estar enfadada, devolverle la indiferencia a la que le había condenado en la oficina por rechazarlo esa noche. Y sin embargo no podía. Había algo en Javier que le hacía bajar la guardia. Su perfume le entró profundo y volvió a recordar el beso de aquella noche.

—A veces —respondió Javier con desgana—. ¿Y ganas dinero con eso?

Seguían mirando al frente.

—No —respondió Sonia—. Por eso sigo trabajando aquí.

El ascensor llegó abajo, salieron del edificio y se despidieron cordialmente.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

El retintineo de las botellas acompañaba a Sonia mientras subía por las escaleras. Llevaba todas las botellas en la bolsa menos una: la que había abierto para beber por el camino. La caminata desde la tienda del chino hasta su casa había ido bien, pero al subir las escaleras se sintió pesada y en baja forma. Tragar la cerveza mientras daba un paso más y seguía subiendo no ayudaba.

Desde fuera nadie lo había notado porque ella era una experta en el arte del vestir. Sabía qué se podía y qué no se podía poner. Pero cuando se desnudaba… Había algo que no encajaba.

Sujetó la botella con la misma mano con la que sujetaba la bolsa de las cervezas y el bolso del trabajo, y haciendo malabares con la

otra mano alcanzó la llave para abrir la puerta. Pero entonces, cuando fue a introducir la llave en el cerrojo, se dio cuenta de que la puerta de su casa estaba abierta.

El corazón le dio un vuelco.

Empujó la puerta con cautela, asomó la cabeza y vio que las luces estaban apagadas. Dio un paso al frente y entró: habían asaltado su casa. La tele estaba tirada en el suelo, las botellas y los aparatos de la encimera estaban por los suelos; habían roto los armarios y encontró la pata de la mesa del salón incrustada en un cuadro.

Su primera reacción fue darle un buen trago a la cerveza. Dejó el resto de las botellas en el suelo y siguió bebiendo. Entonces escuchó un ruido que venía de su habitación. El corazón le dio otro vuelco. Ya no se sentía tan pesada, tal vez por la adrenalina. Se giró con el cuerpo en tensión, lista para salir corriendo, pero fue tarde. Una figura que no pudo reconocer salió del pasillo y la agarró del pelo. Solo pudo ver unos guantes negros, apretados, que tiraron de ella de una forma tan violenta que terminó boca abajo en el suelo.

Antes de que se pudiera dar cuenta, el agresor le había hecho una llave de brazo que la mantenía inmovilizada. Sentía que el hombro se le rompería en pedazos si se movía un solo centímetro. Debía de ser un profesional. O un experto en artes marciales.

—Te dije que dejaras en paz al Club Sigma —dijo la figura.

Entonces la soltó, pero antes de que se pudiera girar para ver la cara del asaltante, este le propinó una patada en la cabeza que la dejó desorientada. Escuchó un zumbido y vio unos diminutos puntos blancos que aparecían y desaparecían delante de sus ojos, mirara donde mirara.

Le costó unos diez minutos recomponerse y levantarse del suelo, y cuando lo hizo, se vio sola en un piso destrozado, oscuro y vacío. Se sentó en el sofá y sacó el teléfono. No supo por qué hizo lo que hizo,

por qué lo llamó a él, pero marcó el nombre y lo hizo:

—Ven, por favor —dijo llorando.

Y él vino.

Cuando Javier llegó Sonia estaba tumbada en el sofá. Vio la casa patas arriba, y también se fijó en las cinco botellas de cerveza vacías esparcidas por el suelo.

—Debí contártelo —dijo Sonia arrastrando las palabras.

—¿Qué ha pasado? —dijo él. Estaba exaltado. Empezó a recoger las cosas. Luego corrió hacia ella y se agachó para asegurarse de que estaba bien. Le agarró la cabeza y la miró a los ojos—. ¿Estás bien?

—El Club Sigma… Ellos… me mandaron un mensaje.

—¡Joder! —gritó Javier. Se puso de pie y dio un giro para volver a observar la escena—. Te dije que dejaras el tema. ¿Te acuerdas? Yo te dije que lo olvidaras. ¿Por qué seguiste? ¿Eh? —le estaba gritando —. ¿Por qué no me hiciste caso?

Sonia se revolvió en el sofá.

—¡Oh! Claro, de eso va todo esto. De hacer caso al hombre salvador. ¡Aquí estoy, Javi! Una mujer que debió hacer caso al hombre superior.

Javier negó con la cabeza en un gesto de impasividad.

—Técnicamente soy tu superior. Así que no importa si soy hombre o mujer, debiste haberme hecho caso.

Sonia se rio.

—Ya está, Javi. Te hago caso.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó Javier, aunque al momento dio por hecho que no lo había hecho—. Voy a llamar.

Sacó el teléfono de su bolsillo, y cuando alzó el brazo notó que algo le sujetaba. Era la mano de Sonia, le había agarrado de la manga y tiraba de ella para que no pudiera levantar el móvil.

—¿Qué haces? —preguntó nervioso.

—No quiero llamar.

—¿Qué? —preguntó Javier extrañado—. ¿Por qué?

—No necesito eso —dijo Sonia. Estaba susurrando.

Javier se tuvo que acercar para escucharla bien.

—¿Qué necesitas?

Ella tiraba de la manga, lo atrajo hacia el sofá. Él se resistió, al principio con fuerza, aunque luego solo estaba fingiendo resistencia, como si batallara entre su mente y su cuerpo. Entre su razón y su deseo.

Ganó el deseo. Se dejó atraer hacia ella y se sentó junto a su cadera. Ella siguió sujetando su manga y dirigió lentamente su mano hasta colocarla en el pecho. No llevaba sujetador y él notó al instante lo duro que estaba su pezón. La otra mano la colocó en el muslo de Javier, y fue subiéndola poco a poco hasta llegar a sentir su miembro erecto a través de los pantalones.

Y Javier se abalanzó sobre ella. La besó con tanta intensidad como la primera vez en la que se besaron, como si estuviera dispuesto a romperla en pedazos solo para poder llevársela para él, si eso tenía algún sentido.

Sus labios se restregaban furtivamente, se llenaron las barbillas y los morros de saliva y Sonia aprovechó para desabrochar el pantalón de Javier y sacarle el pene. Jugó con él, con la mano, durante un rato. A Javier le pareció que lo hacía muy bien, que tenía experiencia en ello. Pero le pareció de mal gusto señalarlo, así que metió la mano bajo la falda de Sonia. Era hora de demostrar que él también tenía harta experiencia, y que había satisfecho los deseos de unas cuantas mujeres. Entre ellas a su novia, pero en ese momento ni Sonia ni Javier quisieron pensar en eso. Estaban solos. No había consecuencias.

La mano de Javier recorría el muslo de Sonia, subía lentamente cuando, de repente, ella le agarró con fuerza y lo detuvo.

—¡Espera! —dijo.

Javier se paró en seco. Se le enturbió la cara. ¿Otra vez?

—Vamos a mi habitación —dijo Sonia.

Javier sonrió y se levantó. Hizo un amago de intentar llevarla en brazos, pero ella lo rechazó con descaro y se limitó a señalar el camino. Javier se fue hacia el pasillo con el calentón y ella aprovechó para coger una botella de cerveza que tenía abierta en el suelo. Le dio semejante trago que puso la botella en vertical, para que entrara bien, y se fue a su habitación.

Javier estaba tumbado en la cama, esperándola totalmente desnudo y con una erección. Había encendido la luz, cosa que Sonia solucionó en un instante dándole un golpe con el dorso de la mano al interruptor. Y entonces sí, ella se abalanzó sobre él. Sus labios volvieron a enzarzarse en un baile furtivo de saliva, ella se sentó sobre él y se restregó sobre su pene. Javier sentía los latidos, como si fuera a explotar, y quería hacerlo dentro de ella así que la agarró con las dos manos por los costados, justo bajo su pecho, y la volcó hacia un lado. Le subió la camisa de forma brusca y sus tetas quedaron colgando por debajo. Javier le chupó los pezones, jugando con la lengua sobre su superficie. Y luego fue bajando. Le besó bajo el pecho. Le besó sobre el ombligo. Y bajó, y bajó un poco más, besando, y…

—Por favor, no te asustes —susurró ella.

Javier no lo oyó, o no le dio importancia. Y siguió bajando. Le agarró la falda y el tanga por ambos lados y ella levantó la cadera para ayudarle a quitárselo. Él tiró de ella con fuerza, con las prisas de un cazador que quiere devorar a su presa, y la ropa se deslizó por sus piernas con tanta ligereza que casi parecía un paso de baile

para lo que salió frente a la cara de Javier: un pene erecto, venoso y vibrante que le señalaba directamente.

Javier dio un salto y cayó hacia atrás.

—¿Qué hostias? —dijo mientras zarandeaba los brazos como si intentara espantar unas avispas invisibles. Puso cara de susto pero los ojos aún miraban el miembro con incredulidad—. ¿Qué hostias? —repitió.

Sonia siempre supo que eso ocurriría. No sabía exactamente cómo ni con quién, y aunque se había preparado cien veces en su imaginación, no pudo evitar sentir una vergüenza que ruborizó toda su piel. Se cruzó de brazos, como tratando de taparse, aunque luego se dio cuenta de que precisamente no eran las tetas lo que quería ocultar. Eso le hizo gracia, y la gracia le dio valentía.

—Lo que ves es lo que hay —dijo Sonia.

Ella seguía erecta, y él, por lo que veía, también.

—Joder —dijo Javier. Se colocó la palma de la mano sobre la frente, como una visera.

Puede que fingiera taparse los ojos pero seguía viendo y mirando. La curiosidad mató al susto.

—Entiendo que no quieras… —dijo Sonia.

Pero que lo entendiera no implicaba que tuviera que parar. Ella se agarró su propio pene, grande y firme, y empezó a frotar, arriba y abajo, suave y a la vista de Javier.

—Esto no es… normal —dijo él.

—No, no lo es —aceleró el ritmo de su mano—. Entiendo perfectamente que quieras irte.

—No… —dijo él.

Pero para cuando se dio cuenta, él también tenía la mano en su pene y había empezado a masturbarse. Sonia se sentó en una esquina de la cama sin parar de tocarse y alargó el brazo hacia

Javier. Puso la mano abierta en su dirección y fue como si un imán atrajese al hombre hacia ella. Dio un paso, dos, tres, y dejó su pene en una mano que sabía cómo manejarlo.

—Ven —dijo ella.

Y Javier se sentó a su lado, cruzó su brazo con mucho cuidado, casi con miedo; nunca se había imaginado que el miedo fuera excitante. Y tocó el pene de Sonia. Estaba caliente, la piel suave le agradó al tacto, pero lo que más le gustó fue rodearlo con su mano entera, empuñarlo y masturbarlo.

Al principio no estaban coordinados, pero no tardaron mucho en subir y bajar al mismo ritmo, como si bailaran con la misma canción.

—La tengo más grande que tú —dijo Sonia con una sonrisa ahogada por el placer.

—Cállate —dijo Javier, tímido y ahogado también.

Los dos se callaron y, sentados en el extremo de la cama y con los brazos cruzados, se masturbaron el uno al otro hasta que llegaron a un clímax conjunto y esparcieron el semen en el suelo de la habitación.

El primer rayo del sol entró por la ventana e iluminó a la pareja. Sonia estaba tumbada boca arriba, con las manos apoyadas detrás de la nuca; Javier, en posición fetal, con la cabeza apoyada en el pecho de Sonia. Acarició la cicatriz justo debajo de la teta de Sonia y al tacto no notó ninguna rugosidad.

—Nunca me habría imaginado que fueran falsas.

—Me hicieron un buen trabajo —dijo ella, orgullosa—. También me hice la nariz, un poco —se acarició la nariz, y luego bajó la mano al cuello—, la nuez, me lo estoy planteando…

Él se quedó mirándola mientras seguía acariciando la cicatriz de su pecho. Ella miraba al frente, como si eso pudiera evitar la pregunta

que Javier no se atrevía a hacer, pero que ya estaba en el aire.

—Lo otro… —dijo Sonia, mirando hacia abajo—. No sé. No sé, no me he decidido.

No parecía creer sus propias palabras, como si realmente ya lo hubiera decidido, pero no quería enfrentarse a la contradicción que aquello conllevaba. Javier sonrió.

—A mí me gusta —dijo, y ambos se rieron.

Sonia se acordó del tortazo que le dio en la discoteca Zentral, el día en el que se dieron el primer beso.

—Por eso te rechacé…

—Lo sé —la calló Javier.

Sonia suspiró.

—Te has estado comportando como un capullo desde entonces. Creo que me debes una disculpa.

Javier detuvo la mano que acariciaba su pecho. Se le petrificó la cara.

—¿Cómo puedes seguir pensando eso? —se indignó—. Soy un profesional, no te trataría mal por rechazarme. No soy un adolescente.

—Pues lo hiciste —se reafirmó ella.

Javier se giró y terminó boca arriba como Sonia.

—No… No. Eso fue por el tema del Club Sigma. Haces lo que te da la gana, no cumples tus obligaciones como redactora… Joder, tengo que dirigir un periódico. —Volvió a girarse para mirar a Sonia—. Pero, bueno… Eso ya ha terminado.

Sonia encendió un cigarro.

—No. No se ha terminado.

—Sí, se ha terminado. Mira a lo que te ha llevado todo esto, ¡mira tu casa! Tú ya has hecho tu trabajo como periodista, de ahora en adelante que se encargue la policía.

Sonia levantó una mano hacia la ventana y estiró dos dedos justo entre los rayos del sol y sus ojos, jugando con una sombra que la cegaba y la dejaba ver con un ligero movimiento.

—¿Sabes cómo me llamaban en el cole?

Javier encogió un hombro.

—Maricón —dijo Sonia—. «¡Maricón! ¡Maricón!» —imitó los gritos de los niños—. Yo no sabía ni lo que era, pero notaba que algo estaba mal. Así que ni les respondía. «¡Maricón!». Y yo hacía como que no lo oía.

—Qué hijos de puta pueden ser los niños.

Sonia le recriminó con la mirada.

—Cállate. Tú hubieras sido uno de ellos.

—No…

—Todos los tíos han llamado maricón a alguien alguna vez. Algunos por maldad, otros por sentirse parte del grupo… Y otros por miedo a que los maricones fueran ellos.

Javier iba a hablar pero se lo pensó dos veces y se quedó callado. Tenía razón.

—Y luego ves que crecen —siguió Sonia—, y son todos unos cobardes con sus vidas. No se atreven a dejar un trabajo en el que están amargados, no se atreven a dejar a sus novias que ya no quieren, no se atreven a cambiar de entorno… ¿Y a mí me vais a llamar maricón? —Sonia se agarró el pene con una sonrisa—. Aún no lo he decidido, pero a veces pienso que no me quiero operar para poder deciros: maricones vosotros, yo sí que tengo dos huevos —se rio, y luego miró a Javier, que parecía algo desconcertado—. Y por mis huevos que voy a seguir hasta hundir el putísimo Club Sigma.

24

Séxodo:
(Sustantivo, argot).
1. Término que describe el fenómeno de hombres que abandonan o renuncian a participar en relaciones románticas, sexuales o en el «mercado de citas» debido a frustraciones, desilusión o rechazo hacia las dinámicas sociales y de género modernas.

Daniel buscó la palanca del asiento bajo los enormes asientos de tapiz marrón alcántara. Ahí no había ninguna palanca. Todo se controlaba desde una pantalla del tamaño de un iPad que servía para eso: todo. Hasta podrían ver porno. Pero los hombres sigma no veían porno.

Llevaban veinte minutos de viaje y Daniel se había sentido incómodo cada uno de los minutos que había pasado en el asiento del copiloto del Mercedes GLC Coupé de color gris grafito.

—Es eléctrico —dijo Pit, cuando se dio cuenta de lo que buscaba Daniel.

Entonces toqueteó la pantalla que parecía un iPad apartando la vista a ratos de la carretera. Casi salió de su carril pero la inteligencia artificial del coche movió el volante de forma autónoma

para que Pit, tranquilamente, siguiera toqueteando la pantallita. Entonces el asiento de Daniel se movió, despacio, con suavidad, con un pequeño zumbido de fondo. Hizo un recorrido de cuatro centímetros, ni más, ni menos. Daniel estiró la espalda con un quejido.

—No me gusta este coche. No se siente el asfalto como en los coches de antes —dijo mientras negaba con cara de desesperado—. Siete horas hasta Marbella…

Volvió a estirar la espalda y notó que se le pegaba al asiento por el sudor. Entonces el aire frío que salía por los conductos frente a él le pareció lo más desagradable del mundo.

—Ya, pero cuando las tías nos vean llegar en este coche van a flipar.

—Con el Audi también fliparían… —empezó Daniel, pero cambió de parecer—. Un hombre sigma no necesita un coche para ligar con una mujer. De todas formas, yo ya no pierdo el tiempo con esas cosas. Estoy más concentrado en mi desarrollo personal, y tú también deberías estarlo.

—Relájate —dijo Pit, y sonrió—. He traído una caja de condones entera.

Daniel suspiró exageradamente.

—Me preocupo por ti, Pit —dijo con su habitual intensidad—. Este coche, las tías… No sé si comprendes lo que es realmente ser un hombre sigma. Como tu mentor, me siento… No sé. Algo decepcionado.

—¿Mi mentor? —dijo Pit indignado—. ¿Eres mi mentor?

Daniel gruñó, como si fuera indigno tener que responder.

—Siempre lo he sido.

—Tenemos el mismo rango. No necesito mentor.

—No voy a discutir contigo.

—Ya, porque no hay nada que discutir.

—Claro, claro —dijo Daniel, y susurró—: penecortado.

—¿Qué has dicho?

En ese momento Daniel señaló al panel eléctrico que había junto al volante. Una luz se acababa de encender.

—La gasolina, Pit. Ya te he dicho que este coche consume demasiado.

Llegaron al hotel al atardecer. Frank se había encargado de organizarlo todo, les había cogido las habitaciones en un hostal demasiado apartado de la ciudad de Marbella para el rango que tenían. Eso le pareció a Daniel. Al menos les había proporcionado un chófer que los llevaría a la mansión en la que se celebraba el lanzamiento del Sigma Coin.

A Pit no le hizo mucha gracia, ya que él pretendía aparcar su Mercedes GLC Coupé de color gris grafito en la misma puerta de la mansión, y no en el aparcamiento del hostal. Así que después de una pequeña discusión el chófer decidió recoger sus bártulos y dejar a esa extraña pareja en el hostal.

Compartían una habitación sencilla, por llamarlo de alguna manera, con dos camas individuales y un armario empotrado que no necesitaban porque lo único que llevaban era una maleta y condones. Daniel se sentó en una de las camas y los muelles sonaron como una canción sucia. Al menos las sábanas olían tanto a detergente que no tuvieron miedo a la suciedad.

Dos palmeras largas, más largas que cualquier árbol que hubiera visto nunca Daniel, daban la bienvenida a la mansión del evento. Ya era de noche. Había un pequeño camino de piedra con unos farolillos que lo iluminaban hasta una fuente que hacía la función de

rotonda.

—¿Aparco fuera o me meto dentro? —preguntó Pit, con el coche parado frente a las palmeras.

—No lo sé, tú has querido coger el coche —dijo Daniel en tono de reproche.

Dudó unos segundos, pero cuando otro se acercó por el retrovisor, no tuvo otra opción que pisar el acelerador y tirar hacia delante. Cuando llegó hasta la fuente vio unos pocos coches aparcados. El suyo no era el más caro; incluso había un Bugatti y un Hummer largo como una limusina.

—Voy a dejarlo aquí —dijo Pit, pisando con dos ruedas la hierba del jardín aledaño.

El lugar no tenía mucho espacio para aparcar.

—Da igual, no te ve nadie —dijo Daniel con sorna; sabía que Pit quería que le vieran con el coche.

La puerta de la mansión estaba abierta. Cuando entraron no les atendió nadie. Siguieron a una camarera que pasó con una bandeja de copas como quien sigue un río cuando se ha perdido en el bosque. Atravesaron toda la mansión, decorada con blancas esculturas de mármol y cuadros de arte moderno, hasta llegar al jardín trasero: una enorme parcela con piscina en la que habían montado lo que parecía ser un cine. Más de cien asientos mirando hacia un escenario y, sobre el escenario, una pantalla del tamaño de cincuenta televisores nuevos.

—*Bro!* —dijo Álex Olivetti cuando los vio—. Casi llegáis tarde, mirad —señaló al centenar de hombres sentados en los asientos a la espera de que alguien subiera al escenario—. Todos estos son nuestros hermanos sigma. Coged una copa y sentaos.

Se saludaron con el medio abrazo, que a Pit le salía con más gracia que a Daniel, cogieron sendas copas de vino y se sentaron en

una esquina de las filas traseras, no porque fuera un protocolo sigma, sino porque el resto de los asientos ya estaban ocupados.

Los gemelos Olivetti vestían un esmoquin blanco, los dos parecían calcados con esos rizos rubios y esa sonrisa de turista italiano.

Frank también iba de esmoquin, aunque el suyo era uno más tradicional, negro y con pajarita.

La presentación fue según lo esperado: Frank y los Olivetti explicaron lo mismo que le explicaron a Daniel, que el Sigma Coin sería la nueva moneda para los menesteres del Club Sigma. Los miembros podrían ganar comisiones en Sigma Coin, no solo por meter nuevos reclutas, sino también con un sistema de afiliación que podrían usar en la nueva plataforma web llamada Sigma Exchange.

Proyectaron un código QR en la gran pantalla para que todos los miembros pudieran abrir su cuenta en Sigma Exchange, que funcionaba como un banco para comprar Sigma Coins. Al abrir su cuenta, cada usuario recibía un código de afiliado único que le permitiría ganar comisiones por registrar a nuevos usuarios en la plataforma.

Si alguien conseguía meter a un amigo con su código en el Sigma Exchange ganaba automáticamente doscientos euros; pero no solo eso, sino que si ese amigo invertía diez mil euros en el Sigma Coin, el afiliado ganaba el diez por ciento de la transacción, un total de mil euros.

Todos los miembros, desde sus sillas, retransmitieron el evento mediante stories, TikToks y tuits, y compartieron sus códigos de afiliados para que sus amigos se pudieran registrar en Sigma Exchange. Y cuando llegó el momento, se vio una cuenta atrás de sesenta segundos en la pantalla.

—Ahora, cuando termine esta cuenta atrás el Sigma Coin estará oficialmente en venta para todo el público. Quiero que todos

preparéis vuestros móviles y compréis todos los Sigma Coin cuanto antes, porque vais a ver lo que va a pasar con el precio.

—*To the moon, bro!* —dijo Mateo.

Todos los hombres sigma estuvieron callados durante los sesenta segundos, concentrados, introduciendo los datos de sus tarjetas de crédito en la plataforma y revisándolos para no confundirse con ningún número. Y cuando el contador llegó a cero, apareció de repente un gráfico de velas verdes en pantalla. La gente empezó a gritar, a aplaudir y a ponerse de pie levantando el teléfono en señal de victoria. Y cuantas más personas se levantaban, las pequeñas velas verdes más grandes se hacían y más se elevaban en el precio. Empezó desde muy abajo, desde menos de un céntimo de valor, pero rápidamente el precio fue subiendo hasta alcanzar los cinco céntimos, luego los diez, luego los cincuenta…

—¡Dios! —dijo Pit—. ¡Ya voy ganando cien mil euros!

—¿Qué dices? —le preguntó Daniel—. Pero ¿cuánto has metido?

—Todo —dijo Pit—. ¿Y tú?

Daniel miró su teléfono. Había invertido cien euros. El precio subió tan rápido que para cuando la orden de Daniel llegó el Sigma Coin ya valía diez céntimos. Su inversión se acercaba a los mil euros.

—Todo no —dijo con cara de perro—. Hay que diversificar.

Pit no le hizo caso, estaba tan emocionado que grabó una historia para Instagram compartiendo su código de afiliado y diciéndole a todos sus amigos que compraran Sigma Coin.

Después del evento los sigma de rango alto (secretarios y directores) se fueron a una discoteca ambientada en Florida y tuvieron que pagar cien euros por cabeza para entrar. Los cien euros no incluían consumición. Unas luces azules flotaban sobre el humo que escupían unos agujeros del techo y sonaban clásicos del reguetón como Pitbull o Don Omar.

Los hombres sigma entraron directos al lugar, tratando de parecer gente seria e importante, pero la alegría de hacerse ricos en un día pudo con la mayoría de ellos y empezaron a bailar y a relacionarse con las chicas, la mayoría prostitutas probablemente.

Daniel se acercó a la barra junto con Pit. Apoyó ambos codos para marcar territorio y esperó unos segundos que le parecieron largos hasta hacer contacto visual con una camarera excesivamente maquillada. La camarera le sonrió y casi se le olvidó lo que quería pedir: ron-cola para él, Puerto de Indias con limón para Pit.

La camarera se agachó ligeramente para preparar las copas y eso ensalzó su escote apretado bajo el vestido amarillo. Daniel miró como si fuera ilegal.

La cabeza se le puso en blanco, puede que por falta de riego sanguíneo porque acababa de tener una erección.

—¿Eres de por aquí? —preguntó torpemente.

Habló demasiado bajo, o la música estaba demasiado alta; o la camarera le ignoró adrede porque no le contestó.

Le cobró veinte euros por consumición y no dejó de sonreír, a diferencia de Daniel, que había hundido la cabeza entre los hombros.

Pero lo peor fue cuando se giró y vio que, detrás de él, Pit había empezado a bailar con una rubia, bajita, guapa y de buen cuerpo, y lo hacían de una forma sexual. Ella le dio la espalda y Pit acercó la entrepierna a su culo. Entonces ella empezó a mover la cadera haciendo círculos y Pit le puso las manos a ambos lados de la cintura, que llevaba al aire y dejaba ver un gran tatuaje que bajaba de la entreteta.

Daniel intentó llamar su atención para entregarle el asqueroso Puerto de Indias con limón, pero Pit le ignoró. Estaba ocupado.

Así que sin decir nada más, cruzó toda la sala con cara de pocos

amigos y se sentó solo en una de las mesas del fondo.

Sacó el teléfono y vio sus ganancias con el Sigma Coin. Fluctuaban entre los mil y los novecientos euros. Arriba y abajo, moviéndose constantemente. Se acordó de los cien mil euros que había ganado Pit. ¿Había perdido su gran oportunidad? Introdujo la cifra de diez mil euros en la plataforma de Sigma Exchange y dejó el dedo encima del botón «comprar». No llegó a pulsarlo. ¿Y si ya era tarde? El precio se había estancado en los cincuenta céntimos. Solo era el primer día. Seguramente seguiría subiendo, pero ¿cuánto? ¿Dos, tres, cuatro céntimos? ¿Y si bajaba? ¿Y si la periodista tenía razón y era un *pump and dump*?

Daniel perdió la mirada en la pista de baile. Cada hermano sigma tenía ya a una mujer bailando, y de todas ellas la que se restregaba con Pit era la más hermosa de toda la sala. Posiblemente de todo Marbella.

Llevaba una minifalda de lentejuelas negra que le apretaba un culo prominente para su estatura, y un top corto que en cada movimiento mostraba más tatuajes. A veces le daba la espalda a Pit para que este se restregara contra su culo, y en esos momentos Daniel podía verle la cara. Era preciosa. Tenía una nariz respingona, unas pestañas que hacían destacar sus ojos, aunque los cerraba cuando sonreía y se le veía una dentadura bien alineada.

Cuanto más les veía bailar, más sufría Daniel la espera. Sabía que llegaría el momento en el que se besarían. Por cómo se movía la rubia perfecta quería algo más con Pit que un simple baile.

Y aunque lo que veía le provocaba dolor, no apartó la vista ni un solo segundo.

En ese momento llegó Frank con una jarra de cerveza y unos ojos hiperactivos que brillaban como estrellas. Se sentó junto a Daniel, y este se fijó en que guardaba un cigarro en la oreja. Un Marlboro.

Se lamió el labio inferior con un movimiento de lengua que no parecía controlar a voluntad.

—Son todas unas zorritas, Dan —dijo.

Era la primera vez que le llamaba «Dan».

Daniel seguía mirando a la preciosa mujer que bailaba con Pit. Se limitó a asentir con la cabeza sin apartar la vista.

—¡Escúchame! —Frank se acercó a su oreja para que pudiera escucharlo a pesar de la música—. Todas, Dan. Todas.

Daniel la señaló sin cambiar de expresión. Estaba alelado.

—Esa no lo parece.

Frank bufó. Luego aspiró fuertemente como si tuviera mocos. Y se rio.

—Has bebido *too much*, ¿no? *Fuck*, Dan, esa es una zorrita como todas las demás en esta sala. Y como todas en todo el mundo. Es un tema genético. Se llama hipergamia.

Por primera vez Daniel empezaba a sentirse incómodo con Frank. Se suponía que era su mentor, pero estaba nervioso y hablaba rápido y errático. Daniel se planteó la posibilidad de que aquel hombre al que había confiado su formación no estuviese capacitado para enseñarle nada.

—¿Hipergamia? —preguntó Daniel.

—*That's right* —dijo Frank, y bebió media pinta de trago.

—¿Eso son ciencias sociales también?

Frank volvió a aspirar fuertemente. Se frotó la nariz.

—Biología. —Sniff—. Es un tema de genética. La mujer ha evolucionado durante años para buscar al mejor *partner* para procrear. Entonces va probando a uno, y luego a otro, y a otro, hasta que encuentra al que más status tiene. —Su acento británico estaba desbocado por el colocón—. Imagínate los hombres en una caverna. Una mujer buscará siempre al más grande y fuerte para procrear,

porque va a estar nueve meses embarazada y durante ese tiempo se hallará en situación de vulnerabilidad. Piensa cómo ha evolucionado la mujer durante miles de años, buscando siempre al hombre más fuerte, más rico, más poderoso —señaló a la hermosa mujer que bailaba con Pit—. Hoy baila con él, mañana buscará a alguien más arriba. Hipergamia.

Daniel dio un trago a su ron-cola. Lo que Frank decía tenía sentido, pero su forma de hablar, nervioso y rascándose la nariz cada cinco segundos, le restaba autoridad.

Además, en esos momentos le daba igual la hipergamia. Lo único que le importaba era la forma en la que le había ignorado una camarera y que Pit estaba bailando con una mujer más hermosa aún que aquella camarera.

No dijo nada.

—Son unas zorritas —insistió Frank. Cada vez estaba más alterado —. Escúchame atentamente porque te voy a decir lo que me hicieron las mujeres y no te lo voy a repetir nunca más. Prométeme que me vas a guardar el secreto.

Daniel no prometió nada, pero Frank continuó igualmente.

—Mis padres compraron una casa de verano en España. En Málaga. ¿Conoces Málaga? —Daniel negó con la cabeza—. Hay playa, sol… Es bonito. Y la casa era bonita y grande. *So*, mis padres contrataron a una colombiana para que cuidara de la casa. Era una señora lenta y gorda. Limpiaba y cocinaba y cuando mis padres salían también se quedaba para cuidar de mí. Y Dan —le pasó un brazo sobre el hombro y le habló al oído—, esa zorrita no me cuidaba. Me decía: «¡Ay, mi niño, qué pequeño eres; tienes que crecer!». Entonces me desnudaba y me agarraba con dos dedos el pene. Tenía las uñas largas, era colombiana. Entonces las uñas se me clavaban en el pene, y ella empezaba a tirar de él y decía:

«¡Crece, Frankito, crece!». No una vez, ni dos. Me tiraba durante tanto rato que pensaba que me iba a arrancar la polla. *My dick!* —gritó dramatizando, aunque no parecía actuado—. Y todo siguió así hasta que un día empecé a tener erecciones. Entonces ya dejó de tirar de mí y me decía: «Frankito, Frankito, ¿ves cómo Marisol te hace crecer?». Y entonces simplemente me masturbaba o directamente me la chupaba. Decía que así se limpiaba. Pero eso era aburrido para ella así que enseguida empezó a hacerme cosas más perversas. Un día me caí en el bordillo de la piscina de la casa y me hice sangre en la rodilla. Entonces me tomó de la mano y me llevó a una caseta de los mayordomos. Allí cogió una botella, se levantó la falda y se bajó unas bragas gigantes. Se puso de cuclillas y meó en la botella. Mojó todo el suelo. Me dijo: «Siéntate, Frankito». Yo me senté y me limpió la herida con la orina.

—¿Y le dejaste?

Frank se encogió de hombros.

—Me dijo que la orina desinfectaba.

—Y tú le creíste.

Le volvió a rodear el cuello.

—Me dijo que era medicina. Me limpió la herida con algodón y orina y me puso una tirita. La colombiana parecía una médica. Luego me dijo que me lo bebiera.

Daniel entrecerró los ojos, fijos en los de Frank. Luego bajó la mirada para observar la cerveza, dorada y espumosa, y volvió a mirarle a los ojos. Frank asintió con la cabeza y terminó la cerveza de un trago.

—¿Por qué dejaste que te hiciera esas cosas?

—¿Qué? Era un niño, *fuck* —respondió indignado.

—Yo no lo hubiera permitido —dijo Daniel—. Si una mujer me intentara violar la mataría.

Frank se rascó la nariz y aspiró nervioso.

—Tenía… —miró hacia el techo para pensar— nueve años. Creo. *So*, no podía hacer nada. Es culpa de las mujeres, que son unas zorritas.

Daniel puso una cara de extraña satisfacción. Una sonrisa oculta tras unos ojos que juzgaban a Frank sin siquiera mirarle.

—¿Crees que a ti no te harían lo mismo? —dijo Frank. Cada vez estaba más alterado.

Daniel se encogió de hombros sin perder esa extraña cara.

—*Fuck*. Me voy a fumar —dijo.

Cogió el cigarro de la oreja y salió de la discoteca chocándose con todo el mundo. Encendió el cigarro antes de salir del local.

Daniel volvió a fijarse en la mujer. Movía la cadera al ritmo de la música, pero estaba tan pegada al cuerpo de Pit que aquello no parecía un baile; parecía una escena de sexo de la estrella del porno Apolonia. Parecían los movimientos de una prostituta que ha ejercido durante tantos años que ya ni sus clientes saben que es una prostituta. Y estaba con Pit. Daniel tenía una erección otra vez. Se imaginó a esa diosa bailando con él, como debía ser, dándole todo lo que merece un verdadero hombre sigma. Pero se lo estaba dando a Pit.

Para su satisfacción llegó un momento, cuando terminó la canción, en el que Pit y la mujer dejaron de restregarse, se dieron la mano y caminaron en dirección a la mesa de Daniel.

—Compañero Sigma —dijo Pit con un exceso de confianza, que rozaba lo chulesco—. Te presento a Jessica, la mujer más guapa de Marbella.

—Ja, ja, ja, tonto —dijo Jessica, y le dio un golpecito inocente en el pecho.

Pit le levantó una mano y ella dio un girito como si la estuvieran

subastando.

—Cuídala un rato mientras me voy al baño —dijo Pit.

Este se marchó, y Jessica se sentó al lado de Daniel. Desde cerca comprobó que era aún más guapa de lo que le había parecido; no necesitaba mucho maquillaje, se veía que tenía una piel morena y sana, y la minifalda se le subió un poco cuando se sentó, revelando unos muslos tersos y comestibles.

—¿Puedo? —preguntó Jessica mientras agarraba el Puerto de Indias con limón por el que Daniel había pagado veinte euros.

—Claro —dijo él.

Ella bebió un sorbo tan diminuto que parecía un gato recién nacido.

—¿Tú también eres rico? —dijo Jessica con una risita tonta.

Daniel sonrió falsamente, molesto.

—No me gusta hablar de dinero.

Jessica sonrió coqueta.

—No hace falta. Dime qué coche tienes y lo sabré.

Daniel cruzó los brazos.

—Tengo un Audi.

—¿El R8? —preguntó ella.

A Daniel le pilló de improvisto que ella conociera los modelos de Audi. No parecía una mujer con mucha cultura, aunque, claro estaba, algunas cosas sabía de la vida.

—El TT.

—Oh —se decepcionó.

—¿Qué haces? —preguntó de repente Daniel, con una brusquedad que se reflejó en los ojos de Jessica como un pequeño susto—. Quiero decir… ¿Qué haces con Pit? Él no es un hombre de alto valor.

—Me gusta —dijo con una sonrisa que a Daniel le pareció estúpida.

—Venga ya.

—¡Sí! No sé, es majo, gracioso… Es inocente. Parece que solo quiere pasarlo bien, y yo también.

—Puf —bufó Daniel, y miró hacia la puerta del baño para asegurarse de que Pit seguía sin venir—. ¿Y qué te parezco yo? —preguntó con seriedad.

Ella se asustó.

—No sé…

Daniel le puso una mano en el muslo. La agarró con fuerza.

—Escúchame. Pasa de Pit. Te doy la oportunidad de que vengas esta noche conmigo. Pit es un poco tonto. Es como un niño —acarició el muslo de la preciosa Jessica con la mano y empezó a subir—. Yo soy un hombre de verdad. Un sigma.

Ella le dio un tortazo y Daniel apartó la mano de su muslo.

—¿De qué vas? —preguntó indignada.

Pero para cuando terminó la frase Daniel ya se había levantado. Cruzó la pista de baile en una línea totalmente recta, chocando con sus hombros y derribando a algunos clientes de la discoteca.

Cuando salió a la calle vio el Mercedes GLC Coupé de color gris grafito de Pit aparcado frente a la discoteca. Eso le recordó que había ido con él, o sea que, o le esperaba para volver al hostal, o tendría que coger un taxi. Y no pretendía esperarle, así que miró a su alrededor, se aseguró de que nadie le veía, y le pegó una patada al retrovisor del Mercedes que lo dejó torcido en el sentido contrario. Acto seguido sonó la alarma así que tuvo que salir corriendo de ahí y coger un taxi un par de calles más adelante.

Cuando llegó al hostal se desnudó, se masturbó en la ducha de la habitación pensando en Jessica y se metió en la cama con olor a detergente. La música todavía rebotaba en su mente; y Pit ganando cien mil euros en el Sigma Exchange, y todos los sigmas celebrando,

y Pit bailando con Jessica…

Se quedó acurrucado, en posición fetal, con los ojos abiertos como si fueran dos pantallas que estaban repitiendo una y otra vez todas las escenas de la noche. Así pasó una hora; y dos, y tres. Y entonces se abrió la puerta del hostal, se encendió una luz pero se volvió a apagar.

—¡Chis! —dijo Pit.

—Perdón —susurró su acompañante.

—Tranquila, está dormido —dijo Pit.

Ella se desnudó entre risitas y se tumbó en la cama de Pit. Él también se desnudó y saltó sobre ella, y los viejos muelles de la cama les hicieron botar una y otra vez.

Daniel seguía con los ojos abiertos. La habitación estaba a oscuras pero no lo suficiente y, como él tenía los ojos fijos en la ventana, con la persiana cerrada, pudo ver el reflejo de todo lo que estaba ocurriendo. Pudo ver cómo Jessica se sentaba sobre Pit. Pudo ver cómo Pit le chupaba los pezones como un adolescente que nunca ha chupado uno. Pudo ver cómo Jessica se levantaba un poco y metía la mano para acomodar el circuncidado pene de Pit en su vagina, y cómo se movía suavemente para que entrara poco a poco. Y pudo ver cómo ella empezaba a mover la cadera con un giro tan sutil y simple, pero a la vez excitante, que jamás había visto.

Y pudo ver cómo repetía el mismo movimiento una y otra vez, mientras gemía. A veces se le olvidaba que debía estar en silencio y el gemido se convertía en un pequeño grito de placer. Y siguió. Y Daniel continuó viéndolo todo por el reflejo hasta que Pit dijo:

—Me corro.

Y ella se levantó enseguida, bajó de la cama y se puso de rodillas.

—Córrete en mi cara —dijo.

Y Pit se corrió en la cara de Jessica, esparciendo su semilla desde

la frente hasta la barbilla. Luego ella recogió todo lo que pudo con el dedo gordo, se lo metió en la boca y tragó. Y después los dos durmieron abrazados en la pequeña cama individual con olor a detergente, que ahora había cogido (junto con toda la habitación) un olor a sexo y sudor.

Y Daniel se quedó despierto, viéndose a sí mismo en el reflejo de la ventana.

25

Retención seminal:
(Sustantivo).
1. Práctica o filosofía basada en la idea de que un hombre puede preservar y aumentar su energía física, mental y espiritual al evitar la eyaculación frecuente. En este concepto, el semen se considera una fuente vital de energía y poder que, al retenerse, supuestamente mejora la concentración, la motivación, la confianza y el desempeño general.

Pit conducía el Mercedes GLC Coupé de color gris grafito como un piloto español comandando una carabela al otro lado del océano. Aventurero, victorioso y sediento siempre de mayores glorias.

Sus ganancias con el Sigma Coin ya ascendían a los doscientos mil euros, había tenido el mejor sexo de su vida con la mejor mujer que había visto nunca y, aunque pudiera parecer algo cruel, la visión de su encogido amigo en el asiento de copiloto marrón alcántara le sabía también a victoria.

—No tendrías que haberte descapitalizado con el Audi —empezó. Daniel siguió mirando un punto indefinido de la carretera con tanto esmero que cualquiera diría que ahí había algo más que cemento y grava—. El *leasing* es mucha mejor opción. Así sigues teniendo

capital para invertir en oportunidades como esta.

—Me la suda tu *leasing* —dijo Daniel. No trató de ocultar el asco.

Pit ignoró el mal humor de su amigo unos minutos, hasta que se le ocurrió un tema lo suficientemente interesante como para sacar a colación.

—Oye, ¿te fijaste ayer…? —ahuecó una mano sobre su pecho y la movió arriba y abajo como si rebotara—. ¡Mis primeras operadas! Las más perfectas que he tocado en mi vida. ¿Tú has probado alguna vez?

—No —dijo Daniel seco.

—No se nota nada que estén operadas. Te lo juro. Son como tetas naturales, tocas y son blandas. No notas que tengan silicona —mintió. No se acordaba—. Tienes que probar algún día.

Daniel se quedó callado. Decidió que mirar el paisaje era mejor que pegar un *choku-zuki* en la garganta de una persona que está conduciendo.

—Sé que lo intentaste con ella —dijo Pit al final. Lo pronunció con media sonrisa y el tono de un hombre sabio—. Te perdono, pero que no vuelva a pasar.

—Tú no eres nadie para darme órdenes —dijo Daniel indignado.

Pit levantó las cejas sonriente. Las cosas habían cambiado. Al menos así lo sentía. Ya no veía en Daniel a ese hombre interesante al que quería caer bien en la fábrica. Ahora lo veía como un hombre normal, con sus fallos. Y él, en cambio, había llegado lejos. El alumno había superado al maestro.

Se hizo el silencio y Pit siguió tratando de recordar el tacto de los pechos de la preciosa Jessica, pero un timbre del ordenador de a bordo del Mercedes GLC Coupé de color gris grafito impidió que llegara a ese clímax. En la pantalla del tamaño de un iPad apareció un icono verde junto al nombre «A Papá».

Su padre le estaba llamando.

Pit farfulló antes de contestar. Descolgó.

—Estoy conduciendo ahora —dijo con un deje de desprecio. Ni follar la noche anterior hacía que Pit tratase como es debido a su padre.

Ni a su madre.

—Pit… —dijo. A través de la línea la voz parecía temblar.

—¡Estoy conduciendo! ¡Te llamo luego! —gritó Pit.

—Es tu madre. Se muere. El médico dice que le quedan horas. —A Pit se le congelaron las manos en el volante—. ¿Dónde estás, Pit? Ven al hospital, hijo. Tienes que despedirte de mamá o te arrepentirás toda tu vida.

A Pit se le tensaron todos los músculos de la cara, y curiosamente a Daniel también. Le costó esfuerzo esconder la sonrisa.

Pit condujo a doscientos kilómetros por hora los siguientes veinte minutos hasta que Daniel empezó a quejarse. Conduciendo así era muy probable que ambos abandonaran este mundo antes incluso que la madre de Pit por un accidente de coche.

—Para en la próxima gasolinera, compra unas Coca-Colas y deja que yo conduzca —ordenó Daniel.

Pero Pit no cedió.

—Si sigues conduciendo así nos vas a matar a los dos. Y yo no quiero morir. —Pit seguía apretando el acelerador como si su pie fuera de cemento—. Estás actuando como un dramático, un sigma no actúa así. Estás exagerando.

—¿Exagerando yo? ¡Mi madre se muere!

Pit dio un volantazo para esquivar a un camión que trataba de adelantar a otro, y se fue directo al tercer carril. Daniel se agarró a la manilla de la puerta, asustado.

—No quería decir eso —corrigió. Su tono había cambiado. Ahora le

hablaba con una exagerada compasión—. Es un momento duro, pero es en estos casos cuando podemos demostrar lo que significa ser un hombre sigma. Recuerda el entrenamiento. —Pit siguió conduciendo rápido, pero había dejado de acelerar—. Tú eres un hombre sigma, Pit. Para, deja que conduzca yo. Te prometo que llegaremos.

Pit redujo la velocidad hasta la permitida en el tramo. Daniel se calmó y soltó la manilla de la puerta, que hasta entonces había agarrado como a un flotador en mitad del océano.

—Además —sentenció Daniel, de nuevo con su tono autoritario—, tenemos que echar gasolina.

Señaló con el dedo el indicador de combustible junto al velocímetro. No estaba en reserva; de hecho, quedaba algo más de un cuarto del depósito. Igualmente, Pit llegó a la evidente conclusión de que tarde o temprano tendrían que parar para repostar.

—Este coche consume demasiado —dijo Daniel.

Detuvo el coche en la primera área de servicio que encontraron. Era un área de autopista, muy concurrida los fines de semana y festivos por familias que hacían escapadas y puentes dentro del territorio nacional. Y ese finde en concreto, también por dos hombres sigma.

—Tú ve a la cafetería. Refréscate y compra algo si quieres —ordenó Daniel—. Yo me encargo de la gasolina.

Pit salió sin decir nada, pálido y cabizbajo, directo hacia la cafetería. Daniel abrió la puerta del copiloto y se bajó del coche dando un saltito, como si estuviera alegre. Tenía ganas de conducir el Mercedes.

Se dirigió hacia el surtidor y escogió cuidadosamente el combustible que los llevaría hasta Pamplona, con suerte, antes de que la madre de Pit la palmara. Había dos diésel: uno que decía

«e+10 Neotech» y otro que simplemente decía «e+». Daniel miró el precio y comprobó que el diésel e+10 Neotech era cincuenta céntimos por litro más caro que el diésel e+, y decidió que un sigma no debe caer en semejantes estafas.

Así es como introdujo treinta litros de combustible diésel e+, el barato, en el depósito de un Mercedes GLC Coupé de color gris grafito con motor semihíbrido con cuatro cilindros y doscientos treinta caballos que se alimenta única y exclusivamente de gasolina súper europea.

Agitó el surtidor sobre la entrada del depósito para no perder ni una gota y pagó en el mostrador. Pit tardó mucho, así que se fue a buscarlo a los baños. Al abrir la puerta escuchó una especie de llanto de bebé, como el ruido gutural de un cordero lechal. Daniel dio dos pasos hacia el baño y vio que estaba vacío a excepción de uno de los retretes que tenía la puerta cerrada.

—Maa… Mamá… ¿Qué he hecho? —La voz de Pit salió del retrete —. Ojalá no te hubiera tratado tan mal…

Daniel escuchó el llanto de su amigo en silencio y sintió una sensación de conformidad por primera vez en mucho tiempo. No es que estuviera feliz, es que por fin aquel viaje guardaba algo bueno para él.

Salió del baño sin decir nada y se dirigió a una tiendita que había junto a la cafetería. Compró cuatro sándwiches, dos vegetales y dos de cangrejo, y una botella de dos litros de Coca-Cola. Al principio iba a coger un par de latas pero pensó que se le quedarían cortas. También compró una bolsa tamaño familiar de Cheetos Pandilla, Doritos picantes, un pack de seis donuts sabor chocolate y un batido de litro y medio de vainilla.

Incluso después de hacer la compra tuvo que esperar a Pit dentro del coche, sentado en el asiento del conductor del Mercedes GLC

Coupé color gris grafito, con medio brazo por fuera de la ventanilla y la otra mano en el fondo de la bolsa de Cheetos Pandilla. Cuando vio salir a Pit de la cafetería, aturdido y con la cara blanca, Daniel tocó la bocina con brío.

—¡Vamos, niño! ¡Vamos! —volvió a tocar. Estaba sonriendo.

Pit empezó a correr de manera desarticulada, como si no fuera una decisión propia, sino el propio poder de la bocina lo que hacía que se moviera más deprisa. Cuando entró en el coche y se sentó en el asiento del copiloto, Daniel lo miró fijamente a los ojos.

—Amigo, te prometo que voy a hacer todo lo posible para que veas a tu madre antes de que muera.

Y sin esperar a que Pit se pusiera siquiera el cinturón, Daniel aceleró y condujo temerariamente hasta que salió del área de servicio. Se incorporó a la autopista y empezó a adelantar a todos los coches que aparecían en el horizonte. Parecía Fernando Alonso con la escudería Renault en 2005. Volaba por la carretera. A su lado, Pit lloraba.

Daniel comió otra bocanada de Cheetos Pandilla. Ya quedaban pocos.

—No te preocupes, Pit. Yo te llevo —dijo con la boca llena.

Y de repente, en mitad de un adelantamiento, el voluminoso Mercedes GLC Coupé de color gris grafito dejó de volar por la carretera. Primero empezó a vibrar, como si el motor enfermara. Como cuando a alguien le rugen las tripas después de comer algo que no debería comer. Después, y sin dejar de vibrar, el coche fue perdiendo velocidad y Daniel se vio obligado a cambiarse al carril lento porque un BMW le tocaba la bocina por detrás. Pero la cosa no paró ahí. El coche siguió decelerando, y en la pantalla central apareció un indicador de atención rojo que decía claramente «AVERÍA MOTOR» y lo acompañaba un pitido agudo que no

auguraba nada bueno.

En menos de un minuto, el Mercedes GLC Coupé de color gris gafito que Pit había contratado a través de un *leasing* yacía muerto en la cuneta de una carretera a veinte kilómetros de la ciudad más cercana: Teruel.

—¡No puede ser! —Daniel golpeó al volante con la mano abierta. Parecía enfadado pero no lo estaba.

Pit había entrado en pánico. Tenía las manos apoyadas en la sien y movía la cabeza hacia delante y atrás de forma rítmica.

—Qué hago —decía Pit—. Qué hago. Qué hago. Qué hago.

—Has dicho que cuando contratas un *leasing* ellos se encargan de todo, ¿no? —dijo Daniel con calma—. Hasta incluyen asistencia en carretera —le recordó—. Llámales.

Pit aparentaba estar en shock, pero parecía haberle entendido.

—Claro —dijo susurrando.

Y cogió el teléfono y salió del coche para hacer la llamada. Mientras tanto, Daniel se movió como un gato dentro del coche y terminó en el centro de los asientos traseros. Desde esa perspectiva el Mercedes GLC Coupé de color gris grafito parecía aún más cómodo y lujoso que desde los asientos delanteros. Miró a la izquierda y vio la Coca-Cola de dos litros y el batido de sabor vainilla. Miró a la derecha y vio los sándwiches vegetales y de cangrejo y los Doritos sabor picante. Escogió uno de los sándwiches de cangrejo. Su favorito.

El sol había caído cuando llegaron a Pamplona. Los llevó un taxi. Durante el trayecto Daniel había interpelado varias veces al conductor para que acelerara, aunque este se había mostrado reticente a superar los límites de velocidad. Cada vez que esto pasó Daniel había cambiado de conversación a si eran mejores los coches

eléctricos o los híbridos, o si los taxistas utilizaban contratos de *leasing*. Mientras tanto, Pit se acurrucaba en el asiento trasero con los ojos pegados al teléfono esperando la llamada. Sabía que no iban a llegar a tiempo. Sabía que en cualquier momento el teléfono sonaría y su padre le daría la noticia.

El taxista aparcó frente al hospital.

—Esto lo incluye el seguro del *leasing*, ¿no? —preguntó Daniel.

—¿Qué *leasing*? —respondió sorprendido el taxista.

Más que sorprendido, el taxista parecía a la defensiva, como si esperara que esos dos pardillos le fueran a timar.

—No… Claro —dijo Pit—. Hemos hecho doscientos kilómetros.

El taxista carraspeó.

—Doscientos ochenta y nueve kilómetros —corrigió.

—El seguro del *leasing* solo cubre la grúa y el taxi al taller más cercano.

Daniel sonrió. El magnífico *leasing*.

—¿En serio? —dijo fingiendo sorpresa, burlón.

Ninguno de los dos hizo amago de sacar la cartera. Pit era el que más prisa tenía por salir. Aún no había recibido la llamada así que lo más probable era que su madre siguiera viva. Tenía esperanza. Trató de abrir la puerta pero el pestillo estaba cerrado. El taxista le clavó los ojos como si fuera a golpearle con un bate de béisbol.

—Son quinientos doce euros —dijo el taxista—. Sin contar propina.

Daniel giró la cabeza y miró algo a través de la ventanilla. Algo importante. O no. De repente sintió una urgente necesidad de rascarse la cabeza. Y siguió mirando por la ventanilla a aquello tan urgente que había acaparado su atención en ese preciso instante.

—¿Con tarjeta se puede? —se rindió Pit.

—Claro —dijo el taxista, y le extendió el datáfono que estaba preparado desde hacía un rato.

Clinc, sonó el aparato. El pago se había procesado. El taxista quitó el seguro y Pit abrió la puerta con tanta fuerza que casi golpeó a un peatón.

—¡Amigo! —le gritó Daniel. Pit se detuvo y dio la vuelta para escucharlo—. Date prisa —dijo.

Y Pit salió corriendo.

El taxista no pudo evitar observar que el segundo pasajero, el extraño Daniel Robles, no hizo ni siquiera el amago de quitarse el cinturón de seguridad.

—¿No te bajas? —preguntó el taxista.

—¿Me llevas a casa? Vivo a cinco kilómetros de aquí. —El taxista le miró con desaprobación, pero Daniel le envidó con una mueca despectiva—. Venga, hombre, que te hemos pagado una carrera de quinientos euros. No te cuesta nada.

El taxista lo llevó a casa.

Pit no pudo despedirse de su madre.

26

Tradwife:
(Sustantivo, argot redpill/tradcon).
1. Término que describe a una mujer que elige un estilo de vida tradicional, basado en roles de género conservadores. Una tradwife prioriza ser ama de casa, cuidar del esposo y los hijos, y rechaza el modelo feminista moderno en favor de valores percibidos como más tradicionales o clásicos.

Sonia siguió a su padre por la oficina de Fidelis Investment & Management. Los analistas se sentaban en mesas individuales con tres o cuatro monitores para cada uno, y rara vez apartaban la vista de los gráficos si no era para chulear de una operación exitosa, o para asegurarse de que al de al lado no le iba mejor que a ellos.

A medida que caminaba Sonia olió una amalgama de colonias. Las típicas que salen en los anuncios de televisión con actores o estrellas del rock. Así eran los analistas, vestían polos de El Ganso y monitorizaban sus pulsaciones cardiacas en el Apple Watch más caro del mercado.

—¿Te ha dicho algo la policía? —preguntó Josu Jon a su hija, que caminaba detrás de él.

—Me dijeron que ya se me informaría —dijo Sonia,

desesperanzada—. Si es que hacen algo.

Su padre negó con la cabeza.

—Funcionarios… —dijo con sorna—. Para cuando se pongan a trabajar el hijoputa que te entró a robar ya habrá entrado a otros cinco pisos. Y habrá cruzado la frontera.

Sonia asintió en silencio. No le había dicho a su padre que el asaltante no había robado nada; y que, de hecho, había manifestado expresamente que dejara en paz al Club Sigma. A la policía sí que se lo dijo, por supuesto, pero sabía que si se lo contaba a su padre le daría problemas.

Si Josu Jon se enteraba de que fue un ataque personal contra Sonia, lo más probable era que él también se lo tomara como algo personal. Sonia no sabía de lo que era capaz su padre. No estaba segura de cómo reaccionaría. Tampoco es que fuera un tío duro, pero seguro que no le haría mucha gracia. Y desde luego que la primera de las medidas sería prohibir que siguiera con la investigación del Club Sigma. Y ella necesitaba su ayuda.

—¡Aquí está! —dijo Josu Jon cuando llegaron al fondo de la oficina. Era una zona sin ventanas, iluminada con una pequeña bombilla cálida que caía del techo. Ahí estaba sentado un joven en una mesa, sin cuatro monitores, tan solo con un pequeño portátil, como si estuviera castigado—. Este es Eric, el experto en criptomonedas.

—Oh, ¡hola! —Eric se levantó algo nervioso a saludar.

Josu Jon le hizo un gesto sereno con la mano para que se volviera a sentar. Sonia le saludó con un gesto simple con la cabeza.

—Eric ha hecho perder siete millones al fondo con sus operaciones con criptomonedas, por eso está aquí. Le iba a despedir, pero luego me acordé de ti y pensé que a lo mejor te sería de ayuda. Así que, ale —se dirigió a Eric—. Si consigues ayudarla te quedas en tu

puesto. Si no, a la calle.

Josu Jon se dio la vuelta y se fue. Eric se revolvió en su silla algo nervioso, pero también parecía emocionado.

—Mira, ven —le dijo a Sonia.

Sonia rodeó la mesa y se puso junto a él mirando el ordenador.

—¿En serio has perdido siete millones de euros? —preguntó ella.

Eric negó con la cabeza, nervioso.

—El mundo cripto no es así. Si no vendes no pierdes… Da igual. Lo del Club Sigma… Teníais razón, he estado mirando su web y su gráfico y… Está claro —dijo nervioso, pero no porque estuviera nervioso, sino porque esa era su forma de hablar. Se ajustó las gafas sobre la nariz y volvió a mirar la pantalla—. Sí, sí, seguro que es un *pump and dump.*

—¿Y tienes alguna prueba? —preguntó.

Eric inclinó la cabeza.

—Más o menos —dijo, y señaló la pantalla para que Sonia mirara —. La gracia del mundo cripto es que podemos analizar las billeteras en internet.

—¿Se puede ver cuántas monedas tiene cada uno?

—Más o menos —repitió Eric—. Podemos ver cuántas monedas tienen las billeteras, qué transacciones hacen, a dónde va el dinero, y todo eso. Pero las billeteras son anónimas.

—Eso no ayuda mucho —dijo Sonia.

Pero entonces Eric señaló a un lugar específico de la pantalla, donde se veían dos códigos largos con una cantidad exactamente igual de monedas.

—Hay dos billeteras que tienen el ochenta por ciento de todas las monedas. Es bastante fácil. Cuando quieran venderán, se harán con toda la liquidez y desaparecerán. Solo hay que descubrir a quién pertenecen esas billeteras.

—No hace falta —dijo Sonia—. Ya lo sé: los gemelos Olivetti.

Tenía todo el sentido del mundo. Esos hermanos habían creado la moneda y habían sacado una pequeña parte para que los sigmas lo compraran. Se quedaron con el resto de las monedas, y el poder que aquello conllevaba. Cuando llegara el momento y empezaran a vender, el precio del Sigma Coin caería, y para cuando la gente se enterara ellos estarían tomando un Daikiri en un paraíso fiscal de las Islas Vírgenes Británicas.

Le pareció irónico que las víctimas de esta estafa serían los hombres sigma. Por un momento pensó que se lo merecían por tratar de expandir sus ideas misóginas por todo el país, pero no podía alegrarse por ello. Los gemelos Olivetti eran los verdaderos malos de la película, y tenía que utilizar todos sus medios para desenmascararlos. Era su deber como periodista.

Sonia salió del edificio de Carlos III y le sorprendió lo vacía que estaba la calle. Aún era invierno, y los inviernos en Pamplona no son muy agradables. No había nevado, pero un hilillo de vaho frío acompañaba su respiración cuando exhalaba.

Caminó hacia la redacción del *Diario de Pamplona* con el ceño fruncido, sumida en sus pensamientos. La información que le había dado Eric era valiosa; si había un *pump and dump* podría verlo en las transacciones que se quedaban registradas en la *blockchain*, pero eso no era suficiente. ¿De qué le servían todas esas sucesiones de códigos y dígitos si eran anónimas? ¿Cómo podía relacionar las direcciones con los dirigentes del Club Sigma?

Sacó el teléfono y llamó a Javier. Le salió una pequeña sonrisa cuando vio su nombre escrito en la pantalla.

—¿Sí? —respondió con una voz algo seca.

—Tengo algo interesante de la estafa del Sigma Coin —empezó Sonia, ilusionada—. He hablado con un experto y me ha enseñado

cómo puedo ver todas las transacciones que se hacen…

—Sonia… —le cortó Javier.

—Los gemelos Olivetti van a estafar a todo el mundo.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir de una reunión con…

—¿Estás trabajando? —preguntó con tono acusatorio.

Sonia se lo pensó un momento y se quedó muda.

—Lo que me imaginaba —dijo Javier—. Me da igual lo que hagas en tu tiempo libre, pero quedamos en que no afectaría a tu trabajo.

Sonia se detuvo para buscar una respuesta, pero no encontró nada. Se quedó con la boca abierta.

—Pero…

—Vuelve a la redacción, anda —zanjó Javier.

Sonia llegó a la redacción y dejó su bolso sobre la mesa. Hugo, que estaba sentado justo al lado mirando la pantalla del ordenador, no apartó los ojos para saludarla:

—Te está esperando tu amigo —dijo con retintín.

Sonia movió la mandíbula a ambos lados, signo de la desesperación que le estaba empezando a causar su compañero de trabajo.

—¿Qué amigo? —preguntó.

Hugo giró sobre su sillón con media sonrisa y la miró a los ojos, incisivo, como si tratara de intimidarla. Ella se irguió y le sostuvo la mirada, y al final fue él quien señaló hacia el despacho de Javier y volvió a girar sobre su silla.

Sonia suspiró. Tampoco podía decir nada, ya que Hugo no andaba mal encaminado: ella y Javier habían tenido una relación «extraprofesional».

Terminó de dejar sus cosas y se dirigió al despacho de Javier. No creyó necesario tocar la puerta y entró directamente; un error que

Javier le recriminó al momento.

—¿No sabes tocar la puerta?

Sonia puso los ojos en blanco.

—Bueno, qué, querías verme, ¿no?

Javier apartó las manos que tenía sobre el teclado y cruzó los brazos.

—Sí, quería verte…

—Aquí estoy —sonrió Sonia.

No podía evitar recordar lo que había pasado entre los dos. Y al parecer, Javier tampoco.

—Tenemos que hablar de lo del otro día.

—Ya lo sé —dijo Sonia—, no hay que mezclar trabajo y placer.

Entonces, se quitó el jersey y se quedó solo con un top blanco en el que se le marcaban los pezones. Dejó el jersey sobre una silla.

—No se lo puedes contar a nadie.

Sonia se rio.

—Pues claro, ¿qué te crees? ¿Que eres el que peor saldría parado si la gente se enterase? —Sonia rodeó la mesa de Javier caminando lentamente—. ¿A quién crees que juzgarían los compañeros? ¿Al jefe que tuvo un desliz? ¿O a la zorra que se folló al jefe para obtener favores en el trabajo?

A Javier se le escapó una risotada que sonó más bien como un estornudo.

—¡Ja! Favores…

Sonia se acercó a él.

—Es broma… —dijo, mientras extendía la mano para acariciar su hombro.

Pero entonces, de una forma brusca, como si hubiera espantado un extraño insecto, Javier dio una patada en el suelo e hizo rodar el sillón para alejarse varios metros de Sonia.

—¡No me toques! —dijo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sonia.

Pero enseguida lo vio claro, en sus ojos: le daba asco. Sentía la vergüenza a través de esos ojos negros que tan curtidos le habían parecido, pero que ahora, de repente, no daban crédito a lo que tenían delante. Y lo que tenían delante era ella. Solo ella. Rara. Diferente. Incomprensible.

—No le cuentes a nadie nada de lo que ocurrió entre nosotros —dijo Javier. Le temblaba la voz por los nervios.

Sonia sintió que el suelo la quería tragar, como si la gravedad de la tierra se hubiera duplicado. Se le humedecieron los ojos.

—Javi…

—Por favor —insistió—, prométeme que no se lo vas a contar a nadie.

Ahí comprendió Sonia que el hombre que tenía delante de ella le estaba suplicando. El gran jefe, el veterano periodista de guerra que había conseguido ascender por sus grandes méritos, se arrodillaba ante la mera posibilidad de que se aireara lo que había pasado entre ellos. Había tenido tiempo de sobra para racionalizar lo ocurrido e imaginar todos los escenarios futuros posibles y, en todos ellos, al parecer, mantener una relación sexual con alguien como ella era una humillación.

Sonia cerró los ojos y pasó de la vergüenza al enfado.

—¿Tan humillante te parece que sepan que te has liado con una trans? Eres patético.

—¿Qué? —saltó Javier—. ¡No es por eso! ¡Es porque tengo novia!

—No es verdad. Es porque soy trans. Eres un retrógrado, como todos —dijo Sonia.

Javier no quería que nadie se enterara de lo que ocurrió esa noche, pero disfrutó. Sonia estaba bien segura de ello.

—No tires por ahí —amenazó Javier.

Sonia sonrió. Bajó suavemente la mano por el pantalón y se agarró el pene.

—Todavía recuerdo cómo me la agarrabas. Te gustó. Eres un mariconazo.

Javier se puso rojo como un tomate.

—Como sigas…

—¿Qué vas a hacer, despedirme? —dijo Sonia.

Y se dio la vuelta con un giro brusco, haciendo mover su pelo rubio.

—Puede que lo haga —dijo Javier antes de que saliera.

Lo dijo de forma tan fría que parecía una decisión premeditada.

Sonia no se dio la vuelta para mirarlo. Asintió con una sonrisa y salió del despacho con una mezcla de sentimientos. Estaba rabiosa, extrañamente satisfecha, preocupada por su futuro y cachonda como una perra en celo.

27

Sigma Mastery:
(Sustantivo, argot sigma).
1. Estado ideal en el que un hombre sigma alcanza un nivel máximo de autoconocimiento, autosuficiencia y éxito personal sin depender de validación externa ni de estructuras sociales tradicionales. En este nivel, el individuo domina su propio camino en la vida, rechazando normas jerárquicas y sociales mientras prospera en sus propios términos.

Era la primera vez que Daniel entraba en una iglesia. También era la primera vez que Daniel iba a un funeral. La única familia que conocía era su madre y todavía no había muerto.

Pit estaba sentado junto a su padre, en primera fila, frente al ataúd, donde se encontraban el resto de sus parientes más cercanos. Daniel se sentó justo detrás de Pit, en segunda fila. Esa fila también estaba reservada para los más allegados, y cuando una prima regordeta de pelo rizado se quedó sin sitio, la tía de Pit miró a Daniel con una sospecha que se alargó unos segundos. Al final se lo recriminó:

—Las primeras filas son solo para familiares —dijo en un susurro.

—He llegado primero —dijo Daniel, tan alto y tan claro que el eco

de sus palabras se extendió gracias a la formidable acústica de la iglesia.

La mujer puso cara de sorpresa, no por la respuesta, sino por el tono conflictivo de Daniel. Conflicto que ella había iniciado.

—Esto no es un patio del colegio —dijo indignada.

—Soy prácticamente como de la familia. El mejor amigo del hijo. ¿Usted quién es?

La mujer señaló el ataúd con un movimiento de cabeza.

—Soy su hermana.

Al final Pit se dio la vuelta como un búho. Hacía tiempo que había escuchado la voz de Daniel, pero al girar, parecía buscar a otra persona.

—Estoy aquí, amigo mío —dijo Daniel poniéndole una mano sobre el hombro—. Estoy aquí.

Pit seguía buscando, oteando la iglesia.

—¿Y Frank? ¿No ha venido Frank?

Daniel negó con la cabeza.

—Supongo que no le importan estas cosas.

Pit se dio la vuelta decepcionado.

De la iglesia fueron todos caminando al cementerio. Había un centenar de personas. Daniel pensó que si su madre muriese no habría tanta gente en su funeral. En cambio se imaginó muerto a sí mismo y fantaseó con un paro nacional por la pérdida de uno de los emprendedores más talentosos del país. Directivos del IBEX 35 dejarían muestras de apoyo en las redes sociales, y el jefe de la fábrica de Landaben admitiría haber cometido un error al negarle el puesto de comercial. Se imaginó a su antiguo jefe, llorando por vergüenza frente a todos los empleados de la fábrica de electrodomésticos.

—La verdad es que no siento nada —dijo Pit, y el placer del

ensimismamiento de Daniel desapareció—. No estoy triste. Creo que ya no tengo sentimientos.

Daniel sonrió. Lo siguiente que dijo lo dijo por maliciosa lástima, porque estaba convencido de que Pit estaba mintiendo, y eso le gustaba.

—Entonces ya eres un verdadero hombre sigma.

Pit se rio. No fue una sonrisa inocente, fue una risotada nihilista que un hijo jamás debería soltar en el funeral de su madre. Pero Pit lo hizo sin miedo a las consecuencias. Realmente le daba igual todo. Entonces rodeó a Daniel con su brazo, aunque tuvo que ponerse de puntillas porque era más alto que él, y le enseñó el teléfono.

—Es complicado estar triste cuando tienes esto —dijo Pit.

Entonces Daniel se fijó en la pantalla.

1.303.033,76$

El Sigma Coin había explotado.

Daniel se puso rojo de la rabia. Ya está. Pit ya era millonario. Y él no tenía nada porque había vendido sus Sigma Coin cuando vio que llegó a los mil dólares. No tenía ningún sentido. ¿En qué planeta alguien astuto e inteligente como él ganaba mil dólares, y un zote como Pit ganaba un millón? Recorrió el resto del camino hasta el cementerio en silencio, pensando en cómo Pit lo tenía todo y él no tenía absolutamente nada. Ni siquiera se dio cuenta de que Pit también estaba en silencio y su cara no mentía tan bien como sus palabras. Tenía los ojos inyectados en rojo y le vibraban ambos mofletes por espasmos.

No, Pit no había perdido sus sentimientos. Más bien trataba de enterrar un terrible sentimiento al que sabía que jamás podría enfrentarse bajo un manto de falsa alegría.

Pero Daniel no era capaz de ver esas cosas. Solo podía pensar en él. En el esfuerzo que había puesto durante tanto tiempo, en el talento oculto que él tenía y nadie en el mundo parecía reconocer, y en todo lo que se merecía por derecho divino, porque él era especial. Siempre lo había sabido. Él no era como Pit. Ni siquiera como Frank. Él era el más sigma entre los hombres sigma.

Y cuando llegaron al cementerio, dijo:

—Bueno, Pit. No me puedo quedar hasta el final porque tengo entrenamiento. Adiós.

Y se fue.

28

Beta Collapse:

(Sustantivo, argot redpill/incel).

1. Fenómeno psicológico o emocional en el que un hombre beta llega a un punto de crisis al darse cuenta de que no puede competir con hombres alfa o Chads en el mercado romántico o sexual. Representa un momento de epifanía negativa o despertar oscuro que conduce al verdadero cambio.

—*Fuck, fuck, fuck!* ¿Dónde coño está Pit? —preguntó Frank—. ¿A vosotros tampoco os coge el teléfono?

Todos los alumnos de La Academia estaban de pie sobre la tarima, en fila, como un grupo de reclutas que han cometido un grave error y están a punto de pagar por ello.

Daniel no estaba de pie. Permanecía sentado en una de las sillas, medio tirado y con las piernas acomodadas en otra de las sillas.

—No se sabe nada de él desde el funeral de su madre —respondió Daniel.

Frank se dio la vuelta con la agilidad de un gato y la cara de un tigre.

—¿Qué? —dijo—. ¿Su madre ha muerto y nadie me lo ha dicho?

Daniel se encogió de hombros.

—Somos hombres sigma.

Frank suspiró con mala leche y volvió a dirigirse a los enfilados. Yusef parecía un corderito asustado más entre los novatos.

—¡Sacad los putos teléfonos! ¡Aquí no vende nadie y como me entere de que alguno de vosotros ya ha vendido es hombre muerto! *Hurry!*

Los alumnos sacaron sus teléfonos y los colocaron mirando hacia Frank, mostrando sus billeteras de criptomonedas. Frank fue haciendo las comprobaciones uno a uno. Todas las billeteras mostraban lo mismo: una absurda cantidad de Sigma Coin, entre mil y cien mil unidades, y una amenazante cifra grande en color rojo que indicaba su conversión a euros, de uno a cien euros. Un solo día antes la conversión variaba de decenas de miles a cientos de miles de euros, dependiendo de lo que había invertido cada sigma, pero el Sigma Coin se había estrellado durante la noche. Alguien, o algunos, estaban vendiendo grandes cantidades de la moneda y el precio estaba cayendo en picado.

La labor de Frank en esos momentos era que sus hombres mantuvieran las inversiones para que el precio de la criptomoneda no terminase en cero.

—También quiero ver tu billetera, Dan —dijo Frank mientras analizaba las cuentas de los alumnos enfilados.

Daniel no hizo amago de sacar el teléfono, porque sabía bien que había vendido todos sus Sigma Coin al segundo día de comprarlos, cuando vio que había ganado cerca de mil dólares. Le apuró pensar en que él podría ser el único sigma que había vendido la moneda. Y entonces pensó en Pit.

—¡Tú! *Fucking traitor!* —gritó de repente Frank.

Frente a él estaba Brayan, que había cambiado su característica sonrisa dominicana por unos ojos caídos y unas manos temblorosas.

Agachó la cabeza como si no pudiera mirar a Frank a los ojos por la vergüenza.

—¡Ni siquiera he ganado nada! ¡Vendí en pérdidas! —intentó justificarse, pero la voz le vibraba y eso le hizo parecer más culpable aún.

Entonces, sin decir nada más, Frank le golpeó con el puño cerrado justo en el centro de la cara. Fue algo que nadie vio venir. El puñetazo sonó secó y agudo, una especie de clac, seguido de un plum que se escuchó cuando Brayan cayó de culo sobre la tarima. Yusef amagó con ir a ayudarlo a incorporarse, pero Frank le miró amenazante y se acobardó. Para cuando Brayan se levantó, la nariz le sangraba exageradamente. Su camisa azul se estaba tiñendo de rojo, como si hubiera participado en una matanza, y cuando se tocó la nariz y vio que no estaba en su sitio, empezó a sollozar como solo lo hacen los hombres de veinte años.

Frank agitó la mano con un movimiento rápido que parecía haber practicado varias veces a lo largo de su vida. Luego se volvió hacia Daniel. Quería ver su teléfono.

Pero Daniel tenía otro plan: se levantó de un salto y pasó frente a Frank, actuando como si no estuviera ahí.

—Creo que sé cómo contactar con Pit —dijo, y entró en la oficina.

—*Fuck* —se limitó a decir Frank, y luego lo siguió.

Para cuando cerró la puerta tras de sí, Daniel ya se había colocado medio tumbado con los pies sobre la mesa, donde había dejado el smartphone con manos libres.

Sonó el tono de llamada.

—El padre de Pit —aclaró— fue mi profesor en el instituto.

Frank entornó los ojos, sospechoso. No le gustaba la actitud de Daniel últimamente.

Una voz ronca contestó.

—¿Quién habla?

—¿Está Pit? —preguntó Daniel.

—¿Quién habla? —volvió a preguntar el padre de Pit.

—¿Dónde coño está Pit? —preguntó Daniel, más cabreado.

—¿Quién coño habla? —insistió el padre, mucho más cabreado.

Daniel iba a decir su nombre pero luego recordó que no le caía demasiado bien cuando era su alumno en el instituto. De repente cambió el tono drásticamente y habló como un comercial.

—Disculpe, señor. Me llamo Jaime, soy de Movistar. Me gustaría hablar con Pit sobre su línea telefónica. Está… llamando a líneas porno.

—¿Qué?

—¿Podría hablar con él? Se le están acumulando los pagos.

El padre carraspeó.

—¿De cuánto estamos hablando?

Daniel pensó una cifra que pudiera sonar realista. Frank lo miró como si nunca dejara de sorprenderle el extraño y habilidoso Daniel Robles.

—Quinientos euros —improvisó—. Por ahora. Pero se le están acumulando.

El padre de Pit no dijo nada más. Salió corriendo hacia la habitación de su hijo y a través de los manos libres se escuchó una lejana discusión. Un «qué hostias has hecho» y un «*mecagüen* Dios», y una respuesta de Pit que no se entendió. Luego se escuchó un portazo y Pit contestó.

—¿Sí?

—¡Bastardo cabronazo! ¡¿Dónde coño estás?! —saltó Frank.

—¿Has vendido? —preguntó Daniel, sin dejar a Pit responder.

—Pero ¿qué…?

—¡Responde! ¿Has vendido? —Frank golpeó la mesa con la mano

abierta y el teléfono de Daniel dio un pequeño salto—. *Bro*, eres la mano más fuerte del mercado. Eres el que más Sigma Coin ha comprado en todo el mundo.

—No he vendido. Os lo juro —se le notaba la respiración acelerada —. No sé qué está pasando, ayer tenía más de un millón y ahora no tengo ni veinte mil. Estoy en pérdidas. Esto va a remontar, ¿no?

Frank asintió.

—Va a remontar, ¿no? ¿Frank?

Frank se frotó el bigote.

—*Of* —hizo una breve pausa dramática— *course!*

Cuando Daniel colgó Frank escondió su cara tras las palmas de su mano. Parecía desesperado. Ese «*of course*» había sido una mentira.

Daniel se levantó y cerró las persianas del despacho para ocultarse del resto de los sigmas que los esperaban junto a la tarima. Antes de quedar a oscuras, comprobó que a Brayan aún le sangraba la nariz.

—Si Pit no ha vendido —dijo Daniel—, nos la han jugado.

Frank cerró los ojos. No respondió con la voz. Solo le entregó un lento y diminuto movimiento con la cabeza. Una afirmación que le dolía admitir, pues él no sabía nada.

Había sido, como el resto de los sigmas, una víctima de los gemelos Olivetti.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Daniel.

Cuando salieron del despacho Brayan estaba sentado en una de las sillas y el resto de los sigmas le rodeaban de pie. Yusef le ofreció medio rollo de papel higiénico que había enrollado en su mano.

A Brayan le tembló el pulso, pero pudo llevarse el papel a la nariz y frotar un poco para limpiar, hasta que se dio cuenta de que le dolía demasiado y empezó a sollozar.

—¡Te voy a denunciar! —dijo de un arrebato.

Frank apartó a todos a empujones hasta que se detuvo justo frente a Brayan.

—Cállate, *fucking traitor* —dijo mientras le clavaba el dedo índice en el pecho.

Brayan agachó la cabeza y sus lágrimas se mezclaron con la sangre seca de la nariz. Con Frank tan cerca el arrebato desapareció. Lloraba, sangraba y por poco no se mea.

—No os he traicionado —suplicó clemencia—. No tenía mucho… Es imposible que el precio haya caído por mi culpa.

—Pues ha caído —dijo Daniel sin piedad. Estaba de pie, con la espalda apoyada contra una columna de hormigón y una sonrisa dirigida a uno de sus zapatos—. No sé cómo vamos a solucionar esto… —amenazó con la calma de un depredador.

Nunca se había sentido tan sigma.

—¡No puede ser culpa de Brayan! Alguien más ha tenido que vender. Alguien con mucho dinero —dijo Yusef, y miró a Frank—. ¿Qué hay de los Olivetti?

—*Shut up!*

—¿Qué han dicho los Olivetti? —preguntó otro alumno.

Frank negó con la cabeza, desesperado, no tenía una respuesta. Yusef suspiró como un ajedrecista que sabe que en el próximo movimiento le viene el jaque mate.

—No tienes ni idea, ¿verdad? ¿Desde cuándo no has hablado con ellos?

—*Shut up* —dijo Frank, pero esta vez sin levantar la voz, era casi un susurro. Se escondió los ojos bajo la mano abierta.

—Te estás pasando de listo, Yusef —dijo Daniel. Seguía sonriendo como el más sigma de todos.

—Los hermanos Olivetti crean una criptomoneda, su precio cae en

picado y de repente desaparecen. ¿No es evidente? —dijo Yusef.

Su tono fue demasiado condescendiente. Al menos así fue para Frank, y por eso le metió un puñetazo directo a la nariz, consiguiendo un asombroso récord de dos narices rotas en menos de media hora. Esta vez todos los alumnos entraron a separar a Frank. La insubordinación había comenzado. Daniel estaba esperando este momento así que en una milésima de segundo ya se había apartado de la columna y había agarrado a un alumno por el cuello, estrangulándolo con la técnica del *mataleón*.

Daniel apretó y su víctima empezó agitar los brazos como un niño que se ahoga en una piscina.

En realidad no había comenzado ninguna insurrección. Frank solo le había pegado un puñetazo a Yusef y se había apartado al momento, pero Daniel tenía muchas ganas de estrangular a alguien.

El resto de los alumnos rodearon a Daniel para que soltara el cuello de su víctima, pero Daniel había aprendido bien la técnica en Krav Maga. Una vez colocada la mano de su brazo estrangulador en el antecodo del otro brazo, y cerrado este, era imposible de soltar su palanca. El muchacho, que cada vez braceaba con menos energía, estaba a su total voluntad.

Daniel dio un último apretón para dormir al chaval cuando vio algo moverse frente a él. No eran los otros alumnos, era algo que se movía detrás de la venta exterior. Estaba en la zona alta de la pared así que le costó distinguir lo que estaba viendo, pero al final lo vio: no qué, sino quién.

Era Sonia Azkarate. La traidora. La infiltrada. Estaba sacando fotos con su teléfono de todo lo que estaba ocurriendo dentro de La Academia. Probablemente para humillarlos en un próximo artículo, pensó Daniel.

Sonia no tardó en enterarse de que Daniel la había pillado. Este ni

siquiera disimuló. Se limitó a soltar a su víctima, que cayó al suelo inconsciente, y señalar a la ventana gritando:

—¡Te mataré!

En el exterior de La Academia, Sonia cayó de una columna de cajas de plástico que había formado para sacar las fotos. Siempre había pensado que era una persona valiente, pero ese día, la mirada de Daniel Robles le dio tanto miedo que notó algo físico. Fue como un golpe en el pecho. Un golpe real.

Para cuando Daniel salió por la puerta Sonia ya corría hacia su Volkswagen Polo. Daniel cogió una piedra del suelo, del tamaño de una piña de pino, y se la lanzó a Sonia como si fuera el *pitcher* de los New York Mets. Y pese a que nunca en su vida había jugado al béisbol, Daniel descubrió un nuevo talento porque la piedra rozó el pelo de Sonia e impactó contra la ventana del piloto del coche, rasgándola en un millón de pedazos pero sin llegar a atravesarla del todo. El sonido de la piedra cortando el viento y del cristal rasgándose en mil pedazos emocionó tanto a Daniel que se le erizó el pelo y sintió un pequeño calambre en el estómago. Un calambre que le pedía más.

Sonia entró al coche lo más rápido que pudo, cerró la puerta y trató de arrancar el motor, pero no acertó al introducir las llaves y se le cayeron a los pies. Desde la ventana rota pudo ver cómo Daniel corría hacia ella. Vio sus ojos abiertos y su extraña sonrisa que le dividía la cara en dos. Cogió las llaves y volvió a intentar arrancar el coche, pero le temblaban las manos. Entonces escuchó un golpe fuerte. Daniel había tirado otra piedra, pero esta vez le había dado a la puerta del piloto. Sonia pensó que eso ya no era un juego. Si no conseguía arrancar el coche moriría ahí mismo. Respiró hondo para controlar el temblor de las manos, introdujo la llave y la giró. El coche arrancó a la primera, pisó el acelerador como si fuera de

juguete, soltó el embrague y salió despedida con las ruedas delanteras patinando y marcando el suelo.

Pero Daniel no iba a permitir que huyera tan fácilmente. Llegó hasta su preciado Audi TT en dos zancadas y se metió dentro con agilidad. A él no le temblaban las manos así que en cinco segundos el motor 1.8 TSI de ciento cincuenta caballos rugió como un león que ha estado a la espera de este momento durante días. La gacela por fin estaba en el punto de mira.

El deportivo salió quemando rueda y derrapando en la primera curva. No tardó en localizar el Polo de Sonia dos calles más adelante. Se había detenido en un semáforo en rojo. Seguramente pensaba que el peligro había pasado. Desde luego, no sabía quién era Daniel Robles ni de lo que era capaz.

Daniel se acercó a más de cien kilómetros por hora en un tramo limitado a treinta. Eso llamó la atención de Sonia, que se dio cuenta de que la estaba siguiendo y, justo cuando el semáforo se puso en verde, volvió a pisar el acelerador para huir de él.

Pero el Volkswagen Polo no era rival para el Audi TT de Daniel. Enseguida lo tuvo encima.

A Sonia le latía el corazón a mil latidos por minuto. Nunca había conducido tan deprisa, y mucho menos dentro de la ciudad. Sabía que si seguían así en cualquier momento habría un accidente, pero tampoco se podía detener porque si no quién sabe lo que le haría ese perturbado.

Estaban llegando al centro de la ciudad, donde había peatones, pasos de cebra y carriles bici que hacían inevitable que ocurriera lo que estaba a punto de ocurrir.

Entonces, al llegar a un cruce, Sonia dio un brusco volantazo y el coche derrapó hasta quedar en horizontal en medio de la carretera. La maniobra salió bien porque Daniel no lo vio venir y siguió recto a

máxima velocidad.

Sonia rodeó la Ciudadela, una zona de jardines y murallas en el centro de la ciudad, desde donde podría coger cualquier dirección para poder huir.

Pero aún no podía imaginar hasta dónde estaba dispuesto a llegar Daniel Robles.

El Audi TT, negro, con su alerón de hombre sigma, atravesó los prados y las paredes de piedra como si fuera un tanque Sherman M4 en mitad de la Segunda Guerra Mundial. Daniel tocó el claxon como un poseso, excitado y sacando la lengua a unas señoras que estaban paseando por la ciudadela.

—¡Te mataré, furcia! —gritaba una y otra vez—. ¡Te mataré! —Y se reía como un condenado. O más bien como el que condena.

El Audi TT rodó por el puente de piedra del centro de la Ciudadela. Pasó por un túnel y atravesó una rotonda de pinos custodiados por antiguos cañones inutilizados. Salió por la puerta norte saltando sobre la acera, y cuando chocó contra la carretera los bajos chispearon al contacto con el suelo. Pero a Daniel le daba igual el coche. En ese momento era un cazador. Un sigma. Hizo un derrape y frente a él vio el Volkswagen Polo de Sonia.

Metió primera, pisó el embrague y el acelerador hasta el fondo, y cuando soltó el embrague, salió como un cohete hacia su presa. Sonrió enseñando los dientes porque Sonia iba demasiado lento como para escapar esa vez. Saltó un semáforo en rojo, posiblemente desesperada, pero eso tampoco podía detener a Daniel.

El Audi TT de Daniel aceleraba de cero a cien kilómetros por hora en 5,9 segundos exactos, pero era después de esos 5,9 segundos cuando el motor trabajaba con las marchas largas y cogía verdadera velocidad. Para cuando el coche cruzó el semáforo en rojo, Daniel vio que la aguja marcaba más de doscientos kilómetros por hora. Y

entonces…

No vio nada más. Negro.

Un autobús urbano cien por cien eléctrico chocó contra el lateral derecho del coche, que saltó varios metros sobre el cielo y empezó a dar vueltas de campana como si fuera una centrifugadora para entrenar a astronautas. Pero Daniel no tuvo que aguantar los mareos, porque el impacto fue tal que sus ojos se cerraron al momento.

Para cuando el coche dejó de dar vueltas en el aire había avanzado casi cien metros, y había pasado de ser un precioso Audi de tres puertas a un trozo de metal amorfo que encofraba a un verdadero hombre sigma.

29

BDE:

(Sustantivo, argot moderno del inglés *Big Dick Energy*).

1. Confianza relajada, carisma natural y una actitud segura pero no arrogante, que no depende de validación externa. Es una energía o presencia percibida en alguien que está cómodo consigo mismo, proyectando poder y atractivo sin necesidad de alardear.

—¡Joder! Menudo rabo tenía el chaval —dijo Saray—. Una lástima que no vaya a poder usarlo más.

Frente a ella, sobre una camilla, el cadáver descansaba mirando al techo. Saray se recolocó los guantes de látex y levantó el pene del cadáver para examinarlo más de cerca.

—Eres perversa—dijo Pablo desesperado.

—Es el rabo más grande que he visto en mi vida —repitió Saray mientras observaba, fascinada, el miembro del cadáver por todos los ángulos posibles.

Hacía frío en la sala. A Pablo no le importaba examinar cadáveres día sí y día también, pero odiaba el frío. Saray ya se había acostumbrado. Decía que los cigarros entraban mejor con el cuerpo frío.

Siguió admirando el enorme pene del cadáver y Pablo puso los ojos en blanco.

—¿Podemos ir al grano?

Saray suspiró aburrida.

—Se ha cortado las venas, querido Watson. Causa de la muerte: suicidio.

Señaló una larga herida vertical que se alargaba desde la muñeca hasta la mitad del antebrazo. Pablo escribió el veredicto en la ficha.

—Tápalo ya —dijo.

Pero Saray seguía obsesionada con el enorme rabo circuncidado.

—De verdad que es una lástima. ¿Lo que darías tú por tener este rabo, eh, Pablito? —apretó el pene con fuerza—. Unos tanto y otros tan poco —dijo con una malvada sonrisa.

Pablo se ruborizó.

—¡Te pareció suficiente esa noche! —dijo nervioso.

Saray se rio de él en un tono humillante.

—Fingí.

Pablo balbuceó algo sin saber muy bien dónde meterse y se concentró en el informe.

—Aquí dice que su madre murió de cáncer hace unos días. ¿A lo mejor no pudo superarlo? Según el padre era un buen chico. Pobre padre, ahora no tiene ni a la madre ni al hijo.

—¿Pero tú querías ser forense o psicólogo? —dijo Saray.

Y tapó el cadáver de Pit.

30

Social Proof:
(Sustantivo).
1. Validación social percibida que aumenta el estatus o atractivo de una persona, especialmente cuando otros (amigos, parejas o seguidores) muestran interés en ella. En este contexto, tener social proof puede ser visto como un factor clave para ser percibido como valioso o deseable en entornos sociales o románticos.
   Ejemplo: «Un hombre con muchas amigas o una pareja atractiva tiene más social proof y llama más la atención».

La noticia de la inmolación del Club Sigma se expandió rápidamente a través de los videorreportajes de Sonia Azkarate en su canal de YouTube. Los últimos vídeos incluían grabaciones con cámara oculta de los miembros golpeándose entre ellos en su academia de Pamplona, el análisis de un experto en criptomonedas sobre la estafa del Sigma Coin y numerosas reflexiones de Sonia acerca de la relación entre la extrema derecha, el heteropatriarcado y los grupos organizados antifeministas.

Varios periódicos nacionales contactaron con ella para entrevistarla sobre el Club Sigma. El *Diario de Pamplona* publicó un

escueto artículo, redactado por el periodista Hugo López, que básicamente era un popurrí de los artículos que habían publicado el resto de los periódicos. La única referencia a Sonia, que ya no trabajaba ahí porque se le había «terminado» el contrato, fue que una «tiktoker navarra» se había infiltrado en el grupo y había publicado una serie de reportajes. Ni mencionaron su nombre ni incluyeron ningún enlace a los vídeos.

A Sonia no le molestó. Se imaginó a Javier, arrepentido por haber perdido la exclusiva y avergonzado por lo que había pasado entre ellos. Tal vez por eso último también estuviera arrepentido, no por lo que había pasado, sino por cómo lo había gestionado.

De todas formas, Sonia ya no tenía tiempo para pensar en esas cosas. Ya contaba con más de cien mil seguidores en YouTube. Recibía cientos de comentarios al día, no solo de espectadores, sino de influencers y otros famosos creadores de contenido también. El más famoso de todos fue Jorge Xtreme, el presentador del pódcast de habla hispana más escuchado en todo el mundo; una especie de Joe Rogan español pero con pelo, ojos azules y unos brazos grandes y tatuados que siempre se aseguraba de mostrar en el plano. Cuando Jorge Xtreme le escribió para invitarla a su pódcast, lo primero que hizo Sonia fue emborracharse y hablar durante cinco horas con un Jorge Xtreme imaginario. Habló con él en la ducha, en el sofá y en la cama. Lo segundo que hizo fue escoger un conjunto que realzara sus pechos, que para algo habían costado cinco mil euros por pieza.

El plató de Xtreme Pódcast estaba localizado a las afueras de Barcelona, así que Sonia tuvo que coger un tren hasta la ciudad y luego un taxi hasta el lugar. Durante todo el trayecto estuvo a la espera de que algún viajero la reconociera. Pero en la estación de tren de Pamplona había poca gente, y cuando llegó a la abarrotada

estación de Sants en Barcelona, había demasiado alboroto como para que alguien pudiera fijarse en su recién nacida fama.

El único amago de admiración que tuvo fue cuando el taxista que le llevaba al plató de Jorge Xtreme le preguntó a qué se dedicaba. Sonia le dijo que era periodista independiente y que había destapado una importante estafa a nivel nacional. El taxista le dijo que hacían falta más periodistas de verdad en el mundo, y Sonia sintió el orgullo de hacer un trabajo que el pueblo necesita, pero luego el taxista cambió el tono y empezó a despotricar sobre el presidente Pedro Sánchez y le dijo que tendría que investigarlo a él, que era lo peor que le había pasado a España y que estaba seguro de que tenía muchos trapos sucios que lo relacionaban con el rey de Marruecos. Eso no le hizo mucha gracia a Sonia pero tampoco le quiso llevar la contraria. Estaba concentrada en su gran momento.

Cuando llegó al plató se quedó sorprendida por el lugar. El plató no era un plató, sino un chalet con piscina y dos palmeras enormes donde le esperaba Kiko, el realizador de Xtreme Pódcast. Este le condujo hasta una cocina donde le ofreció cualquier alcohol que quisiera. Cualquiera. Ella eligió una cerveza tostada y Kiko insistió:

—En serio, lo que quieras. Como si quieres cocaína —dijo de broma.

A Sonia le entró la duda porque no estaba segura de si Kiko estaba bromeando o no, así que se quedó callada con una sonrisa tonta, y Kiko no insistió más.

Entonces llegaron al plató y allí estaban maquillando a Jorge Xtreme. A Sonia le sorprendió la cantidad de pote que le estaba echando la maquilladora —una cubana con muchas curvas y muy ligera de ropa— que le daba a Jorge el tono bronceado de un latino americano.

—Es por los focos —dijo cuando vio a Sonia, y se levantó para

darle dos besos—. ¿Qué tal, guapa? ¿Has tenido buen viaje?

—Estoy un poco nerviosa —dijo Sonia—, nunca había hecho algo así.

—Siempre hay una primera vez —dijo Jorge con su característica sonrisa seductora. Luego señaló la cerveza—. Tú bébete eso y verás cómo se te pasan los nervios.

—A mí lo que más me ha sorprendido es la falta de acción por parte de las autoridades, Jorge —dijo Sonia indignada—. No ha habido ni una sola detención, ni un juicio… Los hermanos Olivetti, que son los fundadores, han desaparecido y no se sabe nada de ellos.

—Los hermanos Olivetti eran unos italianos, ¿no?

—No —saltó Sonia. No pudo ocultar la sonrisa del orgullo—. Resulta que he estado investigando y ni son italianos ni se llaman realmente Olivetti. He encontrado unas fotos antiguas suyas en internet. En realidad son polacos.

—Es increíble.

—Ahora mismo están desaparecidos, y lo más probable es que nunca se les vuelva a ver por España. Eso me ha dicho la policía, que por cierto, no ha hecho nada.

—Increíble —repitió Jorge—. Creo que lo más espeluznante de este caso, aparte, por supuesto, de la estafa masiva, a gran escala —a Jorge le encantaba exagerar—, inmensa, que ha habido, yo diría que es el suicidio del joven Pedro Berostegi.

—Berastegi —corrigió Sonia.

—Eso. Un chico de veintidós años que cayó en la estafa, ganó supuestamente más de un millón de euros y, como no pudo sacar el dinero, terminó suicidándose. ¿Tú lo conocías?

Sonia aguardó un segundo de silencio.

—Sí —dijo.

—En persona —dijo Jorge.

—No exactamente —Sonia se rascó la nuca—. Cuando yo me infiltré en el Club Sigma él todavía no había entrado, y por lo que me consta fue admitido en la segunda oleada; o sea que entró cuando yo ya salí. Pero conozco su historia y es la misma de todos, Jorge: una persona con rasgos vulnerables —gesticuló con las manos para enfatizar el agravio— de los que se aprovechan los estafadores para manipularlos y para engañarlos.

—Para quedarse con su dinero —Jorge hacía más afirmaciones que preguntas.

Sonia negó con la cabeza.

—No es solo por dinero. Esto es más que una estafa, es un grupo coercitivo. Una secta, prácticamente. Más que de dinero se trata de control. Buscan gente como Pit, que en paz descanse, gente vulnerable a la que poder controlar. Para luego someterla, y meterle todas sus ideas pseudocientíficas.

—Es duro —dijo Jorge, apenado—. Es duro sobre todo por eso, ¿no? Porque se aprovechan del más vulnerable.

Sonia suspiró.

—Qué te voy a decir yo, Jorge. Yo como persona que… —Sonia dudó si decirlo o no, pero en realidad ya lo había decidido y ensayado más de cincuenta veces. Era el momento adecuado. El momento de mostrarle al mundo quién era realmente. Ya se había ocultado el suficiente tiempo, se había sentido acomplejada y avergonzada solo por ser cómo era; lo que era. Y el pódcast de Jorge Xtreme era el lugar indicado para liberarse de esa pesada carga, y si podía hacerlo, liberar también esa carga de otres muches que también sujetaban todo ese peso—: Yo como persona que ha transicionado de hombre a mujer sé lo que es vivir momentos de

vulnerabilidad en la vida. —Jorge abrió los ojos como platos pero no dijo nada. Sonia siguió soltando su discurso ensayado con cada vez más confianza—. Sé que hay momentos en la vida en los que estás tan mal, tan perdida o tan confundida que eres capaz de comprar cualquier discurso que te dé un mínimo de certeza. Porque eso es lo que te falta en esos momentos. Alguien que te diga: esto es así y punto. Estás perdida y necesitas a alguien que te diga dónde estás. Y da igual que afirme que estás en la luna, porque aunque sea mentira, al menos tienes una respuesta que es mucho más de lo que tenías hasta ese momento.

Jorge reflexionó un instante.

—No sabía nada —dijo, al principio incómodo, pero enseguida recuperó su sonrisa seductora—. Pues, oye, no se te nota nada, eh.

—Gracias —sonrió Sonia.

Y Jorge Xtreme le guiñó un ojo.

31

Lone Wolf:
(Sustantivo, argot sigma).
1. Hombre que opta por vivir y trabajar de manera independiente, rechazando las estructuras sociales tradicionales o la necesidad de validación grupal. Se asocia con un enfoque en la autosuficiencia, la introspección y la autonomía.

—Todos los que estáis aquí sois unos patéticos y miserables *bluepills* —dijo Frank recorriendo la tarima con su habitual carisma. Se había dejado una barba de varias semanas—. No os juzgo. Es más fácil vivir dentro de la mátrix. *Fuck*, yo antes lo hacía, y era mucho más feliz que ahora. Pero no era un hombre.

Pasó a la siguiente diapositiva con un pequeño mando inalámbrico. Apareció un logo que parecía diseñado por un adolescente aficionado que decía: Greenpill Academy Paraguay.

—Tú —Frank señaló a un joven con acné que estaba sentado en primera fila—, hueles a beta desde lejos. —Todo el público se empezó a reír—. ¿De qué os reís? ¡Todo el local huele a *fucking* beta! —Frank bajó del escenario y acercó el micrófono al joven con acné—. ¿Cómo te llamas?

—Pedro Salazar —respondió con una voz apenas audible.

—No te escucho.

—¡Pedro Salazar! —gritó el joven. Le salió un gallo.

—¿Y qué coño haces aquí, Pedro Salazar?

Pedro Salazar miró a ambos lados. Era un aula pequeña, de unos veinte metros cuadrados, cerrada por una pared blanca que había tomado un tono amarillento con los años. Un viejo ventilador no era suficiente para hacer frente al calor y la humedad del lugar.

—No puedo superar a mi ex —dijo con la mirada clavada en el suelo.

El resto de los espectadores, cinco, se lamentaron en silencio como si fuera un sufrimiento compartido por todos.

Frank bajó de la tarima y puso una mano en el hombro del joven paraguayo.

—Te hizo mucho daño, ¿verdad?

El joven estuvo a punto de estallar en llantos.

—Me dejó por mi mejor amigo.

Se escuchó un rumor seco en la pequeña sala.

—Vamos a necesitar una mano experta contigo, muchacho. No te preocupes. Los hombres sigma estamos aquí. —Y dio un aplauso, como una señal para invocar a un ángel.

O a un demonio.

De repente unos pasos sonaron descoordinados contra la madera de la tarima. Tac-tac, tac-tac. Era un ritmo extraño. No era un paso normal. Se escuchaban dos pasos, luego silencio, y luego dos pasos.

Los presentes vieron al hombre que acababa de entrar en la sala. Cojeaba como si le hubiera atropellado un autobús comarcal cien por cien eléctrico, y caminaba sobre la tarima con el aura del más sigma entre los sigma.

Llegó hasta el centro del escenario y observó con orgullo a los

siete hombres que posaban bajo él. El orgullo no era por ellos, claro, era por sí mismo; por lo que había conseguido.

Todos le habían traicionado: su jefe, sus compañeros, su madre, e incluso su mejor amigo. Y sin embargo él nunca se había rendido. La constancia y el esfuerzo lo habían colocado en el lugar donde estaba ahora: en el liderazgo de los nuevos hombres sigma de Paraguay.

Su historia era la demostración de que el cambio es posible en esta vida, pero solo está al alcance de aquellos que están dispuestos a sacrificarlo todo, como él había hecho.

Le dio a un botón y pasó a la siguiente diapositiva, donde aparecía posando sin camiseta y con un ojo morado.

Su historia era la historia de un luchador, de alguien que pasó de no ser nada a serlo todo, y ahora estaba a punto de contársela a los prospectos sigma que le escuchaban como a aquel que sabe las seis palabras secretas para conquistar a cualquier mujer.

Los ojos de Daniel estaban vidriosos. Lo había conseguido.

—¿Todo bien, compañero? —preguntó Frank.

Daniel lo miró desde lo alto con la sonrisa de la victoria.

—Ganando —respondió.

Hombres que atraen el éxito.
Hombres que conquistan el mundo.
Un thriller no apto para todos los públicos.



Hombre sigma:
(Sustantivo, del inglés *sigma male).*
1. Dícese del hombre astuto, independiente y confiado, que está por encima de las jerarquías sociales. Trabaja en su desarrollo económico e intelectual y no se deja llevar por sus emociones.

Daniel Robes está obsesionado con ser millonario y seducir a mujeres. Sin embargo, su vida no tiene nada que ver con eso: trabaja en una fábrica, sus jefes no creen en él, y cada vez que queda con una chica, esta acaba huyendo. Hasta que descubre el Club Sigma, un foro en el que se reúnen hombres que dicen ser

expertos en atraer el éxito y se identifican con el símbolo de un lobo solitario.

Cuando Daniel entra a formar parte del club, decide que va a hacer todo lo que esté en sus manos para convertirse en el número uno. Mientras tanto, una joven reportera comienza a seguir muy de cerca al grupo y en concreto a Daniel, el más extremo de sus miembros…

***American Psycho* y *El club de la lucha* se mezclan en esta novela explosiva, escrita por uno de los creadores de contenido y periodistas de investigación más potentes de internet: Lord Draugr.**

Lord Draugr (Navarra, 1996) estudió Comunicación audiovisual en la UPV/EHU y un máster de Creación de guion audiovisual en la UNIR. Creó el canal de YouTube *Lord Draugr* y en él publicó reportajes de investigación y documentales que le hicieron ganar rápidamente seguidores en la red.

Hoy cuenta con un millón de suscriptores que todas las semanas disfrutan de sus vídeos sobre estafas, emprendedores "poco comunes" y personajes varios de la historia.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Lord Draugr
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Adobe Stock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-7991-6

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El Club Sigma
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Sobre este libro
Sobre Lord Draugr
Créditos